

RECUERDOS DEL PASADO (1814 – 1860)

Vicente Pérez Rosales

“Uso exclusivo Vitanet, Biblioteca Virtual”
Año 2003

VICENTE PEREZ ROSALES

RECUERDOS
DEL
PASADO
(1814 - 1860)

CAPITULO I

De cómo el Santiago del año 1814 al del 1822 no alcanza a ser ni la sombra del Santiago de 1860.

¿Que era Santiago en 1814? ¿Qué era entonces esta ciudad de tan aventajada estatura hoy para su corta edad, y que a las pretensiones más o menos fundadas de gran pueblo reúne aún las pequeñeces propias de la aldea?

Santiago de 1814, para sus felices hijos un encanto, era para el recién llegado extranjero, salvo el cielo encantado de Chile y el imponente aspecto de los Andes, una apartada y triste población, cuyos bajos y mazacotudos edificios, bien que alineados sobre rectas calles, carecían hasta de sabor arquitectónico. Contribuía a disminuir el precio de esta joya del titulado Reino de Chile, hasta su inmundo engaste, porque si bien se alzaba sobre la fértil planicie del Mapocho; limitaba su extensión al norte el basural del Mapocho; al sur, el basural de la Cañada; al oriente, el basural del recuesto del Santa Lucía, y el de San Miguel y San Pablo al occidente.

Si la orla de Santiago era buena ¿qué nombre podría cuadrar a los campos que arrancaban de ella, vista la índole apática y satisfecha de sus ceremoniosos hijos?

Sólo el valle oriental del pueblo, merced a las aguas del Manzanares chileno ya las de los cristalinos arroyos que surgen de los primeros escalones de los Andes, era un verdadero jardín, comparado con los yermos campos que se extendían al norte, al oriente y al sur de nuestra capital.

El llano de Maipo, verdadera hornaza donde el sol estival caldeaba sin contrapeso el sediento pedrero, sólo ostentaba, en vez de árboles,

descoloridos romeros, y en vez de pastos, el fugaz pelo de ratón. Allí, según el poético decir de nuestros huasos ni el canto de las diucas se escuchaba.

¡Quien, al contemplar la Satisfecha sorna de nuestro modo material de hilar la vida, hubiera podido adivinar entonces que, andando el tiempo, esos inútiles eriazos visitados por vez primera el año '20 por el turbio Maipo, época en que este río unió parte de su fecundo caudal con las escasas y siempre disputadas aguas del Mapocho, habían de ser los mismos por donde ahora brama y corre la locomotora a través de las frescas arboledas que circundan mil valiosas heredades rústicas, en cada una de las cuales la industria, el arte y las comodidades de la vida, parece que hubiesen encontrado su natural asiento! ¡Quién hubiera imaginado que aquellos inmundos ranchos que acrecían la ciudad tras del basural de la Antigua Cañada, se habían de convertir en parques, en suntuosas y regias residencias, -más que el mismo basural se había de tomaren Alameda de Delicias paseo que, sin ruborizarse, puede envidiamos para sí la más pintada ciudad de la culta Europa! Milagros todos, hijos Legítimos de nuestro inmortal 12 de febrero de 1818, época en la que, rota definitivamente la valla que se alzaba entre nosotros y el resto del mundo civilizado, nos resolvimos a campear por nuestra propia y voluntaria cuenta.

Pero no anticipemos.

Santiago, que veinticuatro años después de la época a que me refiero sólo contaba con 46.000 habitantes, visto desde la altura del Santa Lucía, parecía, por sus muchos arbolados, una aldea compuesta de casaquintas alineadas a uno y otro lado de calles cuyas estrechas veredas invadían con frecuencia, ya estribos salientes de templos y de conventos, ya pilastrones de casas más o menos pretenciosas de vecinos acaudalados; cosa que no debe causar maravilla, porque la iglesia y la Riqueza nunca olvidan sus tendencias invasoras.

Nuestra capital sólo contaba con una recova con una sola plaza mayor, en la cual se encontraban, junto con las mejores tiendas de comercio, la catedral, un convento de monjas, la residencia de las autoridades el cabildo, y la inexorable cárcel pública, que, a usanza de todos los pueblos de origen español, ostentaba su adusta reja de fierro y las pueras manos de los reos que, asidos' a ella, daban audiencia a sus cotidianos visitantes. Era cosa común de ver todas las mañanas tendidos, al lado de afuera de la arquería de este triste edificio, uno o dos cadáveres ensangrentados, allí expuestos por la policía para que fuesen reconocidos por sus respectivos deudos.

Desde la puerta de la cárcel, y formando calle con la que ahora llamamos del Estado, se vela alineada una fila de burdos casuchos de madera y de descuidados toldos que, con el nombre de baratillos,

hacían entonces las veces de las graciosas y limpias tiendillas que adornan ahora las bases de las columnas del portal Fernández Concha. Tras de aquellos repugnantes tendejones, se ostentaba un mundo de canastos llenos de muy poco fragantes zapatos ababuchados, que esperaban allí la venida delos sábados para proveer de calzado a los hijos de las primeras familias de la metrópoli, porque parecía de ordenanza que a esos jovencitos sólo debía durar una semana un par de zapatos de a cuatro reales el par.

En vez del actual portal Fernández Concha, existía una baja y oscura arquería donde estaban colocadas las tiendas de más lujo, verdaderos depósitos de abastos, en los cuales encontraba el comprador, colocados en la forma más democrática, ricos géneros de la China, brocados, lamas de oro, gafetas zarzas, lozas y cristales, cuentas para rosarios, chaquiras, juguetes para niños, cuadros de santos, coheteitos de la China, azúcar, chocolate, yerba, quincalla y cuanto Dios crió, alumbrado de noche con velones de puro sebo colocados en candeleros de no menos puro cobre, con su obligado séquito de platillos de despabiladeras y de chorreras de sebo.

En medio de aquella plaza, que así servía para las procesiones y el lucimiento de las milicias, se veía un enorme pilón de bronce rodeado siempre de aguadores, que después de llenar con mates (calabazos) los barriles de sus cabalgaduras, proveían de agua potable a la población; y a uno y a otro lado, con frecuencia una o dos horcas para los ajusticiados, sin que su tétrica presencia desterrase ni por un instante de aquella aristocrática plaza la fatídica y permanente estaca que llamaban rollo.

Valdivia ni soñó siquiera con la probable altura que, con el tiempo, debían alcanzar las casas de la capital cuando su recto trazado ejecutaba, puesto que sus calles, de regular anchura para casas de un solo piso, ya son angostas para casas de dos, y bastaría un piso más para que quedasen condenadas a perpetua sombra.

Gozaban las casas de patios, de corrales y de jardines; todas ostentaban, por entrada, enormes portones, en cuyas robustas manos lucían filas de abultados pernos de cobre para aumentar su solidez; y a ninguna de aquellas que pertenecían a magnates hacia falta, a guisa de adorno coronando el portón, un empingorotado mojinete triangular, en cuyo centro se veían esculpidas las armas que acreditaban la nobleza de sus respectivos dueños.

Todavía el lujo extranjero ni pensaba invadirnos; así es que los salones de nuestros ricos “homes” sólo ostentaban lujo chileno; en vez de empapelado, blanqueo; en vez de alfombras de tripe cortado, estera de la India o alfombra hechiza que ocupaba sólo el centro del salón y dejaba francos los lados de la pared para los asientos, cuya colocación

concordaba con las rígidas apariencias morales propias de aquel entonces; porque los destinados a las señoras se colocaban siempre en el costado opuesto a aquel donde sólo debía sentarse el sexo masculino. Dedúcese de esta poco estratégica colocación para las amorosas batallas, la mutua angustia de los enamorados, aunque fama que ellos se desquitaban después, ya por entre las rejas de las ventanas que daban a la calle, ya por sobre las bardas de las paredes de los corrales. Por lo demás, mesas de madera con embutidos de lo mismo, junto con sus blandones de maciza plata, ostentaban imágenes religiosas, pastillas adornadas del Perú, pavos de filigrana de plata, y mates manserinas, sahumadores y pebeteros del mismo metal. El adorno de las paredes se reducía a uno o dos espejos con marcos de recortes de espejitos artísticamente acomodados, uno que otro cuadro del santo de la devoción de la familia, y tal cual espantable retratón de algún titulado antecesor hecho por el estilo del buen Joséphus Gil. El alumbrado de todo el retablo hacía con velones de sebo, y en los inviernos se templaba el aire del salón con brasas de carbón de espino colocadas en un poderoso brasero de plata maciza con su guapa tarima en medio del aposento.

Las familias menos acomodadas ostentaban en sus salas de recibo el mismo lujo que las ricas; pero en menor escala, porque, salvo presencia del piano forte, muy escasa entonces, o la del clave, instrumento que el pobre suplía con la guitarra arrimada a la pared, y la de la alfombra entera, que el pobre suplía también con una tira de jergón colocada sobre una tarima bajo la cual se sentía el retozo de algunos *cuisitos*, ver una sala de recibo bastaba para poder dar alas demás por vistas.

No sucedía lo mismo con el lujo exterior, cuyo símbolo principal era la calesa, pues semejante carruaje sólo por nobles era usado. Este espantable vehículo, con medas por detrás, con una fila de clavos jemales enhiestos en la tabla que les servía de unión, para evitar que los niños de la calle aumentasen con su peso el abrumador del armatoste, con sopandas de cuero con llantas a pedacitos sujetas en las camas con monstruosos estoperoles, era para la gente acomodada, arca de

Noé tirada por una sola muía, sobre la cual, para mayor abundamiento, se arrellanaba el auriga, zambo gordo, con su correspondiente poncho y sombrero guarapón.

Las calles que atravesaba dando coscorriones este digestivo vehículo, en vez de convexas, eran cóncavas, y por su centro, orillado de pedrones, corrían regueros del Mapocho.

No carecía de chiste lo que llamaban alumbrado público. Consistía éste en un farol que la policía obligaba a costear a cada uno de los vecinos del buen Santiago, para que, colgado en el umbral de la

puerta de la calle, alumbrase con una velita de sebo, algo siquiera de las solitarias calles, en las primeras horas de la noche. Mas, como la policía no fijaba ni la clase de farol, ni el tamaño de la vela, faroles de papel y agonizantes y corridos cabitos de sebo lanzaban desde muchas puertas una mezquina y opaca luz sobre las no muy limpias veredas que tenían al frente y digo no muy limpias, porque, si medio siglo después aquellas garitas de aseo que bautizó el pueblo con el nombre de chaurinas no fueron aceptadas, dejó al lector deducir lo que sería el tal aseo medio siglo antes. Así es que, para evitar indecentes encuentros, las damas que sallan a visitar de noche iban siempre precedidas de un sirviente que, armado de un garrote y provisto de un farol, se detenía a cada momento, ya para alumbrar el pasaje de las acequias que corrían a cara descubierta por el medio de las calles derechas, ya para hacer lo mismo en el de las subterráneas de las atravesadas, cuyos desbordes, que llamaban tacos, inundaban con asquerosas avenidas trechos extensos de la vía pública.

Pero no se crea que porque hablamos de garrotes y de farolitos pretendemos sentar que la capital del Reino de Chile carecía entonces de policía nocturna de seguridad porque esa policía existía y con el curioso nombre de Serenía, así como sus soldados, con el de serenos; si bien hasta ahora nadie ha podido adivinar si este nombre proviene del sereno que cogía el guardián en las noches claras bien de la serenidad con que aguantaba los aguaceros en las noches turbias. El sereno, a su privativa obligación, reunía la de asustar al diablo y la de ser el reloj y el barómetro ambulantes del pueblo. Oíanse a cada rato, en las silenciosas horas de la noche, los desapacibles berridos de estos guardianes, quienes tras un destemplado y estrepitoso ¡Ave María Purísima! gritaban la hora que sonaba el histórico reloj del templo de la Compañía, y en seguida el estado atmosférico.

Un día, después de recorrer las casas del barrio, entró en la de mis padres, con gran séquito de muchachos y de curiosos, una bandeja que bajo una añascada servilleta ocultaba en su centro un misterioso bulto. ¿Qué podría ser aquello?

¿Por qué se daban tanta prisa en santiguarse las beatas al aproximarse a la bandeja? ¿Qué otra cosa había de ser sino que allí estaba en cuerpo y alma el mismísimo zapato del diablo, con sus clavos gastados, su talón caldo y su azufrado aliento Decía la crónica de entonces que la noche anterior, al atravesar el diablo la plazuela de la Compañía, caballero sobre otro diablo introducido en una yegua, tuvo tal susto al oír un inspirado ¡Ave María! que le disparó un sereno al cantar la hora, que sobrecogido perdió los estribos, y que al volar maldiciendo y dándose asimismo calle abajo, se le había caído aquel zapato.

Exhibiciones que tan a lo vivo como ésta manifestaban el estado de inocente credulidad en que nuestro pueblo se encontraba en la época colonial, no eran escasas; pues yo recuerdo haber visto, después de la batalla- de Chacabuco, otra bandeja igualmente andariega y misteriosa, en la cual, en vez de un sucio chancletón, se veía un celemín de colitas de marrano, que pasaban por apéndices traseros cortados por nuestros soldados en el fragor de aquella refriega a los sarracenos, nombre que también se daba entonces a los militares peninsulares.

Pero si es cierto que Santiago no gozaba de aquellos regalos ni de aquellas comodidades que constituyen lo que los ingleses llaman *comfortable*, también lo es que, a medida que hemos ido entrando en ellas, hemos ido perdiendo aquella manifiesta y leal confraternidad, aquella envidiable franqueza que desplegaban los dueños de casa para con las familias amigas o desconocidas que venían de otro barrio a avecindarse en el suyo; pues al recado de felicitación se unía siempre el ofrecimiento de la paila y de la jeringa. Esta confraternidad subía de punto para con los deudos y convidados, sobre todo a la hora de comer. La dueña de casa a poco de principiar la comida, buscaba solícita en su propio en la mesa, un apetitoso bocado, y elevándolo con su propio tenedor, se lo ofrecía con gracioso ademán al convidada, quien, haciendo con presteza otro tanto con su tenedor, devolvía a la dama un cortés saludo. Cuando se servía algún guiso o alguna notable confección culinaria, al momento el dueño de casa se acordaba de aquél de sus amigos o parientes que más gustaba de este bocado, y en el acto, colocado en una fuente con tapa un buen trozo del apetitoso manjar, cubierto todo con una añascada y limpia servilleta, caminaba para la casa del favorecido. Pero esto nada era en comparación del recado que acompañaba el obsequio, recado que era, es. y será mientras vivan hombres en el mundo, la quintaesencia de todas las finezas habidas y por haber. Decía así: *“mando a usted ese bocado, porque me estaba gustando”*. *Ese me estaba gustando*, que tampoco se usa en el día en parte alguna por lo difícil que es al hombre traducir en hechos su significado, se usaba entonces en Chile; y, a fe que si el buen Víctor Hugo le cogiese a mano, si para traducir el sentido de la porquería que dijo el irritado Cambronne empleó páginas enteras para el me estaba gustando, escribirla tres tomos.

El bello sexo santiagueño del año 14 merecía, sin ser tan artificioso en su atavío como lo es el del día, el nombre de bello que siempre le ha sentado.

El adorno de la cabeza se reducía en vez de sombrero europeo, al propio e incomparable cabello de la mujer chilena, a la airosa mantilla, y a tal cual flor recién cogida del jardín. Las niñas lucían

simples trenzas y sólo *levantaban moño* cuando se casaban. Lo que es polvo de arroz, velutina, brillantina y cuantas trampas terminan en ina, no se merecían en aquella época; pero a trueque de todas ellas, nunca dejó de oírse a todas horas en las calles de Santiago la voz chillona de una vieja que de puerta en puerta repetía: ¡*Oblea!* ¡*Pajuela!* ¡*Solimán crudo!* Eran lo primero unas hostias mal hechas de las cuales cortaba con tijera, el que escribía, cuadros para pegar el cierro sus cartas; lo segundo, mechas de algodón azufradas que desempeñaban las funciones de los fósforos del día, y lo tercero, el precursor. obligado de todos los afeites femeninos.

La palidez y las ojeras sólo indicaban solo enfermedades, calaveradas o malas noches, y nunca la echaron de cebo para atraer enamorados; ni de galas de hermosura, como sucedió después. Merced a la sencillez y a la limpieza del vestido corto, nunca profanado por la tierra y las inmundicias de la calle, lucía en todas partes la airosa santiagueña uno de sus más inocentes y poderosos atractivos, aquel pulido y bien calzado pie que nunca deja de admirar la raza sajona cuando visita las regiones meridionales; así es que ni en la mente más extravagante pudo detenerse entonces la estrafalaria idea que algún día llegase la mujer chilena por espíritu de imitación, a ocultar su escoba de barrer calles, que no es otra cosa el traje rico y arrastrado que ahora lleva. Ocurriósele en aquel tiempo a una bisoja, pero elegante y acaudalada moza española, encubrir su defectuoso mirar echándose al descuido y con cuidado sobre el ojo izquierdo un crespo de sus preciosos cabellos, y las chilenas encubrieron uno de sus dos luceros por entrar en la moda. Quiso una barrigona embarazada dar a sus dos contrapuestas prominencias una forma más aceptable, y se caló el guardainfante, que acabó por crinolina, y las doncellas chilenas, sin tener infantes que guardar, se plantaron también a su guardainfante. A otra vieja francesa, por encubrir las arrugas de su frente, se le ocurrió desparramar sobre aquel eriazó un borbollón de crespos postizos, y las chilenas ocultaron y siguen ocultando su hermosa y tersa frente con esos extravagantes apéndices que sólo pueden caer bien a las viejas y a los caballos. Pero consolémonos, pues todas estas trampillas no alcanzan sólo a la mujer chilena, porque son importadas.

Embrionaria por demás era la educación escolar en aquel pasado tiempo; la que se daba a la mujer se reducía a leer, a escribir y a re-zar; la del hombre que no aspiraba ni a la Iglesia ni a la toga, a leer con sonsonete, a escribir sin gramática, y a saber de saltado la tabla. multiplicar, con aquello defuera de los nueves. Olvidábaseme decir que el alfabeto tenía una letra más de las que ahora tiene, la Cruz de Malta que procedía a la letra A, y que se llamaba *Cristus*.

Nuestras escuelas de hombres, a donde concurríamos niñitos hasta de 17 años de edad, todos de chaqueta y mal traídos, no por falta de recursos, sino por sobrado desastrosos, a pesar del látigo y del mango del plumero manejados con bastante destreza por nuestros graves antecesores, se reducían a un largo salón partido de por medio por una mesa angosta que dividía a los educandos en dos bandas, para que pudiesen mejor disputarse la palma del saber. Uno de los costados de la mesa llevaba el nombre de Roma. el otro el de Cartago; y un cuadro simbólico representando la cabeza de un borrico, de cuyo hocico colgaban un látigo y una palmeta era por su mudable colocación el castigo del vencido o el premio del vencedor.

El profesor o *dómine*, quien, como todos los de su especie entonces, podía llamarse don Tremendo, ocupando en alto una de las cabeceras del salón, ostentaba sobre la mesa que tenía por delante, al lado de algunas muestras de escritura y de tal cual garabateado catón, una morruda palmeta con su correspondiente látigo, verdaderos propulsores de la instrucción y del saber humano en una época en que se encontraba letra con sangre entra.

En cuanto a la educación superior, peor es meneallo, porque todo lo aprendíamos en latín, para mayor claridad. Del estudio especial del idioma español, ¿para que hablar? ni ¿quién podía perder tiempo en ponerse a estudiar un idioma que todos nacíamos hablando? Como diz que se expresó, por mal de sus pecados, el buen don Juan Egaña cuando se le consultó si el estudio de la gramática castellana debería o no entrar a formar parte de los ramos especiales que se enseñaban en nuestros colegios. Y, ya que el acaso me ha hecho topar con la gramática de la Academia Española, no está de más que sepan nuestros sabios del día que en 1814 ni vislumbre siquiera existía en Chile de semejante mueble. En las conversaciones que el acaso me proporcionaba tener con el distinguido patriota y sabio jurisconsulto don Gabriel Palma sobre la educación que se daba en Chile a la juventud en aquella época, me aseguró, y este dato fue ratificado después por los viejos generales Lastra y Pinto, que en 1815, siendo él profesor de latinidad en el Seminario, enseñaba a hurtadillas y como por mero adorno suplemental a sus manteístas, algunas reglas de hablar y de escribir en castellano, porque nadie se hubiera entonces atrevido a enseñar en público semejante bagatela. No habla en parte alguna ni gramáticas ni diccionarios puramente españoles, porque estas dos bases fundamentales de nuestro idioma sólo comenzaron a verse entre nosotros, y en muy contado número, a principios del año de 1817.

Nadie podrá disputar con justicia a Palma la gloria de haber sido

el primer profesor de gramática castellana en Chile, ni al general don Francisco Antonio Pinto la de haber hecho terciar, por primera vez, al gobierno patrio en esta mejora de la pública instrucción, al ordenar, como ministro del Interior, el año 1825. que tuviese el estudio especial de la gramática castellana como parte integrante de los del Instituto. Pero no quiero anticiparme, para no destruir la ilación que me imponen las fechas.

La *cimarra*, sustantivo chileno derivado del adjetivo cimarrón, fue seguramente inventada por los niños de mi tiempo. Concurríamos temprano a las escuelas, y por poco que tardase en abrir el profesor, nos llamábamos a huelga, y sin más esperar, nos marchábamos al río a provocar a los chimberos para decidir quién quedaría dueño aquel día del puente de palo. En él y debajo de él, porque el río iba casi siempre en seco, nos zamarreábamos a punta de pedradas y de puñetes hasta la hora de regresar a nuestras casas, lleno el cuerpo de moretones y la cabeza de disculpas, para evitar las consecuencias del enojo paterno, aunque siempre en vano, porque el palo del plumero nunca dejaba de quitarnos de las costillas el poco polvo que nos habían dejado en ellas los mojicones.

Cuando recuerdo que, hombrecitos de 14 a 16 años, andábamos todas las siestas, a hurto de nuestros padres, corriendo por tejados y desvanes pesa en mano, para apoderarnos de los volantines ajenos; cuando recuerdo cuánto afán costaba a nuestros padres, después de hacernos *saludar a la gente*, el conseguir que permaneciésemos algunos momentos en la sala de recibo, y veo que los niños del día, no sólo acuden a saludar sin ser llamados, sino que ni siquiera nos dejan hablar por quererse meter a gente antes de tiempo; cuando recuerdo que considerábamos perdido el día domingo que no había sido empleado en correr a caballo, en enlazar, en buscar camorras, en trepar sobre los árboles, en rompemos la ropa, en embarramos y hasta en extender cuerda de vereda a vereda para levantar perros a la pasada; y veo ahora que jueves y domingo se inunda de pequeños y satisfechos estudiantes nuestro principal paseo; que cada uno de ellos en los días comunes anda mejor traído que lo que andábamos nosotros en los días festivos; que a ninguno le falta bastón en vez de llevar pañuelo, pues más necesidad tienen las narices de éste, que sus infantiles pies del primero; que en todas partes se adelantan a ocupar los sofás de preferencia, sin cuidarse de cederlos a las señoras: que cuando andan juntos no se oye más voz que la de ellos y que cuando solos, parece por su afectada gravedad que, puesta la mente en alguna Dulcinea, anduviesen en pos de consonantes para una endecha amorosa; cuando les oigo muy orondos meter su cuchara de pan en los puntos más delicados del derecho, en lo más intrincado de las

cuestiones religiosas, en la inconstancia de las mujeres, y hasta en el hastío que les causan los desengaños de la vida, de veras que me siento humillado por mis antecedentes. La altura a que han llegado nuestros niños en el día, sólo

puede igualarse en tamaño con la hondura del abismo en que se criaron los niños de mi tiempo.

También gozaban de especial sabor las diversiones públicas de aquel Santiago del recién proscrito faldellín. Las carreras de la Pampilla y del Llanito de Portales eran los lugares donde, a campo abierto y sin tribuna alguna, nobles y plebeyos acudían, encaramados sobre toneladas de pellejos liguanos a disputar el premio, ya de la velocidad o ya del poderos empuje del pecho de los caballos diversión que, estimulada por la bebida y el canto, solía lucir por obligado postre, amén de algunas costaladas, tal cual descomedida puñalada. No menos democráticos que las carreras los burdos asientos del reñidero de gallos colocaban hombro con hombro al marqués y al pollero, sin que ninguna de estas dos opuestas entidades, entusiasmadas por el ruido de las apuestas y el revuelo de los gallos, se curase de averiguar la supuesta o la real importancia de su vecino. Las corridas de toros, las de gallardas cañas, se alternaban con las festividades religiosas de dentro y de fuera de los templos. Los días de los santos de hombres ricos, la escasa música de la guarnición de la plaza recorría solícita las calles y tocaba en los patios de las casas de los pudientes que enteraban año. El ceremonioso contoneo, la bolonilla, el calzón corto y la hebilla de oro, ordinarios acólitos de los besamanos, contrastaban con los repiques de campanas y con los voladores y las temidas viejas que atronaban el aire cuando el natalicio del Rey o cuando la entrada de un nuevo Gobernador y Capitán General del Reino de Chile. Las visitas a los retablos de los nacimientos y las comisiones, esas batallas aéreas de volantines contra estrellas hasta de cien pliegos de papel de magnitud, cuyas caídas y enredos de cordeles alborotaban a los dueños de casa, se llevaban las tejas por delante y ocasionaban en las calles *chañaduras* y muchas veces navajazos y bofetadas; todas estas diversiones, incluso aquélla de sacar reos de la cárcel para matar a garrotazos perros en las calles, daban golpes y materia de variada conversación en el feliz Santiago.

Lo que es teatro, poco o nada se estilaba; porque todavía los títeres, verdaderos precursores del teatro, cuasi ocupaban por entero su lugar, así es que muy de tarde en tarde hacían olvidar los chistes del antiguo *Josecito*, hoy *Don Pascual*, algunos espantables comediones o sainetes que, con el nombre de Autos Sacramentales, solían representarse en los conventos.

Siempre entraban en estas composiciones religiosas, muy celebradas entonces, su San Pedro, su San Miguel, con aquello de:

*Yo soy el ángel que vengo
De la celestial esfera
Mandado del mismo Dios
Para hacerte cruda guerra;*

el Rey Moro, el Diablo, el gracioso, la criada respondona, y cuantos otras disparates podía personificar el mal gusto.

Concordaban a lo vizcaíno los trajes con las personas que debían caracterizar, y sólo faltó para su incuestionable perfección que algún roto saliera haciendo de Julio César con botas granaderas y su guapa chapa de pedreñales en la cintura.

Puede calcularse cuán en mantillas estaría el teatro el año catorce por lo que era el año veinte, y esto que tenía por padre y por sostenedor a un hombre tan activo, tan inteligente y patriota como lo era don Domingo Arteaga, sin cuyo celo quien sabe cuánto tiempo más hubiéramos tenido que pasar contentándonos con simples teatros como el de la *¡chingana de ña Borja!* A este activísimo empresario debemos la erección del primer teatro chileno, fundado el año 18 en la calle de las Ramadas, trasladado el año 19 a la de la Catedral, y colocado de firme el año 20 en la antigua plazuela de la Compañía, hoy plaza de O'Higgins.

Como la moralidad de las representaciones teatrales era cuestionada por los rancios partidarios del Rey, las patriotas, convirtiendo teatro en arma de combate, después de escribir con gordas letras en el telón de boca de estas das versos de don Bernardo de Vera:

*He aquí el espejo de virtud y vicio,
Miraos en él y pronunciad al juicio,*

establecieron como regla fija que el teatro se abriera siempre con la Canción Nacional, versas del mismo Vera y música del violinista don Manuel Robles. y que sólo se representaran en él, con preferencia a otros dramas, aquellos que, como *Roma libre*, tuviesen más relación con la situación política que el país se encontraba.

Comoquiera que fuese, en el teatro ni actores ni espectadores se daban cuenta del papel que a cada uno correspondía. En el simulacro de las batallas, las de afuera animaban a los del proscenio; en el baile, los de afuera tamboreaban el compás, y si alguno hacía de escondido. y otro parecía que le buscaba inútilmente, nunca faltaba quien le ayudase desde la platea diciendo bajo la mesa está. Recuerdo dos hechos característicos. Fue una vez pifiada aquella afamada cómica Lucía, que era la mejor que teníamos, y ella en cambio y con la mayor desenvoltura, increpó al público lanzándole con desdeñoso

ademán la palabra más puerca que puede salir de la boca de una irritada verdulera. Fue llevada a la cárcel, es cierto; pero también lo es que al siguiente domingo, mediante un cogollo o pecavi que ella confabuló para el público, éste la comenzó a aplaudir de nuevo. En la platea figuraban siempre en calidad de policía tres soldados armados de fusil y bayoneta: uno a la izquierda, otro a la derecha de la orquesta y el tercero en la entrada principal. Principiaba entonces el uso de no fumar en el teatro; pero un gringo que no entendía de prohibiciones, sobre todo en América, sin recordar que tenía al soldado a su lado, y sobre su cabeza el palco del Director Supremo don Bernardo O'Higgins, sacó un puro y muy tranquilo se lo puso a fumar. El soldado lo reconvino, el gringo no hizo caso; pero apenas volvió el soldado a reconvenirlo con ademán amenazador, cuando, saltando el *gringo* como un gato rabioso, empuña el fusil del soldado para quitárselo, y se arma entre ambos tan brava pelotera de cimbrones y de barquinazos que Otelo y Loredano, desde el proscenio y los espectadores desde afuera, se olvidaron de la enamorada Edelmira para sólo contraerse al nuevo lance. O'Higgins, que no quiso ser menos que todos los demás sacando el cuerpo fuera del palco, con voz sonora gritó al soldado: ¡cuidado, muchacho, como te quiten el fusil! Envalentonado entonces el soldado, desprendió el fusil de la garra británica, y de un esforzado culatazo tendió al gringo de espaldas en el suelo; ¿Y qué sucedió después? Nada. Se dio por terminado el incidente y Edelmira volvió a recobrar sus fueros.

Pero no todo era solaz y recreo en el Santiago de la Patria Vieja y de San Bruno, porque la seguridad individual que se gozaba en él casi no merecía semejante nombre. A cada rato corría de boca en boca, a falta de diarios noticiosos, que algún salteo o algún asesinato se había perpetrado en alguno de los conocidos centros del crimen, como ser Pasos de Huechuraba, San Ignacio, Portezuelo de Colina, La Dormida, Cuestas de Lo Prado y de Zapata, Llanos de Peñuelas y otros lugares cuyos nombres omito, porque no estaban, como lo estaban éstos, en tan frecuente contacto con la capital.

Los viajes se hacían a caballo; mas ninguno viajaba sin su chapa de pistolas, su machete y muchas veces sin su naranjero, antigua, ametralladora en cuya boca, que parecía trompa, se echaba para cargarle un puñado de balas.

Allá por los fines de cada septiembre, época de los rodeos, se notaba gran movimiento de carretas, de mulas y de huasos a caballo en las puertas y en los patios de las casas de los hacendados que se disponían a marchar con sus familias hacia sus propiedades rurales. Las carretas, único vehículo que en los viajes usaban las señoras, los niños y las criadas, eran unos pesadísimos y antediluvianos armatostes,

cuyas toscas ruedas llevaban por llantas burdos trozos de algarrobo sujetos con estacas de lo mismo, y por ejes, gruesos garrotes de madera, hechos, como vulgarmente se dice, a punta de hacha, que no dejaban de chirriar desde el momento de ponerse en marcha hasta el de llegar a su destino. Sólo 26 años después, esto es, el año de 1830, se introdujo por primera vez en Chile el uso de la llanta de fierro para mejorar esta importante Arca de Noé. En ella, junto con los colchones que cubrían el centro para mitigar la fuerza de los golpes que le hacían dar las desigualdades del piso de los caminos, y la cortina de seda que adornaba su entrada, se veían siempre figurar en el más amigable y franco consorcio, señoras, criadas, niños, canastos con naranjas, canastos con huevos duros y con fiambres, canastitos de dulces de las recogidas, el tiesto íntimo de plata maciza, la harina tostada, el charqui para valdiviano, el terrífico instrumento del bitoque y la siempre consoladora guitarra. Con este ajuar, y al lento paso de pesados bueyes, se llegaba al cabo del día, después de sufrir un sol abrasador, a unos simulacros de posadas o de ventas donde todo faltaba menos la incomodidad. En cuatro días se llegaba a Valparaíso, y en más o menos tiempo a las haciendas a donde se dirigían las caravanas primaverales.

Los comerciantes de Santiago ocurrían con frecuencia para el abasto de mercaderías a Buenos Aires desde cuya plaza, a lomo de mula y a través de las peligrosas laderas de los Andes, internaban en Chile los efectos que no les era dado encontrar en la aldea de Valparaíso.

¡Cuánto tiempo no se perdía entonces, cuánta vida no se malgastaba en puros viajes!

No sólo, pues, debe buscarse la causa del atraso en que yacen algunas naciones en las instituciones políticas que las rigen. El forzoso aislamiento en que se encuentran en sus respectivas residencias los hijos del mismo país, la falta de continuo y fácil contacto entre unos y otros concurren a una, con las malas instituciones, al lamentable atraso del comercio, de la industria y al de la misma civilización. Los caminos y la supresión de las distancias hacen al hombre más social, prolongan su vida útil, y con la experiencia que ésta da, mejora en todos sentidos su condición.

Quien vio a Santiago el año de 1814 y lo tomó a ver el de 1825, pudo decir con fundamento: O los grandes acontecimientos políticos y sociales recién desarrollados en este pueblo no le han dado siquiera tiempo para vestir un traje menos raído, o Santiago ha nacido para eternizarse como se esta.

El Santiago material del año catorce, salvo escasísimos retoques, era el mismísimo del año veinticinco. Solo por que no se me enfaden

los santiagueños nacidos el año de 1830 no quiero traer, con detalles, a la memoria los sustos que pasábamos en la feliz Cañada cuando, escapada alguna vaca del inmundo matadero de San Miguel, perseguida con temerosa algazara por perros y por huasos de a caballo. atravesaba furiosa aquel paseo llevándose por delante cuanto encontraba. Cierto es que el año de 1830 ya no tenía que andar forzosamente el Presidente con banda lacre y rapacejos de oro, como lo es también que ya ese año comenzó la derrota de las pesadísimas calesas, la feliz aunque lenta introducción de birlochos y de coches, aunque para ser justos es fuerza no olvidar que los tales carruajes se lavaban en plena calle a fuerza de abluciones de agua de la acequia lanzadas sobre el vehículo a punta de mate o de cáscaras de sandias.

Pero no nos burlemos de modestas cunas; las andrajosas aldeas de Santiago y Concepción fueron las de nuestros padres y de entre aquellos andrajos se alzaron los gigantes a quienes debemos patria y libertad.

Descrito sobre corriendo el primer teatro de mis pasados tiempos, voy a seguir consignando, según el orden numérico de los años transcurridos, lo poco que la edad no ha podido aún borrar de mi memoria.

CAPITULO II

Valparaíso._ Primera lección de Derecho Internacional positiva._ – Lastra. – Carrera. – Derrota de Rancagua. – Osorio. –Juan Fernández. Juan Enrique Rosales. – Su hija Rosario. – prisión de mi madre. – Felipe Santiago del Solar.

Entonces como ahora, en los veranos, muchas familias, de Santiago, por buscar expansión y mejor aire, trocaban las comodidades del aristocrático hogar, ya por las rústicas e incómodas ratoneras de sus casas de campo, ya por los no menos incómodos alojamientos que se procuraban en los puertos marítimos, a donde acudían a bañarse, a torear la ola, a ver barcos y a recoger caracolitos para regalar a las amigas a su vuelta a Santiago.

Y tenían razón de huir de tan poco higiénica población la gente en los veranos.

En pos de respirar más puros aires, encontrábase entonces mi familia respirando el que en aquella época corría en el desgredado Valparaíso; ambiente que, si entonces era hediondo, merece por lo menos el premio de la perseverancia, pues ha sabido conservar, si no aumentar, sus quilates hasta la época presente.

Nuestro Valparaíso comenzaba apenas en el año de 1814 a abandonar la cáscara que encubría su casi embrionaria existencia. La aristocracia, el comercio y las bodegas se daban la mano para no alejarse de la iglesia matriz; y el gobernador vivía encaramado en el castillo más inmediato, que era uno de los tres que defendían el puerto contra las correrías de los piratas. Lo que es ahora suntuoso Almendral, era a modo de una calle larga formada de ranchitos y de tal cual casucho de teja, arrabal por donde pasaban, para llegar al puerto,

las chillonas carretas y las pocas recuas de mulas que conducían frutos del país para embarcar y para el escaso consumo de aquella aldea. Toda la playa, desde ese extremo al otro de la bahía, era un desierto que sólo visitaban las mareas, y en el cual, en medio del sargazo y junto a algunas estacas donde los pescadores colgaban sus redes para orearlas, se veían varados algunos de los informes troncos de árboles ahuecados que llevan aún el nombre de canoas.

La comunicación del puerto con el Almendral no era tampoco expedita, puesto que el mar, azotando en las altas mareas con violencia las rocas de la caverna llamada Cueva del Chivato, cortaba en dos partes la desierta playa.. Recuerdo que la policía, para evitar los robos que solían hacerse de noche en aquel estrecho paso, colocaba en él, suspendido de una estaca, un farolito de papel con su guapa vela de sebo de las de a cinco al real. Con decir que los zapatos se mandaban hacer a Santiago. Basta para dejar sentado que, después de San Francisco de California, con iguales recursos, ningún pueblo de los conocidos ha aventajado a Valparaíso, ni en la rapidez de su crecimiento ni en su importancia relativa, sobre las aguas los mares occidentales.

Entre los contados cascarones que mecían las aguas de aquella desierta bahía, sobresalía imponente, al mando del bizarro comodoro David Porter, la hermosa *Essex*, fragata norteamericana de cuarenta cañones, cuya alegre marinería en los cerros, y su no menos festiva oficialidad en los planes, daban a la dormida aldea un aspecto dominguero, lo cual por lo mismo que era bueno, no pudo ser de larga duración.

Habían ocurrido de nuevo al desastroso recurso de las armas la antigua madre Inglaterra y su altiva y recién emancipada hija Norteamérica. Buscábanse sus respectivas naves en todos los mares para despedazarse, cuando, en medio del contento que esparcía en Valparaíso la estadía de la *Essex*, se vio con espanto en la boca del puerto aparecer en demanda de ella a la *Phoebe* y a la *Cherub*, dos poderosos buques de guerra británicos que, a todo trapo, tiraban a acortar las distancias para cañonearla.

Hízose fuego desde tierra para indicar a los agresores, con los penachos de agua que levantaban las balas de nuestros castillos, hasta dónde alcanzaba nuestra jurisdicción marítima y el propósito de sostener nuestra neutralidad en ella, lo que parecieron comprender los ingleses, pues ese día y el siguiente limitaron su acción a simples voltejeos fuera de tiro de cañón.

Recuerdo que, en la tarde del día 28 de marzo, cuando estaban en lo mejor vaciando algunas botellas en casa de las Rosales algunos de los oficiales de la *Essex* que habían bajado en busca de provisiones

frescas, el repentino estruendo de un cañonazo de ésta les hizo a todos lanzarse a sus gorras, y sin más despedida que el fantástico *adiós para siempre del alegre y confiado calavera, saltar, echando hurras en su bote.*

Muchas familias acudieron a los cerros para mejor presenciar lo que calculaban que iba a pasar, y vimos que la *Essex*, aprovechando de un viento fresco y confiada en su superior andar, se disponía a forzar el bloqueo, ya que no le era posible admitir el desigual combate que se le ofrecía, cuando las naves inglesas, temerosas de que se les escapase la codiciada presa, la atacaron en el mismo puerto. Faltóle el viento a la *Essex* en su segunda bordada, quedando en tan indefensa posición que llegamos a creerla encallada, y allí a pesar de los disparos de nuestras fortalezas, para que los ingleses no siguieran su obra de agresión dentro de nuestras mismas aguas, fue la *Essex* despedazada y rendida.

Tal fue la primera lección de Derecho Público, positiva y práctica que me hizo apuntar en la cartera de mis recuerdos la culta Inglaterra, pues ni siquiera dio después al amigo, cuya casa había atropellado, la más leve satisfacción.

Vueltos a Santiago, no tardamos en convencernos de que el año de 1814, año de disturbios y de desaciertos, de glorias y de desastres, no debía de terminar antes de grabar con su propia mano, en la sangrienta lápida destinada a cubrir los gloriosos restos de la Patria Vieja, su mortuario epitafio. Mas, no siendo mi propósito entrar en el dominio de la historia al sacar del olvido estos recuerdos, no debe extrañarse que dejando esa tarea a más calificadas plumas, concrete estos apuntes a señalar los hechos íntimos que yo mismo he presenciado, y a dibujarlos tales como se me presentaron, desnudos de comentarios y de antojadizas apreciaciones.

Gobernaba entonces en Santiago, con el título de Director Supremo del Estado, el cumplido y recto caballero, coronel don Francisco de la Lastra, patriota sin miedo y sin tacha, quien, después de haber servido en la real armada española, había entrado, sin titubear, en el torbellino revolucionario en obsequio de la libertad de su patria. Desgraciadamente, la honradez del caballero y el puro y desinteresado patriotismo no eran entonces prendas capaces, por sí solas, de sostener a nadie en lo alto del poder.

Para conseguir ese propósito, era necesario que a tan apreciables dotes se uniesen el arrojo y la suspicacia que acompañan siempre a la ambición, y Lastra era tan poco ambicioso cuanto confiado en demasía.

Entre dos bandos políticos que se disputaban porfiados el manejo de las riendas del Estado, descollaba el carrerino, en el cual figuraban

en primer término, al lado de muy distinguidos hombres de letras y de valía, el brillante don José Miguel, el adorado don Luis y el jayán de la familia, don Juan José Carrera. Militares los tres hermanos e igualmente exaltados. patriotas, don Luis y don Juan José reconocían a don José Miguel como jefe de la familia y del partido, tanto por su talento y sus conocimientos militares, cuanto por las consideraciones de general aprecio que supo granjearse desde los primeros días de su llegada de España al seno de su patria.

Este joven, que tan brillantes cuanto dolorosas páginas ocupa su vida en la historia de los primeros tiempos de nuestra emancipación política, había llegado a Chile poco después de la instalación de nuestro primer ensayo de Congreso, precedido del honroso antecedente de haber abandonado en España el seguro y, para su edad brillante puesto de teniente coronel de Húsares de la. reales ejércitos, por correr los azares y peligros de una revolución de dudoso éxito, ro que podía, tal vez, dar por resultado la emancipación de su patria del dominio español.

Acompañaban a su feliz estrella, para hacerle desear en los estrados, su figura bien proporcionada, su más bien alta que mediana estatura, su carácter festivo y travieso, su donairosa conversación sazonada de pullas gaditanas que aceraba su natural talento, la soltura y desembarazo del soldado caballero, el fantástico y siempre elegante modo de vestirse, y su exquisita galantería para con las damas; para captarle el aprecio de la. hombres pensadores, sus ideas republicanas, su desembarazado arrojo para emitir las, sus conocimientos militares y el ningún empacho que tenía para sacar impávido la cara en los peligros que podían surgir de su franca energía; y para hacerle ídolo del soldado y del bajo pueblo, su llaneza, su afectado desprecio a las clases privilegiadas y su generosidad, que rayaba en derroche.

Con semejantes prendas, fácil hubiera sido deducir hasta dónde hubiera podido alcanzar este Alcibíades chileno a quien tan poco le costaba ser docto entre los doctos, Lovelace entre las mujeres, grosero y travieso en los arrabales, y soldado en la. cuarteles, si la ambición de ser entre todos el primero, le hubiera permitida esperar los acontecimientos que junto con otra. preparaba, en vez de precipitarlos.

Fueron los tres hermanos Carreras, y muy especialmente don José Miguel, íntimos amigos de la familia de los Rosales. Así es que no nos causó extrañeza, cuando volvimos de Valparaíso, encontrar ocultos y asilados. en nuestra casa al loco de José Miguel, como lo apellidaba por cariño mi abuelo don Juan Enrique Rosales, y a su hermano Luis, recién escapados. de la cárcel de Chillán, a donde el torbellino político los había arrojado.

Es mucho más difícil y aun peligroso de lo que parece, estarse en

los términos medios en política. No tenía mi familia motivo alguno para ser enemiga de Lastra, tenía motivos para estimar a Carrera y a O'Higgins, bizarro rival de éste, y todos dispensaban a mis padres cariños y respetos debidamente correspondidos.

La presencia de los Carreras en casa, el desenfado y aun la imprudencia con que don José Miguel salía y entraba de noche en ella, recibía visitas de encapados y despachaba emisarios, tenían alarmada a la familia, que temía por instantes verse arrastrada por la corriente de las circunstancias a hacerse reo de actos que no aceptaba, pero que la amistad la obligaba a tolerar. Esta situación no estaba ni podía estar destinada a ser de larga duración.

La noche que precedió a la violenta deposición del Director Supremo don Francisco de la Lastra, tuvo don José Miguel, en la antesala de casa, una acalorada bien que amigable discusión, con mi madre doña Mercedes Rosales. Procuraba éste tranquilizarla, desvirtuando con alegres chistes las serias reflexiones que la señora le dirigía; tanto que llegó el momento en que ella, amenazándolo con el abanico, le dijo estas palabras, cuyo significado vine a comprender después: “¡Hasta cuándo eres loco, José Miguel! ¡Mira que al cabo te ha de suceder alguna desgracia; espera siquiera que llegue mi padre!” Don José Miguel, que parecía en ese instante más preocupado de lo que pensaba que de lo que oía soltando una sonora carcajada después de haber mirado su reloj, cogió precipitado el sombrero, y con un *tenga usted cuidado, misiá Merceditas; haga usted de cuenta que ya el pájaro está en la jaula y, por si acaso, asegure la puerta de calle*”, se dirigió por los corredores del interior hacia la de la cochera, por donde solía manejarse, y desapareció.

Al día siguiente fue Lastra arrojado del poder.

En la fresca mañana del día 1 de octubre de 1814, el amodorrado Santiago de 1809, lanzado un año después en el torbellino revolucionario que inició la era de la emancipación política del conocido, aunque no sé por qué llamado Reino de Chile, presentaba el aspecto de un pueblo desasosegado en cuyo ánimo alternaban, con febril afán, la alegría y el temor, la esperanza y el desconsuelo; y no sin causa, pues echábase en aquellos momentos a la dudosa suerte de las armas, en la heroica aldea de Rancagua, el porvenir del país como nación independiente.

Mal cimentado aun el gobierno patrio por haber sido presa hasta entonces de las naturales convulsiones que siempre agitan a los pueblos en la época de su regeneración política, y sorprendido en medio de una revolución fratricida por las fuerzas españolas que venían a la reconquista al mando de don Mariano Osorio, marchando sobre la capital, no había quedado a los jefes patriotas, tardíamente

arrepentidos de su locura, otro arbitrio que el de abrigarse en la indefensa Rancagua, donde hacían a la sazón los más desesperados esfuerzos para defenderse.

A los sostenedores de nuestra emancipación política, a los que apenas comenzaban a gozar de sus envidiables frutos, no les era posible resignarse a perder, de un solo golpe, lo que con tantos sacrificios habían adquirido.

Santiago, agitado en el día, no durmió en la noche; carreras de caballos por las calles, gritos sediciosos, vivas y muera a la Patria, rumores y noticias confidenciales, pero siempre aterradoras y siempre embusteras, fomentaban la más cruel ansiedad en el ánimo de los comprometidos al propio tiempo que despertaban frenética alegría en el de los adictos a la corona.

Llegó, ignorándose aún lo que pasaba, la primera luz del día 2, tan funesta cuanto gloriosa para nuestras melladas armas. Expresos matando caballos llegaron del lugar de la catástrofe gritando todo se había perdido; y como todos recordaban aquella altanera intimación de Osorio dirigida a los que mandan en Chile: “que si no se rendían a las tropas reales, haría la guerra a sangre y fuego sin dejar piedra sobre piedra”. puede deducirse que esperaban que sucediese en Santiago, en caso de resistir, lo que ya daban por hecho que. habría sucedido en Rancagua. Antes de entrarse el sol y en el resto de la triste noche de aquel aciago día, fracciones destrozadas de nuestro ejército, hombres y mujeres a pie, llevando a cuestas parte de su ajuar y a sus pequeños hijos de la mano, pintado el terror en sus semblantes, invadieron los barrios del sur, sin que se oyese por todas partes otra exclamación que la terrífica “¡ya nos alcanza el enemigo!” Pero lo que acabó de sembrar el terror en el angustiado Santiago, fue menos la confirmación de la derrota que la seguridad de la inmediata y precipitada partida de nuestros dispersos destacamentos hacia la cordillera de los Andes. Templos, oficinas fiscales, depósitos de guerra, todo se puso a contribución por los fugitivos jefes del destrozado bando patrio, con el propósito de privar de recursos a los vencedores. Así fue que lo que no pudo llevarse, se entregó al saqueo .

De paso para Aconcagua, don José Miguel Carrera tuvo una conferencia en casa de mis padres con mi abuelo Rosales para tranquilizarlo, asegurándole que la desgracia de Rancagua no era definitiva, puesto que en pocos días más, rehecho en Aconcagua, volvería arrojar a los españoles de Santiago. O’Higgins, íntimo amigo también de mi familia, no parecía abrigar las mismas esperanzas puesto que al despedirse precipitadamente de ella, a consecuencia del aviso de que las fuerzas de Elorreaga seguían a marchas forzadas a los dispersos,

dijo a mi padre con enfurecido semblante: “¡Carrera no más tiene la culpa de cuanto pasa!”

Huía el soldado; ¡cómo no habla de huir el simple particular comprometido! La gente de escasa fortuna, al ver que el rico huía, poseídas del mayor terror, huyeron también; y así es que por muchos días consecutivos después del de la catástrofe de Rancagua, se vieron pobladas las peligrosas laderas de los Andes con soldados desmoralizados, con mujeres, con niños y con ancianos, que sólo veían su salvación tras las nevadas crestas de aquella sierra. Las solitarias casas de las incultas haciendas de aquel entonces sirvieron de asilo a los patriotas que, por su edad, o por sus achaques, no pudieron seguir a los demás para Mendoza; y mi debilitado abuelo con sus hijos y sus nietos, sirviéndole de cariñoso báculo su tierna hija Rosario Rosales, se ocultó en los ranchos de Tunquén de las Tablas, cerca de Valparaíso.

Tras la huida de los comprometidos, tras el completo abandono de sus casas, provistas entonces de todo, era natural que el robo, el saqueo y muchas veces la muerte, imperasen en la desgraciada Santiago, desórdenes y escándalos que sólo terminaron con la llegada de los primeros destacamentos de los vencedores, y sobre todo con la fastuosa y triunfal entrada de Osorio, verificada el día 9.

La población no sólo se componía de partidarios de la independencia; habitaban también en Santiago muchísimas familias adictas al régimen colonial, y lo probo el grande entusiasmo con que el pueblo, vestido de gala, solemnizó en la entrada del vencedor el fausto acontecimiento de la vuelta de Chile, hijo pródigo entonces, al seno de la Real Corona de Castilla. Arcos triunfales, banderas y cortinas de seda en los balcones, repiques de campanas, pregonaban el general contento, y flores desparramadas con profusión señalaban, sobre el pavimento de las calles, el fastuoso rastro que iba dejando en ellas la satisfecha comitiva de aquel afortunado redentor que tantas lágrimas había de hacer verter después a muchos de los mismos que con tanto alborozo le recibían.

Rancagua fue, pues, el sepulcro de aquella Patria Vieja tan mentada que, desde su primera infancia, supo en su misma cuna ostentar, como Alcides, el poder de su voluntad y de su fuerza. Nacida el 18 de septiembre de 1810 para lanzarse, sin más brújula que el patriotismo al través de las borrascas que levanta siempre el huracán de las emancipaciones políticas, sólo después de haberla arrastrado durante cuatro años consecutivos, luciendo siempre en ellas, bien que con algunos naturales desaciertos, cuantas virtudes cívicas, cuanto

heroísmo y cuanta patriótica poesía pueden engalanar el corazón humano, murió como el fénix, legando a Chile aquéllas gloriosas cenizas que debían renacer inmortales en Chacabuco con el nombre de Patria Nueva.

Bajado el telón que separa el primero del segundo acto del sangriento drama de nuestra emancipación, Osorio y después de él Marcó, guiados por la mano de una política mal entendida, arbitraria y cruel, parece que sólo se ocuparon en no errar desaciertos para provocar la reacción.

Puede ser que Osorio, al llegar a Santiago, abrigase, como lo aseguran algunos escritores peninsulares, el pensamiento de seguir una política de conciliación tal, que captándose las voluntades de los adustos republicanos que acababa de vencer, adquiriese al mismo tiempo, a fuerza de dulzura y de actos de equidad, lo que no era dado exigir del mal entendido rigor; pero desgraciadamente, presupuesto semejante pensamiento, no pasó esto de ser un ligerísimo destello de cordura. El corazón de ese hombre no era bueno, y si lo fue, será forzoso convenir en que las sugerencias del miedo y las de los malos consejos pueden provocar actos de fiera en las almas más bien puestas.

Comenzó este terrible jefe desde el mismo día en que colocó su sala de despacho en la casa del Conde de la Conquista, lugar de su primer alojamiento, por desmentir con tanto disimulo cuantos dichos de rigor se le hablan atribuido, y por aparentar tanta mansedumbre y natural dulzura para con los vencidos, que estos llegaron hasta creerle sincero; y aún recuerdo haber visto a hombres muy respetables alzar, en casa de mis padres, las manos al cielo en actitud de darle gracias por tan inesperado beneficio.

Bien poco duró, sin embargo, el motivo de esta efusión de reconocimiento, puesto que aún no se habla secado la tinta con que se firmaban las promesas, cuando viendo el confiado redil al alcance de su garra, ese lobo, que en vano ha querido justificar la historia, se sobré él.

El recuerdo de la brutal e inútil tiranía que desplegó Osorio a los doce días de su entrada en Santiago sobre cuantos padres de familia y cuantos hombres de su posición podían honrar a su país con sus talentos y con sus virtudes, vivirá en la memoria de los chilenos tanto tiempo cuanto fuere el de la duración de nuestra historia.

El aspecto que presentaba la plaza de Santiago la tarde del día 2 de noviembre de 1814, invadida por una multitud de gente, cuyos semblantes traslucían ya la simple curiosidad, ya el dolor o ya el gesto de la venganza satisfecha, era lógica consecuencia del atentado perpetrado por Osorio en las altas horas de la noche precedente sobre muchos de los principales y descuidados vecinos de la reivindicada capital. En el espacio que un cordón de soldados conteniendo la gente

agrupada dejaba franco en frente de la portada de la cárcel, se veían sin que muchos atinasen el porque, coma cincuenta ruines cabalgaduras, ensilladas unas, otras con simples pellejos de ovejas por monturas, y la mayor parte con bozales de cáñamo o de cuero en vez de frenos. ¡Quién, sin saberlo de antemano, hubiera podido imaginarse que aquella recua de animales maltratados y provistos de tan míseros arneses, era el único medio de transporte que una inútil crueldad proporcionaba a ilustres expatriados para llegar a Valparaíso, primer descanso de la escala del martirio que conducía al presidio de la lejana isla de Juan Fernández!

Era, sin embargo, la verdad. Antes de cerrar el día y en medio del silencio doloroso de los espectadores, silencio que sólo interrumpía de cuando en cuando alguna brutal imprecación de un sargento de Talaveras, se vio salir con tardo y enfermizo paso, del portal de la cárcel un grupo de más de cuarenta respetables patriotas, los cuales, a pesar de su merecimiento, del respeto que inspiran las canas, y de los miramientos que dispensan siempre los corazones bien puestos a la desgracia, fueron obligados, poco menos que a empellones, a cabalgar, y sirviendo su dolorosa y ridícula apostura de tema para brutales risas, a marchar bajo una fuerte custodia para el vecino puerto.

Así caminaron para su destino, sin más ajuar que la ropa que llevaban puesta, ni más alivio en tan penoso viaje que el que podían adquirir de sus guardas, con el poco oro que el acaso les permitió llevar consigo cuando fueron prendidos, Rojas, Cienfuegos, Egaña, Eyzaguirre, Solar y tantos otros distinguidos patriotas que por muy conocidos no menciono; pues será sobrado decir que no quedó nombre considerado que no figurase en la lista de los proscritos, ni casa respetable de Santiago que no vistiese luto- por la suerte que a sus deudos o amigos esperaba.

La pródiga naturaleza,, que ha derramado siempre sobre la mujer chilena, junto con los encantos de la hermosura, los atractivos de la virtud, parece que se hubiese complacido, en aquel entonces, en concentrar en Rosario Rosales, niñez, hermosura y un inagotable tesoro de amor filial.

Sorprendida aquella tierna niña con los alaridos de la familia de su anciano padre, don Juan Enrique Rosales, al ver que una tropa de soldados, atropellándolo todo, le arrancaron del lecho para arrojarlo, enfermo como estaba, a una cárcel en la tenebrosa noche en que se dio aquel odioso golpe de autoridad; envuelta con precipitación en su mantilla, sin consultar a nadie, ni darme cuenta de lo que hacia, siguió desatentada a los raptores del única bien que poseyó en el mundo; mas, al llegar a la cárcel, al oír el ruido de la reja que se cerraba tras de él, la naturaleza, recobrando sus fueros, la derribó

desmayada sobre las frías baldosas de la entrada de aquel temido lugar. Recogida por los hermanos que siguieron tras de aquella desgraciada personificación del amor filial, apenas volvió en sí cuando perseguida por la idea de que iban a matar a su padre, corrió despavorida a golpear en todas las casas donde el instinto le decía que podía encontrar a quien, apiadado de su situación, intercediese por la conservación de vida tan preciosa; mas, como en todas partes, sólo encontrase, bien que con buena voluntad, la indecisión del desconsuelo, venciendo todas las dificultades que el adusto Osorio oponía a cuantos intentaron hablar con él en los momentos supremos de la deportación, el ángel del amor filial bañó en vano con suplicantes lágrimas las inmundas botas de aquel sátrapa. Don Juan Enrique Rosales había sido miembro de la primera Junta Patriota erigida para baldón de España el 18 de Septiembre de 1810; era preciso, pues, que él, así como sus compañeros Marín, Encalada y Mackenna, pagasen tan- atroz atentado contra la Corona de Castilla.

Rosario, acompañada de su hermano Joaquín siguió la escolta de su cautivo padre, quien, junto con sus demás compañeros de desgracia, llegó a la aldea de Valparaíso a los tres días de un penoso viaje.

En este villorrio, que por la emoción que causan en mi viejo corazón los tristes recuerdos de aquella época, no describo ahora, existía entonces, por fortuna para los recién llegados, el caritativo y bondadoso español don Pablo Casanova, quien de limosna, porque ésta es la palabra que traduce sus actos, mantuvo a los prisioneros los tres días que permanecieron en tierra, mientras se alistaba la barca *Sebastiana*, que debía transportarlos a Juan Fernández.

La hija del anciano Rosales, entretanto, para conseguir siquiera que se le permitiese compartir con el autor de sus días el destierro, repitió en Valparaíso en casa del jefe de la plaza la misma escena que le habla valido en Santiago la cruel repulsa del mandatario Osorio. Fue, pues, al segundo día de su llegada, a depositar sus lágrimas y sus ruegos a los pies del gobernador del puerto, que lo era entonces el comandante de fragata de la Real Arruada, Ballesteros.

Voy a consignar las palabras con las que, en tiempos más serenos, me refería mi tía este lance de su azarosa vida: “Después de una hora de angustiosa espera, se dignó darme audiencia Ballesteros, quien, sentado en su escritorio, parecía conferenciar con algunos oficiales del ejército. Aquel frío qué se le ofrecía? que me dirigió el gobernador con terca seriedad, sin siquiera dignarse ofrecerme un asiento, me quitó desde luego la poca esperanza que abrigué hasta que estuve en su presencia. Me oyó impasible tartamudear mi súplica, y al ver que en los momentos de silencio en que me ahogaba el llanto, en vez de contestarme parecía entretenerse es trazar distraído, sobre una

hoja de papel, algunos garabatos que después borraba sin saber por qué, ya parecía inútil mi insistencia, cuando el gobernador encarándome con dureza estas palabras: ¡basta de lágrimas, señora, lo que no se puede no se puede!... ¡no sé cómo no me caí muerta! No pude retirarme. La imagen de mi padre enfermo, muriéndose en el desamparo del destierro, sin tener a su lado ni siquiera una mano amiga que le cerrase los ojos, me habla dejado como petrificada, lo cual, visto por el gobernador, al parecer impaciente por mi tardanza en despejar la sala, me asió entre brutal y comedido y me condujo a la puerta del despacho, donde arrojando un papel al lado de afuera, me volvió con desenfado la espalda. Dios me inspiró que levantara del suelo aquel papel, que leído momentos después, contenía estas palabras que sólo el gobernador y yo podíamos interpretar: Embarcarse, como para viajar... Supe después, continuaba mi tía, por el contador de la *Sebastiana*, que entre otras cosas que el gobernador habla hablado con el capitán de esa nave, le había dicho: “en caso que la chica de esa buena pieza de Rosales desee acompañar a su padre, déjela usted que le acompañe, que no por ser mujer, deja de ser insurgente”.

Esa tira salvadora de papel, conservada como reliquia por mi tía hasta sus últimos momentos, obra en mi poder, y la conservo como un fehaciente testimonio que caracteriza el espíritu que dominaba en aquella época, en la cual, hasta para hacer mercedes, tenían los dependientes de Osorio que parecer brutales.

La vida del anciano patriota don Juan Enrique Rosales, la de su hija Rosario la de cada una de las víctimas que compartieron por igual delito las angustias y privaciones del destierro a Juan Fernández desde el día de su cautiverio hasta el 25 de marzo de 1817, época de su repatriación por O'Higgins, es un drama que no entra en mi propósito narrar.

Contábase entre los vecinos de Santiago que no siguieron el camino de Mendoza, ni tampoco el de Juan Fernández o el de las casamatas de los castillos de El Callao, mi padrastró doctor don Felipe Santiago del Solar, a quien daba yo y doy todavía el nombre de padre. Era éste-uno de los acaudalados y tenaces patriotas a quienes la política de Osorio convenía atraer o arruinar. No habiendo podido conseguir el logro de la primera parte de esta terrible disyuntiva, entró Osorio de lleno en la segunda, imponiendo a Solar tal copia de contribuciones, de préstamos y donativos forzosos, que, a no haber sido por las relaciones mercantiles que conservaba aquella poderosa casa en Buenos le hubiera arruinado por completo. Parecióle esto, sin embargo, poco al despiadado mandatario; quiso tocar cuerda más sensible para reducir al

incorregible insurgente, y su exquisita crueldad le sugirió la idea de herir al rebelde en el corazón, encarcelando a mi madre.

Al ver la tenacidad con que Osorio procuraba la ruina de los intereses de Solar, no parece sino que este suspicaz mandatario sospechaba el papel que debían desempeñar en la obra de la emancipación americana el ardiente patriotismo y las riquezas de su perseguido; pues, apenas entró el año de , cuando aquella sospecha se tomó en presagio, como consta del documento histórico que a continuación copio, por no ser 'de todos conocido:

"Lima, Octubre 4 de 1833

Reconócese por el Estado a favor de don Felipe Santiago del Solar 60.000 pesos en parte de la cantidad que le declaró el Congreso en 3 de diciembre de 1832, por resto del saldo de las cuentas respectivas a la habilitación del ejército Libertador que vino al Perú en 1820 al mando del general San Martín, cuya será satisfecha en el modo y en las oportunidades que lo permitan las actuales exigencias del erario. — Tómese razón en la Contaduría General de Valores y Tesorería General. — Gamarra.

Tomése razón en la Contaduría General de Valores. — Lima, Octubre 8 de 1833.—
Arriz.

Tomóse razón en la Tesorería General del Estado. — Lima, Octubre 8 de 1833.—
Burgos."

No hablan transcurrido tres semanas después de la salida de la *Sebastiana* cuando recibió ese nuevo golpe mi familia. Corría la tarde del 7 de noviembre y, al abrigo del corredor que daba al jardín, procuraba en vano mi padre calmar el llanto que arrancaba a su esposa el doloroso recuerdo del destierro de su anciano padre, cuando fue interrumpido por el extraño aviso de que un carruaje custodiado por soldados se acababa de detener en la puerta de calle.

Corrimos mi hermano Carlos y yo a averiguar lo que aquello significaba, y no tardamos en ver salir del carruaje a un militar rechoncho, bajo de cuerpo, anchó de espaldas, pescuezo corto, cara expresiva y anchos bigotes castaños. Iba vestido con afectación, y en su alto morrión, que no decía con su estatura, llevaba esculpidos en latón amarillo, junto con la corona, los leones heráldicos de España.

Este personaje, que nos llenó de miedo, después de atravesar con desembarazo y seguido de dos soldados el primer patio: ¡Ah de casa! Gritó en la antesala, y mi padre, que le salió al encuentro, saludándole con el nombre de señor don Vicente San Bruno, le preguntó la causa que le proporcionaba la ocasión de verle. San Bruno contestó: “Yo no le busco a usted. Todo por su orden, pero no tenga usted cuidado por eso, que no ha de tardar mucho en que nos veamos más de cerca las caras. Busco a doña Mercedes Rosales, y es lástima que sea tan guapa moza esa insurgente... ¡Vamos, no perdamos tiempo!” Intimidada la orden de prisión a la madre querida, junto con el ademán de asirla de un brazo, Carlos y yo, dando alaridos, nos lanzamos sobre San Bruno, quien de un solo revés al proseguir su marcha, tendió a los dos pobres niños sobre las piedras del patio.

CAPITULO III

Conflictos de Marcó. – Chacabuco. – Gran sarao dado al ejército vencedor. – Armas heráldicas de Chile. – Derrota de Cancha Rayada. – Segunda emigración a Mendoza. – Muerte de los dos hermanos Carreras. Luis y Juan José.

Ya no era don Mariano Osorio quien gobernaba entonces.

Habíale sucedido en el mando otro procónsul llamado Casimiro Márcó del Pont, menos capaz que el anterior, aunque no menos cruel. Los confinados en Juan Fernández, de quienes muy de tarde en tarde se recibían noticias, seguían sin esperanza sufriendo los caprichos de los carceleros de aquella Ceuta americana, al paso que sus deudos y los demás patriotas del titulado Reino de Chile Impotentes para defenderse contra los voluntarios atropellos del poder que los abrumaba, atesoraban en sus corazones un caudal de agravios, cuyo estallido, cuando sucediese, no podía menos de extirpar para siempre el dominio español de nuestro suelo.

En efecto, hablase iniciado el año de 1817, con pronósticos de invasión patriótica, una expedición alistada del otro lado de los Andes por el incansable celo del bizarro coronel de granaderos a caballo don José de San Martín, gobernador entonces de Mendoza, y reforzada por los heroicos fugitivos de Rancagua, cuyo ardiente valor y patriotismo clamaban por un sangriento desquite. No es, pues, de extrañar que el ánimo de Marcó, perturbado con las amenazantes noticias de estos aprestos bélicos, le indujese a exclamar en uno malos momentos: "¡que ni lágrimas qué llorar había de dejar a los chilenos enemigos de su rey!" Pero la suerte lo había dispuesto de otro modo, y estaba escrito en el libro del destino que las agotadas lágri-

mas de las víctimas chilenas las había de volver él mismo con las propias suyas en un destierro.

En uno de los largos y calurosos días del mes de enero de aquel año se paseaba inquieto en el espacioso y oscuro salón de una conocida y antigua casa de Santiago, llamada de los Carreras, un apuesto caballero como de treinta y cinco años, alto, ajos azules, nariz prominente y cabello negro. Su aire preocupado, su continuo mirar por la entornada ventana la calle junto con sus convulsos movimientos de impaciencia, denotaban que esperaba por instantes la noticia de algún serio acontecimiento. Como a eso de las tres de la tarde, hora de siesta y de general silencio en aquella estación, se vio, gallinas al hombro, atravesar el patio de la casa a uno de esos andrajosos vendedores de aves que llegaban de los campos con tanta frecuencia a la capital a expender su modesta mercancía, el cual, deteniéndose a la puerta de la antesala, dio el grito de ordenanza: *¡Lleo gallinas gordas, casero!...* Solar, que no era otro el silencioso e inquieto personaje que traigo de nuevo a la escena, estremeciéndose como herido por una chispa eléctrica al oír esa que parecía serle conocida, hizo a mi madre señas para que me entretuviese, y saliendo precipitado de la sala, ordenó que un sirviente cargase con las aves, y en cuanto se consideró solo, tomó del brazo al vendedor y desapareció con él en su inmediato escritorio.

¿Quién podría ser este haragán? ¿Qué significaba aquel misterioso encierro con mi padre a solas? Cuestiones fueron éstas a las mi madre, más preocupada de velar sobre la conservación del aislamiento de la vecindad del escritorio que de satisfacer un infantil curiosidad, se limitó a contestar imponiéndome silencio.

Un momento después el vendedor de aves con aire de triste pordiosero, salió a la cale y tendiendo la mano a cuantos encontraba, en busca de merced, desapareció por la cale de los Huérfanos abajo.

Sólo cuatro años después de lo ocurrido pude recoger, de boca de mi madre, la solución del enigma del pollero. Conservaba la señora en su libro de autógrafos un pequeño cuadrito de papel que, arrollado, podía desempeñar la apariencia de tabaco dentro de la hoja de un cigarro. En este papel se pedían leer con facilidad estas palabras: "15 de Enero: hermano S... Remito por los Patos 4.000 pesos fuertes. Dentro de un mes estará con ustedes el hermano José." El supuesto vendedor de aves era uno de los muchos espías y emisarios de quienes se valía el gobernador de Mendoza, ya para sostener el ánimo de los patriotas que gemían de este lado de los Andes, ya para avivar las indecisiones de Marcó; la fecha indicaba el día de la salida del ejército, los pesos fuertes, el número de soldados, y el hermano José, el nombre. del ilustre soldado libertador, don José de San Martín.

Nunca vi más radiante de contento la fisonomía de mi padre que cuando despidió al supuesto mendigo. Hubo en las primeras horas de la noche numerosas visitas, todos hablaban a media voz, todos accionaban con más o menos vehemencia, y en todos dominaba la alegría que trae consigo algún feliz y cercano acontecimiento.

Desde ese día para adelante, no dejé de notar en las calles de Santiago el más inusitado movimiento. Partes precipitadas que volaban reventado cinchas, salían a cada instante de palacio, ya para el norte, ya para el sur del Reino. Se llamaban tropas del sur, se las detenía en su marcha, y se las fraccionaba para sembrarlas por destacamentos en todos los pasos de la cordillera; porque fueron tantas las trazas y los ardides de que se valió San Martín para ocultar el rumbo de sus tropas, que hubo momentos en que los realistas llegaron a ver en todo y en cada uno de los boquetes andinos asomar al mismo tiempo el amenazador fantasma del ejército libertador.

Llegó el día 11 de febrero, y con él tanto toque de cajas y de cornetas, mantas carreras de caballos por la ciudad al propio tiempo que se veían salir, apresuradas por la Cañadilla, las pocas tropas que aún quedaban en Santiago, que este pueblo parecía campamento que, sorprendido, levantaba asiento a toque de rebato.

No había un solo semblante en el cual no se encontrase trazada con enteros rasgos la ansiedad. El temor y la esperanza luchaban en todos los corazones; decían unos que ya San Martín, al mando de más de diez mil hombres, había pasado la cordillera, y que lanzaba sobre el desgraciado Reino de Chile una inundación de excomulgados insurgentes que todo lo venían arrasando; otros, que San Martín sólo capitaneaba a cuatro gatos cansados con el viaje y tan mal armados que al menor asomo de las tropas reales, ni rastro quedaría de ellas. Llegó después la noche que tan vivos recuerdos ha dejado en mi alma. Todas las puertas de calle que no estaban herméticamente cerradas, después de las oraciones, estaban entornadas y vigiladas para evitar los desbordes de las turbas inconscientes, para las cuales no podía haber desenlace sin saqueo. Alternábase el silencio con el ruido. Momentos hubo en que pudo sentirse el vuelo de una mosca, y momentos en que todo lo atronaban las imprecaciones de las patrullas de a caballo, lanzadas a escape tras aquellos impacientes insurgentes que, por desahogo, gritaban antes de tiempo “¡Viva la Patria!”

Uno de estos imprudentes atravesó como un celaje el pasadizo de nuestra casa al mismo tiempo que seis soldados de a caballo, lanzándose en el patio, entraron con gran ruido de sables y de herraduras hasta la mitad de la antesala, donde se encontraba reunida la familia. A la orden altanera del que comandaba el piquete, de entregar

en el acto al insurgente que acababa de asilarse en casa, Solar, sin turbarse, echó mano a un candelabro, y convidando a los soldados a seguirle, hizo una correría por la casa, como si no pensase en otra cosa que en la entrega del fugitivo, cuya entrada protestaba ignorar: y supo hacer su papel tan a lo vivo, que después de remover hasta los colchones de los catres, donde él bien sabía que nada habían de encontrar, no se detuvo hasta dar con ellos en una azotea interior que comunicaba con el tejado. Viéronse, pues, obligados a dar por terminada su persecutora e inútil tarea, volvieron a la sala prorrumpiendo en reniegos, cobraron en ella sus cabalgaduras, y lanzando a todos miradas de despecho, salieron a la calle dejando el salón pasado a sudor y a estiércol de caballo.

Pero ya estaban sonando para el poder peninsular los últimos tañidos de la campana de una agonía que, principiando el 12 de febrero de 1817 sobre los gloriosos recuestos de Chacabuco, debía terminar en la para siempre memorable jornada de Maipú. El espantado Marcó recibió en la tarde de ese día la vaga noticia de la derrota de las fuerzas reales confiadas a Maroto en Chacabuco, y sin esperar la confirmación de ella, huyó despavorido, junto con algunos subalternos, hacia la costa de San Antonio, esperanzado de encontrar en ella alguna nave española donde poder asilarse. Pero, tras de Marcó había salido matando caballos un expreso para imponer de lo que pasaba a don Francisco Ramírez, dueño de aquella hacienda de las Tablas que sirvió de escondite a mi familia recién entró Osorio a la rendida Santiago: y Marcó cayó en manos de mi irritado tío, quien lo condujo con sus huasos a Santiago y lo entregó a los vencedores, custodiado por Aldao, capitán de granaderos del ejército de los Andes, el día 24.

No debe causar extrañeza verme pasar tan de corrido sobre los acontecimientos políticos que han ido ocurriendo a mi vista durante el curso de mi vida, por no ser historia política la que escribo. Y si, de vez en cuando, se me ve desviar de mi propósito, es ya por consignar hechos poco conocidos, o ya por dar unidad a mi narración, aduciendo aquellos que han motivado estos recuerdos.

La casa de don Juan Enrique Rosales, quien aún gemía en el destierro de Juan Fernández, sin más consuelo ni más ángel tutelar que su abnegada hija Rosario, había cambiado, junto con la entrada de San Martín a Santiago, su crespón de luto por el vestido de baile, y el tétrico silencio que la violenta separación del amo le legara, por el más bullicioso y alegre afán de engalanarlo todo.

Las hijas y los yernos de Rosales quisieron dar a los vencedores en Chacabuco una leve prueba de su reconocimiento; y persuadiéndose de que el desterrado padre lejos de considerar su casa profanada por

la alegría a mientras él gemía en el destierro, bendeciría el obsequio que sus hijos hacían a tantos héroes a quienes comenzábamos a deber patria y libertad, se esmeraron en preparar para ellos el más suntuoso sarao que en aquel entonces permitían las circunstancias.

Acabábase de proclamar a O'Higgins Supremo Director del Estado el memorable día 16 de febrero, y parecía tanto más justificada la alegría cíe los deudos de Rosales, cuanto que ya se sabia que el más apremiante afán de este bizarro jefe era el de repatriar a los próceres chilenos confinados en Juan Fernández.

Para que se vea cuán sencillas eran las costumbres de aquel entonces, voy a referir muy ala ligera lo que fue aquel mentado baile, que si hoy viéramos su imagen y semejanza, hasta lo calificaríamos de ridículo, si no se opusiera a ello el sagrado propósito a que debió su origen.

Ocupaba la casa de mi abuelo el mismo sitio que ocupa ahora el palacio del héroe de Yungay, y contaba, como todos los buenos edificios de Santiago, con sus dos patios que daban luz por ambos lados al cañón principal.

Ambos patios se reunieron a los edificios por medio de toldos de campaña hechos con velas de embarcaciones que para esto sólo se trajeron de Valparaíso. Velas de buques también hicieron la veces de alfombrados sobre el áspero empedrado de aquellos improvisados salones. Colgáronse muchas militares arañas para el alumbrado, hechas con círculos concéntricos de bayonetas puntas abajo, en cuyos cubos se colocaron velones de sebo con moños de papel en la base para evitar chorreras. Arcos de arrayanes, espejos de todas formas y dimensiones, adornaron con profusión las paredes, y en los huecos de algunas puertas y ventanas se dispusieron alusivos transparentes debidos a la brocha-pincel del maestro Dueñas, profesor de Mena, quien, siendo el más aprovechado de sus discípulos, para pintar un árbol comenzaba por trazar en el lienzo, con una regla, una recta perpendicular, color de barro; cogía después una brocha bien empapada en pintura verde, embarraba con ella sobre el extremo de la recta, que él llamaba tronco, un trecho como del tamaño de una sandía, y si al palo aquél con cachiporra verde no le ponía al pie "éste es un árbol", era porque el maestro no sabía escribir. Tras dos grandes biombos, pintados también, se colocaron músicas en uno y otro patio, y se reservó una banda volante para que acudiese, como cuerpo de reserva, a los puntos donde más se necesitase. Pero lo que más llamó la atención de la capital fue la estrepitosa idea de colocar en la calle, junto a la puerta principal de la entrada al sarao, una batería de piezas de montaña, que contestando a los brindis y a las alocuciones patrióticas del interior, no debía dejar vidrio parado en todas las ventanas de

aquel barrio. Los salones interiores vestían el lujo de aquel tiempo, y profusión de enlazadas banderas daban al conjunto el armonioso aspecto que tan singular ornamentación requería.

Ocupaba el cañón principal de aquel vasto y antiguo edificio una improvisada y larguísima mesa sobre cuyos manteles, de orillas añascadas, lucía su valor, junto con platos y fuentes de plata maciza que para esto sólo se desenterraron, la antigua y preciada loza de la China. Ninguno de los más selectos manjares de aquel tiempo dejó de tener su representante sobre aquel opíparo retablo, al cual servían de acompañamiento y de adorno, pavos con cabezas doradas y banderas en los picos; cochinitos rellenos con sus guapas naranjas en el hocico y su colita coquetonamente ensortijada, jamones de Chiloé, almendrados de las monjas, coronillas, manjar blanco, huevos chimbos y mil otras golosinas, amén de muchas cuñitas de queso de Chanco, aceitunas sajudas con ají, cabezas de cebolla en escabeche, y otros combustibles cuyo incendio debería apagarse a fuerza de chacolí de Santiago, de asoleado de Concepción y de no pocos vinos peninsulares.

Fue convenido que las señoras concurrieran coronadas de flores, y que ningún convidado dejase de llevar puesto un gorro frigio lacre con franjas de cinta bicolors, azul y blanco.

Excusado me parece decir cuál fue el estruendo que produjo en Santiago este alegre y para entonces suntuosísimo sarao. Dio principio con la canción nacional argentina entonada por todos los concurrentes a un mismo tiempo, y seguida después con una salva de veintiún cañonazos, que no dejó casa sin estremecerse en todo el barrio. Siguieron el minué, la contradanza, el rin o rin, bailes favoritos entonces, y en ellos lucían su juventud y gallardía el patrio bello sexo y aquella falange chileno-argentina de brillantes oficiales, quienes supieron conseguir, con sus heroicos hechos, el título para siempre honroso de Padres de la Patria.

Jóvenes entonces y trocado el adusto ceño del guerrero por la amable sonrisa de la galantería, circulaban alegres por los salones aquellos héroes que supo improvisar el patriotismo, y que en ese momento no reconocían más jerarquías que las del verdadero mérito, ni más patria que el suelo americano. Allí el glorioso hijo de Yapeyú estrechaba con la misma efusión de fraternal contento la adamada mano del esforzado teniente Lavallo, como la encallecida del temerario O'Higgins, y nadie averiguaba a qué nación pertenecían los orientales Martínez y Arellano, los argentinos Soler, Quintana, Berutti, Plaza, Frutos, Alvarado, Conde, Necochea, Zapiola, Melián, los chilenos Zenteno, Calderón; Freire; los europeos Paroisin, Arcos y Cramer, y tantos otros cuya

nacionalidad se escapa a mis recuerdos, como Correa, Nozar, Molina, Guerrero, Medina, Soria, Pacheco y todos aquellos a quienes los asuntos del

servicio permitieron adornar con su presencia la festiva reunión en que se encontraban. Concurrieron también a ella lo más lucido de la juventud patriótica de Santiago, los contados viejos que la crueldad de Marcó dejó sin desterrar, el alegre y decidor Vera, y aquel célebre pirotécnico de la guerra, el padre Beltrán, que encargado de colocar alas en los cañones para trasponer los Andes, no debía tardar en asumir el carácter de Vulcano, forjando en la maestranza rayos para el Júpiter de nuestra independencia.

La mesa vino en seguida a dar la última mano al contento general. La confianza, 'hija primogénita del vino, hizo más expansivos a los convidados. y los recuerdos de las peripecias de la reciente batalla de Chacabuco, contados copa en mano por la misma heroica juventud que acababa de figurar en ella, unidos al estrépito de las salvas de artillería, produjeron en todo aquel recinto y en sus contornos el más alegre estruendo que al compás del cañón de las músicas y de los *¡hurras!* había oído Santiago desde su nacimiento hasta ese día.

Todos brindaban; cada brindis descollaba por su enérgico laconismo y por las pocas pero muy decidoras palabras de que constaba. ¡Cuán frías no parecerían en el día, que acostumbramos medir, la bondad de los brindis por el tiempo que tardamos en expresarlos, aquellas lacónicas pero enérgicas expansiones de almas electrizadas por el patriotismo! Antes se brindaba con el corazón, ahora brindamos con la cabeza.

San Martín, después de un lacónico pero enérgico patriótico brindis, puesto de pie, rodeado de su estado mayor y en actitud de arrojar contra el suelo la copa en que acababa de beber, dirigiéndose al dueño de casa dijo: "Solar, ¿es permitido?", y habiendo éste contestado que esa copa y cuanto habla en la mesa estaba allí puesto para romperse, ya no se propuso un solo brindis sin que dejase de arrojarse al suelo la copa para que nadie pudiese profanarla después con otro que expresase contrario pensamiento. El suelo, pues, quedó como un campo de batalla lleno de despedazadas copas, vasos y botellas.

Dos veces se cantó la canción nacional argentina y la última vez lo hizo el mismo San Martín. Todos se pusieron de pie, hízose introducir en el comedor dos negros con sus trompas, y al son viril y majestuoso de estos instrumentos, hízose oír electrizando a todos la voz de bajo áspera, pero afinada y entera, del héroe que desde el paso de los Andes no había dejado de ser un solo instante objeto de general veneración. No pudo entonces la canción chilena terciaren el sarao con sus eléctricos sonidos, porque aún no había nacido este símbolo de unión y de gloria, que sólo fue adoptado por el Senado el 20 de septiembre

de 1819 y cantado por primera vez, con música chilena, ocho días después.

Otro tanto ocurrió con las armas heráldicas de Chile, que muy en embrión figuraron al lado de las argentinas en los biombos y lienzos que adornaban los patios, pues sólo tres días después de adoptarse por el Senado la Canción Nacional, vino el mismo cuerpo a fijar la forma que en los primeros tiempos tuvieron. Reducíase ésta a un óvalo en cuyo centro de azul oscuro resaltaba una columna dórica blanca con su letrero *Libertad* encima. Sobre éste veíase una estrella de cinco puntas que representaba a Santiago, y dos más a uno y otro lado para representar a Coquimbo y a Concepción, nombres que tenían las tres grandes secciones políticas en que entonces se dividía el país. Servían de orla a estas insignias ramas de laurel atadas con cintas tricolores, y a todo el escudo, completos trofeos de armas, de banderas y de cadenas rotas.

No carece de interés el consignar aquí lo que fueron nuestras insignias patrias en sus primeros pasos. Chile desde sus primeras camorras políticas del año de 10 hasta la feliz intervención de don José Miguel Carrera en nuestra revolución, no tuvo ni más bandera que La española, ni otro escudo heráldico que el de los reyes de Castilla, lo que hace sospechar o que no pasaba por la mente de nuestros padres la idea de una separación absoluta de la madre patria, o que sí pasaba, se temía darlo a entender.

Débese a ese intrépido patriota el oportuno y arrojado término de las indecisiones, y ya en 1812, sancionado el año siguiente por el Senado, hacia lucir ante los atónitos ojos de los chilenos aquella primitiva enseña tricolor, azul, blanca y amarilla, que tantas glorias y tantas desgracias supo enérgica presenciar. Aturdida, pero no muerta en la funesta catástrofe de Rancagua, pudo volver el año de 1817 a su gloriosa vida, ya no luciendo el color amarillo que antes ostentaba, sino el rojo en que éste se había convertido, según la poética expresión de Vera, por la sangre de sus propios defensores.

Arrojada para siempre del suelo chileno la legendaria enseña de los leones, se alzó brillante sobre el azul de nuestro libre cielo aquella hermosa y solitaria estrella que siempre ha sido, es y será la precursora de los más arrojados triunfos militares.

Terminado el sarao y vuelto cada cual a la tarea de consolidar la obra con tanta dicha iniciada en Chacabuco, lo primero en que se pensó fue en repatriar cuanto antes a los patriotas que la crueldad española tenía confinados en Juan Fernández. Temíase, con razón, que en cuanto llegase noticia a Abascal, virrey entonces del Perú, de lo que en Chile ocurría, no tardarían aquellos infelices patriotas y troncos de las primeras familias de este país, en ser trasladados a las casamatas de los castillos de El Callao, y así hubiera sucedido si el engañado bergantín español *Águila* no hubiese caído en manos de los patriotas al entrar en Valparaíso, creyendo aún aquel puerto en poder de los españoles.

Salió este bergantín sin tardanza para la isla, y no habiendo encontrado en don José Piquero, gobernador de aquel presidio, resistencia alguna para entregar los prisioneros, tuvieron éstos la dicha de embarcarse libres para tornar al seno de sus desconsoladas familias el 25 de marzo, mes y medio después de la memorable jornada de Chacabuco.

Estos paréntesis de dicha entre las tormentas del pasado y las borrascas que nos preparaba el porvenir antes de terminar la epopeya de nuestra emancipación política, no fueron de larga duración. La vida de entonces era una vida de contrastes; pasábase en ella casi sin transición de la risa al llanto, y del llanto a la risa. ¿Cuándo hubiera podido imaginarse Marcó que sus mismos edictos de expoliación y de tortura que un día antes no más llenaban de vengativo alborozo a los realistas, hablan de servir un día después al despojo y al tormento de esos mismos realistas, sobre quienes caía inexorable la pena del talió! ¡Ni cómo los que se entregaban a los delirios de alegres festejos en medio de la confianza que inspiraba un porvenir al parecer seguro, podrían imaginarse la hondura del abismo que la incierta suerte de la guerra les tenía preparado en Cancha Rayada!

Principiaba apenas a correr el siempre. conmemorable año de 1818, año de lágrimas y de glorias y piedra angular que sirve de base a nuestra autonomía política., cuando el placer y la esperanza de ir afianzando cada día más nuestra libertad, se tornaron en la derrota de Cancha Rayada en la más cruel de todas las decepciones.

El efecto que la noticia de esta catástrofe, ocurrida el 19 de marzo, produjo en la capital, tanto más sorprendida cuanto menos preparada para recibirla, no es para descrito. Cuando la derrota de Rancagua el año 14, no todos los santiagueños adictos a la causa de la emancipación creyeron necesario trasponer los Andes para salvarse del rencor realista, porque si bien es cierto que eran patriotas de corazón, sus hechos no los calificaban aún de incorregibles insurgentes; al paso que a muy pocos santiagueños en el año 18 les cogió Cancha Rayada con la careta que antes los encubría por haberla arrojado con sumo desembarazo después de la gloriosa jornada de Chacabuco. Enseñoreóse pues, del infeliz Santiago el pánico más desatinado, y aguijoneado por instantes el instinto de salvación por las atropelladas noticias que traían los prófugos del campo de batalla, sólo pensó en buscar refugio del otro lado de los Andes.

El cómo moverse un pueblo entero desprevenido y apurado, a nadie

preocupó como imposible. El ¡sálvese quien pueda! todo lo allana, por lo que empequeñece el temor los más insuperables obstáculos que se oponen ala huida.

Espantaba ver el gentío de a pie y de a caballo que seguía, llevándose todo por delante, el conocido camino de la cuesta de Chacabuco en demanda del de los Andes; y en el corazón de la sierra, aquí y allí sembrados, no se veía otra cosa que grupos de hombres y de mujeres a pie, llevando unos a sus hijos por la mano, otros sentados para cobrar aliento, y los más solicitando de la gente que huía, alimentos con qué sustentarse para seguir huyendo.

Para que se deduzca cuánto debieron sufrir las familias menos acomodadas que la mía en la inmigración, básteme referir que por sólo nueve mulas de silla que nos franqueó por especial favor el conocido Loyola, empresario de carretas en el camino de Valparaíso, pagó mí padre catorce mil pesos. Nada, pues. pudimos llevar, todo quedó en -la casa a cargo de un antiguo y buen sirviente, como si debiéramos volver a ella el mismo día. Recuerdo que mientras ensillaban las cabalgaduras y se echaban colchones hasta sobre los caballos regalones de Solar, el resto de la familia se ocupaba de enterrar, bajo los ladrillos de las piezas interiores, las alhajas y la plata labrada que aún nos quedaban y que muchos talegos de a mil pesos cada uno se arrojaron, a hurto de los sirvientes, en el pozo del último patio. Hecho esto y con poco más que lo encapillado, emprendimos la huida para *Mendoza* a las 3 de la tarde del día 23.

Todavía no habíamos, pues, acabado de celebrar la vuelta de Juan Fernández del anciano abuelo Rosales y la de su inseparable hija Rosario, cuando ya nos vimos precisados a proveer de nuevo y de un modo más eficaz, a la salvación de aquel venerado tronco de nuestra familia; pero todos los padecimientos del viaje hubiesen sido llevaderos, si una nueva e imprevista desgracia no hubiera venido a sorprendernos en la áspera ladera de Las Vacas.

La mula en que montaba mi madre dio un traspíe, que arrojando a la señora de la silla, la hubiese hecho pedazos contra una roca, si mi tía Rosario, esa víctima de amor a la familia, no se hubiese arrojado de su cabalgadura para interponerse entre la roca y el cuerpo de su hermana, a quien salvó la vida a expensas de quebrarse ella el hueso del muslo con el choque. Una incómoda angarilla hasta llegar al pueblo de Mendoza fue el único vehículo que, huyendo, pudimos proporcionar a esa joven excepcional, para quien parecía deber ineludible sacrificar su existencia por todos y por cada uno de los miembros de su familia.

Así llegados a la pobre aldea de Mendoza, buscamos, como los demás, en ella, cuarteles de invierno, y como en aquel pueblo hubiese un escolón que, por ser único, tenía sus sombras y sus dejes de colegio,

a él fuimos a parar todos los hijos varones de los fugitivos chilenos.

Entretanto, la llegada de éstos a Mendoza llenó, a ese pueblo del más acerbo espanto.

Aquella sección política del antiguo virreinato de La Plata, sin tropas ni recursos para crearlas, no sólo estaba expuesta a una invasión reivindicadora de parte del victorioso ejército español, sino también a los trastornos que hacia germinar en todas partes la agraviada ambición de los hermanos Carreras, enemigos jurados de O'Higgins desde antes de la funesta jornada de Rancagua. Los héroes de la Patria Vieja, a quienes tanto debía la causa de la independencia, parecía que no podían obrar de acuerdo con los héroes de la Patria Nueva. Alzábase entre las patrióticas almas de aquellos padres de nuestra libertad el fantasma de la rivalidad; y ese principio, tan noble siempre que obra en el sentido del mejoramiento de las obras humanas, extraviado entonces, sólo propendía al exterminio del una o del otro partido. Cupo a los Carreras la triste suerte de sucumbir en esta fratricida lucha, y al que estas líneas escribe el dolor de haber presenciado el desenlace de ese sangriento drama.

Gobernaba entonces en Mendoza don Toribio Luzuriaga, quien, para aliviar el servicio de la escasa guarnición de la plaza, había dado orden de armar y de dar instrucción militar para el servicio ordinario de ella a todo colegial que pasase de 10 años de edad.

Al cargar por primera vez, lleno de altivo gozo, la tercerola que se puso en mis manos; al seguir con mis demás compañeros el cadencioso paso del toque de marcha; al obedecer con rapidez y marcial continente las voces de mando del capitán de ejército que nos servía de instructor, ¡cuándo pude imaginar que poco tiempo después, con la misma arma, al mismo paso, y obedeciendo a las mismas órdenes, había yo de servir de valla al tétrico recinto que ocupaban dos bancos donde debían ser fusilados los íntimos amigos de mi familia, don Luis y don Juan José Carrera!

Los dos hermanos habían caído en manos de sus enemigos, el primero bajo el nombre de Leandro Barra, el segundo bajo el de Narciso Méndez, y ambos encadenados yacían incomunicados en la cárcel de Mendoza.

El 4 de abril, víspera de la acción de Maipú, supimos con espanto que el fiscal Corbalán había pedido se aplicase a los reos la pena ordinaria de muerte: mas, este dictamen conmovió tan profundamente el ánimo de la población, que los mismos que parecían más interesados en ejecutarlo, se vieron precisados a dar al juicio la solemnidad de someterlo al nuevo acuerdo de los letrados de Galigniana, Cruz Vargas y Monteagudo.

Nunca se vio caminar un asunto tan serio con más atropellada rapidez. Y fue la causa de ella el temor de que, estando en vísperas de estrellarse el roto ejército de San Martín con el vencedor en Quechereguas, la menor noticia de un nuevo descalabro podría lanzar a Mendoza en un movimiento revolucionario, del cual no tardarían en ser caudillos los Carreras.

Monteagudo y Cruz Vargas opinaron que, por duro que pareciese, debía consumarse el sacrificio.

El día 8 de abril, a las 3 de la tarde se notificó a los desgraciados presos que a las 5 de ese mismo día debían morir.

A la misma hora de la notificación se tocó a tropa a la guarnición de estudiantes, y a las cuatro en punto se encontraba esta formada en la plaza cerca de una pared baja que, contigua a la cárcel, servía de respaldo a dos rústicos bancos destinados a ser el último asiento de dos víctimas de la brutalidad humana.

Reclamaron nuestros padres, creyendo que se nos iba a obligar a hacer fuego sobre las víctimas; pero habiendo contestado el gobernador que para eso no faltaban veteranos, siguió adelante la mortal tarea.

Crecía por momentos la concurrencia, y tanto, que apenas podíamos impedir que no se rompiese la línea que servía de valla para dejar expedita la acción de los verdugos.

A las cinco y tres cuartos, el gran movimiento que notamos en la guardia de la cárcel nos dio a entender que el atroz desenlace del drama iba a principiar, y no nos equivocábamos, pues el antiguo toque de agonía en la iglesia vecina comenzó con lúgubres tañidos a anunciar al pueblo que orase por el alma de los ajusticiados.

Un instante después y en medio del más sepulcral silencio, asidos de las manos, aparecieron bajo el portal de la cárcel, rodeados de bayonetas, las dos ilustres víctimas, Luis y Juan José Carrera, a los cuales, en más felices años, debí tantos cariños cuando, unidos a José Miguel, confiaban amistosos a mi madre, ya sus temores, ya sus esperanzas sobre la futura suerte de la patria, o ya sus frecuentes y locas travesuras.

Precedidos por cuatro soldados y seguidos por un piquete de fusileros, grillos en los pies, cabeza desnuda y un sacerdote a cada lado, atravesaron con dificultoso paso el corto trecho que mediaba entre la cárcel y los banquillos. El semblante de los dos hermanos estaba pálido; el ademán del adorado Luis, tranquilo; el de Juan José, convulso; y parecía que aquellos desgraciados tenían mucho que confiarse antes de morir, pues no cesaron un solo instante de hablarse a media voz, hasta que, llegados al término de aquella fatal jornada, fue preciso que los sacerdotes les dijese algo que no oí para que después de un estremecimiento involuntario, se volviesen a ellos, les diese las gracias, y estrechasen con efusión contra el corazón un crucifijo que besaron en seguida respetuosos.

Sentáronse resignados y como agobiados por el cansancio; y suplicando al que hacía de verdugo que no les vendase los ojos, Luis se echó a la cara su pañuelo y exclamó: “¡Esto será bastante!” Mas no les fue concedida esta última merced. Vendada, pues, la vista, lista y en acecho la mira de los fusiles, ya comenzaban a desviarse los sacerdotes esforzando la voz del último consuelo, cuando de repente y como movidos por un solo resorte, en medio del espanto de un público sobrecogido, se levantaron los dos hermanos, arrojaron la venda y lanzándose el uno en los brazos del otro, mudos y convulsos, permanecieron así medio minuto ¡Era el último adiós que daban juntos al hermano, a la vida y a la patria!

¡Nunca he podido borrar de mi memoria la terrible impresión que dejó en mi alma esa solemne, muda e inesperada protesta contra las atrocidades, del titulado ser más perfecto de la creación: del hombre!

Vueltos por mano del verdugo a su funesto asiento, entre el humo de una sola descarga, volaron las almas de aquellos desdichados hacia el cielo.

Luis cayó sin movimiento hacia delante; Juan José bamboleó un instante sobre el banquillo, y articulando algunas palabras que la emoción no me permitió oír, se desplomó después.

CAPITULO IV

De cómo pagó los servicios que se le hicieron en Chile Lord Spencer. El Brasil. – El primer vapor que llegó a Río de Janeiro. – Idea que se tenía de los vapores en aquel tiempo. – Esclavatura. – Emancipación política del Brasil. – La célebre escritora María Graham. – Temblor del año 1822. – O’Higgins. – Días patrios. – Chile en el; año 1824. – Notable proclama del general Luis de Mauri. – Ideas de Camilo Henríquez sobre emigración.

Chile, que aun más que el nombre de Remo que llevaba el año 1810, merecía el de hacienda mal arrendada en la cual el arrendatario se cuidaba menos del porvenir del fundo que de su propio lucro, sólo desde el día en que volvió a manos de su legítimo dueño pudo comenzar a lucir los benéficos efectos que siempre produce el contacto inmediato con las naciones cultas después de un mal entendido aislamiento. Abiertas de par en par sus puertas al comercio, acudió de todas partes a sus libres playas el elemento extranjero y nuestros puertos dejaron de ser el exclusivo asilo de las naves castellanas. Entre aquéllas de guerra extranjeras que lucían el año de 1821 sus respectivos pabellones en la no ha mucho desierta rada de Valparaíso, descollaba la hermosa fragata británica Owen-Glendower, cuyo comandante, Lórd Spencer, más noble por su apellido que por el acto que voy a referir, visitaba entonces, como tantos otros extranjeros, la opulenta casa de Solar, en Santiago.

Sentado este buen lord al lado de mi madre en un sofá que miraba al jardín de la casa, un día, de cuya fecha no quiero acordarme. parecía absorto y entretenido, siguiendo con la vista el destrozo que hacía en las botellas llenas de rapé (que mi buen abuelo don Juan Enri que Rosales, a falta de mejor sorbetorio, preparaba y exponía a la acción del sol suspendidas en la pared del jardín), un muchacho alto, flaco y de aspecto enfermizo, pero que no por esto

dejaba de aprovechar la impunidad que la visita etiquetera del estirado gringo le proporcionaba, para dar vuelo a su espíritu destructor. Cada media botella que una acertada pedrada traía al suelo, dejando el resto suspendido del gollete, parecía ser tan aplaudido por Spencer, con el mudo visto bueno que los yanquis dispensaban al Wellshot, como reprobado por la señora; que a falta de medios más activos de represión, después de algunas señales telegráficas de desaprobación, no pudiendo tolerar por más tiempo lo que presenciaba, alcanzó, por un mal de mis pecados, a exclamar: “¡Mira, Vicente, que ya me tienes cansada!”

Este dicho, tan sin alcance y tan frecuente en boca de las madres chilenas, fue, para el noble inglés, la puerta que el acaso le abrió para corresponder los miramientos que debía a mi familia, librándola, para lo sucesivo, de la *mancha que podía echar sobre el apellido Rosales* la futura conducta del hijo que tan temprano habla llegado a agotar el sufrimiento de su misma madre. Electrizado con tan feliz idea, propuso a la señora llevar al enfermizo muchacho a Valparaíso y hospedarlo en la fragata, donde encontraría guardias marinas de su edad para divertirse, ejercitarse y hasta para aprender algo de inglés. Mi madre dijo no, mi padre dijo sí. Cuatro días después iba yo en marcha para Valparaíso; el quinto dormí a bordo, y el sexto recordé. mareado en alta mar, con rumbo a Cabo de Hornos.

La visita de Spencer había sido visita de despedida, y sólo la ocurrencia de retomar a mi familia de tan raro modo sus servicios hizo al lord ocultar el objeto de ella. Arrojóseme por orden suya a vivir entre los marineros de proa; dióse orden a la oficialidad para excusar todo trato con el pobre prisionero; arrojóse en la bodega mi baulito con ropa, y con lo encapillado, sin más cama que una hamaca de marinero, ni más alimento que los burdos que distribuían ala tripulación, enfermo, sucio y alquitranado hasta el cabello, sufrió el desvalido muchacho, sin poderse dar cuenta de lo que con él se hacía, un mes y veinte días que duró la navegación de la *Owen-Glendower* hasta llegar a la altura de Río de Janeiro.

Anclada la fragata en aquel hermoso puerto, después de dar y recibir los saludos militares, se hizo embarcar en el chinchorro de los marineros al mustio expatriado, y sin que nadie le tendiese una mano amiga, le llevó el bote a la contracosta llamada Playa Grande, donde con la mayor crueldad fue abandonado.

Solo, sin guía, sin recursos y expuesto a perecer de hambre y de miseria, a dos mil leguas de su patria, en un lugar donde ni siquiera se

hablaba el idioma de sus padres, aquella víctima de un loco descorazonado no estuviera ahora, agobiado por la edad, evocando recuerdos que aún le hace estremecer, si Dios, para no desesperar de la humanidad, no hubiese hecho venir a socorrerle al señor Macdonald, primer teniente de la fragata, quien, movido a compasión, salió tras del chinchorro constituido en ángel tutelar para salvarlo.

¡Preguntóme si habla traído cartas de recomendación!... espantado entonces aquel viejo marino de lo que ocurría, sin atreverse a más por no disgustar a Spencer, puso en mis manos dos monedas de oro, y encargándome que no me separase de una enramada que hacía las veces de dormitorio para negras esclavos, a cuyo mayoral me dejó recomendado, se separó de mí.

¡Lo que son los muchachos! Harto de plátanos, de guayabas y de caña dulce que una negra vieja me enseñó a mascar, dormí aquella noche en el suelo y entre mis nuevos compañeros como hubiera podido dormir en la más mullida cama.

A eso de las doce del día siguiente, saltaron de un bote con dirección a la enramada tres caballeros que venían a buscarme: un cónsul inglés, el español don Juan Santiago Barros y don José Ignacio Izquierdo, natural de Chile. La impresión que debió causarles mi puerca alquitranada catadura no debió por cierto ser muy favorable, por el modo como se acercaron a mí Ellos buscaban a un hijo de una de las primeras familias de Santiago, como se lo había asegurado el buen Macdonald, y lo que tenían a la vista más parecía un galopín de cocina, con todo su puerco ajuar, que otra cosa. Mas todo cambió cuando les hube dicho el nombre de mis padres. El señor Izquierdo, lleno de sorpresa y de entusiasmo, exclamó: “¿Hijo de Mercedes? Caballeros, el niño no sale de mi poder, soy íntimo amigo de su familia”. Don Juan Santiago Barros dijo: “Yo me lo llevo, soy apoderado de Solar”; mas el cónsul, interponiéndose, dijo a su vez: “Nadie tiene mejores títulos que yo, porque a mí y no a ustedes se dirigió primero el señor Macdonald para que repatriase a este caballero’ ¡Cuántas veces no sucede algo parecido en el transcurso de la vida! De la dicha a la desgracia y de ésta a la dicha no hay casi siempre más que un solo paso. Tuvieron que transar mis protectores providenciales. Fue convenido que alojaría en casa de Barros, y que comerla alternativamente con cada uno de mis caritativos pretendientes.

Cosa de dos años permanecí en Río de Janeiro, capital del Brasil, antes que se proporcionase oportuna ocasión de volver al hogar paterno. Poco o nada diré por no repetir, sin provecho práctico, lo que tantos escritores han dicho sobre la bahía y sobre la capital de este coloso territorial de la América del Sur. Basta para mi propósito indicar que la bahía, segura como pocas en el mundo, con una entrada

que apenas mide dos kilómetros de anchura, tiene treinta de N. a S., y veintiséis de ancho; que la ciudad, sin ser muy regular, contaba en 1821 'con todos los establecimientos civiles, militares y religiosos y con cuantas comodidades podían hacer grata la existencia del hombre en ella en aquel tiempo; y que el todo ofrecía entonces, como ofrece ahora, el paisaje más imponente y pintoresco.

Don Jorge IV de Inglaterra acababa de obsequiar al Regente don Pedro del Brasil, como muestra de los adelantos y progresos de la fuerza motriz del vapor, un vaporcito con máquina de alta presión, para paseos dentro de la bahía. Un fenómeno de esta naturaleza, que sin auxilio del remo ni del viento podía moverse y surcar las aguas, como lo hacían las demás embarcaciones, era natural que produjese la más viva admiración; así fue que el día que asistimos al primer ensayo 'las campanas se echaron a vuelo, los buques surtas en la bahía empavesaron, y el Santa Cruz y el Cobras atronaron la atmósfera con sus reales salvas. ¡Pero cuánta decepción para tanta bulla!

Puesto en movimiento aquel pesadísimo armatoste, los mil botes y chalupas que por acompañarle poblaban el mar, tuvieron, ¿quién lo creyera ahora?, que moderar su andar para no dejar atrás al Perico Ligero del Regente; lo cual visto por don Santiago Barros, que en una de las embarcaciones formaba conmigo parte de la comitiva, lleno de despecho me dio esta lección de buen gobierno republicano: "¿Ves, hijo, lo que tanta algazara levanta? pues sábetelo, y no olvides, que todos estos embelecocos, inútiles recreos de los reyes, se los hacen costear al pueblo con su sudor y su trabajo. ¡Esto no sirve ni servirá jamás. para maldita de Dios la cosa!" ¿Y qué mucho es que así se expresase aquel honrado godo, cuando las doctrinas inquisitoriales de entonces declaraban pecado el uso del *steam boat*, como ramo de nigromancia, o como máquinas que no podían ponerse en actividad sino con ayuda del Demonio o con pacto expreso con aquel invisible artífice? ¡Qué no diría ahora aquel rancio español si aún viviese!

No se crea, sin embargo, que sólo el año 1821 llegaron por primera vez a la América latina naves movidas por vapor; porque ya a fines de 1818, y bajo el solo nombre de *steam boat*, navegaba con éxito en la isla de la Trinidad y en sus contornos un vaporcito que, según el Correo del Orinoco de aquella época, daba gusto verle navegar contra la corriente. ¡Si aquel buen español viviera ahora, qué me diría!

En el día, en vista de los milagros del vapor, de la fotografía y de la electricidad, cuando más es permitido suspender el juicio sobre el alcance del poder del hombre; pero negarlo ¡nunca!

Lo que más me llamo la atención en Río de Janeiro, a pesar de mi corta edad, fue la esclavatura. Parece propio de las regiones intertropicales

la falta de fuerza muscular y la abundancia de laxitud y de modorra en la raza blanca; como parece cierto también que el hombre de las regiones frías y templadas está expuesto, en las cálidas, a enfermedades que esterilizan tarde o temprano su natural vigor.' Estas consideraciones son, a mi juicio, las que explican la necesidad del negro para el fomento de la industria en los dominios inmediatos al sol.

En 1821 no se prohibía, como ahora, el comercio de esclavos. Embarcaciones que provenían de las costas africanas llegaban con frecuencia al puerto cargadas de infelices bozales comprados por aguardiente, o arrebatados por engaño de su inculta patria, para ser vendidos, como bestias de labor y de carga, en las lonjas de los pueblos civilizados. Aterrador era el número de víctimas que el comercio siempre descorazonado acarreaba cada año de las costas africanas a las brasileras. Según datos oficiales, en las 52 naves que arribaron al solo puerto de Río de Janeiro cargadas con esa atroz mercadería en el año de 1823, salieron de África 20.610 bozales, y sólo llegaron 19.173; después de haber sido arrojados por la borda 1.437 cadáveres! muchas veces concurrí a presenciar tan inhumano cuanto vergonzoso trafico.

Después de evacuados los trámites aduaneros, entraba aquella triste mercancía a un corralón rodeado de corredores, donde, distribuida en ellos por cuenta del consignatario, y bajo la férula de robustos armados de rebenques, cuyo chasquido se oía con frecuencia esperaban silenciosa al comprador.

El negro, antes de entrar al corral iba ya bien lavado, operación previa que se hacía lanzándosele al mar a fuerza de latigazos. Poníaseles después un taparrabo, y hombres, mujeres y niños ocupaban en seguida el puesto que se les asignaba en tan repugnante mercado. Los compradores procedían luego al minucioso examen de cada una de las calidades personales del pobre negro que deseaban comprar.

Se plantaba como una estatua, se le examinaba de pies a cabeza; se le hacía recovar, levantar recios pesos del suelo, o sostenerlos con los brazos extendidos, para calcular su fuerza muscular; se le apretaba el pecho y la cintura para ver si sufría algún dolor; se le hacía después abrir la boca para examinar el estado de la dentadura; se le sometía, en fin, examen a que se somete en Chile a los caballos antes de ajustar su precio. Comprado el animal, se les entregaba después a los corredores de educación, robustos y crueles mulatos los cuales después de enseñar a los negros algo de portugués, y sobre todo a obedecer, los devolvían a sus dueños para que siguiesen bajo su yugo, hasta la muerte, la espantosa carrera del esclavo. He visto rollos públicos donde castigaban con azotes sin cuento delitos domésticos; y he visto

también espaldas laceradas y llenas de costras sufrir de nuevo atroces vapuleos, sin que los viandantes por las calles se impresionasen más por esto que lo que se impresiona la generalidad de nuestro pueblo cuando se encuentra con un brutal carretonero castigando por venganza a su debilitada cabalgadura.

Antes de doblar la hoja sobre este particular, no puedo, aunque lo deseo, dejar de referir un hecho que presencié estando almorzando un día en casa de don Juan Santiago Barros. Tratábase de un regalo que este señor quería hacer a un amigo suyo a quien le habla oído decir que necesitaba una negrita para su señora.

Habla ya comprado una redon desembarcada y que tendría como dieciséis años de edad. Para estar más seguro de que el regalo era digno de la persona a quien se destinaba, hizo ir al comedor, desnuda, aunque envuelta en una sábana, a la negrita, muy jabonada y muy peinada; y cuando estuvo en presencia de todos, la hizo quitar el lienzo que la cubría, sin siquiera acordarse de que un hijo de él y yo estábamos presentes. La infeliz criatura, que más parecía una estatua automática de ébano que un ser animado, después de merecer la aprobación de los concurrentes, fue vestida y remitida a su destino.

Ya a mediados de junio de 1821, circulaban por la ciudad rumores alarmantes sobre el mal estado de las relaciones amistosas que reinaban entre el Brasil y el Portugal, su madre patria; tanto que, pocos días después, reparando que estos rumores iban cobrando por momentos la actitud de las más violentas recriminaciones, llegué a temer presenciar en Río de Janeiro las mismas luctuosas escenas que había presenciado en Chile en los años 14 y 18, pues también trataba el Brasil de entrar en el goce de la vida independiente.

Estaba equivocado; la independencia brasilera ni costó lágrimas ni sangre; porque no fue más que la consecuencia lógica y tranquila de los antecedentes que la motivaron.

Las exigencias de Napoleón 1, empeñado en llevar a cabo su idea favorita del bloqueo continental contra Inglaterra, obligaron a la casa de Braganza, que reinaba entonces en Portugal, a aislarse en sus Estados americanos. El Portugal, como la España, observaba hasta entonces en sus colonias, el torpe régimen restrictivo que provocó la emancipación de la América española; y como junto con entrar la familia real en el Brasil, comenzó esta hermosa región del mundo a gozar de todas aquellas franquicias y privilegios de que antes sólo gozaba Portugal a expensas de ella, no era posible que se resignase a tornar al estado de colonia, después de la vuelta de don Juan VI, su legítimo soberano, a sus estados europeos. En aquel entonces, los privilegios y las regalías no eran

patrimonio de los pueblos, sino de las casas coronadas que los gobernaban. Con el rey entraba el privilegio en todas partes, y con el rey salía; así fue que apenas salió para Lisboa don Juan VI dejando en marzo de 1821, en calidad de Regente del Brasil, a su hijo don Pedro, cuando comenzaron a sentirse los aflictivos efectos de su ausencia. El Brasil tomó a ser colonia; y Portugal, de casi colonia, por ausencia de su rey, tomó de nuevo a la despótica categoría metrópoli.

Mal aconsejadas las cortes portuguesas, y sin siquiera traer a la memoria las causas de la reciente emancipación de la América española, ni mucho menos el natural disgusto con que debía el Brasil, por sólo la ausencia del rey, tomar de amo a criado, se propusieron, impolíticas, borrar hasta el recuerdo de su momentánea dicha. Para no dejar rastros de paridad entre la categoría de los dos Estados, decretaron volviese el príncipe al lado de su padre, enviando al mismo tiempo para su custodia una poderosa escuadra a las aguas de Río de Janeiro.

Alarmados los brasileros con lo que ocurría y resueltos a apelar a las armas en caso necesario, tuvieron el feliz pensamiento de ocurrir primero al príncipe, ofreciéndole, por medio de sus cabildos, la gloria de tomar en imperio soberano el muy rico y extenso Estado que gobernaba, del cual pondrían en su mano el envidiable cetro, si no los abandonaba. Aceptó don Pedro tan insigne honor, y las poderosas fortalezas de la plaza, junto con la noticia de tan fausto acontecimiento para el Brasil, recibieron orden de imponer a la escuadra portuguesa, cuando llegase, la obligación de anclar fuera del alcance de sus baterías; Las tropas peninsulares que había dejado don Juan VI en el Brasil para que sirviesen a su hijo de custodia, fueron las únicas que pretendieron oponerse a este nuevo orden de cosas, tratando de fortalecerse en sus cuarteles; pero pronto tuvieron que ceder, asediadas por todas partes por el pueblo que, reunido en masa en el vasto campo de Santa Ana y ayudado por tropas nacionales, las obligó a entregarse sin más condición que la de ser repatriadas.

Habíaseme proporcionado, en esos azarosos días, propicia ocasión de volver a mi lejana patria a bordo de la fragata de guerra *Doris*, de la marina inglesa, y al atravesar en ella por entre la escuadra portuguesa, lista para zarpar, llevando a Portugal la infausta noticia de la emancipación brasilera, tuve ocasión de ver que se embarcaba en ella el resto de las tropas reales que habían capitulado y que dejaban esos lugares para no volver a poner más los pies en ellos.

Este grande acontecimiento, que por tranquilidad y la cordura que le dieron el ser, es uno de los más pacíficos que registran los anales de la historia de las emancipaciones de los pueblos, iniciado en los primeros meses del año 1822, recibió la sanción de los felices hijos de Brasil el 7 de septiembre del mismo año con la exaltación trono del

naciente imperio brasilero del príncipe don Pedro 1, Emperador y Defensor Perpetuo del Brasil.

Ingrato por demás sería si no consagrarse a la memoria de la sabia escritora María Graham, viuda del malogrado capitán de la Doris, muerto por un fatal accidente en los mares del Cabo, el recuerdo del sincero agradecimiento que le debo. Ella compensé en la Doris, con usura, a fuerza de materiales cariños, el brutal e inmotivado trato que me había dado Spencer en la Owen.- Glendower cuando me robó del lado de mis padres.

Vuelto a mi Chile, aunque era yo entonces demasiado niño para darme cabal cuenta de los adelantos de mi país, porque entonces éramos niños hasta la edad de 17 años y muchachos hasta más allá de los 20, ya comenzaba mi mente a gozar de bastante independencia para permitirme motejar preocupaciones o reírme de ellas.

La historia de los terremotos que agregó el año 22 una página más a los desastres que conmemora, me proporcionó ocasión de hacer a un tiempo uno y otro; pues el tal terremoto, que no fue por cierto uno de los mayores que han estremecido nuestro suelo, vino a aumentar las pruebas, ya por desgracia sobradas, de que las preocupaciones no pierden ni perderán jamás su imperio sobre el corazón del hombre poco instruido, mientras exista la humanidad sobre el mundo sublunar. El terror fue justo, la turbación necesaria. Cubriéronse las veredas de las calles y los contornos de los patios con altos de tejas despedazadas. En medio del espanto general, de las carreras y de los encontrones que se daba el pueblo consternado por evitar el peligro, alzando al cielo el conocido grito de ¡Misericordia!, tuve ocasión de ver debatirse en el frente de la puerta de mi casa a un asustado sacerdote que pugnaba por desprenderse de una mujer que, asida de su sotana, se arrastraba de rodillas implorando a gritos la absolución de los pecados que en alta voz le confesaba. Ocurriósele a una santa monja decir, a eso de las diez y media de aquella temerosa noche, que sabía por revelación que el temblor era precursor del fin del mundo, y que la hora del juicio final debía sonar a las once de la próxima mañana. A tan aterradora noticia, que se esparció por Santiago con rapidez eléctrica, contestó el pueblo saliendo de estampía hacia las plazas, - plazuelas y paseos públicos, y sin darse razón de lo que hacía, el hombre ilustrado como el que no lo era, la señora y la simple fregona, todos, grandes y chicos, hicieron llevar atropellados a esos lugares de asilo tal copia de camas y colchones, que en un momento parte del tajamar, las plazas públicas y la reciente alameda se cubrieron con ellos.

¿Qué hubiera dicho de nosotros un hombre de ilustrado juicio traído por encanto a Santiago en esos momentos, al ver por entre los

colchones relumbrar los carbones encendidos de muchos braseros provistos de tachos y teteras para el vicio del mate, y al notar el tembloroso ademán con que chupaban los fieles la bombilla, al mismo tiempo que imploraban el perdón de sus pecados?

Terminó al fin el angustiado plazo, y cuando, huyendo de terror, unos cerraban los ojos y otros se desmayaban, un repique general de campanas vino a anunciar al feliz Santiago que el Dios de las bondades, merced a los ruegos de las monjas, había perdonado al género humano otorgándole más años de vida.

Pero estas nuevas pasajeras que de vez en cuando suelen caracterizar, con un solo hecho, el estado de progreso intelectual de algunos pueblos de la tierra, no puede proyectar más que sobre una pequeña parte de nuestra civilización una luz desconsoladora, cuando no ridícula. Todo progresaba entonces en Chile, y progresaba con harta más rapidez que aquella que podía esperarse, ya de sus coloniales antecedentes, ya de la semipropia existencia de que gozaba desde el año 1810.

Corría el año de 1824. El Director Supremo don Bernardo O'Higgins había abdicado el mando, o más bien dicho que se había visto obligado a reconocer que no podía permanecer por más tiempo al frente de los negocios públicos sin lanzar a su país en el abismo de los horrores de una lucha fratricida.

El 23 de enero de 1823, este héroe chileno completó la nómina de sus esclarecidos servicios con estas sentidas palabras: "Creyendo que en las circunstancias actuales puede contribuir a que la patria adquiriera su tranquilidad el que yo deje el mando supremo del Estado, he venido en abdicar la Dirección Suprema y consignar su ejercicio provisorio en una junta gubernativa, compuesta de los ciudadanos don Agustín Eyzaguirre, don José Miguel Infante y don Fernando Errázuriz".

Pudo haber agregado lo que cuatro meses antes había dicho, al separarse del Perú, el héroe americano San Martín: "En cuanto a mi conducta pública, mis compatriotas dividirán sus opiniones; pero los hijos de éstos darán el verdadero fallo".

El fin que tuvo la vida pública de O'Higgins, de ese gran servidor de la patria, cuyas virtudes son harto más patentes que sus defectos, agregó nueva prueba al filosófico axioma que del Capitolio a la roca Tarpeya no hay más que un paso. Todavía no se habla esparcido la noticia de su renuncia cuando hecho prisionero por Ramón Freire en Valparaíso, en el momento de quererse expatriar para siempre de ese Chile en cuyo obsequio había expuesto tantas veces su vida, quiso someterse a un juicio de residencia

Circunstancias que otros han referido y que no entran en el propósito de estas memorias reprodujeron en seguida a ese orgullo cívico y militar de Chile a las lejanas playas del Perú, de donde sólo pudieran venir sus restos mortales al seno de la patria agradecida, cerca de medio siglo después.

Cada vez que celebramos en Chile los días patrios de septiembre, acuden sin esfuerzo a mi memoria las solemnidades con que celebraban los patriotas del año de 1824 el ya casi olvidado 12 de febrero, día que, cual ningún otro, ostenta títulos que le hacen merecedor al más justo y cumplido acatamiento del hombre chileno. El 12 de febrero de 1541 fundó Pedro de Valdivia nuestro orgulloso Santiago; el 12 de febrero del año 1817 el ejército libertador, después de haber resuelto con pericial arrojo el problema del paso de los Andes a la vista del enemigo, nos dio en Chacabuco la libertad que el 12 de febrero del siguiente año sancionó al país con la solemne Jura de nuestra Independencia.

Celebrábase entonces ese gran día y no el 18 de Septiembre; y sólo el que asistió a esas festividades, en las que ostentaba en medio del más loco contento la expresión del más puro agradecimiento, glorificando a los padres de la patria, puede valorizar los efectos que produce la sorda lima del tiempo hasta sobre los recuerdos de las costumbres más dignas de inmortalidad.

En ese día, la bandera a cuya sombra me había jurado la independencia, llevada con gran pompa por el Director Supremo, era colocada sobre un trono levantado en el Cabildo, y de allí acompañada de todas las autoridades civiles, militares y religiosas, a la catedral, donde, después del evangelio, en vez de nuestro acostumbrado sermón, se leía al-pueblo, en alta e inteligente voz, el acta original de nuestra independencia, llevada hasta el templo por el mismo Jefe de Estado con este objeto.

De estas festividades expresivas y conmemoradoras sólo conservamos el cañoneo de Hidalgo, las luminarias y los adornos, de las calles, que hoy, con más o menos ostentación, se han trasladado a la Alameda; porque hasta el posterior paseo a la alegre Pampilla, hoy Parque Cousiño, totalmente despojada de su primitivo carácter democrático, sólo se destina ahora a la nobleza encarrozada, dejando puerta afuera la humilde y nacional carreta.

¿Cuántos de los que concurren a lucir sus carruajes y sus caballos en los paseos públicos; cuántos de los que van al teatro, donde aún se entona la Canción Nacional, más por lucir la voz de los cantores que por el significado de sus estrofas, significado que hasta llegó a alterar-se después sólo por ceder a tontas insinuaciones que pidieron la profanación de ese monumento histórico; cuántos, digo, tienen presente, en los regocijos de estos días, a aquellos a quienes deben patria, y libertad, y el saber y la holganza de que ahora disfrutan?

Las voces Patria y Chile no fueron voces sinónimas en los primeros tiempos de nuestra vida republicana. Patria no significaba al pie de la letra lo que ahora significa Chile, sino el conjunto de principios democráticos que luchaban a cuerpo partido contra los absolutistas de la monarquía española, y además, hasta las mismas personas que capitaneaban las banderas independientes, y esto explica el porqué tuvimos entonces Patria Vieja y Patria Nueva.

Sólo en 1824 vino a darse por decreto supremo a la voz Patria su legitimo significado; se mandó que en adelante se dijese ¡viva Chile! en vez de ¡viva la Patria! en los grandes días en que debían celebrarse, ya las glorias de reciente fecha, ya aquellas que conmemoraban las que nos dieron libertad.

Dícese con bastante razón, pero no con toda ella, que los viejos sólo viven de recuerdos y que adolecen de la manía de encontrar malo todo aquello que no se asemeja a lo que ocurrió o se hacía en sus verdes años. A mí no me tocan las generales de esta ley, porque para mí lo bueno no envejece, ni dejo ahora de acatar lo nuevo siendo bueno, con todo el ardor de mis primeros años. Mas, como ésta no es condición exclusivamente mía, ni es tampoco posible que muchos puedan traer sin trabajo a la memoria lo bueno antiguo, creo que no mirarán de reojo los que estos renglones leyeren, si les dejo, antes de pasar el año de 1825, un pálido bosquejo de lo que era Chile en el de 1824, para que deduzcan de él lo que fue el año de 1810, y sepamos dar al César lo que al César pertenece.

Dividíase el territorio republicano, que sólo alcanzaba en aquel entonces desde Atacama al canal de Chacao, en tres grandes departamentos llamados Coquimbo, Santiago y Concepción, y en los gobiernos de Valdivia, Talcahuano y Valparaíso.

El departamento de Coquimbo confinaba al norte con la provincia de Atacama del Alto Perú en el río Sala Agua Buena y médano de Atacama, y al sur con el departamento de Santiago, en la quebrada del Negro y portezuelo de Tilama. El departamento de Santiago tenía por límites al sur el río de Maule, que le separaba del de Concepción, y éste terminaba por la parte del sur con el río Vergara, cerro de Santa Juana y Rumén.

La jurisdicción de los titulados gobiernos de Talcahuano y de Valparaíso no pasaba del recinto de cada una de esas plazas, pero no así la del de Valdivia, que alcanzaba hasta el canal de Chacao, punto donde se detenía la bandera patria.

Esta patria. pobre y apartado rincón del continente americano, sólo conocida por la sangre y los caudales que costó a la España su estéril conquista, contaba en 1824, según cálculos cuya exactitud no me ha sido posible averiguar, con 1.300.000 habitantes entre ambas razas, la indígena y la europea, más o menos puras o mezcladas.

Dedúcese fácilmente lo que debieron ser en 1810 la ilustración, las tendencias y las aspiraciones de esta pequeña y aislada sección del género humano, donde predominaba en la nobleza, casi siempre comprada, el Plata te dé Dios, hijo, que el saber poco te vale en las aulas, el antiguo ergoteo; en el comercio, los privilegios peninsulares; en el suelo a medio elaborar, sobrados productos alimenticios; en el pueblo; aquello de Después de Dios el Rey y después del Rey el amo; en el indígena, la lanza y el saqueo; y en muy contadas personas, el deseo de instruirse, devorando, a hurto, los pocos libros

científicos, políticos o industriales que el contrabando o el acaso, siempre peligroso, ponía en sus manos.

¡Cómo es posible creer que con tan exiguos elementos pudiera Chile en sólo trece años de existencia- propia, trece años de febril y borrascosa vida en la que simultáneamente se alternaban los triunfos y los desastres, las esperanzas y las decepciones, sin dejar un solo instante de peligrar la libertad, los haberes y la vida de los protagonistas del sangriento drama de nuestra independencia, llegar como llegó al año 1824!

En la historia de los primeros tiempos de nuestra vida republicana hay un hecho digno de fijar la atención del filósofo y del estadista, y es que esos héroes improvisados a quienes tanto debemos, al mismo tiempo que defendían a estucadas su propia vida, no dejaron de sembrar, para nosotros, instituciones, de progreso, ni en los momentos mismos en que la patria desangrada y sin recursos parecía hundir-se con ellos en el cieno de la recolonización¹.

Entre nuestras actuales instituciones hay, en efecto, muy pocas que no deriven su existencia de otras iguales o análogas dictadas por aquellos gigantes de abnegación y de patriotismo en medio de los horrores y de las angustias de la guerra. En el año de 1824 ya existían en Chile, si no como instituciones perfectas y en pleno auge, al menos como ideas que debían desarrollarse a su tiempo, multitud de acuerdos más o menos elaborados y puestos en planta para elevar a la República al rango de nación civilizada.

En estos trece años se dictaron varias Constituciones, y la del año de 1823 ha mantenido sus prescripciones en la parte judicial hasta es-tos últimos años, 1874.

¹ Era tal la escasez de recursos del Gobierno y con ella tan exiguo su crédito, que en-octubre de 1818 llegó a paralizarse la fábrica de cartuchos en la maestranza por no existir en arcas fiscales con qué comprar papel.

La división territorial de las secciones gubernativas del día tiene mucho de lo que era en aquel entonces. Llamábanse delegaciones lo que ahora llamamos intendencias; y distritos, muchos de los que ahora llevan el nombre de departamentos. Dividíase entonces el país en tres grandes secciones, es cierto; ¿pero quién puede asegurar que esa división, mejor estudiada, no pudiera aprovechar, reviviendo, a la fiscalización más inmediata de los actos de los funcionarios públicos y a la descentralización para dar más vida y animación a la iniciativa de los gobernados?

La Sociedad de Amigos de Chile, decretada el 5 de agosto de 1818 para promover los adelantos del país en los ramos de agricultura, Comercio, minería, artes y oficios, es la base del Ministerio de Fomento que aún no vemos establecido en Chile.

Sintiendo la imperiosa necesidad de conocer con la posible perfección el país que organizaban, decretaron el 26 de junio del año 1828 la creación de una comisión de estadística encargada de un viaje científico por el territorio del Estado, con el objeto de examinar la geología del país, sus plantas, sus minerales, y suministrar todos los datos que pudieran contribuir a formar una completa estadística; y seis meses después, el 20 de diciembre, se organizó la comisión corográfica, para levantar el mapa de Chile, promover la industria y proveer a la defensa de la patria.

Dictóse, el 21 de mayo de 1823, un notable reglamento de policía y de Costumbres, en el cual, salvo algunos artículos, hijos legítimos de aquella época, pudieran mucho aprender nuestros intendentes y gobernadores.

La policía rural, de la que sólo ahora se ha venido a hacer seria mención entre nosotros, fue decretada el 26 de mayo del mismo año, y colocada a cargo de jueces que a las funciones de las juntas actuales de caminos, unían las obligaciones que imponen la salubridad de los campos, de los hombres y de los ganados la conservación de los bosques y la multiplicación de los plantíos.

Creóse una comisión de beneficencia encargada de la protección y fomento de todos los establecimientos de caridad. Se restableció el hospicio para extirpar la mendicidad, acogiendo en él a todos los miserables de uno y otro sexo para darles ocupación según sus aptitudes y para socorrerles en todas sus necesidades.

No descuidaron las exigencias de la sanidad, y la junta decretada con este nombre y la prohibición de enterrar en adelante cadáveres en las iglesias, dan de ello la más patente prueba.

Creóse en 1820 el hospital militar, al que se le condecoró con el nombre de Hospital del Estado.

Los indígenas, llamados hermanos desde 1813, merecieron entonces reglamentas que promovían y aceleraban su civilización.

La justicia y la instrucción pública deben a nuestros padres de la patria la creación de la Corte Suprema, la Academia Chilena, creada por decreto de 10 de diciembre de 1823, con sus tres secciones: ciencias morales y políticas,

ciencias físicas y matemáticas, literatura y artes; la Academia de Leyes y Práctica Forense; el Instituto Nacional en la capital y en los departamentos, establecimiento instalado en 1813, restablecido en 1819 y reorganizado en 1823; las escuelas conventuales para hombres; las de los monasterios para las mujeres escuelas lancasterianas, el Museo, la Biblioteca Nacional y la libertad de imprenta.

Colocaron la dignidad del hombre en su verdadero trono con la abolición de la esclavatura, la de los azotes, la de los palos en el ejército, los títulos de nobleza heredada o comprada, y cuanto tiende a degradar al hombre a hacerle más ridículo de lo que es.

Al mismo tiempo que se abolían los efectos de la crueldad y del necia orgullo, nada se omitía para enaltecer el espíritu ni para formar hombres capaces de ostentar con justo orgullo el título de ciudadanos de una república ilustrada. Decretóse con este objeto el año de 1817 la creación de la Legión de Mérito, para premiar las virtudes y los talentos en todas las carreras, premios que llevaban el calificativo de “la más honrosa y la más estimable distinción nacional”.

Decretáronse, asimismo, premios al preceptorado y premios a los alumnos que aventajasen en estudio y saber a los demás. Lo que no hemos hecho hasta ahora, ni creo por desgracia que lo hagamos tan luego, ya lo tenían hecho los padres de la patria el año de 1820. Entonces seis años de servicios en las clases superiores era mérito suficiente para obtener prebendas en las catedrales, y esos mismos seis años en los legos les daban opción a los destinos análogos de su catrera. Siguiendo el mismo propósito, acordóse el título de benemérito de la juventud al alumno que más sobresaliese, ya en la probidad de sus costumbres y ejercicio de las virtudes cívicas y morales, ya en el aprovechamiento científico o industrial; y a más de las preeminencias del lugar que se le hacia ocupar en todas partes y de las consideraciones con que se le trataba, se le concedía el derecho a continuar gratuitamente sus estudios.

Los empleados públicos no trabajaban sin esperanza de premio, coma casi siempre acontece ahora; el decreto de 3 de junio de 1820, al exigir que al principio de cada año el jefe de las oficinas de Hacienda pasase al Ministerio de este nombre la foja de servicios de cada empleado para la provisión de los empleos de los que hubiesen servido en un destino inferior, lo está probando.

Mandáronse someter todos los gastos del Estado a rigurosos presupuestos, y rastros se encuentran en aquella época hasta de la consolidación de nuestra deuda interior.

El arte de la guerra, esa necesidad imperiosa de la raza humana, debe a los hombres de aquella tumultuosa, y angustiada era la Academia Militar, la

Escuela de Pilotos, la comisión encargada de formar un código militar, y la Maestranza de armas y de instrumentos bélicos.

No andaban entonces nuestros inválidos sueltos y mendigando como ahora, porque el año 23 ya contaba el valor desgraciado con un asilo protectora cargo y bajo la inmediata vigilancia del comandante general de armas, para que nada faltase a aquellos infelices.

El decreto de 10 de diciembre de 1822 echó por primera vez en Santiago los verdaderos cimientos de la guardia nacional.

Para no parecer por demás prolijo, enumerando, aunque sea tan a la ligera, cuanto a nuestro. padres debemos, terminaré esta reseña sentando que hasta de aumentar los días útiles de trabajo que tenía el año chileno se ocuparon; pues perseguidos la holganza y el ocio hasta en sus más sagrados retretes, lograron que las fiestas de riguroso precepto, que alcanzaban entonces a cuarenta, quedaran reducidas a sólo doce, y abolidas completamente las muchas de medio precepto que casi siempre, y sobre todo en los pueblos, se volvían de precepto entero.

Todo lo preveían solícitos. La América española no era para nuestros padres un conjunto de distintas naciones: era sólo un único estado por emancipar, y la emancipación no la consideraban completa mientras imperase en alguna de sus secciones el dominio español. La historia contemporánea argentino-chilena llevaba ya consignados en sus preciosas páginas muchos de los hechos que acreditan esta verdad cuando se trató de emancipar al Perú; mas como no he visto conmemorar aquellos cuyo alcance llegaba hasta los más remotos términos del dominio español en la América, debe permitirse a mi patrio orgullo el que consigne aquí, aunque sean las primeras palabras de la notable proclama que don Luis de Mauri, general en jefe de las fuerzas destinadas a obrar contra Nueva Granada, dirigió a sus compatriotas el 10 de julio de 1818, después de haber tomado posesión de las islas de Santa Catalina, Providencia la Vieja y San Andrés, dependientes de aquel virreinato. Dice así:

“¡Compatriotas! Los poderosos Estados Unidos de Buenos Aires y Chile, deseando cooperar en cuanto les sea posible a la emancipación de sus oprimidos hermanos, me han comisionado para cumplir esta noble empresa en la Nueva Granada. Gracias al cielo, que les ha inspirado tan magnánimos sentimientos. Sea su unión y su sabia conducta nuestra guía en nuestras futuras operaciones”¹

¿Y qué decir ahora a las ideas que entonces se tenían sobre la importancia de la inmigración de extranjeros, como complemento de la grande obra con tantos sacrificios iniciada? En la Camila, que el célebre patriota Camilo Henríquez escribió para nuestro teatro, con el objeto de sembrar en la mente de los concurrentes semillas de legítimo progreso, dice uno de los interlocutores: “Si la América no olvida las preocupaciones españolas y no adopta más liberales principios, jamás saldrá de la esfera de una España ultramarina, miserable y oscura como la España europea. Para remediar la lastimosa despoblación de la América y su atraso en las artes y en la agricultura, es necesario llamar extranjeros con el atractivo de unas leyes imparciales, tolerantes y paternas”.

Nada se escapó pues, a las miradas de esos hombres extraordinarios, que así pasaban la espada del guerrero a la mano izquierda para dejar libre la derecha a la pluma organizadora, como el acero al poderoso puño para defender, junto con los fueros de la patria, la propia vida.

Teníamos en las naciones extranjeras cuatro misiones diplomáticas en el año 24. Eran ministros plenipotenciarios de Chile en Buenos Aires, don Joaquín Campino; en Europa, don Antonio José de Irizarri; en el Perú, don Miguel Zañartu, y, en Roma, don Ignacio Cienfuegos.

Para Chile sólo eran extranjeros los enemigos de su libertad, y la idoneidad el candidato jurado para los más delicados puestos públicos. A Dauxion Lavaysse se confió la dirección de la comisión de estadística; a Alberto d’Albe y Carlos Lozier, la de la corográfica; Zegers, o Zegggers como se escribía entonces, era oficial presidente del despacho de relaciones exteriores; Bayarna era director de la Academia Militar; Ocampo, consultor de lo que entonces llamaban Cámara Nacional. En resolución, Chile de entonces supo nacionalizar los ilustres nombres San Martín, de Cochrane y de Blanco, y los retoños de aquellos denodados oficiales de mar y tierra que nos trajeron generosos el precioso contingente de su sangre y de sus luces de que tanto necesitábamos, nos siguen dando días de gloria como si sus padres no hubiesen tenido más patria que la propia nuestra.

1 Correo del Orinoco, Núm 17, año de 1819, Angostura.

CAPITULO V

El barón de Mackau y el Corsario Quintanilla. – Viaje a Francia.- – Río de Janeiro- – Havre de Grace.- -- París de aquel entonces. – María Malibrán García.- Un hijito de Fernando VII.- –La Duquesa de Berri – Colegio de Silvela. El matemático Vallejo. Don Andrés A. de Gerbea. – Don Leandro Fernández de Moratín. – Don Silvestre Pinheiro, Ferreira, profesor de Derecho Público. – El romanticismo.- – Alejandro Dumas. – El general San Martín en Francia. – El general Morillo.

Entre las naciones europeas que comenzaron a frecuentar con sus naves nuestras costas, así que la guerra de la independencia se lo permitió, la Inglaterra y la Francia fueron las más solícitas a captarse las simpatías del nuevo Estado que abría a los frutos de la industria extranjera sus codiciados puertos.

Fue; éste uno de los motivos que impulsaron al Ministro de Marina francés a autorizar a los jefes de su escuadra del Pacífico para que concediesen pases libres, en sus gabarras o transportes, a los hijos de las familias influyentes de Santiago que solicitasen ir a continuar en Francia sus estudios.

Cupo al almirante Mackau, que alcanzó después a ser Ministro de Estado en tiempo de Luis Felipe de Orleans, ser intérprete de estas buenas disposiciones para con Chile, y aun e gusto de exagerarlas, como aparece del hecho que voy a referir que, por haber pasado muy de puertas adentro, muchos ignoran.

Aún no existían en Chile en 1823 casas extranjeras de comercio, y los franceses habían elegido la muy opulenta de don Felipe Santiago del Solar para consignación de sus naves y la de los cargamentos de

mercaderías que comenzaban a enviar de su país a nuestra recién naciente República.

El barón de Mackau, comandante de la fragata de guerra francesa Clorinda, que se gallardeaba a la sazón en medio de los buques ingleses y norteamericanos surtos en la bahía de Valparaíso, trasladado a Santiago con algunos de sus oficiales, se hospedaba entonces en casa de mi padre, donde, para hacerle más grata su permanencia, se le trataba a cuerpo de rey.

Todo el territorio chileno no se encontraba aún libre de las autoridades españolas, pues en el vasto asiento de las islas, con Chiloe por cabecera, imperaba todavía el terrible caudillo Quintanilla, aunque no era esto parte de impedir que nuestros corsarios asolasen el comercio español desde las aguas de Valdivia hasta las de Guayaquil; pues nuestros faluchos; que no eran entonces otras nuestras naves, desvalijaban que era un contento a cuantos buques españoles de comercio se a las manos. La sola casa de Solar contaba con cuatro corsarios, cuya capitana. El Quinta- habla hecho tanto daño a Quintanilla, capturando cuantos buques con recursos le enviaban de Perú, que, exasperado, armó la célebre nave La Quintanilla, que al mando -de un tal Martelí, no tardó en dar al traste con toda la división Solar, obligando a El Chileno, único cachucho que escapó de sus garras, a asilarse bajo los fuegos de las baterías de Valparaíso. Supo el buen barón de Mackau por boca de Solar lo que pasaba ignoro lo que catre los dos hablaron; pero no ignoro lo que ocurrió después; pues es lo cierto que, a poco de andar, ya la terrible La Quintanilla era declarada buena presa de la fragata Clorinda, y que el no menos terrible Martelí se encontraba encerrado en calidad de preso a bordo de la gabarra francesa Mosselle.

Estas felices travesuras y otras a éstas parecidas, que no hay para qué relatar; el contacto cada día más frecuente que la actividad comercial nos proporcionaba con el extranjero; la sucesiva llegada a nuestras poco frecuentadas playas de capacidades como la de Lozier; y la de muchas otras que, sin ser reales de a ocho en sus respectivos países, venían a serlo sin esfuerzo en nuestra patria: la preferente acogida que dispensaba, por las anteriores razones, a todo lo que fuera, la inconsulta hospitalidad de nuestros estrados, aunque los tales de fuera no fuesen otra cosa que meros-mercachifles engalanados con la natural desenvoltura del *cammis voyageur*, con el arte de anudarse la corbata y con el no menos atractivo de saber bailar y enseñar las recién llegadas cuadrillas, hicieron creer a muchos padres de familia que la instrucción, para ser buena, sólo podía adquirirse en la culta Europa; y a muchas madres y hasta entonces encogidas hijas en el campo de los devaneos sociales, que fuera de Francia o de Inglaterra,

no podía encontrarse ni la fuente del galano decir, ni el verdadero comme il faut, padre del encanto de los salones.

Antes, pues,, que se notificase a los chilenos la benévola disposición del Gobierno francés para con los jóvenes americanos, ya habían salido Carlos Pérez Rosales y Juan Enrique Ramírez, el primero para Inglaterra y para Escocia el segundo, y el 16 de enero de 1825 daba a la vela del puerto de Valparaíso para Francia, y cargado de jóvenes chilenos, el transporte Mosselle de la marina de guerra francesa.

¿Adónde iban esos jóvenes, orgullo y esperanza de sus padres, llenando la envidia a los que por falta de recursos quedaban reducidos a las escuelas patrias? ¡Iban a Francia en busca de un fácil saber, sin sospechar ni por un instante, que allí les esperaba la sabiduría, como esperó a muchos, veinticuatro años después, el oro que a paladas pensaron recoger en California!

Fueron los alegres pasajeros de la Mosselle: Santiago Rosales, Manuel Solar, los cuatro hermanos Jara-Quemada, Lorenzo, Ramón, Manuel y Miguel; los hermanos Antonio y José de la Lastra, José. Manuel Ramírez, mi hermano Ruperto Solar y yo.

Tras esta primera expedición, pero ya no en buques de la armada francesa, salieron otros con el mismo destino, conduciendo a los hermanos Guerrero, Calixto; Lorenzo y Víctor; a los hermanos Larraín Moxó, Rafael, Santiago y José María; a los hermanos Toro, Bernardo, Domingo, Alonso y Nicasio; a José Manuel Izquierdo, Manuel Talavera, José Luis Borgoño, Ramón Undurraga y Miguel Ramírez. Todos estos jóvenes, unidos a los del primer viaje, a excepción de Manuel Talavera, Calixto-Guerrero, Bernardo Toro, Miguel y José Manuel Ramírez, ocuparon un asiento en el mentado colegio de Silvela, único en su época, así por el nombre y la capacidad intelectual de sus notabilísimos preceptores, como por el gran número y la juiciosa distribución de los distintos ramos del saber humano que allí se cursaban.

De toda aquella dorada juventud chilena que en pos de la instrucción cruzó los mares hasta llegar a la envidiada Europa, ¿qué nos queda? Sólo recuerdos de infructuosos afanes y tres testigos presénciales del general malogro: don Rafael Larraín Moxó, don Domingo José de Toro y la mano debilitada que estos renglones traza.

Mal camino seguirán siempre los padres de familia que, sin dar primero a sus hijos la instrucción elemental, les separan de su lado y de su patria para que vayan a estudiar en Europa, en perverso francés o mal inglés, aquello que pueden aprender en Chile en correcto castellano. Sólo debe pasar a Europa el joven ya formado que, habiendo adquirido en las aulas patrias cuanto en ellas puede aprenderse, deseare perfeccionar sin conocimientos profesionales, o aquellos

otros que caracterizan al hombre de mundo y que sólo pueden adquirirse en el roce ordinario que motivan los viajes en todo linaje de gente, en el prolijo estudio de las costumbres y en el inmediato contacto con los hijos de las naciones más cultas del Viejo Mundo.

Volvimos, pues, los que allá fuimos, con poco más del triste alfabeto por aprendizaje, sin siquiera poder decir cuando llegamos, que sabíamos tanto cuanto encontramos que sabían, sin salir de Chile, aquellos mismos que suspiraron por no podernos seguir. Pero, para ser justos, es preciso confesar que aquello de superfluidades, de gabachismos y de meter en todo ex cathedra la mano, nadie hasta ahora nos ha podido aventajar.

Pero veo que me he apartado de mi viaje a bordo de aquella mentada Mosselle que tanto nos hizo padecer. Seguimos, pues, en ella acompañados del prisionero Martelí y al cabo de treinta y seis días de navegación, después de doblar de nuevo el Cabo de Hornos, pude contemplar por segunda vez ese Río de Janeiro y esa terrible Playa Grande donde cuatro años antes había sido arrojada, sin amparo, por la exquisita crueldad de Lord Spencer.

El Río de Janeiro del año 25 era el mismo poblachón del año 21, con sólo 4 años más de edad. Este pueblo negrero, de irregular trazado, de perversa policía de aseo y de ninguna sanidad desde medianoche para adelante, pues a falta de depósitos salubres y fijos de aquel residuo cuyo nombre ponderó tanto Víctor Hugo en boca del irritado Cambronne, barriles sin más tapa que la atmósfera corrían de todas partes a inficionar las playas de las tranquilas aguas de la bahía. Salvo algunas excepciones, mientras más lucía sus galas la naturaleza en aquel lugar, más lucían la incuria y el desgüeño de sus sudorientos habitantes.

Entonces, como en los años 30, 45, 60, épocas en que tuve ocasión de visitar de nuevo esa capital de imperio, no encontré en ella un solo edificio, incluso el palacio imperial, que pudiera equipararse con ninguno de los edificios públicos o privados de nuestro actual Santiago.

Llamóme entonces la atención el templo que, comunicado con el palacio, servía de capilla u oratorio a sus majestades; no tanto por su construcción arquitectónica, cuanto por la naturaleza de los cantores de su poderoso coro. ¡Quién lo creyera! Víctimas de aquella inmortal mutilación, que acredita para guardián de serrallo en la polígama Turquía, eran los cantores que acompañaban con infantiles y plateadas voces el santo sacrificio de la misa, y todos eran hijos de la entonces desmembrada Italia.

El mismo efecto que produce sobre el ternero este acto que autoriza la voracidad humana, se produce también sobre el hombre. Tenían aquellos infelices coristas voz de mujer, cara de niño y cuerpo y abdomen elefantados. ¿Eran más felices que los demás hombres?. ¿Quién pudiera decirlo?

En esa época, el afortunado Brasil, sin haber tenido que pasar por ninguna de las tormentas que casi desmantelados arrastramos en la lucha contra los mandarines de Castilla, había ya tranquilo promulgado, el 25 de marzo, la

Constitución política del imperio, calificada, no sé por qué, por los hijos del país, como la tercera en antigüedad cuantas se conocen en el mundo.

Los favores que se dispensan tan a vuelo de pájaro como el que a nosotros nos dispensó el gobierno francés, suelen pagarse caros. En Río de Janeiro tuvimos que abandonar la Mosselle, a causa del adusto y casi brutal trato que nos había dado, en el viaje desde Valparaíso, su buen capitán, y prosiguiendo nuestro viaje a bordo de una barca francesa mandada por el capitán Blatin, llegamos, a los ciento dos días de nuestra salida de Chile, a la embocadura del canal de la Mancha, desde donde a poco andar nos encontramos en el curiosísimo puerto francés llamado Havre de Grace.

El canal de la Mancha, el golfo de Vizcaya y el mar de las Antillas parece que se disputasen entre ellos el dominio de las tempestades- en la época de los equinoccios. En esos borrascosos mares no se cuentan los naufragios anuales por decenas sino por centenares. El Havre de Grace, cuyo nombre está diciendo lo que era antes que el saber y el brazo del hombre le convirtieran en lo que ahora es; el puerto de Chesburgo y muchos otros son pruebas palmarias de que no hay mala rada ni simple apariencia de rada que no pueda convertirse en excelente puerto. Por esta razón, cuando descuidamos los caminos que conducen a los peligrosos puertos que median entre Valparaíso, mal puerto también, y la bahía de Concepción, obramos con poca previsión. Si los franceses hubiesen encontrado donde ahora se alza el poderoso puerto de Chesburgo los recursos naturales que ofrecen el puerto de Topocalma, los bajos y las lagunas de Vichuquén y Boyeruca; y si los franceses, para hacer navegable el Sena desde el mismo mar donde desemboca, hubiesen contado como nosotros contamos en Talcahuano, con un bajo que llenan las aguas del Bío-Bío en sus creces y que, pasando al costado mismo de Concepción, desemboca junto al puerto, ¡cuánto menos no les hubiera costado el puerto de Chesburgo y cuántos años no contaría yo la fácil navegación fluvial y marítima del Bío-Bío, dejando a un lado su peligrosa barra!

¿Cuántos afanes no costó la construcción del Havre? Apenas comenzaban a elevarse los tajamares que debían poner al futuro puerto a cubierto de las invasiones de las mareas sicigiales, a las que daba el viento el carácter de un mar embravecido, cuando en la noche del 15 de enero de 1525 pereció ahogada la tercera parte de la población a impulsos de una repentina crece que alcanzó a precipitar dentro de los fosos del castillo Gravelle hasta 28 embarcaciones. Análogos accidentes ocurrieron en el mismo puerto en los años 1718 y 1765, y fue tal el empuje del viento en el primero, que aún en el día se recuerda con espanto que un cañón de a 36 con su cureña fue arrojado de su asiento. Pues bien, ese mismo lugar, merced al trabajo del hombre, ostenta en el día el seguro y muy mercantil puerto artificial donde acabábamos de desembarcar.

Nadie pensó, para comunicar el con el mar, en combatir la barra y los bancos que sus tumultuosas aguas formaban en su desembocadura, como

nosotros hemos pensado varias veces hacerlo en nuestro Maule, creyendo que el aumento artificial de sus aguas pudiera arrojar la barra mar adentro: notable absurdo que combate el resultado del estudio de la embocadura del caudaloso Marañón, cuyas violentas aguas sin dejar de formar barra, penetran cuarenta leguas mar adentro sin mezclarse con las del océano. Utilízase sólo la embocadura del Sena para aprovechar retiro periódico de las mareas dejaba en su margen oriental Esos bajos, circunda dos de murallones y ahondados a fuerza de draga y de barreta hasta el nivel de las más bajas mareas, convenidos en espaciosa y tranquilas plazas públicas de agua, son el ancladero, sin necesidad de ancla, donde con orden simétrico y costado a costado se colocan, como en una taza de leche, centenares de embarcaciones que año por año llegan a aquel puerto, cuya entrada protegida por quebraolas. les franquea el más fácil acceso.

Contaba el Havre en 1825 con tres plazas de agua comunicadas por canales, y las tres podían contener desahogo hasta 200 embarcaciones alto calado. Como pueblo para vivir en él, nada tenía de notable; por el contrario, plaza fuerte, aunque de tercer orden, sus fosos, arsenales y astilleros, sus inexorables e incómodas 'cuatro únicas puertas, su corta población, que alcanzaba a sólo 22.000 almas de residentes y a cuatro de transeúntes, y su carácter puramente militar y mercantil, sólo dejaron en mi ánimo el recuerdo de cuánto pueden la industria y el trabajo cuando luchan perseverantes cuerpo a cuerpo contra las dificultades materiales que puede oponer, al logro de su propósito, la simple naturaleza.

Dejé el Havre como dejan las aves pasajeras los puntos que recurren; y al quinto día de mi llegada a la envidiada Europa, después de una pisada trasnochada en los violentos carrmatos de la compañía Lafitte y Caillard, me encontré en el mentado París, centro de lo bueno y de lo malo, de lo alegre y de lo triste, patria de buen gusto y de ridículas extravagancias, y emporio favorito del devaneo y de las disipaciones, calificado por el buen Víctor Hugo con el pomposo nombre de "cerebro de la humanidad".

Las ciudades aventajan a los hombres en la facultad de rejuvenecer. Pocas hay que cuentan en el mundo más abriles que la antigua Lutecia, pueblo que llegó a llamar Oppidum el mismo Julio César, como testimonio de que en aquel entonces gozaba ya de los humos del capital. París del año de 1825, cuando me encontré por primera vez en él, era respecto al París que visité por tercera vez el año 1859, lo que es la figura de un hombre contrahecho, garabateado con tiza y carbón sobre una pared, comparada con una pintura hija del arte expuesta en un museo. No quiere decir esto que sus palacios. sus templos, sus academias y sus museos, que tantas riquezas atesoran, no existiesen entonces, porque la mayor parte de esos pasmos del genio humano ya existían; pero tan diseminados y perdidos en un inmenso poblachón que sin obedecer a ningún regular trazado había ido creciendo a fuerza de inconsultos agregados, poblachón con calles en general, tortuosas y sin salidas, anchas

unas, estrechísimas otras, y las más, sombrías, húmedas y hediondas, con descuidado pavimento y perverso alumbrado de aceite de ballena, cuya escasa luz solían corregir tiestos de barro con sebo y sus mechas ardiendo, que la policía solía colocar sobre los tropiezos accidentales para precaver el vuelco de los carruajes que, no se comprende, en verdad, cómo podían lucir tan ricas joyas sobre tan burdo engaste.

Aquel París del año 25 no existía ya en el de 59. Luis Felipe de Orleans había ya comenzado a transformarle ensanchando su recinto, rodeándole de poderosos y artillados baluartes y trazando, entre éste y aquél, hermosas calles, cuando el tercer Napoleón; su inesperado sucesor, con el triple propósito de quitar a los revolucionarios parisienses su natural guarida, de dar ocupación a ociosos brazos, siempre dispuestos a reforzar tumultos, y de hermopear la ciudad a fuerza de costosas demoliciones que nada respetaban, echó, a través de aquel intrincado y vetusto laberinto, las muy anchas y suntuosas calles que llevan en el día el pomposo nombre de avenidas.

Los Campos Elíseos no tenía más de Elíseos que el aire más puro que en ellos se respiraba saliendo del centro de la población. El bosque de Boulogne era una pequeña selva destinada a las cacerías reales, y el lugar jurado, que por su apartamiento servía para el desquite sangriento de las ofensas individuales. El bosque de Vincennes, situado en el lado opuesto, servía también para lo mismo, sin más diferencia que exhibir a la entrada los torreones ennegrecidos de la fortaleza de Vincennes, que hacía entonces las veces de Bastilla, y en cuyos fosos se veía señalado con un triste monumento mortuario el lugar donde había sido asesinado, por orden de Napoleón 1, el duque de Enghien. Por lo demás, el bullicio, el movimiento, los flaneurs o aplanadores de calles, la alegría, el tormento, las modas, los devaneos de las coquetas, las disipaciones, los bailes aristocráticos, y aquellos donde luce el cancán, las caricaturas, los retruécanos, los desafíos, la riqueza y la miseria, viven y reinan ahora en la gran ciudad ni más ni menos como vivían o reinaban en aquel entonces.

En París se puede vivir con dos reales, o con dos millones y estar siempre, tanto el poseedor de los dos reales, cuanto el de los dos millones, pobres y entrampados hasta los ojos.

Razón tienen los extranjeros cuando encarecen la perfección de las representaciones líricas y dramáticas, que son el encanto del abultado París. En general, se cree que sin el visto bueno parisiense no puede ser moneda corriente actor alguno.

Contaba el París de mis primeros tiempos con nueve teatros de alguna consideración para su época, amén de otros mucho de menor y aun de mismísima cuantía. Quien quería saciarse de clasicismo de oír hablar con académica perfección el idioma francés, ocurría hasta el año de 1827 al Teatro Francés, donde todavía representaba el célebre Mars. Quien quería hartarse de chistes, de pullas y retruécanos, tenía a la mano a la Gaité; para los horrores

parecidos a los del terrible Treinta años o la vida de un jugador, allí estaban la puerta de San Martín, el Ambigú y otros; para la música ligera y alegre, la Opera Cómica; para la seria y alegre, aunque de otra escuela, tenían el Teatro Italiano, donde resonaban los fáciles gorjeos de la friona Santag, que parecía tener en la garganta un nido de ruiseñores, y la poderosa, sensible y modulante voz de la incomparable María Malibrán García, orgullo de España, encanto de la Francia, de la Bélgica y de la Inglaterra, donde alternativamente representaba, y artista que según los diarios de la época, merecía ser servida y adulada por Talía y Melpómene al mismo tiempo; y para lo que es la música majestuosa, tenían la Gran Opera, afamada entonces por el riquísimo aparato de sus suntuosas decoraciones y por la voz del único tenor que recuerdan con orgullo los franceses, de aquel Nourrit que se suicidó cuando su que otro hombre cantaba tan bien como él.

Para lo que es 1a gaya producción de eróticos devaneos, no hay terreno más feraz que las tablas de un proscenio; y no porque en ellas encuentre el aficionado mejores y más baratos encantos que los que pudiera encontrar por fuera, sino por el prurito que tiene cada hijo de vecino de hacerse dueño de todo aquello que los demás admiran. En el teatro, corral como en el teatro mundo, parece que fuera esto una regla general, a pesar de que todos saben que donde se profesa el fingimiento, no puede haber nada que no lo sea.

Sin embargo. en el gremio ambulante de los que ganan su vida remedando vicios o virtudes ajenos, ocultando bajo fingidas carcajadas verdaderas lágrimas, o dando ardientes y cariñosos besos a los que quisieran ver fritos, suele de vez en cuando encontrarse la sinceridad, obligada por la necesidad del fingimiento. Tal es lo que acontecía con la artista que acabo de mencionar, con la justamente celebrada María Malibrán García, hija del ponderado tenor García y hermana de aquella mentada Viardot, que encantaba con su voz a los rusos en el teatro. imperial de San Petersburgo. La Malibrán sólo fue cómica en las tablas. Recuerdo un hecho cuya verdad me consta, y cuyos pormenores publicó, bien que con prudente cautela, el Constitucional del año de 1828.

Uno de aquellos, no sé si felices o desgraciados ociosos cuya riqueza supera a veces las exigencias de la disipación, tuvo una buena mañana la ocurrencia de dirigir a la Malibrán, bajo el cierro de una sahumada esquela, una cédula de cien mil francos acompañada con estos cortos renglones: "Señorita: un solo momento de entrevista privada, con la designación del día y de la hora, solicita de Ud. este humilde servidor. Heine" y la esquela y su contenido le fueron devueltos con esta lacónica contestación: "Yo no me vendo; y. si la desgracia me obligara a faltar a mí deber, no sería Ud. el elegido- M.M.G" — Heine tuvo el generoso capricho de entregar a la redacción del Constitucional ambas comunicaciones con encargo; debidamente remunerado, de hacer sobre ellas filosóficas observaciones. La redacción se contentó con la publicación de ambas cartas, conservando en ellas las iniciales de los que la autorizaban, y

con acompañarlas con esta sola reflexión: “¡Digan ahora que quien plata tiene todo lo puede!”

Y ya que, sin saber por qué, entró mi pluma en la región del galanteo, aprovecharé la tinta que aún le queda en referir un rasgo de galantería española que alcanzó a ocupar hasta por dos días, y esto es un mundo, la atención de la novedosa capital de Francia.

Encontrábase a la sazón, año de 1828, en el colegio, colocado por el embajador de España, un simpático jovencito. cuyo. rostro reflejaba, como pudiera hacerlo un buen espejo las facciones que, cuando niño, debió tener el mismísimo Fernando VII. Ignoro, como es natural cuál de estos dos motivos, o si ambos juntos, granjeaban a este joven el respeto con que se le trataba; lo único que recuerdo es que éramos aparceros, que se llamaba Fernando Solís y que daba al Embajador el título de padre. Fernandito fue quien me puso al corriente de la insulsa historieta que voy a contar, por haberla presenciado él, en casa de su titulado padre.

Propúsose la embajada de España obsequiar con un suntuoso sarao a la rumbosa duquesa de Berri, quien era entonces la persona menos mal querida de cuantas componían la corte del viejo y devoto cazador Carlos X de Francia, y esto bastó, como siempre acontece, para excitar el entusiasmo coreográfico de los hijos mimados de la fortuna, para hacer trasnochar sastres, modistas y peluqueras, y hasta para cortar por medio de los nudos gordianos de las bolsas que no podían desatarse de otro modo. Yo ya había visto bastante de cerca a la obsequiada en el teatro Gimnasio, nombre que a instancias de ella, por tenerla por protectora de las artes había cambiado el buen Carlos X por el de Teatro de Madame; y en verdad que no había encontrado en su lujosa personita ni la hermosura ni la admirable gallardía que el cortesano adulto le prestaba.

María Carolina de Borbón, viuda del asesinado duque de Beni, no tendría a la sazón menos de 39 años; pero esta edad, que para la mujer chilena hasta vejez llega a veces a ser, no había aún menoscabado en la duquesa sus verdaderos atractivos; pues todavía podía lucir con justo orgullo incomparable tez, rubios y sedosos cabellos, brazos hechos a torno y dos menudos pies que, a pesar de algo inclinados hacia adentro, eran el encanto de los aficionados, circunstancia que ella no ignoraba. Esta alegre y voluntariosa napolitana era además, madre del entonces duque de Burdeos, heredero presuntivo de la corona de Francia conde de Chambord después y hoy aspirante al regio nombre de Enrique V circunstancias todas que aumentaban el caudal de su propio valer.

Estilábase entonces en los bailes de corte tender alfombras hasta sobre la vereda de la calle que daba a la puerta del palacio, bajo cuyo dintel se encontraban apuestos jóvenes para recibir y conducir a las convidadas a medida que iban llegando. Acababa uno de los repentinos chubascos que suelen descolgarse con frecuencia en París, no sólo de empapar la alfombra colocada sobre la vereda de la casa de la embajada, uno también de llenar de

agua los hundimientos del perverso adoquinado de la calle, cuando llegó el coche de la duquesa con gran ruido de caballos y de engalonados lacayos. Calzaba la esplendorosa convidada aquella noche un par de medias cuyo valor hacía subir la fama a la fabulosa suma de cinco mil francos. ¿Cómo exponer aquel primor de arte y el lujosísimo zapato a la profanación de un pringue de mal barro? Aquí de los apuros de los receptores; sólo habla un tranco que dar para entrar en sagrado. pero ese tranco no era para mujer, ¿qué hacer entonces? Colocar una tabla era ridículo; ocurrir por otra alfombra, moroso, y suspender en brazos a la dama, como se le ocurrió a un galán francés, un desacato; todo era atropellada con fusión, cuando un gallardo joven español, de los allegados a la embajada, colocando con desembarazo en el barro su lujoso tricornio y tendiendo la mano a la recién llegada, le dijo: “Soberana señora, aquí se pisa”. Causó este rasgo de desenvuelta y culta galantería admiración y aplauso. y el atento sacrificio aceptado sin titubear por la duquesa, no sólo valió al feliz godo la honra de ser nombrado caballero suyo durante toda aquella noche, sino también los elogios de los entrometidos reporteros de la prensa. Nada más dice la historia auténtica de lo que sucedió después la desautorizada... Pronto veremos a esta dulce niña de 39 años reaparecer en mis pocos murmuradores relatos. y se verá entonces lo que va de lo vivo a lo pintado.

Pero no usurpemos a plumas más francas y galanas el derecho de pintar o descubrir a Paris, verdadero pueblo-Dulcinea que tiene la virtud de convertir en amorosos quijotes a cuantos la visitan;

La vuelta de Fernando VII al trono de las Españas había poblado la Francia de sabios españoles a quienes sus ideas liberales obligaron a buscar asilo del otro lado de los Pirineos. Entre esto. eminentes escritores, cúpome la suerte de tratar muy de cerca al eminente matemático Vallejo y a los distinguidos literatos y jurisconsultos Moratín, Silvela Ferrer, Salvá Saavedra, Mendivil y Mauri.

Acababa de establecerse en la calle de la Mi-Chaudière, número 9, un colegio para españoles a cargo del presbítero Prado y del profesor Vallejo, a quien debo, junto con mi afición a las ciencias exactas, las pocas nociones que tengo de ellas.

Era ‘Vallejo un hombre alto, barrigón, de ojos pequeños y capotudos pero inteligentes, de levantada frente y de muy abultada nariz. Su andar, cuando iba solo, era pausado y casi siempre interrumpido como por puntos suspensivos.

Fanático por la ciencia que ha inmortalizado su nombre, trabajaba noches enteras tan absorto en sus cálculos, que muchas veces, cuando la campana del colegio tocaba a madrugar, él creía que era el toque de recogerse, y no era poca su sorpresa cuando, al salir de su estudio, se encontraba con la luz del sol. Las veladas y el continuo meditar fueron poco a poco debilitando tanto su cabeza, que al último dio en la manta de creer que había encontrado un modo infalible de liberar a la humanidad de los desastrosos efectos de los terremotos.

Habíame cobrado singular cariño; y como en las horas de recreo, y aun en las excursiones que hacíamos juntos por los contornos de París con el objeto de adiestrarme en el levantamiento de planos, no me hablase de otra cosa que de su para-temblor, no tardé en persuadirme de que el sabio profesor acabarla por perder el juicio; y así fue, por desgracia, la verdad, pues tuve el dolor de verle llevar al hospital de Lyon, afamado entonces para la curación de la más triste de las humanas enfermedades ¡la locura!

Los inmigrantes a quienes políticos descomedimientos obligan a expatriarse, forman siempre en aquellos lugares donde se asilan sociedades de lamentos o de reniegos que alimenta la común desgracia. Entre muchos españoles que purgaban en aquel entonces en Francia el pecado del sensato patriotismo sobresalía por sus frecuentes visitas al establecimiento de la calle de Mi-Chaudière, el distinguido profesor de matemáticas don Andrés Antonio de Gorbea, y en verdad que al tratar a ese eminente educacionista nunca se me ocurrió que trataba con el futuro chileno, cuyas luces y especiales conocimientos en las ciencias exactas debían ser un justo título de orgullo para, sus discípulas en Chile.

El mísero estado de los recursos pecuniarios de Gorbea en Francia puede deducirse del placer con que aceptó en 1825 el mezquino sueldo de 500 pesos que le ofreció don Mariano Egaña, a la sazón ministro plenipotenciario de Chile, para que se trasladase a la República en calidad de profesor de matemáticas.

A fines de ese mismo año se presentó el pobre expatriado a nuestro colegio llevando de la mano a su hijito, Luis de Gorbea Baltar, para confiarlo al paternal cuidado de Vallejo que, en tiempos más felices, habla sido su maestro de matemáticas. Fue Luis de Gorbea Baltar condiscípulo mío en el colegio Prado y Vallejo todo el tiempo que permanecí en ese establecimiento de educación, hasta que me trasladé al del eminente jurisconsulto don Manuel Silvela. Luis salió, pues, a educarse fuera de su patria, y merced a los sacrificios de su solícito padre obtuvo colocación en París en el acreditado colegio que regentaba Prado.

Me he detenido en este insignificante suceso por devolver al señor Gorbea su título de padre celoso por la educación de su hijo, título que parece que éste quisiera disputarle al escribir al señor don Salustio Fernández, biógrafo de Gorbea, que él nunca habla salido a educarse fuera de su patria.

En un pobre desván de la casa número 117. calle de Orleans, de la ciudad de Burdeos, se encontraba asilada, en el año de 1822, otra víctima de la proscripción española. A juzgar por el amueblado de aquel mezquino retrete, podía deducirse que la pobreza del huésped. alcanzaba los términos de la ponderación, si bien es cierto que parecía contrastar con ella una copia como de trescientos libros que, a falta de estantes, se encontraban cuidadosamente alineados en el desnudo entablado del aposento. Leíanse sobre la pasta de

estos libros los nombres de Lope, Solís, Moreto, Calderón, Cervantes, Rioja, Argensola y otros de las más sobresalientes ingenias del parnaso español.

El señor de aquel poco envidiable rincón, que era de mediana estatura, más grueso que delgado, cabezón, de abultada nariz en su remate, de ojos pequeños y vivos, de labios gruesos y de tez blanca, aunque arrugada y marchita, contaría entonces con más de sesenta años de edad y su ocupación favorita parecía no ser otra que la de hojear mamotretos, sacar apuntes de ellos, hacer anotaciones y compaginar manuscritos.

En la tarde del día 1 de noviembre del año a que me refiero, el singular solitario acababa de escribir con letra menuda, pero clara, bajo el título de una de las comedias de Lope, estas palabras: "Apariciones, bellezas y disparates sin fin", cuando sintió que golpeaban la puerta de su desván.

La poesía y la necesidad han sido y lo serán siempre, bien que con raras excepciones, inseparables compañeras; así fue que, al oír el llamado, no quedando al desgraciado anciano ya prenda alguna que empeñar para cubrir el gasto de la posada, cuyo forzoso pago a ese día correspondía, afligido con el crudo pensamiento de tener que sacrificar a la necesidad sus libros, únicos y constantes compañeros que engalanaban su existencia en el destierro, se le escapó la pluma de la mano, alzóse con trabajo y lleno de angustia acudió a la puerta.

El hombre que golpeaba era un personaje alto, flaco, de color cetrino y deslustrado, de nariz aguileña y prominente, bisojo además, y tan erguido que no parecía sino que fuese el mismo don Quijote que en cuerpo y alma venía a amparar a las afligidas doncellas del Parnaso ¡Abrir la puerta, oírse un grito común de alegría y de sorpresa, lanzarse en los brazos uno del otro, decir éste Manuel y aquél Leandro, fue todo uno!

Era don Manuel Silvela, el sabio jurisconsulto condecorado entre los Arcades de Roma con el nombre de Logisto Cario, que venía a favorecer al primer poeta dramático de la Escuela Clásica del siglo XIX, a su amigo don Leandro Fernández de Moratín, al afamado Inarco Celenio de la misma sabia corporación romana.

Cinco años después figuraba con pompa, en la calle de Montreuil, arrabal de San Antonio de Paris, aquel importante liceo hispanoamericano, conocido hasta el año 32 con el nombre del sabio fundador Silvela. Aunque no indicaba la traza de este notable ingenio el talento que cobijaba, bastaba oír hablar una sola vez a Silvela para que su fácil y cadenciosa locución, sus oportunas y siempre atinadas respuestas, sus claras y eruditas explicaciones, llenas de sentencias y de preceptos que fluían sin esfuerzo de sus elocuentes labios, le concillasen el cariño y el respeto a que le hacían merecedor tan envidiables dotes.

Aquel vasto e importante establecimiento de educación, constituido desde el día de su fundación en asilo de cuantas inteligencias peninsulares mendigaban en Europa el amargo pan del expatriado, don Leandro Fernández de Moratín como profesor de amena literatura; a Silvela, a Ferrer y Mendivil como humanista, a don Silvestre Pinheiro Ferreira, ex ministro de Portugal, como profesor de derecho público. y al matemático Planche como sucesor del escritor Vallejo, que acababa de perder el juicio. A excepción de Planche, que era francés, todos los demás que dejo nombrados y muchos otros que prestaban a la educación que se daba en aquel establecimiento modelo el concurso de sus luces, debían su forzosa permanencia en Francia a la restauración de los Borbones en España.

Sin embargo, según tuve ocasión de averiguarlo después, es inexacto lo que sientan algunos biógrafos franceses al hablar de Moratín. Este escritor no salió de España perseguido por edictos reales, sino por exceso de timidez. Creyó que se le perseguiría como a los demás y éste, y no otro, fue el motivo que le expuso a morir de hambre fuera de su patria.

La modestia y la timidez fueron siempre para este profundo y chistosísimo escritor dogales que no sólo le hacían enmudecer, sino hasta pasar por tonto, ante el primer desconocido suyo que entrase de repente a terciar en las reuniones de amigos a quienes Moratín embelesaba con su amena y siempre instructiva conversación.

No he conocido literato más apegado a la pureza del idioma, nimás estricto observador de las leyes de la escuela clásica. Con nadie transigía en estos dos puntos capitales, y al último, ni con él mismo, pues degenerando esto ya en manía, dio en la de corregir y borrar cuanto había escrito hasta aquella época; y hubiera continuado si Silvela, una mañana, fastidiado con lo que él llamaba profanación, no le hubiera sustraído sus impresas y sus manuscritos. Dio Moratín, sin embargo, en el colegio la última mano a su trabajo sobre el origen del teatro español, y yo a fuerza de cogerle en contradicciones, debí al cariño que me tenía hacerle confesar que él era el autor de aquel chistosísimo folleto titulado La derrota de los pedantes, obra que si en España hubiese llevado su nombre, hubiera podido causar su ruina, porque las ofensas literarias, cuando hieren el amor propio, asumen siempre el carácter de imperdonables.

Moratín tenía que hacer con mi modo americano de pronunciar; dejábame en lo mejor, lelo, con alguna inspirada sonrisa y con este inexorable estribillo; “Estudia, chico, estudia, que no siempre el olor a piña de tus palabras hace pasar disparates”. Tres ocasiones le llevé mis primeros ensayos literarios para que me diese su parecer sobre ellos, y otras tantas, después de habérmelos hecho leer, colocó silencioso el escrito dentro de un sobre, le lacró y escribió sobre él estas palabras; “Te prohíbo que corrijas el borrador de este escrito.

Dentro de seis meses volverás a leerle y tu mismo parecer entonces será lo que es ahora el mío”.

Si los noveles y añejos escritores hicieran otro tanto, ¡cuántos disparates dejarían de ver la luz pública! Ellos mismos se maravillarían de lo que, seis meses antes, llegaron a considerar tomo obra maestra.

Era extraordinaria la facilidad con que versificaba, y a no haber sido tan esclavo de lo perfecto, es indudable que hubiese podido decir, como Lope de Vega al hablar de sus comedias:

*Y más de ciento en horas veinticuatro,
Pasaron de las musas al teatro.*

Recuerdo que un mes antes de morir, departiendo conmigo. sobre una zambra que los malditos gatos hablan armado la noche anterior en el desván, sazónó la conversación, a pesar de sus dolencias, con tan oportunas y chistosas ocurrencias que yo, por no dejar de salir con algún disparate, le dije: “¿Por qué no hace, señor, un poema épico tal que de al traste con todos esos bribones?” “Hombre, hombre — repuso él-, con que un poema épico, ¿eh? ¡vaya una ocurrencia! Pues escribe, chico, escribe, que chismes no faltan para ello sobre esa mesa”. Obedecí al instante, y nunca hubiera podido persuadirme, si no lo hubiera visto,, de que aquel anciano, lleno de dolores y con el estómago perdido, pudiese conservar en su cabeza privilegiada, junto con el manantial inagotable de epigramas filosóficos, que sólo fluye de la edad y de la experiencia, la fresca y traviesa imaginación de un niño. En brevísimo tiempo y con muy contadas pausas, me dictó en canto y medio de octavas reales, la primera parte de la más original y chistosa gatomaquia. Dictaba Moratín junto a una estufa; y al parecer fatigado, me pidió el manuscrito para corregirlo. En mala hora se me ocurrió obedecer, pues al salir éste de mis manos, pasó de las suyas a las llamas, con este solo réquiem, que me desesperó: “¡Basta de disparates!”

Moratín no fue casado ni quiso serlo; temía a las mujeres; pero nunca las trató con la crueldad de Quevedo.

Un mes después de la ocurrencia de los gatos, las Musas, vestidas de luto, asistían al entierro del hasta entonces primer poeta dramático del siglo XIX. Moratín murió en mis brazos el 21 de junio del año 1828, y aún en 1853 se veía en el cementerio Père-Lachaise un modesto túmulo alzado a expensas de sus discípulos entre el sepulcro de Moliere y el de La Fontaine.

Nadie se había acordado del eminente vate cuando vivo. Sin Silvela, hubiera muerto de hambre; más, después de muerto, no hubo diario europeo que no lamentase la pérdida que hacían en él las letras españolas y la escuela clásica en el mundo. el mismo rey de España, don Fernando VII, que no

siempre fue malo, cuando se dejó llevar de sus propias inspiraciones, escribió a Silvela de su puño y letra, pidiéndole las abras impresas y los manuscritos de Moratín para hacerlos publicar bajo su real patrocinio, y asignando al que fuese su heredero una renta vitalicia de cuatro mil reales, pagados con su propio peculio.

No fue sólo la España la nación que entonces expatrió a sus hijos; hizolo también el Portugal. El ex ministro de don Juan VI, el gran maestre de la orden de Cristo y sabio escritor de Derecho Público don Silvestre Pinheiro Ferreira, arrojado de Portugal, vino al colegio de Silvela, refugio de varios proscritos, a aumentar con su presencia. su número, y con sus conocimientos el caudal de luces que aquel privilegiado establecimiento de educación esparcía por todas partes.

Tendría entonces nuestro profesor de Derecho Público unos 62 años. Era su cuerpo pequeño pero proporcionado, espaciosísima su-hermosa frente, vivos e inteligentes sus pequeños ojos, abultada su aguileña nariz, y su boca semejante a la que dan las estatuas al autor del Espíritu de las costumbres.

Verdadero poligloto, Pinheiro ha dejado varias obras escritas en distintos idiomas, y en el tiempo que permaneció en el colegio desempeñando el modesto, pero honroso papel de simple profesor de Derecho Internacional, ni una sola vez se le oyó recordar el alto puesto que en su patria habla ocupado, ni tampoco dejó de aprovechar un solo instante sus momentos de solaz en terminar las obras que debían franquear a su nombre el camino de la inmortalidad.

Hasta el año 1826, las enemigas escuelas literarias clásica y romántica se hacían en Francia una guerra, aunque solapada, sumamente tenaz. La escuela clásica reinaba despótica en las aulas públicas, disponía de todos los elementos que le había legado la docta antigüedad y de la fuerza vital que daba a su restrictiva pauta el inexorable plus ultra de lo que entonces se llamaba buen gusto, apoyado en las obras maestras de aquella falange de sabios ingenios que produjo en Francia el siglo de Luis XIV.

Incapaz hasta entonces el romanticismo, que clamaba por emanciparse, de derribar un árbol con tan poderosas raíces sustentado, hubiera continuado sometido al yugo de las reglas recopiladas por Boileau en su Arte Poética, quién sabe por cuánto tiempo más, si el notable ingenio de Víctor Hugo, joven entonces, no hubiese tomado a su cargo, impávido y resuelto, la tarea de redimir cautivos del clasicismo lanzando al teatro su célebre Hernani que, como un huracán, se llevó por delante cuantas reglas clásicas le salieron al encuentro en su camino.

Asistí a la primera representación de ese drama, que con suma dificultad admitió el Teatro Francés, trono hasta ese día del absoluto clasicismo. La impresión que produjo el entonces descarado desacato que entrañaba esta obra, no fue tan borrascosa como yo me lo esperaba el primer día; pero de él en adelante, fue tal el alboroto que produjeron dentro y fuera del teatro sus repetidas representaciones entre los modernos y los añejos literatos que las presenciaban, que las representaciones del Hernani ya no fueron representaciones, sino retretas de cajas y de pitos disonantes.- Organizaron los clásicos, compañías de puños y de voces de aprobación. Los gritos simultáneos con que al compás de agudísimos silbidos se decía ¡abajo la pieza!, ¡fuera el mal gusto! eran contestadas con redobles de patadas en el suelo y atronadores ¡dejen representar ¡bravo, Víctor Hugo!, ¡abajo los retrógrados! A los gritos contradictores seguían los codazos, a éstos los mojicones, y a la voz a la porte!, tan común y temida en los teatros franceses, se veían salir por las puertas mancornados y dando al demonio y arrastrando en su descompuesta marcha a los mismos malparados agentes de policía que intentaban separarlos), nudos ciegos de literatos dispuestos a derramar hasta la última gota de su tinta en obsequio al partido que sustentaban.

Vióse en efecto aparecer, pocos días después, en los demás teatros, dramas, comedias y sainetes de raro mérito, en que ambos partidos se ridiculizaban sin piedad.

Al espantable sainetón, en el que los clásicos, para mas afear el sistema romántico hacían nacer a un niño en el primer acto con acompañamiento de uno o de dos muertos, para que ese niño, en el tercero muriese cargado de vejez rodeado de tantos muertos que hasta el mismo apuntador, sacando la cabeza de la concha, se suicidaba con la despaviladera, contestaron los románticos con su *Avant, Pendant et Apre's* —antes de la revolución, en la revolución y después de la revolución —, obra notabilísima, hablando de la cual me dijo el exaltado clásico Silvela: “y lo peor de todo, hijo, es que ese drama interesa, atrae y enseña”; y Moratin, menos transigente que Silvela, alcanzó a decirme, como hablando para sí: “¡Qué lástima de ingenio tan mal empleado!”

Desde entonces, igualaron sus fuerzas, en Francia, las dos escuelas que hasta ahora se disputaban la banda presidencial en la república de las letras.

Empero, semejante igualdad no podía ser de larga duración, porque desligada la mente de los nuevos ingenios de los adustos preceptos del clasicismo, la nueva escuela se llenó de adeptos. Así es que -apenas se acabó de estrenar Hugo. cuando se vio impávido entrar en la palestra de las innovaciones al célebre Alejandro Davy Dumas, pobre y desvalido muchacho que entraba en los veintiséis años de edad.

Hijo del estudio y de sus propias obras, este notabilísimo ingenio que habla principiado su angustiosa carrera literaria con algunas novelas y

proyectos de comedias que nada le produjeron, imbuido en los preceptos de las escuelas inglesas y la alemana y entusiasmado por el éxito que acababa de alcanzar Hugo, consiguió, por influjo del duque de Orleans, en cuya oficina trabajaba como oficial de pluma, que el severo Teatro Francés, trono del clasicismo, permitiera representar en él el drama Enrique III, que acababa de escribir. Estrepitoso por demás fue, en 1829, el estreno de este drama; y si en el de Hernaní los gritos de los innovadores se limitaron a pifiar los preceptos del clasicismo, en el de Enrique III se oyeron hasta ¡muertas! contra el pobre Racine y contra el terrible Boileau, para quien, fuera de las reglas de su arte poético, no podía encontrar salvación el literato.

Estaba ya escrito que el romanticismo, con su licenciosa pero atractiva libertad, debía triunfar en toda la línea. Para el reinado de los preceptos de Aristóteles, de Horado y de Boileau, decálogos del buen gusto, según el decir de los severos clásicos, sonaba ya su última hora; y no era para menos, pues acometían a un tiempo a los tercios preceptos de una escuela envejecida que sólo defendían la tradición y tal cual notab1e ingenio, Goethe, en Alemania; Byron, en Inglaterra; Hugo, en Francia; Manzoni, en Italia, y Espronceda, en España, donde tan poco costaba evocar los recuerdos de Calderón, de Lope, de Tirso y de Alarcón, reforzados todos por un enjambre de recientes novadores como Dumas, Rivas, Tapia, Gil y otros muchos que parecían brotar por todas partes.

Conocí de vistá a Dumas el año de 1829, cuando el estreno de su Enrique Iii, y de trato veintisiete años después. En el primer entonces, según él mismo me dijo riéndose, sólo contaba con veinte pesos mensuales para vivir en París; en el segundo ya había derrochado caudales y gozaba de una renta de ocho mil, todo debido a su sola pluma. Tal es el poder de las letras en ésa para muchos frívola Francia y que sabe, sin embargo, albergar en palacios al mérito y reservar la mísera guardilla, ordinario refugio de nuestros vates, al ocio y a la ineptitud.

¿Por qué no habría de pintar yo también, aunque fuera valiéndome de la brocha con que el maestro Mena pintaba árboles en los bastidores de nuestro antiguo teatro, a este notabilísimo escritor que tan boyante estuvo en el mundo literario? Era Dumas de regular altura y de cuerpo más grueso que delgado, su tez era mulata, vivísimos y traviosos sus negros ojos, llevaba en la boca una batería de envidiables dientes cuya blancura lucía con frecuentes y francas carcajadas, y sobre la cabeza un vellón entero de ensortijada lana. Con más talento que sólida instrucción, fue el rey de los folletinistas de su tiempo; supo con sus escritos encantar a sus lectores, trampear a los diaristas y mentir con elegante aplomo. Escribió en su vida dictando más de lo que puede escribirse copiando, y dio un solemne bofetón al pecado. del plagio, declarando buena presa toda idea que se encontrase perdida por esos libros de Dios; tuvo, en fin, por Dulcinea a la Poesía, que formó parte de su propia existencia, hasta por

entre las cacerolas de la cocina, donde con frecuencia el padre de los Mosqueteros supo ostentar talentos culinarios.

Las personas a quienes el ocio haya permitido tender la vista sobre estos renglones habrán notado que todos mis profesores fueron narigudos y como se sabe que todos ellos fueron verdaderos sabios, fluye naturalmente de aquí esta pregunta: ¿Habrá alguna relación más o menos directa entre ese apéndice de la cara que llamamos nariz y el talento del que le lleva? Vulgarmente hablando, tener largas narices equivale a tener aguda previsión. Quevedo era narigudo; narigudo era Cervantes, y estoy seguro de que a Moreto y a Solís, a Lope y a Calderón, si no mienten sus retratos, nos les faltaban narices. A Ovidio no por ñato le llamaron Nasón, y lo que faltaba de nariz, al buen Cicerón lo complementaba el serio garbanzo que cabalgaba sobre ella., Cierto es que Sócrates era ñato, pero esto mismo tiende a probar las preeminencias de la abultada nariz, porque no hay regla que no tenga su excepción. Entrego, pues, este problema a los fisonomistas para seguir hilvanando mis recuerdos de aquellos tiempos, por mí mal pasados.

Había ya entrado el año 1829 sin que basta entonces nada hubiese perturbado la tranquila marcha que llevaba el colegio Silvela, cuando un acontecimiento inesperado vino a sembrar en aquel templo de instrucción la discordia de un verdadero campo de Agramante.

El general San Martín, el héroe de los Andes en 1817, el soldado que desechó en Chile una presidencia y en el Perú una corona, aquel abnegado patriota que, según emponzoñadas lenguas, había acumulado en el Banco de Inglaterra caudales debido a su puesto y a sus no muy honrados manejos durante la brillante epopeya de nuestra independencia, prolongaba aún en Europa, solo, ignorado y pobre, el voluntario destierro que con tanta fuerza de voluntad se había impuesto, cuando ya no tuvo en América enemigos que vencer.

San Martín acababa de volver de un colegio de Bruselas donde habla conseguido una beca de gracia para su única, e interesante hija Mercedes, que llevó consigo cuando salió de Buenos Aires para Europa; y en cuanto supo que existía en París un colegio español-americano en el cual se educaban muchos argentinos, chilenos y peruanos, se dirigió presuroso a visitar en él a los hijos de sus antiguos compañeros de glorias y de trabajos.

La presencia de San Martín en el colegio causó a los chilenos y a los argentinos la más viva alegría, a los peruanos taciturnidad, y a los españoles descontento. El general llegó a pie al colegio, a pesar de la distancia que le separaba de su modesta habitación; vestía levitón gris rigurosamente abotonado, llevaba guantes de ante del mismo color, y se apoyaba sobre un grueso bastón. Al principio no me reconoció; mas como viese que yo me lanzaba a abrazarle, llamándole con gritos de contento: “¡Mi general!” después de

abrazarle con efusión, de separarme un poco, de mirarme con atención y de preguntarme de dónde era y a qué familia pertenecía, con mi contestación me pareció ver brillar en aquellos ojos tan serenos y altaneros, con que tantas veces supo despreciar a la muerte en los campos de batalla, una lágrima de ternura. Fue aquella escena de demostraciones de cariño, en la cual uno a uno iba estrechando en sus brazos a los colegiales que acudieron a saludarle, la más perfecta imagen de lo que acontece en una familia cuando inesperadamente vuelve a la casa un padre querido. Maravilloso era el alcance de la memoria de este hombre singular, pues casi no quedó miembro de nuestras familias por el cual no preguntase con solícito interés.

Habiendo dejado de ser estos Recuerdos del Pasado obra póstuma, como yo me lo tenía presupuesto, fuerza ha sido separar de ellos muchas fojas que, por relacionadas con la historia, son todavía de inoportuna publicación.

Sin embargo, restituyó ahora las siguientes a su primitivo lugar, porque bien pensado, ni ella se apartan de mi charla íntima ni tampoco invaden los dominios de la adusta Clío.

Nunca dejé de acompañar hasta su alojamiento al general querido siempre que iba a visitarnos;-y un día tuvimos, entre otras, la siguiente conversación, pasando el sol a la sombra de los hermosos árboles de las Tullerías. El general, que parecía complacerse en hacerme saltar la tarabilla, me dijo: “Con que también tocó al colegial echar armas al hombro en Mendoza, ¿eh? Vaya, mucho que me alegro de tener a mi lado, después de tanto tiempo, a tan amable colega”. “General repuse me parece que el colega que acaba usted de descubrir no es de aquellos que más honor pueden hacer al arte de matar a compás y a son de música; porque si en calidad de simple recluta suplementario y de virgen espada entré o me entraron al servido, en la misma calidad lo terminé; así es que ni siquiera se me ha ocurrido hacer lo que tantos otros militares de mi calaña; esto es, ocultar esa virginidad y darme aires de mujer corrida, para mejor optar a premios”. Soltó, al oír esto, el viejo veterano, una estrepitosa carcajada, y sin dejarme proseguir me dijo; Qué se decía en Chile de los argentinos, cuando usted salió para acá? ¿Se acordaban del Ejército de los Andes?” “Señor —le contesté—, acontecimientos hay que no pueden ser olvidados, y el paso de los Andes es uno de ellos”. “Bien está —repuso —‘ pero eso no era precisamente lo que quería averiguar. ¿Me quedan aún en Chile los pocos amigos sinceros que dejé al salir? Porque amigos de nombre, amiguito —prosiguió poniéndome con cariño la mano en el hombro—, rodean con tanta abundancia al que dispone de empleos que poder repartir, cuanta es la escasez de los sinceros”. “Con la entrada de Freire al poder —contesté conmovido por el aspecto que asumió el semblante del general al terminar su se—, muchos de los amigos íntimos de usted, por serlo también de O’Higgins, han enmudecido, y otros, como Solar, cuya casa frecuentaba usted tanto, han sido arrancados entre gallos y medianoche del seno de sus familias, para hacerles pagar en el destierro el crimen de la amistad que profesaban al

héroe de Rancagua”. “¿De manera— repuso San Martín con viveza—, que mi pobre reputación, por igual motivo, no andará de lo mejor parada por allá?” “Así es la verdad —contesté—, porque.. no me atrevo...” “Atrévase usted, querido —dijo entonces animándome —‘ haga usted cuenta que está hablando con un discípulo suyo, ¿Por qué... decía usted?”. “Porque así como O’Higgins — proseguí diciendo con timidez — tiene sus enemigos por allá, a usted tampoco le faltan, pues son contados los hijos de la Patria Vieja que no atribuyan a usted y a don Bernardo la desastrosa muerte de los Carreras, cuya ejecución califican de inútil y de atroz asesinato; ni faltan, tampoco malas lenguas que atribuyan a usted poca pureza en la administración de los dineros que Chile ponía en sus manos para que atendiese con ellos a la libertad del Perú”.

Echó San Martín, al oír esto, su rostro con violencia entre ambas manos, y tanto rato permaneció en esta nerviosa situación, que así podía significar evocación de dolorosos recuerdos como el disgusto amargo que siempre causa en corazones bien puestos la humana ingratitud; y ya comenzaba yo a arrepentirme de haber sido tan sobradamente franco al contestarle, cuando enderezándose y aspirando el aire con violencia, y fija la vista como distraído, en las copas de los árboles, exclamó, a media voz, y como hablando para sí: “¡Gringo badulaque, almirantito, que cuanto no podía embolsicar lo consideraba robo!... Dispéñeme usted, querido colegial —continuo sé dónde se me habla ido la cabeza. ¿Con que todo eso dicen por allá? ¡Eh! razones tendrán para ello, y ahora dígame usted: ¿qué hubieran hecho ustedes en Chile con tres argentinos, que por haber sido, con razón o sin ella, no sólo mal recibidos, sino hasta perseguidos por el gobierno chileno, se hubiesen metido, aunque llenos

de las más patrióticas intenciones, dos de ellos a revolucionarios y el tercero a sangriento montonero? ¿Qué hubieran hecho ustedes ante el peligro de la pública tranquilidad y ante el aspecto de la sangre chilena derramada por las armas de éste hasta en las puertas del mismo Santiago, si esos tres argentinos hubiesen caído en sus manos? ¿Hubieran necesitado ustedes de los consejos de un O’Higgins a de un pobre San Martín para hacerlo fusilar?... En cuanto a lo de la poca pureza — prosiguió con triste sonrisa, después de echar una sarcástica mirada sobre su ropa y de contemplar, dándolos vueltas, sus gruesos guantes de gamuza, ya lustrosos por el uso—: ¡A la vista está!”

¡Pobre amigo! Pésame aún haber pulsado, en aquella conversación, tan repugnante cuerda; pues de todo podría la maledicencia acusar a San Martín menos de peculado. Yo conocía la pureza de San Martín en el manejo de los dineros que corrían por su mano; pero ignoraba muchos de sus rasgos de generoso desprendimiento en obsequio del mismo país por cuya libertad lidiaba. Ignoraba que los diez mil pesos, suma enorme entonces, obsequiados al héroe por el cabildo de Santiago para costear su viaje a Buenos Aires, después de la batalla de Chacabuco, los habla éste cedido para que con ellos se echasen los primeros cimientos de nuestra actual Biblioteca Nacional, y

entre otras generosidades de aquella hermosa alma, ignoraba también que hasta el fomento de la vacuna costaba a San Martín la tercera parte de los productos de un fundo rústico que poseía en Santiago, ¡y San Martín era pobre!

Con mi vuelta a Chile, a fines del año 30 terminaron mis relaciones íntimas con este viejo y respetado amigo, cuya conversación me instruía y agradaba al mismo tiempo. Perdíle desde entonces de vista, para tener, veintinueve años después, el sentimiento de encontrar tan sólo patentes y dolorosos rastros suyos en casa de su yerno Balcárcel, situada a algunos kilómetros de París, sobre la margen del turbio Marne. En ella y a cargo de las preciosas nietas de aquel prócer de nuestra independencia, no sólo se conservaba con religioso cuidado el orden de colocación que había dado a sus modestos muebles en el pequeño cuarto que ocupaba, sino que hasta se veía, sobre el velador que acompañaba su lecho de campaña, un braserillo para fumar, en cuya fría ceniza se ostentaba clavado el restó de un último cigarro. Lucíanse en las paredes de aquel aposento, que toda la familia apellidaba el cuarto de Padre, algunas armas y entre ellas aquel sombrero de hule y aquella corva espada con cadenilla en vez de guardapuño, que sirvieron de enseña de gloria a los patriotas de Chacabuto y de Maipú, y que reproduce con rara perfección la estatua ecuestre que engalana la entrada de nuestra ancha y conocida calle del Dieciocho.

Triste es, sin duda, la suerte de los grandes servidores de la humanidad, cuando la relación histórica de sus laudables hechos corre a cargo de miopes plumas que, a semejanza de las pedantes críticas literarias, se atreven, muy orondas, a juzgar lo que ni son capaces de idear ni mucho menos de escribir.

Poco tienen que agradecer los heroicos hechos de San Martín a sus intrusas comentadores, y para colmo de necedades, veo que en el día cunde el maniático empeño de juntar a Bolívar con San Martín, no para erigir altares a esos venerados padres de la patria americana, si-no para sentarlos en el banco de los acusadas, para parangonarías, para deducir del parangón conclusiones sacrílegas, y para- establecer entre ellas hasta comparaciones lugareñas, como si la patria de Bolívar fuese otra que la patria de San Martín.

San Martín y Bolívar no son más que las dos sublimes mitades de aquel sagrado todo único e indivisible que la mano del siglo diecinueve formó para la redención americana. Colocada cada una de estas dos mitades en opuestas hemisferios, cada una de por sí desempeñó con decisión y gloria, en el campo que le cupo en suerte, la tarea que la abnegación y el patriotismo le impusieran. Bolívar no habría hecho más en el sur del continente que lo que el hijo de Yapeyu hubiera podido hacer en el norte. ¿Qué hubiera sido del uno sin el otro? Esas dos sublimes mitades, pues, nacieron para completarse y nunca para ser con justicia parangonadas.

Pero veo que mis recuerdos me apartan de la ilación que me imponen las fechas; vuelvo, pues, a las consecuencias de la visita de San Martín al colegio de Silvela.

Las peruanos y las españoles, de cuya alianza contra los chilenos y los argentinos no he podido darme hasta ahora razón, comenzaron a separarnos y aun a hostilizarnos a hurtadillas; pero el mal no hubiera pasado de allí si otro incidente tan casual como el de la presencia de San Martín en el colegio no hubiese, pocos días después, venido a agravar la situación, aumentando los combustibles, cuya explosión debía hacer cerrar para siempre las puertas de tan notable establecimiento.

El general Morillo, aquel valiente y feroz militar que luchó contra Bolívar en Colombia, héroe para los españoles, monstruo de crueldad y de ignominia para los americanos, vino también a visitar nuestro colegio.

Este sargento, de recia constitución y de desembarazado mirar, en quien las palas de general no alcanzaban a encubrir la burda cáscara de sus feroces instintos, tenía el cuerpo lleno de cicatrices. Mi condiscípulo Torres, colocado por él en el colegio, me decía que era imposible conciliar el sueño durmiendo cerca de él, en las cambios atmosféricos, pues más que simples quejidos, eran bramidos los que, durmiendo, le arrancaba el dolor de sus antiguas heridas. La presencia de este militar en el colegio causó tanto contento a los españoles y, sin saber por qué, a los peruanos —que sin salirle a recibir, se regocijaban con ella.—, cuanto disgusto a los chilenas, argentinos y colombianas, entre las cuales hubo uno a que no fue preciso contenerle para que no fuese a insultar a Morillo en la misma sala de recibo.

El resultado de estas dos visitas no podía ser dudoso, y si la revolución de julio de 1830 no hubiese venido a dar a las encontradas ánimos de os ciento ochenta alumnas del colegio otro giro, sin duda alguna ese año hubiera terminado con escándalo sus no ha mucho ordenadas, pacíficas e instructivas tareas, un establecimiento cuya importancia aún conmemoran cuantos le conocieron.

CAPITULO VI

Síntomas de la revolución de julio de 1830.— Expedición y toma de Argel.— Revolución de julio. Otra vez la duquesa de Berri. — Ridículo desenlace que tuvo la venida del rey de Argel a París.

Carlos X de Francia, rey esencialmente cazador, muy dado a las prácticas religiosas y extremosamente apegado a los fueros y privilegios de que hablan gozado sus antecesores antes que la demagogia y espíritu religioso hubiesen venido a estremecer: como él decía, el tranquilo y legitimo asiento de sus padres, no podía conformarse con la obligación temporal de sustraer a los placeres de la caza y a los de oír su misa como la oyen los reyes acanonigados, el tiempo precioso que le quitaban los quehaceres del reino, ni mucho menos con la de sufrir los efectos de la irreverente tutela que a causa de una exótica institución política llamada Constitución, le imponía la representación nacional. Viejo, de cortos alcances, y mas bien bonachón que malintencionado, su terquedad para plegarse a las luminosas exigencias políticas de su siglo sólo provenía de querer defender a todo trance cuanto consideraba legítimamente suyo, la herencia de sus padres; y como la cuantía de esa herencia había ya sido designada por sus antecesores con la expresiva frase: "La France c'est moi!", no fue de extrañar que a poco de ser azuzado por sus corrompidos cortesanos, entrase de lleno en la. peligrosísima vía de las restauraciones, nombrando, para llevarlas a cabo, primer ministro al odiado y enérgico príncipe de Polignac, el 8 de agosto de 1829.

Alarmada la representación nacional que acababa de arrojar de su asiento la ministro Villele, por sus tendencias restauradoras, pero en manera alguna intimidada con la amenazadora presencia del nuevo

ministerio, junto con recoger el guante que se le arrojaba, reprobó con entero desenfado la desacertada y peligrosa política del soberano que tales medidas adoptaba.

A tan inesperado desacato contestó un regio decreto de disolución.

Apelóse entonces, como se dice en estos casos, al fallo de la nación, y los partidos se lanzaran frenéticos en la lucha electoral. Militaba, por un lado, la santa causa de los sanos principios; por el otro, la de los añejos reales privilegios apoyada sobre la inconsciente fuerza de las bayonetas, y como ninguno de los dos contendientes quisiese sesgar, siendo principio inconcuso que en las batallas políticas los jefes son los que primero mueren, era evidente que uno de lo que corrían la plenitud de este peligro, en caso de desgracia, era Carlos X y no sus ministros, como la simpleza de su corto ingenio se lo hablado a entender.

Sordo el incauto soberano a todo linaje de consejos, y metido en su Versailles, donde sólo ocupaban su imaginación las cacerías y corridas de ciervos en los bosques reales, ni vio lo que pasaba fuera de ellos, ni el sonido de las trompetas cazadoras le permitió oír el estruendo de la borrasca política que promovían, imprudentes, sus ministros al jugar, en una sola partida y al más peligroso juego-de azar, su propia corona.

¿Quién ignora á cuánto no se prestan las mejores leyes cuando hay intereses y sobre todo posibilidad de falsear el resultado de acaloradas elecciones? ¿Quién ignora, también, el caudal de nervioso rencor que atesora en su corazón el que resulta vencido por la injusticia, y con cuánto entusiasmo no aprovecha la ocasión del desquite?

Dedúzcase, pues, de lo que entre nosotros frecuentemente pasa, lo que debió pasar allá en aquel tiempo; porque los hombres en igualdad de circunstancias, iguales en ideas, lo son también en sus actos.

Diéronse los diarios del gobierno a propagar las más extravagantes doctrinas. Para ellos no sólo era ilegal, sino también atentatoria la re-elección de diputados que hubiesen formado parte de la disuelta cámara; y el órgano inmediato de Polignac, la Bandera Blanca, llevó su impavidez hasta el arrojado de gritar. "¡Basta de presupuestos; basta de concesiones; basta de Constitución; pues sobra para entrar a díscolos en vereda el simple esfuerzo de las bayonetas!" Para aumentar más el desaliento de los constitucionales, se hizo susurrar por todas partes que serían vanas y aun peligrosos esfuerzos, porque el gobierno, en caso que el fallo de las urnas le fuese adverso, estaba re-suelto a apelar a un golpe de Estado tal, que barriendo con todas las concesiones que la benignidad del soberano habla hecho al país, debía dejar a los atrevidos innovadores, tal vez en peor estado que aquel en que se encontraban antes que las constituciones y las novedades de

los demagogos principiasesen a alzar su cabeza irreverente.

¿Podráse creer que hasta incendio. se promovieron en muchísimas circunscripciones del reino para tener ocasión de acriminarse mutuamente y de conmover las masas? Contestando lo. diarios reales los cargos de los constitucionales, respondían que todo. estos males se debían a la Comisión Revolucionaria Directiva, que ella era la que de signaba las victimas, la que escogía los verdugo. y la que lo. gratificaba con munificencia.

En medio de estos desórdenes y de estas amenazas preparatorias, era natural que todos fijasen la vista en el ejército; y como la tropa podía ser contaminada, un agravio internacional inferido a la Francia tres años antes por la Regencia de Argel, proporcionó a Polignac ocasión de sustraer a la acción del partido constitucional un respetable cuerpo de ejército, que al mismo tiempo que debía servirle para dar esplendor por sus hechos al Gobierno, podía ser utilizado como realista puro para defenderlo contra sus enemigo.

Promover una expedición ultramarina parecía el complemento de tan feliz propósito, y ésta no tardó en llevarse a cabo.

La antigua Mauritania y la Numidia, madrigueras de tercios e incorregibles piratas, cuyas depredaciones hablan sido sucesiva e inútilmente castigadas por todas y por cada una de las potencias marítimas de la cristiandad, se sostendrían tal vez aún, para vergüenza de las naciones civilizadas, mucho. años más si una injusticia de parte de la Francia, y el acto desdoroso con que ella fue contestada por el soberano de la Regencia de Argel, no hubiesen tocado el año de 1830 la última hora que quedaba de vida independiente a ese Estado africano.

La Francia, desde la época de la república, debí a al comercio de Argel fuertes sumas por valor de. trigos que éste le habla anticipado, y, según parece, el deudor no se empeñaba mucho en saldar su crédito. Mas, como las cobranzas menudeaban sus activas exigencias, más -bien para librarme de ellas que para satisfacerlas, se habla confiado el arreglo del asunto al cónsul francés en Argel, señor Deval, en el año de 1827. Según me lo refirió años después el mismo Abd- el- Kader, fue tanto lo que fastidió, el cónsul con sus subterfugios al dey que, irritado éste, profiriendo denuestas contra la Francia, estrelló su abanico de plumas en la cara del buen Deval. Como era natural que sucediese, este acto poco templado de Houssein Pachá no sólo canceló de golpe la deuda francesa, sino que hizo quedar debiendo al mismo cobrador. Pronto una escuadra francesa bloqueó los puertos argelinos, y sólo tres años después de estar bloqueados, la necesidad política de sustraer tropas a la acción demagógica para utilizarlas después, convirtió el bloqueo en invasión.

El 16 de mayo de 1830 zarpó de Tolón para las costas africanas la

poderosa escuadra del almirante Duperré, custodiando transportes que conducían 36.000 hombres de desembarco,, a cargo del antiguo y conocido mariscal Bourmont.

Llegó la expedición el 13 de junio a su destino; el 14 desembarcó en la caleta Sidi-Ferruch, inmediata a Argel; el 19 ganó la memorable batalla de Staoueli, derrotando a 40.000 beduinos; y el 4 de julio, Houssein Pachá, acometido con vigor por los franceses; después de haber visto volar su propia residencia, antiguo castillo de Carlos V erigido en la capital de la Regencia por este poderoso soberano, capituló, quedando libre para embarcar en la flota inglesa que estaba allí en observación, junto con su persona, sus tesoros y sus más favoritas odaliscas.

Anuncióse con estudiada pompa la toma de Argel en medio de una representación lírica en la Gran Opera, el día 5 a las once de la noche. El célebre y aplaudido tenor Nourrit, interrumpido el canto, se lanzó al proscenio, y alzando con orgullo la bandera de los lirios, anunció alta voz a los espectadores la noticia de aquel fausto acontecimiento. Todos salimos del teatro, nacionales y extranjeros, sin esperar. la conclusión de la ópera, y los cafés y las calles del novedoso Paris no tardaron en llenarse de la más alegre gente. Pero el entusiasmo que produjo en todos la victoria no tardó en desvanecerse ante el influjo de la poderosa preocupación política que trabajaba el ánimo de la mayoría de los hijos de ese gran pueblo. Para ella, todo lo que no fuera triunfo de ideas era entonces una verdadera fruslería; y tenía razón, porque, amenazada su libertad, los trabajos preparatorios electorales, en los cuales habían terciado con descaro la intriga, la promesa, la amenaza y el fanatismo político, no daban lugar a otra cosa.

Nadie quería admitir conciliaciones; ninguno, términos medios; o nada.

Por haber querido dar consejos conciliatorios fueron despojados de la confianza ministerial el duque de Doudeauville, el conde de la Ferronnays, el muy realista Martignac, el conde de Chabrol, y muchos otros sectarios del absolutismo.

Pronósticos, después, casi, seguros de un resultado antiministerial en las elecciones, exasperaron tanto los ánimos de los realistas, que hasta llegaron a tener la imprudencia de dar por sentado que el Gobierno tenía ya dispuesto un golpe de Estado tal, que debía dar al través para siempre, con los perturbadores de lo que ellos llamaban pública y feliz tranquilidad.

La Inglaterra, que miraba atenta, aunque al parecer impasible, los acontecimientos que se desarrollaban del otro lado de la Mancha, siempre pensadora, dedujo de este posible atentado un inevitable

trastorno político. Por esto, el Times del 5 de julio se preguntaba qué debería hacer la Inglaterra en caso que la Francia tomase a la vida revolucionaria, y cuidaba de contestarse, para preparar los ánimos, que la Inglaterra, cualquiera que fuese la naturaleza de los cambios interiores que produjese una revolución en Francia, no deberla intervenir en nada, salvo el caso de que la Francia intentase pasar la frontera con ánimo de perturbar la paz en Europa.

El temido golpe de Estado se dio el 25 de julio, sin querer esperar el 3 de agosto, época destinada para la apertura de las cámaras; y el día 26 aparecieron, en las columnas del Moníteur, aquellas ordenanzas que, atropellando la charte, los juramentos y las instituciones anulaban la representación nacional, amordazaban la libre emisión del pensamiento y restablecían en pleno poder el imperio de los antiguos privilegios.

El primer acto de la ofendida Francia fue el estupor, pero no el estupor que proviene del espanto, sino aquella paralización instantánea en la que el hombre parece recogerse para lanzarse frenético en seguida sobre su ofensor. Volví yo ese día a las tres de la tarde de la escuela de natación, e instruido de antemano de cuánto pasaba, no me causó, como a otros, admiración saber que las guardias de los puestos se habían duplicado; ver aquí y allí patrullas de soldados recorriendo con tardo paso las plazas y los paseos públicos; observar a medio París en la calle, que ya formando grupos taciturnos y amenazadores, ya bullicioso y altaneros, arrancaban de las paredes los ominosos cartelones que contenían los inmortales decretos que tan caros debía pagar Carlos X.

La Corte se trasladó a Saint-Cloud, dejando el mando del desgraciado pueblo en manos de aquel mariscal Marmont, duque de Ragusa, de quien tantas infidencias se refieren. Destruida la guardia nacional por el ministro Villele, sólo quedaban en París algunos cuerpos de línea y la gendarmería que, juntos, formaban un todo de quince mil hombro, con los cuales se creyó que bastaría para imponer silencio y hacer entrar en vereda a los más tercios revolucionarios.

El día 27 por la mañana, la policía, destinada a recoger la edición de todos los diarios residentes antes que se repartiesen, practicó visitas domiciliarias en las imprentas, inutilizó sus principales piezas, e impuso multas y castigos a sus directores por la menor publicación que se hiciese sin previo permiso de la autoridad.

El activo e imprudente Mangin, prefecto de policía, hizo en seguida cerrar los cafés y los clubes de lectura; y sin embargo, llovían por las calles hojas sueltas de imprentas invisibles, y esas hojas se leían con desenfado en presencia misma de las bayonetas de las muchas patrullas que cruzaban en todo sentida la ciudad.

Al aspecto amenazador de las turbas azuzadas por los alumnos de la escuela politécnica y los de la de medicina y de derecho, se cerraron las fábricas y los talleres, las opulentas tiendas de las calles Richelieu, Saint-Denis y Saint-Honoré, las rejas del palacio de las Tullerías y las del Real de los Orleans; y se ocuparon militarmente las plazas, los paseos públicos y cuantos lugares urbanos podían prestarse a agrupamientos.

Mas todo fue en vano; sangre debia principiari a correr y corrió en efecto, no pudiendo contener el soldado, de otro modo, al pueblo irritado, que, aunque desarmado, pretendió arrancar de manos de los gendarmes los prisioneros que cautivaban para conservar el orden. Esa primera sangre fue la mecha encendida que produjo aquella inmensa explosión popular que, para espanto deja humanidad y escarmiento de los tiranos, anegó en sangre, durante tres días consecutivos, la más simpática de todas las capitales de la culta Europa. En la noche de aquel día, y en los dos subsiguientes, el pueblo enfurecido echó abajo las puertas de las armerías, construyó barricadas, volcando carruajes en las calles y llenándolos de baldosas; transformó las casas en fortalezas, en campos de batalla cada plaza y cada encrucijada, donde el valor, el arrojo y la temeridad parecían quererse disputar la palma del exterminio.

Banderas negras alzadas en muchos edificios; el toque de las campanas a rebato; el estruendo de las tropas reales; el de los fusiles; la grito y el tumulto de los combatientes; los charcos de sangre, que convertían en resbaladizas las baldosas de las veredas; los espantosos rimeros de cadáveres que circundaban los cuerpos de guardias, recién incendiados o ardiendo todavía; las cruces plantadas sobre fosas a medio cavar en la mentada plaza de las columnas del palacio de las Tullerías, ostentando inscripciones aterradoras contra la tiranía; las balsas atestadas de cuerpos humanos, lanzadas una en pos de otra en las aguas del Sena con dirección a Saint-Cloud, llevando en alto inscripciones que decían: ¡dejad pasar la justicia del pueblo!, todo anunciaba la inevitable y fúnebre calda de la primogénita rama de la raza borbónica en Francia.

¿Y Carlos X, qué hacia entonces, mientras que, por orden suya, degollaban a su buen pueblo de París? Es fama que oía misa cuando le llegó la noticia de que el pueblo vencedor, apoderándose de cuantos carruajes pudo reunir en las afueras de París, se dirigía a perseguirlo y a rendir el destacamento de guardias que le servía de custodia.

En tanto, la duquesa de Beni, aquel ser sensible y delicado que hemos visto en el baile de la embajada de España disputar a las de su sexo el arte de agradar, más despierta que el gasmoño Carlos. ceñía,

vestida de amazona, a su flexible cintura, una chapa de pistolas, y se disponía a presentarse ante los irritados parisienses para reanimar en ellos los sentimientos de lealtad que las torpezas del soberano les hablan hecho perder. Atónito Carlos X al presenciar la resuelta apostura de la duquesa e instruido del temerario propósito que perseguía:

“¿Qué pensáis hacer?”, le gritó, saliéndole al encuentro. “¡Defender el patrimonio de mi hijo —contestó airada—, ya que vos no podéis o no lo queréis hacer!” Hubo entonces escandaloso alboroto en el palacio; detenida la duquesa por orden del rey cuando ella despechada descendía la escalera para salir al patio del alcázar, llegada al colmo su desesperación, exclamó: “¡Dios mío, ahora es cuando conozco la desgracia de haber nacido mujer!” Estas palabras, como aquellas que la pulcra historia atribuye al general Cambronne en la batalla de Waterloo, nada tienen de verdaderas. No hubo boca que no repitiese entonces en todo Paris cuanto aquella, mimada y fina duquesita, transformada en furia, dejó escapar por la suya, para afear la impotencia y el afeminamiento de toda la real familia, que haciéndose mil cruces la rodeaba; porque sólo entre verduleras podría oírse tan desenvuelto lenguaje. ¡Pobre duquesa! la historia de su vida para adelante fue una odisea novelesca, en la cual lo terrible y lo ridículo se disputaron el primer papel hasta el día de su muerte.

El astuto Luis Felipe de Orleans, en tanto, sin aparentar tomar parte en el tremendo trastorno que presenciaba, continuaba, sin embargo, siendo su más poderoso atizador y el disimulado caudillo de los hombres pensadores, para quienes sólo un gobierno monárquico constitucional podía convenir a los franceses.

¡Que pueblo tan digno de ser admirado es el francés, y con cuánta facilidad no pasa, como lo dice un canto favorito popular, del amor al combate, de lo serio a lo chistoso, del enardecimiento a la calma! Peleó tres días con un furor que parecía incontenible, y esos tres días abundaron en rasgas de la más hidalga generosidad. Penetró por la fuerza y atropellándolo todo en el palacio de sus reyes, descamisados se repantigaron en el sillón del trono, ¡y ni un solo robo, ni una sola obra de arte mutilada, salvo los bustos de Carlos X, indicaron el paso de los rústicos republicanos al través de los regias salones del ya destronado monarca!

El día 30, terminado por completo el estruendo aterrador de la pelea, humeando aún las escombras de los edificios que fueron residencia arzobispal, cuarteles y cuerpos de guardias; fresca aún la sangre que empapaba las baldosas de las calles y las adoquines de las barricadas, salí del barrio de San Antonio, ansioso de saber qué suerte habían corrido los chilenos que se encontraban entonces en París.

Con no poco trabajo, pues a cada rato tenía que trepar barricadas,

y lleno de aquel espanto que más bien se comprende que se describe, después de hora y media e marcha llegué a la rue d'Artois donde residían don Javier Rosales y otros de mis paisanos. Llevaba el pecho cubierto de escarapelas tricolores, distinción que multitud de mujeres vistosamente engalanadas repartían con gracia a los viandantes, colocándolas ellas mismas con galano ademán y patrióticas palabras en la vuelta del cuello del paletó de cuantos encontraban por la calle.

Don José Joaquín Pérez, secretario entonces de la legación chilena en Francia, excitado por lo que me oía contar que había visto en el inmenso campo de batalla que acababa de atravesar, salió conmigo a averiguar el significado de un tumulto que se hallaba en aquel momento en la calle Lafitte. Llegamos a una barricada que así cerraba por completo la puerta de la casa del viejo La Fayette, quien, obligado por los gritos del pueblo a presentarse para ser llevado a casa del duque de Orleans, pugnaba por desasirse de los que querían llevarlo en silla de manos. Nos acercamos y apenas acabábamos de oír decir a aquel respetable hijo de las revoluciones, "¡Dejadme; iré a pie, amigos míos! je suis jeune aujourd' hui", cuando una avenida de pueblo por un extremo de la calle y otra de inesperados soldados de línea por el extremo opuesto, nos dejaron encerrados en la más expuesta y temerosa ratonera, y aunque la fortuna quiso que los opuestos bandos, en vez de destrozarse, fraternizaran, el susto que nos llevamos entonces no ha tenido hasta ahora otro que pueda igualarle.

El día 31 fue en París el de las entusiastas manifestaciones. Ese día Luis Felipe, desembozado ya, se trasladó acaballo al Hotel de Ville, donde le esperaba La Fayette. Asidos ambos de la mano, salieron al balcón queda a la plaza, y en él, en medio del más estruendoso entusiasmo de miles de espectadores, vi echarse al uno en los brazos del otro. Luis Felipe, capitán general del remo desde ese momento, fue ocho días después proclamado rey de los franceses.

Carlos X y su hijo habían ya abdicado y elegido las costas de Escocia para su futura residencia. Allí fueron ambos recibidos con el mismo indiferente silencio que les sirvió de despedida al abandonar las playas francesas.

Le Fígaro, pequeño pero chistosísimo diario francés de aquella época, encargado de hacer la necrología del ex rey de Francia, sólo dijo estas palabras: "La revolución de julio ha sido funesta para los conejos de la Escocia".

Pero todo no hade ser referir desgracias ni trastornos políticos.

Sigamos, pues, por un momento, al buen Houssein Pachá, a quien, después de la pérdida de sus Estados africanos, dejamos asilado con sus riquezas y con sus odaliscas a bordo de la capitana de la escuadra inglesa, de observación en la rada de Argel. ¿Cuál cree el lector

que fue el primer pensamiento del desposeído soberano, al instalarse en su nuevo domicilio? ¿Dirigirse acaso a la Sublime Puerta?... ¿Implorar de Inglaterra su valiosa intervención para que le fuesen devueltos sus Estados? ¿Ofrecer indemnizaciones a la Francia? ¡Qué pasos en este sentido, ni qué berenjenas! Lo primero que se le ocurrió para olvidar el percance que en mala hora le atrajo la soltura de su mano para aplicar abanicazos en el rostro de un cónsul trapalón, fue el ir echar un verde al mismo París.

Hízolo así, y la nunca desmentida galantería francesa, no contenta con hospedarle en el palacio de las Tullerías, se propuso deslumbrar al derrotado huésped con la suntuosa representación del Mahome: en el real teatro de la Gran Opera.

Acudieron a este teatro tantísimos novedosos la noche de la fiesta, que apenas pudimos encontrar asiento en la platea por el precio de veinticinco francos cada uno. Los dos palcos fronterizos al proscenio, unidos entre si y adornados con pompa oriental, llamaban la atención de los concurrentes, por haber sido destinados a las visitas africanas. Apenas llegó la hora de dar principio a la función cuando un movimiento general, acompañado de activísimo cuchicheo, vino a anunciar la entrada de la esperada comitiva, cuyos miembros, con ademán pausado y grave, fueron ocupando los sitios que para ellos se tenían preparados. El Pachá, que rellenaba el sillón con su pesada humanidad, y que podría contar con unos sesenta inviernos, aunque no los representaba, era un hombre más bien alto que bajo, de rostro encendido, complexión sanguínea y perfil griego; tenía además los ojos vivos, pobladas las cejas, y barba cuidadosamente extendida sobre el pecho. Vestía un traje talar de riquísima cachemira; llevaba en la cabeza una especie de coraza alta y reluciente, con profusión de piedras preciosas, y en la cintura lucía el puño de oro con brillantes de un puñal damasquino. Tras este exótico personaje, que hacía recordar la figura del Gran Lama, se colocaron, como dos estatuas de ébano, dos poderosos negros, guardianes del harem, con sus bonetes zuavos, sus chalecos bordados, sus anchos mamelucos y sus inexorables puñales de guarnición dorada. A uno y otro lado de este mudo frontispicio, porque la tal trinidad todo lo miraba y de nada se dolía, se extendían como alas nueve preciosas damas orientales, en cuya fisonomía parece que la naturaleza se hubiese complacido en acumular lanzafuegos para hacer estallar las bombas de los corazones franceses. Vestían, como las colegialas, trajes uniformes y muy semejantes en el corte a los que estilan las acaudaladas hijas de la Grecia, pero con tal copia de perlas y de joyas, que podía decirse que cada una de ellas llevaba auestas un tesoro. A pesar del rico y transparente velo con chispas de plata que al descuido y con cuidado caía sobre el rostro de aquellos angelitos de andas, podía conocerse que ocho eran trigueñas de ojos negros y rasgados, una rubia de ojos azules, y que la que más edad podría tener no pasan a de veintidós primaveras.

Comenzó la representación con la pompa de costumbre; mas la concurrencia, en vez de mirar al proscenio, sólo dirigió la puntería de sus anteojos al palco encantado doné, a cada momento, la ardiente imaginación francesa creía ver a lo vivo los cuentos fantásticos de “Las mil y una noches.

En vano procuraron atraer, como siempre, la atención del público la voz argentina de Nourrit, la incomparable de la Darnoreau Cinti, las cabriolas de Paul. las encantadoras gracias de la Taglioni y las maravillosas y turbulentas piernecillas de la menuda Montecu; todo parecía paja picada al lado del palco oriental.

Era regular que otro tanto sucediese a las esposas del dey respecto a los jóvenes que las miraban; máxime entonces que tenían tan a la mano la posibilidad de comparar la indiferente y taimada cachaza del adusto barbón con las comedidas y corteses miradas de tantos apuestos y galantes mancebos, que parecían no aspirar a otra cosa que a parecerles bien. Entre las maravillas del telégrafo Eléctrico y las maravillas del telégrafo Mirada, estoy por las de éste. El primero habla sólo el idioma del país en que funciona, el segundo habla todos los idiomas conocidos y por conocer. Para ponerse al corriente de la clave del primero, se necesitan estudio y contracción; para manejar el segundo con primor, sólo se requiere la edad de la pubertad. Hago estas reflexiones por atestiguar lo mucho que debieron de haber hablado aquella noche los franceses en árabe y las beduinas en francés; puesto que dos días después de la función teatral, volaron, sin saber cómo, del lado del confiado Pachá todas sus tímidas esposas, del propio modo que vuela y se dispersa una bandada de cautivas tortolitas cuando el guardián descuida la puerta de la jaula. Irritado Houssein semejante rapto, que no pudo llamarse de otro modo, embistió con el eunuco de turno, y sin más esperar, ordenó al otro que le cortase la cabeza y la expusiese en el balcón para escarmiento de los malos funcionarios... a los gritos del agredido negro, que formaban coro con los reniegos árabes del rey, acudieron los sirvientes y guardias de palacio prisionero, y notificaron al amo el peligro a que se exponía en Francia si cometía el menor asesinato... Tableau? Amurrado entonces, el desvalido soberano mandó en silencio que le preparasen sus maletas de viaje, se metió con su único sirviente y las pocas riquezas que le quedaron en un coche de posta, y dando al diablo contra el país de brutos donde el propietario no podía hacer cera y pabilo de lo que era suyo, lo perdí de vista en el camino que conduce a la frontera de la Confederación Germánica.

Quince días después. tuve ocasión de volver a ver a las mentadas odaliscas, sin joyas ya, pero vestidas la francesa, pasearse con nuevos amos o en busca otros, porque los primeros, contentos con las plumas que les habían quitado, ya no las acompañaban.

CAPITULO VII

De lo mucho que nos equivocamos cuando creemos que todo el mundo nos conoce. – Primeros pasos de los caminos de fierro en Europa. -- Burdeos. – Los tinos y sus trampas. – Modo de sacar partido de los arenales.– Escapada providencial. – Tenerife. – Mares tropicales. –Región de los pamperos.– De lo que puede en una navegación la falta de agua potable. – Pasada y repasada del Cabo de Hornos. – Islas Malvinas.

Toda nación, por insignificante que sea, padece de la innata debilidad de crees que todas las demás la tienen muy presente, o por lo menos que se ocupan con frecuencia de ella; por esta razón, persuadir a sus nacionales de lo contrario es exponerse o a quedar por embustero, o a cargar con el descontento de todos ellos.

Chile era tan poco conocido en Europa en 1830, como lo es para los chilenos, en el día, la geografía de los compartimentos lunares.

En esto no hay ni cabe exageración.

Para la abrumadora mayoría del hombre europeo, sólo hay en la América española dos naciones: Perú y México; y Perú y México en el diccionario de esos sabios son sinónimos de oro y de revoluciones, aunque sea muy cierto que en las cancillerías de los grandes Estados marítimos se hace al Perú, a México y a los otros rincones o pueblos satélites de esos astros el honor de considerarlos aptos para pagar indebidas indemnizaciones.

En Chile todos nos conocemos; en el mundo bien poco se conocen a otras las naciones que viven y reman sobre su superficie. Sería, pues, tan ridículo que los chinos se rieran de nuestra ignorancia. porque muy pocos sabemos que Nankin no es trapo, sino ciudad, cuanto que nosotros nos enfadáramos porque en la China ni siquiera se sospecha que existimos por acá.

He hecho esta digresión para poder disculpar más a mis anchas al oficinista parisiense que debió extender mi pasaporte para Chile, y que no lo hizo porque no quise sentar, bajo mi firma, que Chile y México eran una misma y sola cosa,

—¿De qué país es usted, caballero? —me preguntó el oficinista.

—De la República chilena.

—¿Cómo dice usted?

—De Chile, señor.

—¿Qué está usted diciendo?... Chile, ¡vaya un nombre!

—Sí, señor —repuse azarado—; de Chile, república americana; que tiene de extraño este nombre?

—¡Ah, ah! ¿de *l'Amérique*, eh?... Chili. Chile, aguarde usted... Chile.

Dígame usted más bien, caballero, ¿de qué pueblo es usted?, porque del tal Chili no hago memoria.

—De la ciudad de Santiago, señor,

—¡Anda, diablo! —exclamó entonces el sabio oficinista—; ¡acabará usted de explicarse! —Y volviéndose a su escribiente le dictó estas palabras:

—V. Pérez Rosales, natural de Santiago de México.

Al oír semejante atrocidad: — ¡de Chile! que, no de México —exclamé echando un voto,

—Pues, mándeseme mudar de aquí —dijo entonces alzándose de su asiento el geógrafo francés-, y no me vuelva a entrar en mi oficina antes de averiguar mejor cuál es su patria.

Mes y medio después volví a la misma oficina, de cuya jefatura habla arrojado la reciente revolución de julio al sabio profesor de geografía para quien, diciendo América española, debía decirse forzosamente México, y no con tanta dificultad, pero siempre con alguna, salí del paso.

No era poca tarea viajar por Europa en 1830; todo se hacía en carruajes parecidos a los que corría el empresario Carpentier por los caminos del sur en nuestro Chile, antes que los caminos de fierro viniesen a librar de semejantes potros a los viandantes.

La vía férrea apenas principiaba entonces a dar señales de vida en la industriosa Europa, y puede decirse que más bien a la necesidad de abaratar el transporte de los productos de las minas de carbón, que a otra cosa, debe su existencia esta palanca propulsora de la riqueza y de la industria humanas.

Los primitivos rieles no fueron más que un suelo endurecido y nivelado; siguieron a éstos, vigas de maderas labradas, sobre las cuales corrían sin tropiezo las ruedas de los carros. A esta invención, que sorprendió por sus felices resultados, se agregó después la mejora de la superposición de un angosto entablillado de fierro, para evitar el desgaste de la madera y, por último, ya se hicieron caminos de puro fierro, cuyos rieles de a metro de largo cada uno, apoyaban sus extremos sobre pedrones que, embutidos en el suelo, desempeñaban el papel de los actuales durmientes de madera.

Estos caminos, muy usados en las minas de carbón para multiplicar las fuerzas del caballo que tiraba de los carros, no tardaron en salir de los establecimientos carboneros para ponerse al servicio del comercio en general, y en 1829 tuve ocasión de viajar entre Portsmouth y Londres, al través del condado Surrey, en un camino de fierro de esta especie. -en el cual un solo caballo arrastraba a trote largo tres carros con más de doscientos quintales de carga.

La tracción por vapor comenzaba también entonces a ensayarse, y merced a la invención del célebre Oliveiro Evans una maquinita de fuerza de tres caballos que vi funcionar en Newcastle comenzó a asombrar con sus movimientos automáticos y con su sorprendente fuerza a cuantos seguían con la vista a ese prodigio de la física y de la mecánica que, colocado entre veinte carros, a diez empujaba, al mismo tiempo que arrastraba a otros diez, como pudiera hacerlo un poderoso caballo con el más insignificante peso.

Pero esto no pasaba de ensayo ni podía aplicarse aún en grande escala, no sólo por los defectos de la máquina, sino también porque no se habla probado aún que el roce sobre los rieles, ayudado por el peso de la locomotora, basta como punto de resistencia para arrastrar los carros de todo un tren.

Así es que las medas de la locomotora eran endentadas, y endentados también los rieles que las sustentaban. ¡Quién, al ver estos modestos principios, hubiera podido descubrir en ellos los resultados que ahora palpamos!

Molido y trasnochado en los pesados carromatos de la poderosa empresa de coches Lafitte y Caillar, llegué a Burdeos en los últimos meses de 1830 en busca de embarcación para volver a Chile.

La ciudad de Burdeos, situada en la margen septentrional del tranquilo y profundo Garona, río de origen español, que después de un curso navegable de más de cien leguas entra al golfo de Vizcaya con el nombre de Gironda, dista veinticinco leguas de la desembocadura de esta preciosa vía fluvial.

Esta ciudad, cuya población en la época a que me refiero alcanzaba a cien mil almas, era entonces tenida por una de las más ricas, importantes y mercantiles de Francia. En el irregular trazado de su planta no escaseaban hermosas plazas, espaciosas calles, jardines y paseos públicos, entre los cuales lucían sus históricos restos un anfiteatro romano y los escombros del palacio de Galiano.

Poseía además el mejor y más hermoso teatro de Francia y aquel mentado puente con sus diecisiete ojos y sus tres cuadras chilenas de largo, construido sobre las aguas navegables del Garona. Por lo demás, este puerto, que podía abrigar más de mil naves, y que estaba dotado de muelles, de vastos almacenes de depósito, de astilleros de construcción de cuantos recursos reclamaban la navegación y el comercio, contaba

también, para hacer su residencia más grata, con un hermoso cielo y con cuantos establecimientos reclaman la beneficencia, el culto, las ciencias y las artes en todo centro civilizado.

Siendo el vino una de las principales riquezas del Mediodía de la Francia, y Burdeos su factoría central, lo primero que se le ocurre al viajero es visitar los viñedos, los principales centros de elaboración y, sobre todo, las bodegas de depósitos y de manipuleos especiales, que siempre se ocultan a los ojos indiscretos del curioso. Después de visitar con suma detención durante un mes entero los distritos viñeros cuyos licores se exportan por Burdeos y de enterarme de cuantos datos estadísticos me cayeron a la mano, confieso que no pude darme cuenta de cómo una producción tan bien contada que, aunque grande, no era posible que alcanzase a satisfacer las necesidades del consumo puramente francés, podía desparramarse inagotable por cajones, por barriles y por cargamentos enteros, hasta en los más recónditos rincones de la tierra.

Quién sino un iniciado en los misterios de aquel conditura vtnorum de los antiguos romanos, podría dar solución al problema de sacar en limpio el cómo, siendo tan contadas las buenas marcas de vinos del Medoc, no hay rincón de la tierra, por oscuro y desconocido que sea, donde no figuren muy orondas, sobre la mesa del rico que tiene relaciones con Europa, botellas de Lafitte, de Margaux o de Latour, siendo así que esos mentados licores, por su escasa cuantía, ni siquiera humedecen los labios de infinitos bebedores europeos que quieren y pueden comprarlos por caros que ellos sean?

Château Lafitte ni siquiera propiedad francesa alcanza a ser, pues pertenece a Mr. Samuel Scott, que conduce a Inglaterra cuantos toneles de vino producen las setenta y cuatro hectáreas de viña que tienes esa propiedad. Château Margaux es propiedad del rico banquero Aguado, a quien enamoran los europeos para que no los deje sin parte del vino que producen sus ochenta hectáreas de viña aún no acabadas de plantar; y Château Latour sólo produce en años abundante cosa de ciento diez toneles de vino.

Quiso la fortuna que topase en Burdeos con un condiscípulo de colegio, dependiente a la sazón de una poderosa casa exportadora de vinos, la cual, como todas las de su especie, blasonaba de ser la única que lo exportaba legítimo. “Ten presente, me decía mi ingenuo condiscípulo, que en Burdeos no hay ni puede haber legítimos vinos sobrantes para exportar, sino el muy malo, producido por malísima calidad de cosechas, o el falsificado, que tiene tanto de hijo de uva como yo de caballo frisón. Para las tragaderas de los potentados de Francia y de Inglaterra no basta todo el vino bueno que se cosecha en el Mediodía de la Francia; pero no tengas cuidado por esto, que para suplir ese déficit y proveer al extranjero, aquí estamos nosotros. No hay cosa, agregaba, que tenga jugo más o menos azucarado que no sirva para hacer vino y así. como los ingleses tienen en

sus lecherías la bomba del pozo que llaman vaca negra, cuya agua les sirve para aumentar la leche que envían al mercado, nosotros tenemos aquí el azúcar, la miel, la pera, la manzana, la raíz azucarada, y de tarde en tarde, admírate, hasta racimos de uvas, para hacer y aumentar nuestros vinos. Olor, sabor, colorido, todos son objetos secundarios, habiendo esencia de moscatel, flores de saúco y de parra, frambuesas, campeche, torna sol, laca carminada y otras zarandajas por este estilo”.

No se crea por esto que el vino artificial siempre sea más nocivo que el vino natural. El vino artificial es menos nocivo, con mucho, que el vino natural, cuando éste, por su mala calidad, requiere condimentos minerales para enmascarar su acidez. Por estas y otras razones se comprende el porqué de las ingeniosas tretas del caballero de Jacourt y el de las no menos admirables aunque antiguas, del célebre Baccius en su Naturalí vino rum historia, publicada en Roma por los años 1596.

Pero a mí no me maravillan las falsificaciones, porque tanto en física cuanto en moral, lo malo que no parece bueno no se vende; lo que me maravilla, lo que me saca de juicio es observar el aire doctoral y satisfecha, la gravedad sin par con la que muchos de los más supuestospreciados conoedores de licores, sorben y saborean tragos de vino artificial, ponderándole ante sus convidados como grave pur sang y exhibiendo además, para mayor abundamiento, la marca, el sello de la botella, y hasta la carta-gula de la acreditada casa que remitió el licor.

El vino falsificado, o más bien dicho, el arte de falsificarle, nació el mismo día en que nació la parra. Los griegos saturaban con agua del mar su mentado vino de Chíos, tan apreciado por los romanos; y hasta el buen Catón, según Plinio, llegó a falsificar vino con tanta perfección, que se la pegaba a los mejores mojonos de su época; ¡y esto que se llamaba Catón! ¡Calcule ahora el prudente lector cuánto más no hubiera hecho si se hubiese llamado Lafitte, Margaux, etcétera.!

En mis correrías por los distritos viñeros tuve ocasión de atravesar con frecuencia parte de los grandes arenales que por allá llaman Landes, y que tienen alguna semejanza con los que se forman en Chile en las inmediaciones del desagüe de los ríos en el mar, como en Talcahuano, en Boyecura y en algunos trechos que forman parte de las riberas del Bío-Bío. Esta clase de arenales, cuyas arenas movedizas no sólo no se prestan al cultivo, sino que, impulsadas por el viento, invaden e inutilizan cuantos terrenos cultivables están en sus inmediaciones, y que se consideraban no hacia muchos años en Francia como enteramente inútiles, son en el día, allá, una verdadera fuente de riquezas. La industria agrícola ha logrado vencer la inestabilidad de las arenas y ha encontrado, además, árboles útiles que se placen en ellas.

No dudo que lo que se hace en Francia, en las Landes pudiéramos hacerlo nosotros con igual provecho en nuestros arenales.

Sencillos son los procedimientos para fijar y utilizar las arenas movedizas. Comienza el landés por establecer un cierro que impida todo tránsito por sobre el arenal que quiere utilizar nivela después a la ligera, por medio del rastrillo, las desigualdades del arenal, y en la época oportuna desparrama sobre ese suelo y tapa con rastrillo de dientes cortos el residuo de la limpia de los trigos mezclados con gramas de poco precio, a razón de ocho hectolitros por hectárea. Estas semillas, que no tardan en nacer y en adquirir muy regular desarrollo, puesto que la grama siempre lo adquiere, aunque sea sobre una mota de algodón humedecida, forman con sus raíces entrelazadas una verdadera alfombra, cuya trama, si no la rompe el pie del animal, impide por completo la inestabilidad de las arenas, mientras cobra vida el árbol que se planta en ellas. Los landeses, quienes para no enterrarse en aquellos inmensos arenales andan sobre enormísimos zancos, plantan en seguida sobre el sembrado aquella clase de pino marítimo que se llama pequeño y que se distingue por sus hojas unidas, largas y tenues.

La plantación del pino se hace en cuanto terminan las operaciones de las siembras; y el arbolito, como de un metro de altura, nacido y cuidado anticipadamente en almácigos, se desarrolla admirablemente en el arenal. Con estas plantaciones logra el landés el triplicado beneficio de dar consistencia y feracidad a unos arenales que por muchísimos años fueron considerados como inútiles; de proporcionarse abundancia de combustibles y de maderas de que antes carecía; y, por último, de echar al comercio grandes acopios de resinas que producen los pinos con sólo arrancar su tronco tiras de cortezas en el sentido de su largo, y colocar al pie de ellas tiestos para recibir la savia resinosa que fluye de estas heridas.

Aunque varias veces he vislumbrado la protectora acción del ángel tutelar que parece velar sobre la conservación de mis días, nunca he visto más patente la mano de la Providencia que cuando emprendí mi viaje de vuelta hacia mi patria, en los últimos meses del año 1830.

Tres buques se encontraban en Burdeos enterando su carga para salir para Chile: la *Petite Louise* el *Newcastle* y el *Carlos Adolfo*. El capitán del primero, sin la menor atendible razón, me negó, con la más terca obstinación, el derecho de ocupar un buen camarote a bordo de su buque, y fueron tales sus groseras maneras de comportarse conmigo cuando fui a examinar las comodidades de la barca, que muy a pesar mío me vi en la precisión de trasladarme al *Newcastle*. El capitán de esta otra embarcación, que parecía vaciado en el mismo molde que dio forma humana a su desconocido colega de la *Petite Louise*, me salió con un despanzurro tan idéntico para negarme un camarote que, sin ser el mejor de todos los del buque, pretendía yo ocupar, que puede decirse despidió de a bordo. Amostazado con estas injustas exclusiones, puesto que nunca traté del tanto más cuanto del valor del pasaje, me dirigí al *Carlos Adolfo*, cuyo capitán Ticaud, tipo de la más cumplida, educación, no sólo me cedió el cama-

rote que yo escogí, sino que alcanzó a ofrecerme el suyo propio si en el curso de la navegación llegaba yo a enfermar.

Salieron los tres buques a un tiempo de Burdeos y casi al mismo tiempo llegaron a las Canarias; y desde entonces hasta ahora no se ha vuelto a saber más de aquellas dos embarcaciones, ni de sus inhospitalarios capitanes.

Zarpamos de Burdeos en los primeros días de septiembre, y, después de navegar por las tranquilas y profundas aguas de la Gironda, cuyas márgenes, ya cultivadas, ya cubiertas de espesísimos bosques de pinos y alcornoques o ya de áridos y de movedizos arenales, forman un variado panorama, no tardamos en perder de vista la imponente torre o faro de Cordovan, que ilumina la entrada de aquella poderosa vía fluvial, y poco después nos encontramos surcando el conmemorado cuanto temido por sus borrascas golfo de Vizcaya. Parece que los tres buques que dejo nombrados perseguían el mismo propósito de completar su carga fuera de Francia, puesto que navegando como en convoy con sólo dos días de diferencia soltaron sus anclas en Santa Cruz de Tenerife, que es una de las más notables islas del conocida grupo de las Canarias en las aguas europeas del Atlántico.

Estas islas, que en los antiguos y fabulosos tiempos dieron tanto sobre que divagar a Platón con sus famosas Atlántides, que sólo comenzaron a ser conocidas desde que el membrudo Hércules se le ocurrió, a fuerza de empellones, abrir paso al mar Mediterráneo al través del estrecho gaditano, fueron bautizadas después con el nombre de Espérides, y en seguida y por mucho tiempo con el de Afortunadas, pueden considerarse, tanta por su benigno cielo cuanto por sus riquísimas producciones agrícolas, como una de las muchas joyas que adornan la corona de Castilla.

Consta el grupo volcánico de las Canarias de muchas islitas. Una de ellas ostenta el afamado pico de Tenerife, tenida hasta el año 1765 por la montaña más elevada del mundo, y por causa única de aquel terrible terremoto que, estremeciendo las islas circunvecinas, duró desde el 24 de diciembre de 1704 hasta el 5 de enero del año subsiguiente; y otra que, llamada isla del Fierro, ha gozada y sigue gozando aún para muchos geógrafo. del privilegio de ser considerada indispensable como punto de partida para un meridiano universal. No hay fruto tropical que no se encuentre en ellas, y quien quiera saborear el malvasía, haría mal comprarlo en otra parte.

Seis días después de abandonar las islas Afortunadas y de dar el último adiós a la Petite Louise al Newcastle que me hablan negado en Burdeos hospitalario pasaje, nos encontramos luchando contra la forzada inmovilidad que la calma de la zona tórrida impone a los buques de vela.

Fritos con el calor de los rayos solares, estuvimos largos días sin esperanza de la más leve brisa para salir cuanto antes de, unas aguas que por su quietud. por la multitud de plantas marítimas que la cubren y hasta por

sus visos aceitosos y metálicos, mas parecen charcos detenidos que verdaderos mares.

Sin embargo, para el viajero que no considera el viaje como parte perdida de su vida, y que, por lo mismo, no quiere que se sustraigan esos días de los que tiene que vivir, los mares intertropicales, a pesar de sus molestas calmas, tienen también sus gratos atractivos.

Nada más grandioso ni más imponente que el aspecto del cielo después de puesto el sol en aquellos abrasados horizontes. el crepúsculo vespertino, que no dura menos de media hora, cada tarde, es una inmensa y fantástica cortina de vivísimos colores, que alzándose lentamente sobre la iluminada base del océano, exhibe a los ojos atónitos del observador tan caprichosas formas, tantos matices de suave y atrevido colorido, y tantas orlas de púrpura y de oro que nacen, se extienden, se recogen y vuelven a aparecer cuando menos se lo espera, que solo la imaginación, mas nunca paleta del más afamado pintor, podría reproducir.

El mar, aunque dormido y cubierto de sargazo, no carece tampoco de atractivos. Cardúmenes de doradas iluminan con frecuencia los costados de las embarcaciones con los reflejos del sol sobre sus doradas escamas. El precioso pez conocido-con el nombre de bonito, persiguiendo con la rapidez de un rayo a los pececillos voladores, puebla el aire de bandadas de estos pobres fugitivos, que caen desatinados y dando saltos sobre la cubierta de los buques, donde encuentran, en medio de la algazara de las tripulaciones, la misma muerte que pretenden evitar, ya huyendo de la voracidad del pez que los persigue, ya del pico de las aves marinas que los cazan al vuelo. De vez en cuando aparece por la popa del buque algún espantable tiburón, que siguiendo sus aguas, a unos horroriza y a otros entretiene, y que casi siempre concluye su visita atravesado con un arpón sobre la cubierta de la nave.

El sargazo mismo que se extrae del mar y se arroja sobre la cubierta para observarlo mejor, es un tesoro para el naturalista por la multitud de curiosísimos pececillos, jaibitas y moluscos que viven en él; y como todo es aquilatado en las regiones tropicales, donde hasta las moscas suelen ser venenosas, las raíces que a manera de hebras de seda rosada penden de las babosas llamadas galeras, queman el cutis con tal intensidad, que muchas veces los curiosos que manosean el sargazo salen dando gritos o echando votos, por habérseles enredado en los dedos esos hilos endiablados.

Poco a poco y a fuerza de paciencia y de no malograr la menor brisa, salimos de nuestro atolladero y entramos en una Región más frecuentada por los vientos, hasta llegar a la altura de Montevideo, desde donde aumenta un tanto su intensidad, que puede decirse que del extremo de la quietud y del calor saltamos a velas llenas al extremo del movimiento y del frío desapacible.

No sólo de los terrenos bajos de la desierta Libia arrancan furiosos huracanes; de las dilatadas planicies de las pampas patagónicas, por una

análoga consecuencia física., se lanzan también con frecuencia. tan terribles vientos sobre los mares que bañan sus costas orientales, que el sola nombre de pampero hace estremecer a los marinos. Sorprendidos por uno de esos molestísimos ventarrones, corrimos a palo seco un deshecho temporal durante nueve días consecutivos, y cuando estábamos en lo mejor para colmo de angustias, nos anunció el capitán que estando nuestra provisión de agua muy menoscabada, era preciso que nos sometiésemos a la más estricta ración. Autorizónos a consumir el vino que quisiésemos, con tal que no tocásemos el agua; y esto, que al principio causó más bien regocijo que tristeza, no tardó en aumentar la desesperación que causa la sed porque es menester tenerla que sufrir sin apagarla, para darse cuenta del sacrificio que esa calamidad impone. En los cortos momentos que e! crujir del buque y sus balances nos dejaban dormir, soñábamos con ríos y con lagos de agua dulce, del propio modo que cuando se sufren los efectos de la pobreza se sueña con rimeros de oro. Para aumento de nuestra desesperación, vejamos el horizonte cubierto de chubascos, cuando ni una sola gota de agua caía sobre nuestra cubierta. Al séptimo día de martirio, la suerte, apiadada de nosotros, descargó sobre el Carlos Adolfo y sus sedientos pasajeros el más bienvenido y copioso de todos los diluvios. Pronto se tendieron las toldetas, se echaron balas de cañón en varias partes para formar embudos en ellos, se acomodaron mangas en los enormes chorros que despedían; y nosotros todos, de capitán a paje, enteramente desnudos, porque necesitábamos beber agua hasta por los poros del cuerpo, en menos de tres horas llenamos sesenta barricas de ese jugo de la vida, nunca con tanto entusiasmo festejado. De veras que causaba risa vemos llenar de agua para guardar hasta las vasijas confidenciales de nuestros camarotes, por temor de encontramos en otra sequedad.

Se observa en las aguas del mar, por embravecidas que se encuentren -un fenómeno singular cuando cae sobre ellas algún fuerte chaparrón: la cortina de agua que se forma en la atmósfera al llover contiene el viento, la ola deja de romperse con sus estrellones, y el mar queda sin espumas, -aunque levantando y bajando siempre sus imponentes colinas de agua.

Como el agua que bebimos fue tanta, y tanta la cargazón de alquitrán que ella tenía, porque tras de recorrer la jarcia había pasado por velas alquitranadas, resultó que aún no habían recobrado los Adanes sus vestidos, cuando al general contento sucedió la escena del más ridículo desconsuelo. Deplorables fueron, sin duda, los efectos de tal agua alquitranada, pero muy provechosa para la salud de los compungidos navegantes.

Prosiguiendo, con tiempo menos borrascoso, en demanda de los mares del Cabo, tuvimos la desgracia de encontramos en la boca meridional del estrecho de Lemaire con el más violento y contrario noroeste. Contrariados también allí por una tenaz llovizna y por una espesísima neblina, sufrimos largas horas el temido embate de aquellas montañas de agua en vez de olas que siempre ostentan los mares australes cuando los agita un

viento huracanado. Sin embargo, a las cuatro días de una lucha tenaz doblamos el Cabo, pero como estaba escrito que aún no habíamos de descansar, íbamos ya perdiendo de vista al oriente la isla de Diego Ramírez, últimos restos de las despedazadas cordilleras de los Andes en aquellos tormentosos lugares, cuando un esfuerzo repentino del viento tronchó la vèrga de nuestro palo mayor y la arrojó con tanta violencia sobre la cubierta del buque, que turbado el timonel, casi nos pierde para siempre. Con su turbación, embarcamos por la proa una ola que, pasando como un torrente por sobre la cubierta, arrastró junto con dos infelices marineros la lancha del centro y la cocina, causándonos además tantos destrozos que, junto con perder la esperanza que poco antes teníamos de llegar a nuestro destino, llegamos a perderla de salvar la vida.

Sin embargo, como el hombre en estos lances de su misma flaqueza saca fuerzas, a pesar de la entrada de la noche que vino a aumentar el horror de nuestra situación, se trabajó con tanto tesón cuidando sólo de sostener a flote la barca, que, al día siguiente, empujada por el viento y las corrientes del Pacífico, se encontró de nuevo tan al oriente del Cabo de Hornos, que no nos fue posible pensar en otra cosa que en buscar una caleta hospitalaria donde poder reparar nuestras averías.

Dos días después de tan angustiada situación, la firme aunque desmantelada Carlos Adolfo soltó el ancla en el abrigado puerto Egmont de las desiertas islas Malvinas .

¡Cuánto nos costaban en aquel tiempo los viajes a Europa, que son en el día simples paseos de recreo!

Nos asilamos, pues, en uno de los más espaciosos y cómodos puertos del mundo, y en él, gracias a la estabilidad de sus tranquilas aguas y libres del zangoloteo, pudimos descansar, dormir con sosiego y reparar nuestras averías. Las islas Malvinas, conocidas en el día con el nombre de Falkland, no son tres ni cuatro inútiles islotes buenas sólo para ser ocupados como punto estratégico en la boca de un estrecho tan importante como lo es el de Magallanes; las islas de Falkland son un verdadero archipiélago, que cuenta por lo menos doscientas islas agrupadas en dos secciones conocidas con los nombres de grupo Oriental y de grupo Occidental. Las costas de las islas del primero son generalmente bajas, al paso que las del segundo están llenas de alturas y de poderosísimas rocas y ribazos que alcanzan una elevación de más de cien metros. No se encuentran en archipiélago ni rastros de alta vegetación; pero, en cambio, sus ricos y abundantes pastos naturales se prestan, bajo un clima relativamente benigno, a la crianza de ganaderías, como lo manifestaban, cuando nuestra recalada, las muchas vacas y caballos silvestres que persiguieron a balazos los pasajeros del hacía pocos días atribulado Carlos Adolfo.

La existencia de animales domésticos en islas tan poco frecuentadas proviene de la muchas intentonas hechas por algunas naciones para

adueñarse de ellas, alegando derechos que ninguna parece tener perfectos y claros.

Creen algunos que fueron descubiertas por Vespucio . Davis las alcanzó a divisar en 1592. Hawkins recorrió sus desiertas costas en 1594. Strong hizo algo más, pues ancló en el estrecho que separa las dos islas mayores del archipiélago en el año 1600.

La manta que tenían los navegantes del siglo de Cook de dar nombres nuevos a cuantas islas encontraban en sus aventurados viajes sin quererse acordar si esas regiones tenían o no ya nombres conocidos, es el motivo por qué pocas islas llevan más apellidos que éstas. El viajero las llamó Pepys; Ricardo Hawkins, Virginia, para conmemorar la virginidad de la reina Isabel de Inglaterra; los marinos franceses de Saint-Malo, Maluinas; y otros las llamaron Falkland. Como quiera que fuere, Bougainville fue el primer marino que tomó de ellas posesión a nombre de Francia, y el primero también que procuró establecer colonias en aquellos desiertos y fríos parajes, fundando en 1763 la de San Luis.

La Inglaterra, que con razón o sin ella consideraba suyas aquellas islas, al ver semejante detentación, tomó, un más esperar, posesión de días, se estableció en puerto Egmont y exigió que los franceses entregasen el dominio al disputado Mackride, lo cual visto por España, que ya miraba de reojo que cada cual quisiese apoderarse de lo que legítimamente le pertenecía, por formar aquellas islas parte integrante de sus posesiones americanas, asumió tan amenazadora actitud que no sólo los ingleses se hicieron a un lado, sino que los mismos franceses, contentándose con la devolución de los gastos hechos en San Luis, dieron orden al mismo Bougainville para que, al mando de la fragata Boudeuse, pasase a entregar aquellas islas, con las ceremonias y cañoneo de costumbre, al comandante don Felipe Rusa de la Puente, que al mando de las fragatas Esmeralda y de ellas a nombre de la España el día 10 de abril de 1767

Mas, como los españoles tuviesen en América tanto y tan bueno que aprovechar, para cometer la simpleza de malbaratar brazos y riquezas por sólo el gusto de conservar lo que en aquel entonces nada valía, no tardaron en abandonar la colonia, cuyos restos notamos en nuestras correrías por las islas. Ya sabemos cuáles fueron las pretensiones argentinas al dominio de las Malvinas después de la lucha de la independencia, como sabemos también el caso que hicieron de ellas los ingleses, quienes, a pesar de las protestas de la República, tomaron posesión definitiva de las islas cuestionadas en 1853.

A los nueve días de holgada y alegre residencia en Egmont, con viento fresco y cielo despejado, emprendimos de nuevo la suspendida tarea de doblar, como dicen, el Cabo, la que verificamos con tanta dicha, que catorce días después soltábamos anda en Valparaíso a lo. ciento siete de nuestra salida de Burdeos.

CAPITULO VIII

Llegada a Chile – El recién llegado. – El novel hombre de campo. – El fabricante de aguardientes.– El porqué del fracaso de nuestras fábricas.– El tendero.– El médico.– Primer ensayo de escritor público. – Consecuencias de llegar a ser rico de repente. – Contrabando de tabacos y de ganados por vía andina. – A generoso, generoso y medio.

Si, para el recién llegado de Europa, en el día, es tan triste y aun repelente nuestro actual orgulloso Valparaíso antes de haberlo tratado con alguna intimidad, ¡qué no sería el año de 1830, con sus andrajosas quebradas, sus casuchos toreando la ola, en el reducido plan de tierra firme que mediaba entre el mar y los cerros, los solitarios buques que se balanceaban en la bahía, y aquella interminable calle o vía carretera, verdadera villa del Covin, que con sus desiguales ranchos y casuchos conducía desde el lugar que llamaban el puerto al pie de la antigua y conocida cuesta de Polanco.

El extranjero, para quién América significa selvas seculares, bosques de palmeras, algazara de cacatúas y oro a mano, después de traslomar cuestras tras cuestras encajonado, sin ver nada de todo eso, en aquellos vehículos digestivos de Loyola, que por lo saltones merecieron el nombre de cabras, llena de chichones la cabeza y los pulmones de polvo, entraba a Santiago por la interminable, sucia y desgreñada calle de San Pablo, que principiando por ranchos, chicherías y canchas de bolas, terminaba casi en la plaza principal de la ahora, parecer, opulentísima capital de Chile.

Hay, sin embargo, un fenómeno que notar en el cambio, siempre seguro, de adverso en favorable, que sufren las primeras impresiones del recién llegado a poco de permanecer algún tiempo en nuestro Santiago. Las casas parece que crecieran en altura, y sus tejados, que al principio hasta se cree que amenazan los sombreros por lo vecinos al pavimento de las veredas, se elevan, sin saber por qué, a la más proporcionada altura.

El Santiago de entonces, como el de ahora, asustaba al principio para agradar después a todo viajero que, cerrando los ojos al salir de Europa, sólo los viene a abrir cuando llega a Chile.

Vuelto, pues, a la deseada patria, y henchid de aquella injustificable suficiencia que ostentamos siempre los recién llegados de por allá, metiendo en todo ex cathedra la mano, comencé por mirar de alto a bajo a los modestos y estudiosos jóvenes chilenos que a fuerza de trabajo, estudio y contracción trataban de compensar la falta que a los ojos vulgares, les hacía un baño europeo. Y no sin causa, porque entonces todo recién llegado del mágico París. a más del necio orgullo que ostentan los que ahora llegan, contábamos con los atractivos que da la moda al corte de un vestido, con la grata sorpresa de aquel que oye hablar en francés a un pehuenche y con un caudal de portentosas descripciones, de chistosos galicismos, de muy variados y siempre elegantes nudos de corbata y de no pocos nuevos pasos que agregar al baile de las cuadrillas. Teníamos, en fin, para muchas mamás y para no pocos bobos, todos los encantos de los trajes de moda recién desencajonados.

Mas, como la moda cambia siempre, por mucha bulla que ella haya metido al principio, sucedió que, pasado de moda el petimetre, con la contestación a la terrible pregunta “¿cuánto tiene?”, nadie volvió a acordarse más de él.

Vióse, pues, precisado el desvalido dandy, a dos años del más deleitoso far niente, a buscar medios más sólidos de enterar la vida.

Esta resolución, para todos acto meritorio, no mereció la aprobación de la suerte, pocas veces Mecenas de los buenos propósitos, pues desde aquí comienza aquel rosario de contratiempos y de crueles tropezones, cuyas cuentas, no de oro, sino de burdo palo, sólo tocaré con las puntas de los dedos, por no ser mi propósito escribir la vida insulsa de un simple majadero, sino aquello que, relacionándose con ella, puede ofrecer algún resultado atendible y práctico.

Tan amigo de la vida independiente cuanto enemigo de todo lo que fuese someterme al obediente yugo de los destinos públicos, creí, como creen en el día muchos jóvenes pobres, pero enamorados, que con sólo tomar un fundo rústico en arriendo, sin más recursos que dineros prestados a corto plazo, con tal que abundase el deseo de trabajar, bastaba para meter en casa, juntamente con la esposa, la dicha y la riqueza.

Comencé por pagar a la huasería el forzoso tributo que siempre paga el novel campesino que endosa poncho por la vez primera. Buenos caballos, estafalarias monturas, crueles rodajones; machete, lazo, pehual, maneadas, copas de alegría y guampar, con ribete de plata en las alforjas; olvidé el idioma de Cervantes por la jerga provincialesca; rivalicé con los más poderosos jinetes en el manejo del caballo y del lazo; madrugué antes que el lucero: trabajé como trabajan los machos de carga; me lloví; me asoleé; dormí en el suelo; y el cabo de dos años, por fruto de tanto afán, salió el afrancesado dándose a santo, con sólo lo encapillado y con dos años de edad a costas.

Maltrecho, pero no desanimado, solicitó entonces de la perfección de

una industria embrionaria en Chile el desagravio de su agrícola malandanza, y planteó una fábrica de aguardientes a la europea, en el departamento de San Fernando. Mas el resultado final de esta nueva empresa, no fue idéntico, fue muy parecido al de la anterior; porque a fuer de chileno pur sang, tuvo que pagar nuestra común manía de no comenzar a hacer las cosas por el principio, sino por donde éstas deberían terminar. El progreso y la perfección no sólo no dan saltos, sino que presuponen la existencia de primeros pasos. El niño gatea antes de correr; el botín de charol, como lo he repetido mil veces, supone curtiembres y zapaterías, y éstas, fábricas de hormas, de estaquillas y además de manos, que comenzaron por hacer babuchas, siguieron por zapatos y concluyeron por botines. En mi fábrica de aguardientes tuve que ser fumista, alambiquero, broncero y tonelero juntamente. Una llave de pulgada y media de diámetro era un tesoro entonces, y por lo mismo, cuando se descomponía, ni por un tesoro se encontraba a tiempo otra que comprar.

Fracasó la industria alfarera en Chile, porque se nos ocurrió comenzar por lozas finas, cuando aún no habíamos salido del cántaro y del plata de Talagante.

Fracasó la fábrica de vidrios, porque en vez de comenzar por hacer botellas de vidrio común, se ha tenido la impertinencia de comenzar por vasijas finas y por vidrias planos.

Fracasó la de azúcar de betarraga, porque el fabricante tuvo que ser agricultor, y el producto, por ser chileno, refinado.

Lleva lánguida existencia la fábrica de paños, porque en vez de comenzar por ponchos, frazadas y jergones, nos dio el diablo por comenzar por y fracasó mi fábrica de aguardientes, porque, en vez de contentarme con mejorar algo el cañón condensador, me metí a rasca; porque, vez de usar pailones hechizos, me lancé al delgadísimo alambique francés y, porque, en vez de hacer mejor chivato me engolfé en el coñac, en el anisete, en el perfecto amor.

De aquí se desprende este verdadero y triste axioma: toda industria perfeccionada que se introduce en un país que carece de industrias rudimentales, lleva en sí misma el presagio de la ruina del empresario.

Por más que dijeren que el hábito no hace al monje, el resultado de mi fábrica está allí para probar lo contrario. Había hecho venir de Europa para el adorno de las botellas una guapa colección de vistosas estampillas, cuyos doradas arabescos guarnecían estas palabras: *Oid Chdmpagne Cognac*, y para que la ilusión fuese mas completa, había hecho escribir sobre la portada de mi despacho, con gordas letras: Importación directa. Deseo, entre paréntesis, que no se me alboroten por esto algunos de los muchos importadores directos del día creyéndose aludido, porque solo en mi tiempo se pasaba gato por liebre, y en el día todo es puro París, o cuando no Burdeos.

A la sombra de esta túnica encantada caminó también la venta en los

primeros meses, que llegado a insurreccionarse mi orgullo patrio, al que yo mismo estaba dando al extranjero una fama que sólo a Chile correspondía, eché al fuego las estampillas europeas, puse en la portada del almacén Fabrica nacional, y en el rótulo de las botellas Coñac.

Cunaco y el diablo cargaron con cuanto había Arrojado el hábito, arrojé sin saberlo la bondad de lo que vendía, pues, tornado de bueno en malo, nadie se volvió a acordar ni del licor, ni del restaurador del patrio crédito industrial.

Fui tendero después, y no deje parroquiana a la cual, zalamero, sagaz y mentiroso, no tratase de endosar los huesos de la tienda persuadiéndola que perdía plata en la venia y que sólo lo hacía por ser la favorecida quien era, con tal que no divulgase el secreto de una baratura tan ruinosa cuando excepcional; mas cuando llegaba al caso de vender por mayor, entonces sólo recobraba la virtud sus fueros. La verdadera factura iba a la caja; la que me sirvió para la Aduana, por ser ésta su único destino, había caminado ya para otra parte, y sólo aquella de abultados precios se mostraba a los ojos del comprador, a quien se le vendía por especial favor, perdiendo plata, al precio de factura.

Aunque de tendero a médico va trecho, mi afición las ciencias naturales estrechó tanto la distancia que mediaba entre estas dos facultades, que así vendía zalamero y oficioso mis huesos tenderiles, como vendía grave y satisfecho de mi saber mis doctísimas recetas, cuidándome poco, como lo hacen muchos, de averiguar si ellas podrían o no tornarse en verdaderos pasaportes para la otra vida. Si el enfermo se iba, los dolientes y el médico exclamaban: los días son contados, ¡quién se opone a la voluntad de Dios!" Mas, si el enfermo, a fuerza de luchar contra los aliados médico y boticario, llegaba a sanar, como también sucede en los lugares donde hay médicos y protomédicos nadie se acordaba de la voluntad de Dios, sino de la sabiduría del experto esculapio, en cuyas manos se había puesto el venturoso enfermo.

A nadie cobré visitas, porque no tenía a mi disposición un protomédico que apoyase mis arbitrarios precios; pero en cambio cobré ingratos. cosa que a los médicos recibidos no acontece, por la sencilla razón que el vendedor de una especie sólo puede hacerse de enemigo., porque vende gato por liebre, pero nunca de ingratos. La ingratitud, como bien a las claras lo dice palabra, sólo nace de servidos gratuitos, ¿y cuántos son los servicios gratuitos que, en general, dispensan a la doliente humanidad la mayoría de los esculapios, para que pomposos asuman, como lo hacen muchas veces, el título de humanos por excelencia?

Pero no se me alboroten por lo que dejo expuesto los legítimos hijos de Hipócrates, porque la ciencia siempre ha ocupado. para mi un lugar sagrado: y sólo aludo a los que embozándose en ella, dicen que venden virtud. cuando sólo venden interesados servicios.

El médico en general, si busca nombradía, es más por el provecho pe-

cuniaro que de ella saca que por simple gloria vana y sin sustancia; y sí con frecuencia se embosca tras de lo que llamamos humanidad caritativa, es menos por hacer obras gratuitas de misericordia que por acertar el tiro de llenar los deberes que le impone el precepto: la piedad bien entendida comienza siempre por casa. Yo no los critico por lo que hacen —en su derecho están—, sino por el mérito moral que ellos atribuyen a sus actos y por lo que dejan de hacer para merecerlo. ¿Puede vivir el médico donde no haya enfermedades? ¿No son las enfermedades que afligen a la humanidad el tesoro, la mina, el coche, el pan y la educación de los hijos del profesor? ¿Cómo es posible entonces que haya crédulos que se imaginen que el médico, que es hombre como todos los demás, trate de destruir o de disminuir dolencias, que son el tesoro, la mina, el coche, el pan y la educación de sus hijos?

Pero, ya para digresiones, basta y sobra con lo dicho.

El ocio del mostrador me hizo hojear libros; los libros medio renovaron en mi alma mi antiguo amor a las letras; y como no cabe enamorado de las tetras sin garabatos ni hay garabatos de esta calaña que vayan al fin y al cabo a rematar á la imprenta para pasar allí a servir de envoltorio de drogas en las boticas, sucedió que, atribuyendo mis malas andanzas a lo errado de mi vocación, me sugirió el mal genio que me perseguía la tonta idea de emprender la regeneración de mi escuálido bolsillo por el florido camino de las letras, y sin más esperar me metí a escritor público.

Para dar a mis primeros ensayos crédito y nombradía, quise echarla, como lo hacen los médicos, de hombre más ocupado del bien ajeno que del propio suyo, y remití a un diario santiagueño, de alguna fama entonces, un tremendo artículo, en el que se probaba hasta la evidencia que un cura campesino; de cuyo nombre no quiero acordarme, en vez de dar ejemplo a su grey de pureza y de honradez, estaba falsificando la firma del prelado para los efectos de cobrar mayores derechos que aquellos que designaba la tarifa parroquial.

Esperaba yo contento, tras de mi molesto mostrador, el título de re pórter, o por lo menos, aplausos que me lo hiciesen merecer, cuando me llegó la noticia de que mi artículo había sido acusado, y pocos días después la de mi condena en primer grado, la cual me imponía una multa superior a mis escasas fuerzas. En vano me trasladé a Santiago, llevando por tardía justificación de cuanto había escrito contra el cura, un cascarón de la pared de la iglesia del curato en el cual estaba pegada la malhadada tarifa falsificada. El modesto y pundonoroso prelado, mi buen tío don Manuel Vicuña, cuya memoria venero a pesar de esto, oída mi doliente exposición, se contentó con apartar de su vida, con horror, el raro documento que yo le presentaba, y con, despedirme diciéndome:

—Hijo mío, no pesan a mí tantos mis pecados, cuanto me pesa el que te hayan envidiado a educar a Francia!

No hubo más que replicar; pagué, callé y me fui a otra parte.

¿Qué me quedaba por hacer? Pasado el primer aturdimiento, mi contrariada pero nunca vencida imaginativa no tardó en indicarme el camino de las minas. Me hice, pues, minero. Hice pedidos de vetas levantándome el falso testimonio de ser *minero de profesión*, como lo hacen tantos que no han visto minas en su vida, y echándome por esos cerros de Dios en busca de lo que no había perdido, ya me cansaba, armado de bonete y de culero, de tratar de resolver entre piques y frontones, adivinanzas a oscuras, cuando mi aviesa suerte, que no se cansaba de halagarme para volverme en lo mejor la espalda, me hizo encontrar en el oscuro fondo de un viejo laboreo de la mina del Sauce, en los cerros costinos de la vieja Colchagua, esto que llaman los mineros colados un *¡asiento de candelero!* Aquí de mi alegría, aquí del justo presumir del contratiempo que con mi inesperada fortuna iban a experimentar cuantos, por pobre, me hablan despreciado. El oro en todas partes es juventud, es talento, es hermosura: tenía yo, pues, motivos para congratularme.

En el fondo de la oscura y húmeda labor, en la cual se acababa de dar el último brocazo que me hacía poseedor de aquel tesoro sólo porque lo hice despejar, pasé y volví a pasar conmovido el humeante candil del minero por el frente de la roca cuarzosa cubierta de clavos y de venas de oro que parecían asegurar mi fortuna. Fue aquel un momento encantador. un sueño pero no pasó de sueño. La riqueza no fue más que lo que estaba a la vista y apenas dio para los gastos.

En los primeros momentos del engañoso hallazgo, el barretero había contado a los apires de cómo el patrón se encontraba en un pozo de oro a mano los apires lo contaron a los peones, éstos a los pasajeros, los pasajeros llevaron abultadísima la noticia a Curicó, y ésta de un salto, con formas colosales, se trasladó a Santiago. Pronto comenzaron los regalos de los indiferentes y las cartas hasta de mis más decididos despreciadores a ejercer su adulatorio oficio: puesto que, encontrándome sentado en la boca de la mina, triste y convulso por mi nuevo chasco; tuve el gusto de abrir algunas en cuyo final se leían estas textuales palabras:

"Espero que el exceso de su merecida fortuna no le hará olvidar a sus muchos y buenos amigos, entre los cuales ha debido usted contar en primera línea a este su afectísimo y seguro servidor."

He conservado las cartas en un libro con el título de Desengaños.

En cuanto a los regalos de bizcochuelos y de pavos mechados, mandados por personas que ni siquiera me ofrecían antes un cortés asiento, a medida que llegaban, los mandaba a arrojar a la mina, diciendo al conductor por única respuesta: Que la mina daba las gracias al desinteresado remitente.

Terminada mi rápida fortuna como los cartuchos de los linajes de Cervantes, anchos arriba y en aguda punta abajo, bajé de las regiones del talento al antiguo reinado de despreciable tonto. Pobre además para poder emprender negocios compatibles con la independencia de acción que siempre

he tratado de conservar, y sin más recursos que los que mi salud y mi notable actitud para sufrir fatigas corporales me proporcionaban, de acuerdo con algunos engorderos me lancé a las provincias argentinas. y en ellas, ya buscando ganados, ya sirviendo de intermediario entre los negociantes de una y otra banda, vagué once años consecutivos sin más descansos que los que me proporcionaron un improvisado viaje a Francia y tal cual visita a mi olvidada Santiago.

Veintitrés pasas conozco en las cordilleras de los Andes; y por los más frecuentados por mí, dónde puede decirse que vivía los veranos, no recuerdo las veces que he pasado. Fueron éstos, para mí asuntos de Salta, Catamarca, La Rioja y San Juan, los pasos de Antofagasta, San Guillermo, Doña Ana, No te Duermas y Agua Negra; y para los de San Luis, Mendoza, San Carlos, San Rafael y los Malales del Payen en los desiertos patagónicos, los pasos del Portillo. Leñas Amarillas, Planchón, Maule, Longaví, Canteras y Chillán.

La práctica experiencia que mis correrías por los Andes me han dejado me induce a repetir hasta el cansando cuán inútiles o por lo menos cuán inoficiosos son para precaver el contrabando, los dichosos resguardos que los gerentes de la hacienda pública sostienen en los pasos o boquetes andinos, pues no hay un solo cuya vigilancia no pueda ser fácilmente eludida. Cuando no puede evitarse el contrabando en poderosa escala, como sucede en Chile con el de tabaco, la razón económica sólo prescribe dos medios de precaver su inmoralidad: o rebajar los derechos hasta hacer más perjudicial que provechoso el contrabando, o suprimidos por completo, Con el primer recurso se evita un gravamen sin compensación al comerciante honrado y se niega un premio dispensado, sin quererlo, al que no lo es. Con el segundo se protege una industria que ha muchas años debiera ser poderosa fuente de riqueza para Chile.

Antes de pasar adelante, quiero dejar aquí consignado un hecho presencial que ya puede, sin inconveniente, referirse, hecho que enaltece el corazón de uno de los más acaudalados, benéficos e industriosos hijos de Chile, y que agrega nueva prueba al axioma de la inconstancia de la fortuna, para autorizarme a repetir al desgraciado: ¡no desmayes!

Allá en tiempo de entonces y cuando el insigne minero don Zacarias Nikson trabajaba en Colchagua las minas de oro del mentado Millahue, alojaba no muy distante de los trapiches del opulento gringo, en una modesta heredad, un honrado y silencioso caballero, blanco como yo, de los brutales tiros de la adversa suerte. Perseguido por sus acreedores de Santiago y obligado a malbaratar lo poco que le quedaba para honrar su firma, golpeó en vano este infeliz caballero las puertas de los Argomedos, Calvos y Rencoret, verdaderos Rothschild que monopolizaban las compras de ganados de la industriosa aldea de Nancagua, a fin de conseguir por los que arreaban un precio equitativo; porque entonces, en toda compraventa, el derecho de imponer condiciones sólo correspondía al vendedor buscado y jamás al vendedor que buscaba,

costumbre que, según entiendo, vive y reina aún en los retoños, como vivía y reinaba allá en los troncos. Nuestro apurado vendedor, colocado entre el salteo y la cárcel por deudas, no sabía ya dónde dar con la cabeza, cuando el acaso, padre de inesperadas soluciones, vino a abrirle, ya que no una puerta, siquiera una ventana por donde poder escapar.

Florece entonces, en Nancagua aquella simpática, conocida e industriosa señora doña Carmen Gálvez, cuyos incomparables alfajores paladeaban con encanto los provinciales de los conventos y los acaudalados hijos de la culta Santiago. Esta señora, que por ser pobre era caritativa, dolida de las cuitas del atribulado vendedor de animales, le encaminó con una fina carta de recomendación al vecino fundo de Boldomávida, donde según ella residía un joven que, aunque afrancesado, tenía más corazón que cabeza.

Una mañana después de darle vuelta al campo, porque no hay campos más dados vueltas que los chilenos, encontrábame pasando el sol en el corredor de las casas de Boldomávida, fundo que corría entonces a cargo mío, cuando acerté a ver que por la puerta del patio entraba, sobre míseras cabalgaduras, un huaso acaballerado seguido de un muchachito que parecía servirle de asistente. Era el que hacía de amo un mozo más que sobresaliente, de mediana estatura, de pelo negro, de pálido semblante y al parecer de robusta constitución. Su vestido, bien que aliñado, no encubría la pobreza que en alto pregonaban el rocinante, los pellones de la montura y la ausencia de aquellas mentadas copas de alegría que, a la par con los enormes rodajones de las espuelas de plata, constituían entonces los arreos del huaso acaudalado. Fue el saludo del recién llegado más bien tímido que desembarazado; pero, como entre el recomendado de la Gálvez y yo no había etiqueta, no tardamos, sentados en el mismo banco, en comenzar a departir como podían hacerlo antiguos conocidos. Contóme lo que le pasaba, díjome además que viéndole algunos precisados a vender, aprovechando la ocasión se le ofrecían seis pesos por la vaca seca, siete por la parida y por el buey nueve; que él no venía a pedirme más por su ganado, pues sólo deseaba, ya que era preciso sacrificar, que el sacrificio redundase más bien en favor de un modesto trabajador que en el de ricos descorazonados. Halagado cuanto conmovido, después de una corta pausa le dije: “¿le parecerían a usted mal 7, ocho y medio y 12 pesos?”. “Señor —me contestó—, eso es hasta más de lo que puedo desear”. “Pues entonces —le dije—, el ganado es mío”; y como él se dispusiese a marchar por él, le supliqué que honrase mi almuerzo con su presencia antes de todo. Hízolo así, y como yo reparase que, al acompañarme al comedor, - -vuelta la cara con cariño hacia su ayudante, le dijese: “Póngase por allí a la sombrita no más, que luego nos iremos”, di orden al mayordomo de patio para cuidar de los caballos y para conducir al niño a almorzar a la cocina.

Quiero ser breve: entregado del ganado al día siguiente, tuve el gusto de regalar a mí extraño vendedor de animales un par de pantalones de ante, que, aunque usados, podían pasar por decentes al lado de los de raído casimir que

él traía puestos. Recibió mi amable huésped ese mísero regalo con la demostración del más puro agradecimiento, y al darme el abrazo de su despedida, me pareció sentir sobre mi pecho los laudos de un corazón conmovido. Desde ese día le perdí de vista. Pasaron años y más años, y ya mi memoria no conservaba de tal vendedor de ganados ni el más mínimo rastro, cuando, corriendo el año 1860 y estando yo firmando el despacho ordinario de la intendencia de Concepción llamóme repentinamente la atención tal ruido de asientos apartados y de corteses arrastra-duras de pies que hacían los empleados subalternos en la vecina sala que a1 preguntar, incómodo, lo que aquel movimiento significaba, vi a mi secretario que, saludando con respeto, introducía en la sala del despacho al opulento señor don Matías Cousiño. Yo, que desde mucho tiempo antes de mi salida de Europa conocía de fama la importancia del papel que el señor don Matías representaba en Chile, me alzaba de mi butaca para recibirle conforme a sus merecimientos. cuando él, con el más cariñoso; “permítame, señor don Vicente. que le abrace”, me echó los brazos con efusión al cuello. Confieso que tan inesperada manifestación me dejó suspenso. ¿Cuándo he tratado yo a este amable caballero, para que así se manifieste conmigo? ¿Qué he hecho yo por él, dónde cómo? ¿No habrá en todo esto alguna lamentable equivocación? La misma incertidumbre refrescó mis recuerdos. Aquel emocionado abrazo, cuya causa no atinaba a descubrir, no era el primero que, con calidad de idéntico, tenía yo recibido en el curso de mi vida; otro igual me había sido dado años antes por un pobre huaso a quien había yo regalado un par de pantalones usados de ante, en época para él angustiosa. “Vengo quejoso contra usted”, fueron las primeras palabras que me dirigió aquel Creso chileno, por sus riquezas y muy superior al romano por sus virtudes. Al natural “¿por qué?” de mi solícita respuesta, me contestó con cariñosa seriedad: “Porque ya van para cuatro meses que usted volvió a Chile, y por no querer cobrarme lo que le debo, sigue usted, a pesar suyo, esclavo de los destinos públicos”. “Válgame Dios, señor don Matías—repuse—, ¿deberme usted al o a mí?”, “Y qué trascordado está usted—contestó—, voy a ver si puedo refrescar su memoria”; y cogiéndome amistosamente la mano, se expresó de tal modo que me hizo reconocer, aunque con vergüenza mía, que yo fui aquél de la dádiva de los calzones de ante y él el que los había recibido. Excuso referir cuánto hizo, después de esta entrevista, aquel noble y agradecido corazón en obsequio del antiguo repartidor de ropa usada, para limitarme a decir que he considerado ineludible conmemorar este corto episodio ‘de mi vida para que pueda completarse con él el cuadro de las relevantes prendas que adornaron al incansable servidor de la industria y del comercio patrios, a don Matías Cousiño, para quien la presencia del que le conoció pobre, muy lejos de afrentosa, era un elogio, lo que nunca acontece entre vulgares corazones.

CAPITULO IX

Revoluciones. – Guerra de Santa Cruz. Fusilamiento en Curicó Lo que cuesta viajar sin pasaporte.- A lo que expone una mentira, aunque sea a tiempo- Lance a San Carlos y mí fuga para La Rioja Riquezas naturales que se encuentran entre San Carlos y Famatina Momias.- Petrificaciones. – Chilecito de Famatina – Comercio con Chile – Precios de los ganados. – Tabaco y su contrabando. – Falsa designación de un solo tronco a las cordilleras. – Errores del geógrafo Napp sobre la elevación y base de los Andes. – Lo que vale pintar san tos.- Desastroso regreso a Chile.

Mal hubieran cumplido los pueblos americanos con la mente que les impulsó a correr los azares de la sangrienta lucha que dio por resultado su emancipación política, si después de despedazar el yugo de Castilla, hubiesen permanecido estacionarios.

Aquel grande acto aconsejado por la razón, por la justicia y por los más sanos principios de la ley natural, tenía dos forzosas fases: el triunfo en la lucha y la organización en la Independencia: entidades ambas que debían completarse entre si y formar juntas un todo indivisible.

Ya las Repúblicas hermanas habían entrado de lleno en la segunda fase, aunque por una desgracia de sencilla explicación ostentaban todavía al espectáculo conmovedor de desastrosas guerras intestinas, en las cuales luchaba cuerpo a cuerpo el patriotismo organizador más o menos exagerado contra las exigencias avasalladoras del patriotismo del soldado. Y no podía ser de otro modo, atendidos el carácter y las tendencias generales del corazón humano.

Muy recién entradas en la carrera de naciones independientes, y sin más antecedentes preparatorios para ocupar con debida dignidad tan alto puesto, que aquellos que les dieron el triunfo obtenido contra las tropas peninsulares, era natural que los victoriosos guerreros proclamados Padres de la Patria pretendiesen los honores de organizadores y aun de jefes supremos de los Estados que debían a sus esfuerzos su temprana existencia. Mas, como los calificados militares eran tantos, y no fuese posible crear un Estado aparte para cada uno de ellos; ni mucho menos

tardar más tiempo que el corrido en entrar en pleno goce de las imprescriptibles garantías sociales que aseguran al individuo, junto con la vida, la libertad y la hacienda, los pueblos, sin desconocer los méritos de sus guerreros, solicitaron de la toga. y de la pluma lo que no les era dado conseguir de la rústica espada del soldado, por templada y gloriosa que ella fuese. De aquí la lucha fratricida que hasta ahora se perpetua en algunos Estados republicanos, y de aquí los trastornos que todavía hacen creer a muchos ilusos europeos que la voz República sea el genuino y único sinónimo de la voz Revolución.

El motín militar de El Callao, encabezado por Salaverry el año de 1835 contra el presidente Orbegozo, había atraído al año siguiente sobre el Perú la sangrienta intervención del Presidente de Bolivia don Andrés Santa Cruz. Tiempo hada que este jefe ambicioso y sagaz maduraba la idea de dotar al país mediterráneo que gobernaba con una salida marítima que poniéndole en contacto más directo con el mundo mercantil facilitase el expendio de los ricos y variados productos de su precioso suelo.

Habíasele, pues, presentado propicia ocasión para el logro de sus deseos; pero, mal aconsejado por la ambición, tuvo el desacierto de elegir entre los muchos arbitrios de que siempre dispone un vencedor, el único que podía alarmar al vecino Chile, al ver que se alzaba de repente en su propia frontera el poderosísimo Estado que con el nombre de Confederación Perú-Boliviana, resucitaba al antiguo Perú con todo el poderío que a su extensión y a sus riquezas le correspondía sobre los demás Estados del Pacífico.

Este motivo y otros, que por muy narrados por competentes plumas. excuso repetir, ocasionaron la declaración de guerra hecha a Santa Cruz por el gobierno chileno el 26 de diciembre de 1836, declaración a la cual el orgulloso boliviano contestó un mes después con la pública y solemne erección del nuevo Estado, cuya existencia rechazaba la política chilena.

Para consolidarle, conjurando al mismo tiempo la tormenta que le amenazaba desde el Sur; contaba el astuto Santa Cruz, con sus antiguas relaciones en Chile, con el descontento de los vencidos restos del partido pipiolo, y, sobre todo, con el indignado militarismo, al que el genio organizador del insigne hombre de Estado don Diego Portales había asestado, no hada mucho tiempo, un golpe mortal. Con semejantes elementos de trastornos políticos en su propio seno, obligado Chile correr en el extranjero los azares de una guerra inesperada, para asegurar su amenazado porvenir y a sostener a todo trance la paz en el hogar, nada tiene de extraño que el año de 1837 principiase su curso con los tristes atavíos de guerra en el extranjero, de estados de sitio y de consejos de guerra permanente en el interior.

A Portales, a ese padre de la moderna patria, que por mal comprendido era entonces tan detestado cuanto venerada fue su memoria después

hasta por sus más encarnizados enemigos, se debieron esas medidas de insólito rigor y de firmeza que aplastaron la hidra revolucionaria en. cuantas partes se atrevió a alzar su antipatriótica cabeza.

Ese genio que pagó con sus riquezas y con su propia vida la merecida fama de que hoy goza, había exclamado en un momento de abnegada exaltación: “Si mi padre se metiese a revolucionario, a mi mismo padre haría fusilar”. Portales nunca prometió hacer lo que no tema ánimo de cumplir.

Estábamos, pues, en plena época del terror, cuando dejando a mis sirvientes el cuidado de hacer repechar cordillera adentro los ganados que conducía a Chile desde San Luis, me adelanté para llegar a Curico, capital de la antigua provincia de Colchagua, que gobernaba entonces en calidad de intendente, el conocido y eminente escritor americano don Antonio José de Irisarri.

Al entrar en la plaza principal de este pueblo, plaza que más parecía potrero que otra cosa por su desgüeño, en la cual como en todas las demás aldeas rurales de Chile, sólo se veía una pobre iglesia parroquial, una sucia cárcel, tal cual edificio de mezquino aspecto, y por todo adorno de su empastado piso, una angosta vereda de menudas piedras, que formando crucero, así servía para evitar fango del invierno como el polvo del verano, encontré tanta gente reunida, que excitada mi curiosidad, no pude menos de detenerme a averiguar el motivo de tan inusitada concurrencia. Más me hubiera valido pasar de largo; pues nunca me imaginé que, a mí llegada a Chile, lo primero que habla de llamar mi atención fuese ¡un patíbulo! observé con horror que la gente se agrupaba, mustia y silenciosa, al frente de tres banquillos, que, custodiados por algunos granaderos, iban a servir en aquel instante de funesto y último asiento en la vida a otros tan tos distinguidos caballeros que un implacable y brutal consejo de guerra habla condenado el día anterior a ser posados por las armas

Conatos revolucionarios, :que tal vez hubiera podido aniquilar la reclusión o el destierro, iban a ¡llevar al patíbulo, impulsados por la mano de hierro de esto que llamamos justicia humana, a los conocidos vecinos don Manuel Barros, don Faustino Valenzuela y don Manuel José Arriagada.

Al toque de la corneta del destacamento de granaderos, guardia privada del jefe de la provincia, anunció con su habitual y destemplado acento la llegada del momento supremo, y un instante después, cargados de grillos y rodeados con el aterrador aparato de costumbre, aparecieron en la portada de la cárcel las víctimas, cuya muerte iba a anegar en llanto y cubrir con la negra túnica del luto a tantas inocentes familias.

Lleno de espanto y el corazón henchido, de tristeza, piqué convulso los ijares de mi caballo, volví las riendas y me lancé al galope hacia la casa de Labarca; mas, aún no había llegado a ella, cuando un estruendo de fusilería anunció al pueblo consternado el sangriento desenlace este funesto drama.

Variados e incoherentes son los lances del tragicómico drama de la vida humana que con tanto afán representamos. Marchaba lleno de alegría a terminar un simple negocio mercantil, y tuve que atravesar, para llegar a mi destino, por entre el horror que infunde y las lágrimas que arranca el fúnebre aparato de un cadalso político. Cinco días después, sobre aquella espantable decoración y sus tétricos atributos, había ya caído otro telón que representaba la más imponente y virgen naturaleza. La inmensa meseta de los Andes, aquella blanca sábana de heladas alturas que se extiende dilatada y resplandeciente en la región del norte del elevado pico del Planchón, reemplazaba la estrecha y mustia plaza del atemorizado Curicó. La marcha acompasada del adusto soldado verdugo había cedido lugar a las desordenadas carreras y encontrones de jinetes ocupados en apartar ganado, y el lastimero acento del sacerdote que exhorta a bien morir, a la grito atronadora y la algazara del diestro huaso, cruzando en su corcel como un celaje, tras del ganado bravío, las libres planicies de la sierra. ¡Así va el mundo! Los lances suceden a los lances, y tras éstos llegan otros nuevos, hasta que carga al fin con el cómico y con el espectador, quien carga siempre con todo lo creado.

En la ¿poca a que me refiero; aún no se habían habilitado los boquetes cordilleranos del Sur para la libre internación de ganados argentinos. Aquellos que se importaban, que eran, sin embargo, muchos porque son siempre inútiles las prohibiciones que pueden eludirse sin peligro, se traían a hurto de la autoridad local. Al vendedor, que nada tenía que hacer en Chile, incumbía poner las reses en cargadero, y al comprador residente, el correr con lo demás.

Terminadas el 20 de abril mis operaciones de vender ganados en los corralones que forman las antiguas lavas del Peteroa, dejé mi gente a los compradores para que les ayudasen, y acompañado de un solo sirviente, emprendí apresurado viaje hacia el boquete de la Yaretas, -para que la primera nevazón tempranera que, cerrada y oscura, se extendía amenazadora sobre aquellas áridas alturas, no me cerrase el paso; y ya pisaba contento las primeras aparragadas verduras que, como manchas, se encuentran aquí y allí diseminadas en las faldas orientales de la cordillera, cuando vino a turbar y a cortar el hilo de mis alegres ilusiones mercantiles, el aspecto de cinco sabanillas lacres, guardias volantes de los volantes resguardos de ultracordillera. Eran, en general, los tales sabanillas lacres, llamados así por usar vestuario de bayetilla de color simbólico de sangre, los soldados federales de San Juan y de Mendoza, tunantes de tomo y lomo, cuya arbitraria jurisdicción en aquella época los hacía tanto más temibles cuanto más distantes se encontraban de los centros de población.

Acercáronse a mí armados de lanza, y cuando les dije que iba a Chile, me pidieron el pasaporte. desgraciadamente, la impresión que me había dejado en el alma los recientes fusilamientos en Curico, los cortos instantes que estuve en Chile, y, sobre todo, la urgencia de despachar mis ganados

antes de que me sorprendiesen las nieves, ni siquiera me habían dado lugar para pensar en solicitar de las autoridades chilenas tan estúpido papelucho; y esta omisión de trámite no sólo vino a concluir con todas mis ilusiones. sino que llegó a estar a punto de hacerme perder la misma vida.

No sólo en Chile reinaba la época del terror por causas políticas. La desconfianza y el asesinato, la inseguridad y el patíbulo, eran en las provincias argentinas la peste asoladora que, alimentada por el fogoso espíritu de los dos opuestos partidos Unitario y Federal, todo lo avasallaba; y, si en Chile revestían los patíbulos togas legales, raras veces se dispensaba en la otra banda a la brutal cuchilla del verdugo ese triste disfraz.

Los horrores de aquella guerra fratricida habían obligado a buscar asilo fuera del país a multitud de calificados argentinos, los cuales pugnando, como era natural por volver a su patria, no perdonaban ocasión de hostilizar a sus perseguidores políticos, ya con sus escritos, ya con sus intrigas, o ya con cuantos medios les permitía echar mano la impotencia a que estaban reducidos.

Era, pues, preciso pisar muy precavido en aquellos terrenos, porque de la sospecha a un mal juicio, y de éste al patíbulo o a la completa confiscación de bienes, no había más que un solo paso.

Rosas, cuyo poder habla quedado sin contrapeso con la violenta muerte de aquel Quiroga que, por sus atrocidades mereció el nombre de Tigre de las Pampas, sólo había conservado al frente de cada una de las provincias o Estados sobre los cuales ejercía su ditorial poder, a los más ciegos y feroces instrumentos de su absoluta voluntad, y en Mendoza, bien que con el especioso título de general de la frontera del Sur en San Carlos, gobernaba Aldao.

Era éste aquel terrible y obeso frailón franciscano, cuyo sanguinario arrojo había a todos espantado, cuando, en calidad de segundo capellán del ejército de los Andes, al mando del general San Martín, se presentó al coronel Las Heras, bañado en sangre vertida por su propia mano, en el encuentro de la Guardia Vieja, camino de Uspallata.

Sátiro arrojado y brutal en sus primeros años; granadero feroz y sanguinario después, un verdadero amor, ¡quién lo creyera!, había dominado a aquella fiera, y tranquilo, aunque mal casado, hubiera permanecido en Chile si, según lo he oído de su propia boca, la curia eclesiástica no le hubiese lanzado de nuevo en aquel mar de aventuras, en el que había consumido ya los dos primeros tercios de su borrascosa vida.

La vejez, cuando ocupó el mando de la frontera del Sur, había ya gastado su energía y trocado en el año de 1837 aquel valor de probado ganadero, que a todos espantaba en sus primeros tiempos, en la timidez de la más injustificable cobardía. Temía le asesinasen; de todos a un tiempo desconfiaba, y era contado el desconocido en quien no creyese divisar un unitario.

Puede deducirse el mar de apuros en que la falta de pasaporte me lanzaba,

por el conocimiento que tenía del terreno en que pisaba; mas de éste, como de tantos otros peligros que he corrido en el curso de mi vida, debía salvarme la serenidad y el conocimiento del corazón humano que iba haciéndoseme ya familiar.

Dije a mis colorados que era chileno, negociante, que mi pasaporte venia sobre la ropa del baúl en la carga que dejaba atrás, por creer que sólo lo necesitarla en San Carlos, donde pensaba alojarme; que si dudaban de mi verdad, porque vi que efectivamente algo sospechaban de ello, allí les entregaba mis llaves para que, en cuanto llegase mi carga, se persuadiesen de que no tenía por qué engañarlos; que yo, entretanto, proseguirla a San Carlos, con tal que ellos me hiciesen el favor de no demorarme el macho. La ocasión de hacerse de algo de lo ajeno contra la voluntad o el conocimiento de su dueño no era para desperdiciar; a lo menos así lo alcancé a traslucir por ciertas guiñadas de inteligencia que se hicieron entre ellos aquellos honrados militares. Mas no son tan sencillos los cuyanos como suele parecer. Impusieronme, pues, arresto, bajo la custodia de dos de ellos hasta la llegada de la carga, y los tres restantes, sin acordarse de devolverme mis llaves; prosiguieron por la senda que acababa de dejar, a seguir cortando, según ellos dijeron, nuevos rastros. Confieso que, en el primer momento me creí perdido. Yo no andaba con carga ni con cosa que se le pareciese. En mi montura llevaba mi cama, y en las alforjas y maletas ligeras llevábamos, mi sirviente y yo, el resto del equipaje. ¡A dónde podía, pues, conducirme mi imprudencia! ¡A dónde mi improvisada mentira! Era evidente que a poco andar habían de volver despechados aquellos fariseos, y también que mi asunto ya no tendría compostura. En este aprieto y apurando el tiempo, no me quedó más recurso que buscar en los ojos de mi fiel Manuel un amparo que ni por asomos vislumbraba en mi turbación. Manuel me comprendió: y una botella de excelente anisado, que sacó de las alforjas para matar mejor el tiempo, no tardó en hacer expansiva y cordial la conversación entre los cuatro interlocutores, que un mal acaso tenían reunidos en aquel destierro.

Manuel Campos; abnegado sirviente mío, no era hombre vulgar. Hijo de los minerales de Apalta, y antiguo salteador en los cerrillos de Teno, fue Campos aquel atroz bandido que dio tanto en que entender a Urriola, intendente de Colchagua, para librar a su provincia de semejante bárbaro; era además sagaz contrabandista, y él más diestro baqueano de cuantos florecían entonces entre el mentado Chilecito de la Rioja y los males de San Rafael, en las pampas patagónicas. Habíale yo salvado la vida sin conocer quién fuese, en un angustioso trance, y este servicio que hasta las fieras agradecen, había obrado tal transformación en las tendencias de su extraviado corazón que, sin dejar de ser feroz y atrevido para con todos los demás hombres, era suave, cariñoso y hasta cobarde para conmigo.

Llegados los alegres bebedores al término de echar bravatas y de contar proezas, una expresiva mirada de Manuel me hizo echar mano a la pistola

de bolsillo que siempre me acompañaba, y mientras él lanzado como un rayo sobre su inmediato y desprevenido interlocutor, le oprimía derribado contra el suelo y le arrancaba el puñal, yo, con ademán resuelto, ofrecí a su sorprendido compañero una onza de oro o una bala por sus dos caballos ensillados. Excuso referir el espanto que se apodero de estos dos infelices agentes del poder con un acto de agresión tan violento cuanto inesperado. Cerróse el trato por la onza de oro, y un momento después, porque no había un solo instante que perder, acollerados mis dos caballos de tiro y los dos ensillados que nos habían conducido hasta aquella ratonera, cabalgando sobre los pilones que acabábamos de comprar, emprendimos la más violenta fuga que la necesidad de conservar los animales de remonta que llevábamos nos permitió adoptar.¹

Patentizóse de nuevo aquí a dónde puede conducir un acto de la más insignificante impremeditación es ciertas circunstancias de la vida. La simple omisión del trámite del pasaporte me obligó a mentir, la mentira produjo mi arresto, el arresto casi me condujo al crimen, y el acto que dio margen a mi fuga pudo haberme llevado hasta el patíbulo.

Puesta mi suerte en manos del sagaz Manuel. me limité a seguir sus indicaciones. que por lo pronto no fueron otras que las de no perdonar la espuela y el rebenque para alejarnos de aquel lugar, donde quedaron renegando los vendedores de caballos. Nos constataba que habíamos de ser activamente perseguidos por el rastro que dejaban las pisadas de nuestros caballos, y sabíamos también que estábamos en un país donde el arte del rastreo, sólo comparable con el instinto del perro perdiguero, había llegado a los términos de lo sublime; pues es fama, aunque parezca ridículo contarlo, que hasta si es viejo o mozo el perseguido, descubre por el rastro un buen rastreo. Mas, como contra esos siete vicios, como suele decirse, hay siete virtudes, mi buen Manuel, que no era en ésta la primera vez que había sido perseguido, empleaba las que él conocía en cuantas partes encontraba ocasión propicia para hacerlo.

Cansados los pilones en que cabalgábamos con un furioso galope de cuatro horas por las perversas sendas y altibajos que median entre el pueblo o fuerte de San Carlos y los segundos escalones de la sierra, caminamos al tranco un cuarto de hora, hasta que dimos con el principal arroyo que se desprende de la cordillera para engrosar con sus aguas las del Tunuyán. Dentro del agua, cabalgaduras y jinetes, sin salir de ella, saltamos a nuestras primitivas monturas y, ocultando el freno que tascaban cansadas las de los soldados, hicimos andar a éstas aguas abajo cosa de tres cuabras, hasta llegar a unas vegas, donde las abandonamos a su destino. De allí volvimos por el mismo camino proseguimos aguas arriba, sin des-

¹ Lllaman en las provincias argentinas pilonar, cortar una oreja. y. en Mendoza se *pilonaban* los mejores caballos del ejército, como medio más eficaz de evitar. con la fealdad que produce la mutilación, el robo tan frecuente de caballos en aquella época.

viarnos del centro del estero, hasta que, llegados a un seco pedrero que ningún rastro podía conservar, echamos por él y proseguimos siempre recelosos, pero con menos precipitación, nuestra marcha.

Sin más compañía que la el antiguo demonio, constituido en aquel trance en mi ángel tutelar, ni más caballos de remonta que los dos que habla traído de Chile, caminamos todo aquel día y parte de la noche, y sólo nos detuvimos a dar resuello a nuestros caballos cuando creímos muy dudoso que se nos alcanzase.

Sólo al tercer día de marcha se prendió fuego en nuestro alojamiento; al cuarto entramos en la provincia de San Juan, alojamos el quinto en Calingasta, aldea indígena de aquellos pobres andurriales y, aunque estábamos persuadidos de que Benavides, gobernador entonces de San Juan, era hartamente menos desconfiado y cruel que fray Aldao, no consideramos terminado nuestro aventurero viaje hasta no encontramos en la casa del chileno Díaz, honrado minero de menor cuantía del pueblo Chilecito de la Rioja.

Nuestros alimentos hasta entonces, salvo la absoluta carencia de pan o de algo que se le pareciese, pues ya hablamos dado cuenta de la poca harina tostada que nos quedaba, no habían sido por fortuna escasos; sobre todo desde que pudimos prender lumbre, porque no conozco país alguno que ofrezca con más espontaneidad que éste a la mano del viajero más medios de satisfacer el hambre. A esta feliz circunstancia, sin embargo, deben los hijos de aquellos casi desiertos territorios su desapego a los trabajos agrícolas, el desgüeño de sus moradas y el carácter independiente propio del cazador para quien es calzado un simple forro de piel de potro, el suelo cama y el *chiripá* cobija.

El huanaco se entrega a fuerza de ser novedoso; la vizcacha y la perdiz se cogen a palos; el matabaco y el sabroso peludo, indefenso tatúes que pueblan aquellos campos, no imponen al viajero más trabajo para ser cogidos que el alzarlos del suelo, ni necesitan, para ser cocinados, de más cazuela que las que forman las pequeñas escamas que los cubren. No hay morada, por pobre que ella parezca, donde no se encuentren con frecuencia, suspendidos al lado de su entrada, gordos cuartos de vaca o de huanaco que están a disposición del vecino o del viajero. Es tenido por chileno o por hombre mal criado aquel que procura remunerar con dinero la carne que generosamente se le ofrece.

Llegados, pues, a Chilecito, y colocados al abrigo de paisanos, que si son egoístas en su propio país, hacen siempre vida común en el ajeno, no me quedó por de pronto más que hacer que descansar de las fatigas de mi viaje y esperar la contestación a las cartas que escribí a Mendoza, para hacerme de los recursos que allí tenía. Mas estaba visto que todo había de salirme mal en aquel año, porque ni cartas ni recursos me llegaron. Los deudores cancelan sus cuentas con los muertos cuando no dejan documentos, y con los vivos cuando éstos son perseguidos.

Obligado entonces a variar el plan de mis negocios, resolví volver a Chile tan pronto como me lo permitiesen las nieves de la próxima cordillera; mas, como no era posible que este viaje se perdiese del todo, mientras se abrían los pasos me contraje, ya a estudios y exploraciones que me pusiesen al cabo del partido que podía sacar un chileno activo negociando con Catamarca y con La Rioja, ya coordinando los apuntes y los recuerdos del viaje que a vuelo de pájaro acababa de hacer desde la frontera de San Carlos hasta La Rioja.

Pocos territorios conozco que sean más interesantes y que estén menos explorados que éstos, que un ingrato acaso me hizo recorrer desde el grado 20 hasta el 24 de latitud austral. Las riquezas minerales que entre estas dos latitudes encierra la larga zona del recuesto oriental de los Andes, desde la línea inferior de las nieves eternas hasta la base sobre que se alzan las segundas alturas de esta tierra, son tales, que bastarían ellas solas, al abrigo de la paz, para asombrar al mundo minero con los tesoros que la pródiga naturaleza ha acumulado en ella. Posteriores correrlas más al norte del grado 24 me han dado después a conocer que esas riquezas, lejos de terminar en él, parece que fueran en aumento, extendiéndose sin término por el territorio de Bolivia adentro.

La carencia absoluta de aquella vegetación que constituye el adorno y la riqueza del recuesto occidental de los Andes, el aspecto metalizado de los cerros vestidos de más variados y muchas veces resaltantes colores, entre los cuáles predominan el rojo, el pardo, el negruzco, el azul, el rosado y el cenizo; la formación geológica patentizada con poderosísimos derrumbes y con los hondos cauces que abren los torrentes en los pequeños planes que le sirven de base; la vista de venas metálicas, cuyos rodados cubren los caminos como si lo hicieran a propósito para mejor manifestar-se; todo da allí a entender que, andando el tiempo, el virgen suelo de esas regiones para los trabajos agrícolas no será la única fuente de sus inagotables riquezas.

Sin embargo, sobre esta muda pero rica naturaleza, sigue pasando hasta ahora como un celaje en pos del avestruz o del huanaco, el caballo del diestro cazador de las montañas, sin que sospeche siquiera, el que lo guía, los tesoros que pisa y deja atrás.

Sobre el recuesto andino que mira a Mendoza y a San Juan tuve ocasión de atravesar en mi fuga por sobre vetas, vetarrones y rodados, que examinados sin angustia en mis viajes posteriores, resultaron ser unos de purísima galena, otros de galena argentífera, de plata arsenical con chispas de rosicler y filamentos de plata nativa, de cloruros como en la tierra de la Huerta y otros de cobre de subida ley, cuyos derrumbes tiñen de azul y verde los costados de los cerros de donde se desprenden.

En Gualilán se encuentra el oro en gangas calizas. Déjase ver en varias partes el níquel, y en muchas otras el sulfato de alúmina, y recuerdo que al ensillar mi caballo una mañana, vine a conocer, por la resistencia que opuso el freno a separarse del suelo, que el piso negro y liso donde ha-

bíamos alojado no era otra cosa que una enorme masa de fierro magnético.

Pasada la provincia de San Juan, los metales de La Rioja asumen en general el carácter de nativos, lo que hace que el afamado distrito de Famatina sea tenido por uno de los más ricos del mundo. En él, el oro se encuentra en criaderos de 'textura pizarrosa, o libre en las arenas de los ríos. En el cerro Negro, a inmediaciones de Chilecito, se encuentran las más ricas minas de cloruros, de sulfatos de plata y de rosicler; y en Tagué, cobre nativo, piritas de cobre y níquel rojizo. De carbón mineral sólo encontré rastros al atravesar la mayor quebrada que estría la sierra de Pie de Palo en la provincia de San Juan. En Huaco, de la misma provincia, existen aguas termales llamadas Hediondez y vertientes de agua salada.

Pero si las minas metálicas abundan en esos lugares inexplorados, no sucede lo mismo con aquella mina más permanente que siempre anuncia la presencia de los bosques. Árboles no se encuentran ni en las altas ni en las bajas mesetas del recuesto oriental de lo. Andes situado al norte de Mendoza.

En ellos, y no en grupos apiñados sino muy dispersos, sólo se ven el algarrobito, el chañar espinudo, la farilla y la retama, arbustos cuyas maderas no se prestan al uso de las construcciones. Abundan, en las faldas tendidas, las gramas que aquí llamamos cepilla y coironcillo, excelentes forrajes para toda clase de ganados; y en las vegas y márgenes de los ríos, la totora, la cortadera y la chilca. Pero así como escasean los vegetales para el uso del simple industrial, no sucede lo mismo para el botánico, a cuyos ojos hasta el musgo tiene sus atractivos. Tan sólo con las cácteas podría formarse una envidiable colección. He visto monstruosos y aparragados melocactos al lado de colosales columnarios, cuyos vástagos, armados de aceradas quiscas no tenían menos de pie y medio de diámetro. Encuéntranse también varias especies de nopales, bien que de menores paletas que los nuestros, y que ya la industria comienza a utilizar, criando en ellos la cochinilla que se expende con el nombre de grana. Hay cácteas que, por su pequeñez, pudiéramos llamar microscópicas, y abundan otras que parecen, por lo débiles y delgadas, cordeles articulados.

Ya he indicado cuánto-abundan los animales de cacería, y ojalá no sucediese otro tanto con las víboras ponzoñosas, que son el terror de los noveles viajeros en sus forzosos alojamientos a cielo raso, y con los modestísimos. enjambres de vinchucas que, cuando hartas de sangre, más parecen guindas que vinchucas.

Entre la volatería, llaman mucho la atención la muy pequeña y donosa tortolita otrabandeña. que frecuenta hasta los patios de las habitaciones de los pueblos, y las pequeñas y verdes nubecitas de catas, que a veces forman en medio de los terrenos más áridos vivos prados de verduras, y otras hacen creer que los árboles, despojados de todas sus hojas en medio del in-

vierno, están, por la lozana verdura que accidentalmente les cubre, en plena primavera. En una de mis correrías alojé frente al cerro del Azufre dentro de una curiosa gruta que, cubierta de vistosas cristalizaciones y estalactitas, servía de rústica catacumba a cinco momias de indios que yacían, al parecer de tiempo muy atrás, colocadas allí por la mano de algún piadoso deudo. Estos esqueletos, perfectamente conservados y que descansaban puestos encucilladas, sobre un tejido de esparto casi deshecho por la acción del tiempo, parece que debiesen su conservación, como lo confirma la presencia de los muchos caballos secos que los viajeros, por entretenimiento dejan parados para que parezcan vivos en las cordilleras, a algún fluido que existe en la atmósfera, el cual paraliza la fermentación pútrida, pues no puede atribuirse sólo a la temperatura, que es ardiente muchas veces en la misma sierra, semejante fenómeno.

Otro fenómeno llamo también mi atención, y es la presencia de petrificaciones que, por lo circunscrito del lugar donde se encontraban y lo delicado de los objetos petrificados, da a entender que la petrificación ha sido instantánea. He recogido muestras curiosísimas de ganchos de algarrobo petrificados hasta sus más menudos extremos, algunas cucarachas en actitud de marchar, y una gruesa oruga roedora en la oquedad de un palo igualmente convertido en sílex.

Chilecito de Famatina, centro de mis continuas correrías y hospitalario villorrio de La Rioja, no debe sólo su existencia al riquísimo distrito minero donde tiene su asiento, sino también a los esfuerzos siempre activos del andariego e industrial chileno que nunca considera a qué país se dirige, con tal que en él encuentre utilidad; ni hay rincón territorial donde viva con otros chilenos que no bautice con el nombre de Chilecito.

Aunque la alta planicie donde se encuentra colocado este pueblo minero-agricultor no baje de 3.000 metros sobre el nivel del mar, su clima es grato y sano. El mineral de Famatina está situado en la gran sierra del mismo es la cual es uno de los poderosos cordones que ensanchan y hacen perder su aparente unidad a la cadena del sistema andino en aquellas latitudes. Sobre la aproximada mitad de este cordón se alza el imponente nevado de famativa, cuyas faldas orientales ostentan sobre prodigiosas alturas sus afamadas minas; pero no hay una sola de estas que tenga trabajos formales, ni más rastro de que los haya tenido que los que dejó aquella gran compañía minera nacional y extranjera fundada en 1824 a costa de tantos caudales y de sacrificios, y que cupo al feroz Quiroga la fea nombradía de destruir con el asesinato del profesor Von der Hoelten, que regentaba los trabajos. ¡Cuánta riqueza abandonada en ese solo cerro, cuyos ríos se consideran Pactolos, y cuyo cuerpo, desde las bocaminas de Santo Tomás del Espino, que yacen al nivel de las nieves perpetuas, hasta su base, está lleno de los más ricos minerales de oro, de plata y de cobre! Pero para qué maravillarse del abandono o de la incuria en que ya-

cía entonces la industria minera, cuando la agrícola reducía a arañar el suelo con rastrones de algarrobo o con arados antediluvianos, a segar las mieses con cuchillos y a llevar las gavillas sobre rastras de cuero al lugar destinado para trillarlas, como lo hacíamos nosotros, a fuerza de pie de yegua. La industria de las provincias andinas puede decirse que en general se concretaba en 1837 a la sola recolección de productos naturales y a su inmediata venta, y nada más. La abundancia de los medios de satisfacer las primeras necesidades de la vida en pueblos rústicos y hasta entonces sin notables aspiraciones, sus muy pastosas y extensas llanuras y benignidad del clima para la natural propagación de los ganados, daban a esos pueblos el carácter de pastores, y lo eran en efecto. Los Estados mediterráneos, Mendoza, San Luis, San Juan, La Rioja y Catamarca, no tenían por entonces más puertos que el expendio y salida de sus frutos que Valparaíso, Coquimbo y Copiapó, por lo dispendioso del viaje carretero hasta Buenos Aires; así es que no es de maravillar que se limitasen a coleccionar productos pastoriles, ya por ser éstos también los únicos que más provecho les dejaban en sus cambios con la República chilena, ya porque el jabón de Mendoza, los cordobanes de San Luis y las frutas secas de San Juan no figuraban en el comercio, sino en mínima escala. No sucedía lo mismo con el tabaco llamado por unos correntino y por otros riojano, aunque no se cultivaba en grande escala en esta última provincia. De San Juan y de La Rioja, verdaderas bodegas o puertos de tránsito de este artículo, partían todos los años para pasar por sobre los inútiles guardas de los puertos secos, o más bien húmedos de nuestras cordilleras, cargamentos de tabaco que no han cesado desde tiempo atrás, así como lo han hecho las siembras de este vegetal en Chile, de gritar a los gobiernos patrios: ¿hasta cuándo se conserva el estanco, esa fea mancha de nuestro sistema de rentas e incalificable azote de una industria agrícola y fabril que acepta nuestro suelo, y que, a despecho de los torpes y tímidos ministros, ha de ser con el tiempo una de nuestras principales fuentes de riqueza?

El precio que tenían entonces los ganados argentinos variaba según el lugar donde se compraban. En los malales contiguos a las pampas, al sur de San Rafael, la vaca se pagaba a tres pesos, el buey a cinco y el caballo a uno y medio. En Mendoza, y sobre todo en San Luis, la vaca con cría o sin ella, a cuatro pesos, el buhey a siete, el caballo a veinte reales, y la mula escogida de carga o de silla, a cinco pesos.

No por estar entretenido en mis viajes y en mis cálculos para mis futuros negocios; mejoraba por esto mi condición pecuniaria. Contaba ya tres mortales meses de estación en aquello. destierros, en los cuales, para ayuda de costas, tuve que poner a contribución mis escasos conocimientos generales en agricultura, en minería y, sobre todo, en medicina; mas, perdiese del todo la esperanza de que algo me viniese de conducto del honrado corresponsal que tenía en aquella plaza, antes de quedar en paz y sin recursos, a pesar de la oposición y de las reflexiones de

mi buen Campos, me resolví a hacer la hombrada de intentar el paso de los Andes por Pulido, boquete donde las nieves perpetuas se estacionan a más de mil metros de altura sobre la línea de las permanentes del Planchón.

Agotados en los preparativos los recursos que me quedaban, y sin seguir más consejos que los que me daba la presunción o la confianza que en mis fuerzas tenía, emprendí el paso de la sierra de Famatina, el cual, a pesar de las nieves, logré vencer. Al trasponer aquellas heladas y blancas cumbres, que con mi ningún conocimiento de las cordilleras en esa latitud, creía que fuesen la línea divisoria que nos separa de las provincias argentinas, no pude menos de echar mirada como de vencedor sobre mi silencioso sirviente, quien se contentó con decirme con tristeza: — Bueno, pues, patrón, usted sabrá lo que hace, que en cuanto a mí ya sabe que muero donde usted muera, porque todavía estamos principiando el viaje.

En efecto, franqueada la elevada altiplanicie que se encuentra al poniente de la sierra de Famatina, la sucesión más o menos ordenada de los erguidos picazos que se notan en ella, me dio a entender que ésta era otro cordón que guardaba cierto paralelismo con el anterior; y prosiguiendo mi marcha, no tardó en desarrollarse a mi espantada vista otra imponente y prolongada sierra que, con el nombre de Guandacol, corre paralela con la que acabábamos de dejar al poniente, formando con ella caja al profundo valle por donde corren las aguas del Bermejo.

Después de cinco días de tenaz porfía en mi angustioso viaje, detenido por las nieves, empujado por los vientos huracanados que, alzando pe nachos de nieve sobre aquellas deslumbradoras alturas, muchas veces arrojan al jinete y al caballo en hondos precipicios; sin víveres para esperar mucho tiempo allí, ni caballo que pudiese soportar nuevos repechos, tuve, mal de mi grado, que volver atrás, y siguiendo, hasta salir del cajón, el curso del Bermejo, buscar asilo en el pueblecito de indios de Calingasta, donde terminó mi mal andante retirada.

Muy equivocados están los escritores que tratan de la geografía de América cuando, guiados por el trazado más o menos antojadizo de los mapas generales, dan por sentado que la gran cordillera de los Andes es, desde su entrada a Chile, un cordón continuo hasta las aguas del estrecho magallánico. Ni hay tal cordón ni tal continuidad, sino en la medianía y ésta no alcanza a abarcar la cuarta parte de la extensión que se da al todo de la sierra chilena.

Desde San Juan para el Norte ya se nota la anchura gradual de la base oriental de los Andes en esas latitudes, y también la aparición de extremos de cordones que sin dejar de ser contrafuertes, de un tronco principal, parece que siguieran un rumbo paralelo a él. Estos extremos, convertidos después en cordones parciales con nevados picazos, dejan tales y tan elevadas planicies entre unos y otros que, al llegar a las latitudes de Atacama y de Antofagasta, no atina el viajero que se encuentra en ellas a asegurar

que está en la sierra o los planes, a pesar de encontrarse sobre alturas superiores a las que ostentan muchos de los nevados del sur de Chile sobre el nivel del mar.

A la simple vista del hombre medianamente acostumbrado a fijar posiciones geográficas en sus viajes, las cordilleras riojanas exhiben tres cordones principales dotados de poderosos nevados y separados entre sí por altísimos valles: el cordón de la sierra de Famatina, sobre el cual se alza el imponente gigante del mismo nombre con una altura, según el malogrado Von der Hoelten, de más de 6.000 metros sobre el nivel del mar; el de Guandacol, y el que indica el divorcio de las aguas entre las dos repúblicas; mas, no se crea que la ancha base oriental de la cordillera termina al fin de los recuestos del Famatina, porque más al Oriente aún he tenido ocasión de pasar la sierra de Velazco, que corre casi paralela a la anterior, con una altura media comode 2.000 metros.

En mi viaje tuve ocasión de notar el singular fenómeno de que los recuestos de todos estos cordones laterales son más escarpados al Poniente que al Oriente.

Compaginado los apuntes de mis recuerdos y relacionándolos con mis posteriores viajes, puedo asegurar que es enteramente antojadiza la aserción del escritor Napp, en su República Argentina, al sentar en la página 67 de esa obra que “al Sur del grado 32, la meseta andina se estrecha conviniéndose al fin en cresta, que disminuyendo gradualmente se extiende hasta el extremo meridional del Al sentar como cierta semejante inexactitud, el buen Napp, o ha obedecido al propósito que se perseguía entonces de estrechar el territorio chileno en aquellas latitudes, o ha creído oportuno sancionar por escrito, como exactos, los muchos desaciertos que luce su mapa de la República argentina en la designación de sus fronteras con la República chilena. La altura no comienza a disminuir desde el grado 32, como él lo sienta, puesto que el cerro del Juncal, que está casi sobre el grado 24, es superior en altura a a que se presupone alcanza el nevado de Farnatina, y casi enteramente igual a la que se asigna al Lullailaco, situado mucho más al Norte, entre los, grados 24 y 25, sin contar con que el gigante del sistema andino, el Aconcagua, se encuentra casi sobre el grado 33. La verdadera disminución progresiva de la altura general del tronco de la sierra comprendida entre los grados 24 y 34, comienza en este último, y sigue disminuyendo con notabilísimas desigualdades hasta terminar en los mares del Cabo. Pero si es cierto que disminuye su altura sobre el nivel del mar, también lo es que su anchura, en vez de convenirse en la supuesta cresta del escritor germano-argentino, cobra tal extensión sobre su base, que parece muy superior a la del Norte, como lo acreditan las alturas de los cerros de nuestros archipiélagos, verdaderos arranques de la cordillera, y las exploraciones de nuestros marinos en los ríos Huemules y Aisén, entre los grados 45 y 46 de latitud austral.

Volviendo al hilo de mi interrumpida relación de viaje, era entonces

Calingasta lo que fue en otro tiempo nuestro Santa Cruz, y sus modestos y apacibles habitantes, dueñas todos de pequeñas heredades rústicas, así trabajaban como mineros en las minas de oro del mentado Gualilán, como en calidad de agricultores en sus tierras. Calingasta era, en mi tiempo, uno de los lugares obligados para los depósitos de tabacos que saltaban. después, como por encanto, la cordillera para llegar a Chile; así era que, abiertos los pasos de la sierra por los meses de octubre, con la llegada de los: chilenos al lugarcito, se observaba, en él, el mismo movimiento que reinaba en Valparaíso cuando la llegada y la salida de los vapores.

Solicité y obtuve hospitalidad en casa del sencillo y modesto Gómez, viejo chileno y antiguo vecino de aquel lugar, donde, a más de haberse casado, había adquirido tan a lo vivo el sonsonete del cuyano, que no dejaba palabra del diccionario a la que no le diese el canto del esdrújulo.

Tendí mis pellejos bajo la tupida enramada de Algarrobos que el hospitalario paisano designó para mi dormitorio; y después de hartarme de hapi frío, especie de jalea de maíz a medio majar y muy cocido, que se puso a mi disposición, dormí como si descansase en el lecho del príncipe de Asturias, no embargante el diluvio de tremendas vinchucas con que estaba plagado mi nuevo domicilio. Cambalaché al día siguiente mis siete estropeados caballos por dos robustos alazanes y una excelente mula y, para alentar la confianza de mi huésped, regalé a su señora una cuchara de plata, último resto de la antigua Roma que aún me quedaba en la maleta. El octavo día de mi fastidiosa residencia en Calingasta, pues sólo me ocupaba en averiguar cuándo me permitirían las nieves salir de. mi destierro tuvieron el buen Gómez y su amable esposa la amabilidad de dejar me de dueño de casa mientras ellos iban al Albardón. Triste, sentado en un banquillo, los pies al sol y la mente en Chile, vagaba mi imaginación por todas partes, cuando topó mi vista con una imagen religiosa que, grabada sobre una antigua y suda hoja de papel, se encontraba. sujeta con una espina de Algarrobo en la cabecera del catre nupcial de la feliz pareja que me hospedaba. Por vía de pasatiempo se me ocurrió dar una mano de colorido a Nuestra Señora del Carmen, que era la imagen que en aquel papelucho se representaba; y como nunca ha dejado de acompañarme en mis correrías otrabandeñas una cajita de colores de agua, que me servía para enriquecer mi colección de vistas y de curiosidades naturales de difícil conservación, acudí a ella, y un momento después ya estaba terminado mi trabajo y vuelta a su primitivo lugar aquella terrible obra de arte, que así pintada y a lo lejos, más parecía un rey de oros que otra cosa. Encontrábame en mi alojamiento departiendo con mi fiel Campos, cuando, a poco de estar en la casa los recién llegados del Albardón, les vimos salir de estampida puerta afuera, gritando el uno: "¡Milagro!" y el otro: "¡Vengan a ver...!" A las voces salimos también corriendo y como ni yo me acordaba de la mano de colorete que había dado a la imagen, ni

ellos sospechaban por mi facha, que bajo aquella manta se encontraba un buen pintor, no es de maravillar que al principio los gritos me asustasen y que después me costase verdadero trabajo persuadir a mis huéspedes de que yo era el autor de tan inesperada transformación.

Pronto, con la relación de mis sencillos huéspedes, se llenó de curiosos la casa, y convertida mi humilde enramada en un taller de pintura de estampas y aun de viejísimos cuadros al óleo para restaurar. Los grabados que venían en hojas de papel arrancadas de misales viejo o de libros devotos no ofrecían al artista dificultad ninguna: mas no así los cuadros al óleo, para los que nada servían los colores de agua, únicos que, aunque pocos, tenía éste a su disposición. Sin embargo, como mi creciente reputación exigiese salir de todo paso, aunque fuese por la tangente, el aceite de comer vertido abundantemente en el en vez de la tela, para remozar el colorido, y la clara de huevo por el derecho, para que hiciese de barniz, me fueron sacando tan bien de apuros, que a los veinte días de embadurnar telas viejas y papeles puercos, me sobraron aperos para el viaje, amén de algunos devotos reales que cayeron también en mi bolsa para la mayor de espadas.

Mas tanto bien, por serlo tanto, no podía ser de larga duración; y la suerte se encargó de probar esta verdad, lanzándome de nuevo, con la mas inesperada ocurrencia, desde mi tranquilo y seguro taller, a los afanes y peligros de las nieves a medio deshacer que me esperaban en los Andes.

La fama había llamado las miradas de las autoridades de aquel lugar sobre el modesto artista que la disfrutaba. Este no podía ser hombre vulgar los conocimientos que desplegaba no guardaban concordancia con su modesto traje. ¿Quién podría ser este hombre? ¿Sería por acaso algún espía? Tales eran las preguntas que se hacían, y al parecer no sin causa, porque atravesábamos precisamente entonces la época en que no sólo Chile se rompía los cascos contra la Confederación Perú-Boliviana, sino también aquella en que el dictador Rosas había cortado toda clase de relaciones amistosas con este último Estado.

Supe que la noche del decimoctavo día de mi llegada a Calingasta, un cabo de sabanillas lacres, que era mi eterna pesadilla, había hablado con un vecino, quien, dirigiéndose en el acto a mi huésped, le había dicho que no era cierto que yo fuese chileno, sino que era boliviano, y boliviano de suposición, enviado por el general Santa Cruz, quien sabe con qué propósito a La Rioja y a San Juan; terminando aquella inventada suposición con encarecer lo mucho que se exponía si me sorprendían en su casa, donde sabía que me iban a aprehender.

Al instante acudieron a mi mente el olvido del pasaporte, mi detención y mi travesura de San Carlos, mi precipitada fuga, y cuantos motivos de justo terror podían perturbar la tranquilidad de un extranjero, colocado en mi situación en aquel lugar, tan infeliz entonces; y como el afán de mi pobre huésped por que yo partiese cuanto antes de su casa me hiciese

comprender que no había un solo instante que desperdiciar, hechas con la más, insólita precipitación los aprestas de mi viaje para Chile, horas después de aquel terrible aviso y favorecidas con las sombras de la noche, mi intrépido Campas y yo, con sólo cuatro caballos y una muía cargada, abandonamos la hospitalaria casa del asustado Gómez. Seguimos, pues, mal de nuestro grado, el poco práctico sendero que conduce desde Calingasta al conocido boquete de la cordillera de Agua Negra.

Ya las calores de octubre comenzaban a derretir las nieves que los inviernos acumulan en los encumbrados pasos de las Andes, pasos que en el Norte se abren más temprano que en el Sur, sin dejar por esto de ser peligrosos para el viajero que primero se aventura en ellos.

Las nevazones invernales que ostentan imponentes con su blancura y nuestras sierras son, ante los ojos del viajero que a la distancia las contempla, harto más poderosas de lo que parecen desde lejos. Pocas veces graniza en la sierra y sólo dos he visto nevar con viento; y es tal la cantidad de nieve que siempre cae en forma de leves plumas de aves que se mecen, bajan, suben y remolinean en la tranquila atmósfera, que hasta llegan a tapar la vista, pues ni la mano de un brazo tendido hacia adelante puede verse. La nieve del invierno cordillerano no moja, y el viajero sorprendido por ella puede caminar horas enteras si es muy baqueano, porque, de lo contrario, muere perdido, llevando intactas en el sombrero, en las hombros y en cuantos puntas pueden sujetarse, las leves plumas que lo blanquean.

La nevazón todo lo colma, todo lo empareja; las desigualdades de las altiplanicies se nivelan con ella, y las primeras quebradas que arrancan de las alturas se borran en tanto grado que, transformado el aspecto gráfico del paisaje, sólo un experimentado baqueano, y no siempre, puede designar dónde está el suelo firme y dónde la trampa de fofa nieve que encubre un abismo aterrador.

Pasado el invierno, con la alborada de la benigna estación nacen para las primeras viajeras nuevas peligros. Con el calor del día, el agua que se forma sobre la superficie de las nieves se lanza con estruendo cuesta abajo, formando a través de las rocas y de los precipicios por donde se despenan peligrosísimos torrentes. Con los fríos de la noche cesa la licuación de la nieve, acuden las heladas, y con ellas, en la siguiente madrugada, encuentra el viajero, en lugar de la fofa nieve que pisaba el día anterior, una costra de hielo endurecido que, por lo resbalosa, soporta, sin romperse, el peso del caballo; pero o no le permite asegurar la uña, o le derriba al suelo; y si por el contrario no le soporta, a cada rato le hunde en la nieve hasta los pechos.

Pero todos estos contratiempos serían tortas y pan pintados para el viajero; si no tuviese que pasar laderas inclinadas con hondos precipicios por remate. El nombre solo que muchos de estas pasos llevan, indica lo que son. Llámanlos los huasos ¡Imposibles! Por esto dijo con tanto chiste

como razón, un ingeniero español, hablando de ellos: — ¡Sólo el diablo habrá podido pasar por aquí siendo joven, porque ahora juro que no lo haría.

Con todo, a fuerza de constancia y de fatigas., vencimos la cumbre, habiendo dejado en la demanda dos de nuestros caballos, pero sin que esto nos desanimase, porque no apurando mucho a los dos que nos quedaban, podíamos con ellos alcanzar las primeras habitaciones chilenas que existen en el camino cordillerano de Elqui.

Seguirnos, pues, cuesta abajo el rumbo que conduce a la Laguna, luchando con las nieves del fondo de una honda quebrada, cuyas alturas ostentaban por entre la blanca sábana que las cubría, las rocas de sus negros crestones, hasta que acosados por el frío, el hambre y el cansancio, dimos a inmediaciones de la Laguna con una de las muchas cuevas o cavernas que, exentas de nieves, suele la piadosa naturaleza poner en los Andes al alcance del viajero.

En uno de los rincones de aquel oscuro retrete, cuya entrada defendía de la acción del viento rústica pirca, encontramos con la más grata sorpresa el único tesoro que podía entonces salvarnos: un pequeño acopio de huano de caballo, precioso e impagable combustible que el viajero andino recoge siempre, y siempre economiza para que pueda servir al que le sigue por el mismo camino. Allí tomé lo que llamaba mi buen Campos café que no es otra cosa que un cacho de agua caliente con un puñado de tierra dentro, y que se bebe en cuanto ésta se asienta. Esta bebida, que para los de fuera puede tener el nombre que quisieren darle, no es para despreciarla en las alturas cordilleranas, sobre todo cuando se padecen afecciones asmáticas. No sé si los pulmones necesitan o no aspirar un aire menos purificado que aquel que se aspira en las supremas alturas; ni si la tierra, trabajada por el agua hirviendo, dota al aire que se aspira al beber aquellos fluidos térreos de que el aire rarificado carece; lo cierto es que mi fatigada respiración volvió a su estado natural, y que mediante semejante café y un pedazo de charqui a medio calentar, dormí aquella noche como un lirón.

Hacia rato, al siguiente día, que la manta del pobre, como llamaba mi sirviente al sol, se encontraba extendida sobre la deslumbradora superficie de aquella Siberia donde nos encontrábamos, cuando, terminado el último sorbo de mi matinal cachada de café, nos pusimos en marcha en busca del cajón del río Turbio, que comienza del otro lado de la Laguna. Caminamos un rato con cautela, contemplando nuestras descomidas cabalgaduras, entre la recia cordillera de Doña Rosa, que dejamos a la espalda, y la escarpada de Doña Ana, que parecía cerramos el paso por el lado del Norte. Como entre estos dos poderosos macizos se encuentra el altísimo depósito de aguas que sin otro nombre que el de Laguna constituye una de las principales fuentes del río de Elqui, fue preciso aventuramos por una de las peligrosas laderas de su

escarpada margen para entrar en el hondo cajón que debía conducimos a poblado.

Entre esta laguna congelada, cuyo diámetro no me pareció medir arriba de un kilómetro en su mayor anchura, y la inclinada altura por donde debíamos pasar, existía entonces un Imposible que, aunque corto, lo era y en sumo grado. La idea de que el menor accidente podía lanzarnos desde aquella altura al fondo de tan aterrador abismo, me hizo desde luego estremecer. Volver sobre nuestros pasos era imposible; proseguir, lo parecía también; mas, como entre la seguridad de perecer de hambre y petrificado por los hielos o la dudosa de parecer despeñado no hubiese que titubear, ¡a la mano de Dios!, dijimos, y picamos los caballos. Sujeto el resuello, como sucede siempre en estos lances, y fija la vista donde ponían los inseguros pasos nuestras cabalgaduras, que a cada momento resbalaban, íbamos ya venciendo aquel peligro, cuando la mula de carga, impulsada por el vaivén de una violenta caída, sin ser parte a animarla nuestros gritos, se fue por el resbaladero cuesta abajo, al mismo tiempo que turbado mi caballo por alguna imprudente sofrenada, hija de aquella la deplorable escena, cayó también de costado, y arrojando lejos al jinete, siguió el forzoso rumbo que condujo al precipicio a su desventurada compañera. Un instante después, dos inolvidables estruendos nos anunciaron que ya no volveríamos a ver más a aquellos dóciles y generosos -brutos que hasta entonces nos habían acompañado. Aturdido con el golpe, atravesada el alma y presa de un vértigo que no puedo expresar, debí luego a la serenidad de Campos mi salvación. Este fiel compañero, corriendo serio peligro, porque los malos pasos se andan mucho mejor a caballo que a pío en las cordilleras, me alzó solícito del suelo, me serenó, y un momento después, a fuerza de brazos y clavando en el resbaladizo suelo nuestros puñales para asirnos de ellos, logramos trasponer el Imposible.

Quedábanos, pues, por todo equipaje lo encapillado, el caballo y la montura de Campos, y por todo alimento un cuarto de huanaco que yo había cazado dos días antes y que por fortuna no había corrido la suerte de los demás. Según los cálculos de mi buen compañero, teníamos aún que caminar como diez leguas hasta llegar a Tilo, que era la posesión habitada más cercana a nosotros en aquella sierra. Pero no quiero cansar ni cansarme y o refiriendo vulgares padecimientos de viajes. Estoy por el laconismo de la Monja Alféres, cuando refirió en cuatro renglones la brava historia de su brava vida. Caminé a pie, dormí entre rocas, trepé cerros, descendí laderas, sufrí fríos, aguanté el cansancio, me mantuve tres días con sólo una cachada de sangre caliente del pobre caballo que nos quedaba, y si no hubiese sido por la robustez de Campos, quien me dejó atrás para adelantarse a buscar socorro, y por el humano proceder del señor Sagüez, que acudió a salvarme, es seguro que entre el río Turbio, invadible para un hombre debilitado, y las rocas de su margen al sur del torrente de los Piuquenes, se hubiese encontrado algún

tiempo después, junto con su esqueleto humano, una cartera lacre que aún conservo, y en la cual se encuentra escrito con lápiz mi temprano epitafio.

CAPITULO X

El huaso Rodríguez, jefe militar de San Rafael -Las trillas-Desafío de Rodríguez. - Su fuga - El Planchón. Resguardos en la Cordillera. -Chilecitos. - Aldao. - Siguen las aventuras de Rodríguez. - Su muerte. - Leguario y archivos de Rodríguez. Banda oriental de los Andes del Sur. - Nota del literato de Loló.

Encontrábame el día 26 de octubre de 1842 en la pequeña pero muy productora heredad de Boldomávida, fundo inmediato al de los Culenes de la antigua Colchagua, el cual acababa de arrendar. Reposábame en él con no poca admiración propia y ajena, de mis viajes entre Mendoza y Buenos Aires; de mis correrías hasta Salta; de mis vueltas y revueltas entre La Rioja, San Luis, San Juan y Mendoza; y de mis activas entradas y salidas a través de los boquetes de los Andes, cuyo práctico conocimiento me habla granjeado el envidiable nombre de baquiano.

¡Cuántos acontecimientos políticos no habían tenido lugar desde mi correteada de San Carlos hasta ese día en nuestro Chile!

El inesperado trato de Paucarpata;

El nunca debidamente execrado motín de Quillota que, encabezado por Vidaurre, causó la lamentable muerte del insigne Portales;

La sangrienta batalla del Barón en las alturas de Valparaíso;

El siempre conmemorado triunfo de Yungay, en el cual las fuerzas chilenas, al mando del sagaz y valiente general Bulnes, habían destrozado la amenazadora Confederación Perú-Boliviana;

El pabellón mercante español luciendo tranquilo sus colores al lado de los del pabellón chileno;

Bulnes ocupando el supremo poder del Estado como merecido premio a sus servicios;

Y sobre todo, ¡la ley de amnistía, que devolvía al patrio hogar a los desterrados políticos! Después de la guerra, el trabajo, me decía yo entonces; y tranquilo sobre la futura suerte que el destino deparaba a mi patria afortunada, tomó mi imaginación con toda fuerza a la idea de nuevas correrías.

Solo, y tomando un mate cuyano bajo el modesto corredor de mi casa, sin apartar la vista de las plantaciones, mi imaginación vagaba activa, ya por las breñas de la fría cordillera que tantas veces había frecuentado, ya por aquellas

dilatadas planicies de las pampas, cuyos misterios aún no conocía más allá de los primeros confines australes de Mendoza.

Faltábame, pues, aún emprender mis siempre malas andanzas por aquellos misteriosos lugares patagónicos, donde me aseguraban que podría mi actividad obtener brillantes resultados. Sólo el desencanto que me había producido el de mis viajes anteriores fue capaz de sujetarme y aun de obligarme, por vez primera, a esperar más propicias ocasiones para lanzarme en lo desconocido, porque hasta entonces nunca había dejado de anticiparme a ellas.

No tardó, sin embargo, en presentarse una, aunque débil, que vino a dar de nuevo al través con todos mis propósitos de calma.

Acerté por el camino de las casas y como con dirección a ellas, caminaba una arria de algunos caballos y de cuatro bueyes, cuya prodigiosa estatura me llamó la atención. Subió de punto mi admiración cuando vi que la arria entró a mi patio y que un huaso, vestido a lo cuyano y bien montado, echó pie a tierra y me presentó con alegre y respetuosa cortesía una carta envuelta en un pañuelo. De pronto no conocí quién era; mas, al oírme llamar patrón y por mi nombre, vi que el desconocido no era otro que mi antiguo y fiel Campos, a quien había yo perdido de vista. Cuatro años antes, el cual, a fuerza de ponderar mis para él inmejorables prendas ante los ojos de su nuevo patrón, venía del fuerte trasandino de San Rafael, trayendo para mí un regalo de parte suya.

Firmaba la carta inesperada aquel mentado chileno don Juan Antonio. Rodríguez, hijo de Loló, que fue por tantos años el brazo derecho de Aldao y el terror de los unitarios, y que entonces, jefe o adelantado del fuerte de San Rafael, sobre la frontera patagónica de Mendoza, tuvo el raro capricho de solicitar mi amistad.

La parte de la historia del terror que le cabe a la provincia de Mendoza durante el gobierno del atroz Aldao, no puede escribirse sin hacer muy especial mención de aquel terrible soldado aventurero a quien los argentinos no dejan aún de llamar feroz bandido.

La llegada de mi buen Campos, los antecedentes que tenía de Aldao, cuya amistad debía captarme la que me brindaba Rodríguez, la abultada hermosura ponderada por Campos de aquellos inexplorados lugares, la abundancia y baratura de no poder ser de nuevo correteado como lo fui no hacía mucho tiempo en San Carlos, me lanzaron de nuevo en la vía de

las aventuras de ultracordillera.

Pero antes de proseguir, debo la siguiente explicación: como algunos de estos y otros viajes míos han visto, bien que mutilados, la luz pública, pero siempre a expensas de fojas arrancadas de estos apuntes, he creído conveniente para conservar la ilación de los acontecimientos que han pasado a mi vista, restituir esas fojas a su lugar.

Volviendo, pues, a lo que en aquel momento pasaba, he aquí, sin quitar ni poner ni un solo punto, el tenor de la carta que envuelta en un pañuelo me acababa de entregar el alegre Campos:

VIVA LA FE DE CRISTO Y LA RAZON¹

San Rafael, a 11 días de marzo de 1843.

Al caballero don V.P.R.

Muy señor mío y mi dueño:

La fama de su buen nombre ha llegado hasta aquí, y por lo mismo mi escaso valimiento anda con cortedad en procura de su amistad, que espera no se la mezquinará a quien se la pide de veras.

El le mando esos cuatro terneros para que los tome en compañía de sus amigos, y también para lo que es el uso de su montura, aunque Ud. los tendrá mejores por Colchagua, esos seis potrones mansos que no son al lado despreciables.

Para qué es hablar de la gran escasez de pólvora fina y de trabucos de cintura en que estamos por acá. En fin, señor don Vicente, aquí quedamos rogando a Dios que le aumente la salud, y no le dice más este su amigo que servirle desea.

J. Antonio Rodríguez

Junto con esta carta recibí cuatro hermosos bueyes, que han sido los mayores que he visto en mi vida, y tres parejas de preciosos caballos.

¿Quién podría ser este hombre que, sin conocerme, me obsequiaba, y que sin pedirme me pedía? Sigamos su rastro por algunos momentos.

En el año de 1833 ni aun en Europa se sospechaba que trilladoras mecánicas habían de venir un día, a fuerza de perfeccionadas, a suplir allá el uso del azote, y en Chile, el de las yeguas en las cosechas de cereales. Y ya

¹ El lema que se usaba entonces en todas las comunicaciones oficiales de la Confederación

Argentina: ¡viva la Confederación Argentina; mueran los salvajes unitarios!, nunca lo usó el protagonista que motiva la consignación de estos recuerdos.

que de máquinas hablamos, ocurre preguntar: ¿qué razón tendrá la humanidad para erigir estatuas a los seres que se adiestran en hacer y en usar máquinas para acortar la vida, y no a aquellos que se desvelan en hacerlas para prolongarla?

A Pitt y a Ramsons no sólo debe la agricultura chilena, junto con la celeridad del trabajo, la seguridad de la cosecha; sino también el poder hacer ahora, en uno o dos meses, según la magnitud de las sementeras, la recolección que antes se hacía en cuatro, y siempre bajo el apremio de las-aguas tempraneras.

El que pudo devolvernos para el trabajo activo en la época de las cosechas medio millón de brazos, que sin producir consumían, aguardando meses enteros, horqueta en mano,- la merced del viento para liquidar -el trigo, ¿no merecería, mejor que otros muchos, estatuas que le presentasen ala veneración de la posteridad agradecida?

Perdóneseme el preámbulo en obsequio de la intención, y vamos adelante.

En la falda septentrional de la cuesta de Quiahue, en los confines marítimos de la vieja Colchagua, vegetaba en 1830, como tantas otras semillas de pueblos mal plantados, un lugarejo que llevaba el nombre de Loló. La estación del año a que se refieren estos recuerdos era la de las trillas, género durísimo de trabajo que aquellas buenas gentes soportaban a fuerza de alegres intermedios de arpa, de guitarra y de harta chicha, para hacer correr el polvo que se les pegaba en el gaznate.

La trilla y los rodeos en las propiedades rurales eran festividades que convidaban sin convite y que daban hospitalario asiento en ellas a cuantos comedidos pudiesen disponer de un buen caballo; y como en la extensa y cómoda ramada que se colocaba siempre a inmediaciones de la faena para el recreo y solaz de los voluntarios nunca faltaban el trago y buen canto; ni ocasiones de lucir el garbo y el caballo, debe prudentemente deducirse que no siempre reinaba en aquellos espectáculos, en los cuales eran todos actores y espectadores a un mismo tiempo, aquella envidiable paz y aquella concordia que deben reinar entre los príncipes cristianos, máxime si llegaba a terciar en el corrillo algún lacho guapetón.

El lacho guapetón, tipo puramente chileno y casi olvidado en el día, era entonces la viva encarnación del caballero andante de los siglos medios, con poncho y con botas ameras, tanto por su modo de vivir como por sus gustos y sus tendencias. Como él, buscaba aventuras; como él, buscaba guapos a quienes vencer, entuertos que enderezar, derechos que entortar y doncellas a quienes agradar, unas veces con comedimientos y otras veces sin ellos, pues los hubo descomedidos y follones además. Así como el caballero andante no perdonaba torneo donde pudiese lucir su gallardía y el poder irresistible de su lanza, primero faltaría el sol que faltar el lacho -guapetón en las trillas, en los rodeos, en las corridas de caballos y en cuan- -tos lugares hubiese muchachas que enamorar, chicha que beber, tonadas

que oír, cogollos que obsequiar, generosidad y garbo que lucir, y pecha das y machetazos que dar y recibir, aunque no fuese por otro motivo que por haber rehusado beber en el mismo vaso. - Cuatro días llevaban corridos los trabajos de la trilla de Loló, sin que nada hubiese turbado hasta entonces ni la marcha de la labor ni sus alegres intermedios; mas llegó el quinto, y como en él llegase también el fin de fiesta, fue de ordenanza despedir al auditorio con una alegre trasnochada, supliendo la ausencia del sol a punta de fogata. A poco andar, pues, se hizo tan general la alegría en la enramada, que según el decir de los entrantes y salientes, ¡estaba aquello que se ardía!

El dueño de casa se había esmerado por despedir regiamente a sus huéspedes; nada faltaba en el sarao: arpa, rabel y guitarra, ponche con malicia, vino, arrollado y ternera con harto ají.

Gozando de esta bienaventuranza y reclinado sobre una cantora se veía, vaso de ponche en mano, un gallardo huaso como de cuarenta años de edad, de tez tostada, músculos fornidos y ademán resuelto. Era éste el mentado haragán Francisco Araya, antiguo barretero de Alhué, aquel que puso el sello a la fama de su valor brutal y sereno sosteniendo; puñal en mano y el pie izquierdo atado al de su contrario, igualmente armado, aquel atroz desafío en el que, sin ultimar a su rival, le hizo confesar que era menos hombre que él. Encontrándose de tránsito en Loló, era de presumir que quien hacía gala de camorrero no habla de hacer falta en la enramada.

Al frente de ese tal, pero al lado afuera, a veces oculto por la sombra y otras veces iluminado por la luz de la fogata, se veía un jinete al parecer entretenido con el espectáculo de aquella alegre borrachera. Este nuevo personaje, que por su traje y apostura parecía pertenecer a la aristocracia lololense, y que era, alto de cuerpo, bien proporcionado, de rostro blanco y encendido, de ojos azules, de nariz aguileña, de pelo rubio y de colorado bigote, sólo daba indicio de terciar en aquella fiesta por la cual tonadilla que, mirando al cielo, entonaba entre dientes a cada baladronada de las muchas que a cada instante echaba el matón Araya.

En uno de los intermedios de canto, un roto lololeño, cansado de no oír más voz que la de Araya:

-No hable tanto, patrón -le dijo con acento socarrón-, que donde hay hombre, hay hombre, y en Quiahue no falta quien pueda decir al te-

— niente que miente, porque de donde menos se piensa suele encumbrarse una perdiz. -

Araya, al ver la traza del interruptor, soltando una estrepitosa carcajada, exclamó: -

—¿Una perdiz, y en Loló? Ojalá volasen dos, porque con una me quedaría con hambre. Mire, ñor-usté, ¿sabe qué más?, que todavía no ha nacido el que sea capaz de dar palmada a Pancho Araya, y para que conste, para nadie va a haber cogollos esta noche, sino para quien me diera la regalada gana; ¡y chiste alguno!

No había terminado el atrevido reto, cuando el desconocido del bigote rojo, saltando del caballo, dio al matón un encontrón con el hombro, y sin dejar de mirarle de alto a bajo, de un solo tajo rebanó las cuerdas del arpa con su puñal.

Este inesperado incidente heló la sangre a los circunstantes, produciendo en todos un silencio mortal; sólo hablaron las airadas miradas de estos dos singulares antagonistas, lazando rayos que, envolviendo mutuas sentencias de muerte, si hubiesen sido de acero, al encontrarse hubieran poblado de chispas el espacio. Entre hombres de este temple pocas palabras. Los dos se comprendieron, y sin más demorar, haciéndose un ademán amenazador, se lanzaron fuera de la enramada en busca de sus caballos. Cada cual ocurrió por su lado para hacer otro tanto, y con un silencio aterrador, un momento después un círculo de hombres montados cerraba el palenque, en cuyo centro, machete en mano, se embestían ciegos de cólera estos dos extremados jinetes, choque espantoso que sólo cesó cuando el ronco alarido de la muerte hizo rodar un cuerpo herido a los pies del caballo de su vencedor.

Don Juan Antonio Rodríguez, en leal y caballeresco desafío, acababa de abrir el cráneo de Araya con un poderoso machetazo.

Saliendo del árido territorio que ocupan los antes mentados cerrillos de Teno, pasado el río de este nombre y encaminándose al oriente, siguiendo el cajón de cordilleras que le sirve de lecho, se entra en el pintoresco y frecuentado camino que conduce al boquete del Planchón.

Quien sólo haya recorrido nuestras cordilleras desde Santiago a Atacama, no es posible que se forme idea cabal del abundante germen de riquezas agrícolas y fabriles que encierran los misteriosos valles de las del sur. Poseen hermosa y siempre verde vegetación, poderosas cascadas que son otras tantas económicas fuerzas motrices al lado de las materias primeras que las requieren para ser utilizadas, clima más benigno en muchos de los valles rodeados de nevados crestones que aquel de que gozan los moradores del valle central, pues en él la vid, el naranjo y las flores delicadas no están tan expuestos como en éste a destructoras e imprevistas heladas. Lugares hay donde la humedad natural, sin ser excesiva, excluye la necesidad de los riegos, y en los cuales las alfalfas, para su desarrollo y su sostén, sólo requieren ser sembradas una sola vez.

El camino de Teno hacia el Planchón, desde que se sale de los cerrillos, es en los primeros escalones de la sierra, un risueño y prolongado parque dotado con todos los vistosos y raros atractivos que sólo la naturaleza sabe crear, y en los últimos el conjunto severo e imponente de cuanto puede necesitar el sabio para leer en él los misterios del segundo tiempo de la formación del globo.

A medida que se avanza en el ascenso, la vegetación parece resentirse del vacío de la altura, puesto que se la ve disminuir de lozanía y de tamaño;

así es que pasado el resguardo de los Quenes, ya comienza el viajero a ver convertidas en enanas las mismas especies de los corpulentos árboles que a pocas leguas de distancia asombran con su altura. Este fenómeno se hace más palpable aún a medida que se va llegando a la región de las nieves eternas, pues los cipreses que aún vegetan casi en la misma ceja de los planchones, sólo alcanzan una altura de tres pulgadas y son ya viejos. Antes de llegar a tan áridos lugares, comienza el viajero el repecho del volcán de Peteroa, cuyo morro, con su inmenso cráter, comparte las aguas entre Chile y la provincia de Mendoza.

En el cráter mismo de este volcán, siempre en actividad, aunque no con fuerza se encuentran algunos corralones de lava mezclada con hielo empedernido, y aquí y allí tal cual grieta por donde algunas fumarolas, desahogándose con bufidos, llenan el aire de vapores azufrados. Uno de esos corralones lleva el nombre de Plaza de Armas, y en él aloja forzosamente el viajero para poder sin peligro, cabalgando en caballos descomidos, alcanzar de una jornada el tranco al opuesto paso de las Yaretas, que es donde puede considerarse ya libre de las aterradoras nevadas que caen con frecuencia sobre la blanca planicie de la meseta superior de los Andes que media entre la Plaza de Armas y el citado portillo.

Sobre la escabrosa superficie de este planchón congelado se alzan de vez en cuando aquellos fantasmones de puro hielo que llaman penitentes, cuya blancura, Semejante a la del cristal esmerilado, hace resaltar los negros y áridos crestones de las rocas acantiladas, que así sirven de bordo al ventisquero, como también a hondos precipicios que espumosas nieves ocultan a la vista del viajero.

En la fresca mañana del 18 de febrero de 1830, a través de la neblina producida por las fumarolas del Peteroa en la Plaza de Armas, se veían cuatro hombres y un cabo, que teniendo tanto de soldados cuanto de rústicos patanes, se empeñaban en ensillar a toda prisa sus caballos para proseguir un precipitado viaje hacia el oriente. Eran chilenos, y como soldados armados no podían trasponer la frontera; parecía deducirse de aquí, que en vez de ser viajeros, debían andar al alcance de algunos los muchos criminales que en aquel entonces buscaban, como ahora buscan, la impunidad de sus maldades en las provincias trasandinas. El perseguido, si a alguien perseguían, debió pasar la noche anterior por el mismo lugar donde ellos se encontraban; pero no había dormido allí. Rastros recientes de sangre que conservaba el hielo en dirección a las Yaretas, indicaban que un solo caballo había pasado por allí, y que éste iba muy cansado y además herido en las manos; era, pues, evidente que, apresurando la marcha, podría alcanzársele antes que entrase en sagrado. Después de algunas horas de marcha, siguiendo el rastro por senderos y por pasos desconocidos hasta entonces para el que hacía de jefe

del piquete, sin, descubrir nada que pudiese alentarle en aquella penosísima tarea, ya comenzaba a desmayar, cuando llamó vivamente la atención de un soldado la presencia lejana de un objeto negro que parecía quererse ocultar tras de un crestón de nieve. Cobrando entonces nuevos bríos, precipitaron la marcha, mas, al llegar al helado penitente, no fue poca su sorpresa y su desconsuelo al ver tras de él, en vez de la persona que buscaban, aun solo caballo muerto ya medio ensillar.

Al abrigo del témpano, pues, había pasado la noche el fugitivo; pero, ¿dónde encontrarle ya? El rastro de sangre terminaba allí; el de pie hombre apenas dejaba señales en el hielo. La vergüenza de haber sido burlados en su propósito, porqué era efectivo que a alguien perseguían, les impulsó a seguir acelerados a tomar posesión del único paso que entre dos enormes y negros farellones se divisaba a corta distancia; pero llegaron tarde, pues sólo vinieron a cerciorarse de que habían alcanzado al fugitivo por el estruendo que hizo al quebrarse un enorme alero de nieve suspendido sobre un abismo, cuyo fondo encubría un grueso lecho de esponjosa nieve, sobre la cual, de tan tremenda altura, había lanzado la desesperación al misterioso perseguido.

Atónitos los perseguidores, acompañaron con un grito de espanto aquel arranque de desesperado valor, y aún no se habían apartado de la orilla del precipicio que burlaba sus esperanzas, cuando alcanzaron a ver debatirse, entre el fofo y blanco lecho que encubría el fondo del barranco, a un hombre vivo, que saliendo cubierto de nieve al lado opuesto, sacudía tranquilo la manta y un cuero que llevaba consigo.

¡Don Juan Antonio Rodríguez se había salvado de la persecución que la muerte de Araya le acarrearía!

Don Juan Antonio Rodríguez no salió de su país cual suele un malhechor avezado en la carrera del crimen. Salió por una de aquellas calamidades que ni la misma prudencia puede a veces evitar y que la ley no perdona.

Nacido en Chile, en los confines marítimos de la antigua Colchagua, de una familia honrada y bastante pudiente para ser tenida en algo por los hijos de la antigua provincia de San Fernando, su educación había sido bastante esmerada para la que se daba en Chile en tan apartado lugar en el año de 1790. Leer mal, escribir peor y apenas contar; esto y las rutineras máximas de moral que, explicadas por la ignorancia, más conducen al fanatismo que al sentimiento de una verdadera religión, fueron las ocupaciones de sus primeros años. Llegado a la edad de pubertad, su constitución de hierro, su extraordinario arrojo en el manejo del caballo, su valor que llegó a hacerse proverbial, su juicio sarcástico a la par que festivo y sus liberalidades sin límites, le granjearon una reputación provincial que hasta 1850 no desmentía el recuerdo que aún queda en Quiahue de este tipo del lacho guapetón.

Oculto, pero siempre perseguido por el acecho, después del lance con Araya, salió disfrazado para el pueblo de Curico, en donde supo por sus amigos que ciertos celos del juez sumariante, y no muy inciertos garrotazos

que había recibido de manos de Rodríguez delante de la querida disputa, habían elevado su desgraciado encuentro en la trilla de Loló a la categoría del más alevoso y premeditado asesinato. Fue preciso, pues, resolverse a abandonar temporalmente su patria y recorrer, en calidad de pobre y desvalido fugitivo, aquellas cordilleras y aquellas pampas en las que tantas veces había figurado como ladino, acaudalado y prestigioso contrabandista.

Salió, pues, sin más esperar, como dicen los campesinos, en lo montado, huyendo de las cárceles y del patíbulo. Supo al llegar a la hacienda de la Huerta que el resguardo estaba sobre aviso para aprehenderle. Pero para Rodríguez, un resguardo fue siempre el menor de los tropiezos, aunque tuviese, como tenía con el de entonces, una endiablada cuenta atrasada que cancelar. Sin dar, pues, tregua ni descanso al generoso bruto que montaba, esa misma noche dejó atrás al resguardo, pasando por donde él sabía que podía pasar sin ser sentido.

No hay dineros peor empleados que aquellos que se gastan en los mentados resguardos de la cordillera, tanto por las facilidades sin cuento que la misma sierra ofrece en todas partes para burlar su vigilancia, cuanto por la misma tibieza con que los tales guardianes desempeñan sus obligaciones. Mas, como parece que la actividad desplegada por los perseguidores de Rodríguez desmintiese esta verdad, creo del caso explicar la causa de tan raro fenómeno.

Dos años antes de la persecución que dejo narrada, venía de la otra banda el chileno Rodríguez, que así le llamaban entonces, con un buen cargamento de costales de tabaco. Para librarse de las asechanzas de los resguardos cordilleranos, no hay mejor arbitrio que el rodear; mas como el rodear, por el tiempo que se pierde en ello perjudica muchas veces al expendio, a don Juan Antonio, que sin saber el inglés sabía que el tiempo es plata, se le ocurrió la travesura, como él decía, de dejar la carga atrás, de adelantar su gente, de hacerla alojar en el puesto en calidad de vendedores de ganados, de amarrar en la noche a los guardianes, de hacerles traslomar la cordillera, y de dejarlos por doce días, en depósito, en poder de la reducción del cacique pehuenche Faipanque, dueño de unos potreros al sur del río Salado.

El obsequio de un buen caballo, regalado por orden de Rodríguez a cada uno de los prisioneros cuando se les puso en libertad, no había sido bastante para adormecer el germen de ira y de venganza que dejó en el ánimo de los protectores de la hacienda pública tan pesada mano, y la vergüenza, junto con el deseo de vengarse, hicieron que ni el mismo gobernador de Curico supiese nada de lo ocurrido.

La persecución, pues, fue tan activa, que pudo decirse que ponían ellos el pie donde acababa de alzar el suyo el fugitivo.

Rodríguez no alojó, como se ha visto, en la Plaza de Armas del cráter del volcán de Peteroa, y prosiguió, sin dar resuello a su debilitada cabal-

gadura, por el medio de aquel desierto de empedernido hielo, hasta que el generoso animal, extenuado por el cansancio por el hambre, destrozada la piel del nacimiento de las uñas por las aristas y los filos del hielo cristalizado que rompía, arrollándose junto a un alto penitente, abandonó junto con la vida al amo que cargaba.

Precisado a pasar allí la noche, muerto de frío y sin poder hacer fuego, ni aun con la bosta de caballo que llevaba, como lo hacen cuantos emprenden la travesía del Planchón, por temor de ser descubierto, aquel hombre de fierro esperó el alba envuelto en los pellejos de su montura; al reparo del vientre, aún tibio, del fiel compañero que le había conducido hasta allí, y que aun después de muerto le cedía el último calor que le quedaba.

El primer destello del alba encontró a Rodríguez desviado del camino público, marchando a pie por uno de los senderos extraviados y salvadores que él conocía, envuelto el pecho con el pellón encimero de su montura, sin más provisión que el último pedazo de charqui que devoraba, sin más armas que aquel machete que ocasionó su desgracia, ni más ajuar que su yesquero. Mas, ¿qué podía hacer un hombre a pie en aquellas blancas planicies para librarse de la vista de los que le perseguían bien montados? Fue, pues, encontrado cuando apenas entraba en el estrecho y peligroso sendero que faldea, por el lado del sur, el peinado farellón que, afirmando su planta en un abismo, alimenta con las nieves de sus mesetas las primeras vertientes del Salado.

¡Terrible situación la de aquel desgraciado! Proseguir huyendo por aquel sendero, que caminado una hora antes le habría puesto a muchas leguas de sus enemigos, era por entonces caer indudablemente en sus manos; desviarse de él era precipitarse en un abismo cuya hondura no podía calcularse por estar encubierta con las nieves de la última nevazón. En aquel aciago instante, el aspecto de una muerte desastrosa e inevitable se presentó a sus ojos; sólo le quedaba el arbitrio de elegirla; mas, para las almas de su temple, entre morir en el ignominioso patíbulo del criminal o morir despedazado, pero libre, no había que titubear. Así es que a la primera intimación de sus perseguidores sólo contestó con aquel espantoso salto que, llevándose tras de sí los carámbanos de la orilla, fue a rematar al fondo del abismo, donde se sepultó en las nieves. Rodríguez acababa con su arrojo sin ejemplo de salvar dos veces su existencia: la una por no encontrar la nieve endurecida; la otra porque la situación en que se encontró el fondo de la quebrada acertaba muchas leguas un camino que le hubiera sido imposible recorrer, debilitado como estaba, sin perecer helado.

El rapidísimo descenso de la quebrada, cuyos saltos, siempre peligrosos, bajó fuerza de brazos y dando caídas, le condujo hasta los primeros céspedes amarillentos donde se detienen las nieves. allí, extenuado por el cansancio, por el hambre y por tan crueles emociones, se asió en una caverna

donde el calor del fuego le volvió la vida. En ella, sin más lecho que el suelo removido con el machete, sin más cobija que el pellón que nunca abandonó, y sin mejor almohada que su fornido aunque debilitado brazo para defender la cabeza de los pedruscos, pasó la noche.

Colocado después por la fortuna en situación más envidiable, departiendo sobre esto, me decía que, en vez de descansar aquella noche, amaneció más aniquilado que antes, pues unas veces soñaba que corría, otras que, alcanzado, le sentaban en un banquillo, y otras que se lanzaba en el abismo.

Con la vuelta del día, y con la seguridad de hallarse libre, no tardó este hombre singular en recobrar la totalidad de los bríos que las emociones de la noche y la pasada tormenta le habían quitado, y prosiguiendo el descenso, unas veces por las orillas del río, y otras traslomando puntillas, tuvo la suerte de ser encontrado y protegido por algunos cazadores de guanacos que recorrían aquellos contornos, y la de ser llevado en seguida, hasta dejarle bueno y sano, en Chilecito de Mendoza.

Pero, ¿qué es este Chilecito, se me preguntará, que con tanta frecuencia conmemoro? Helo aquí:

El hombre chileno es, en general, esencialmente andariego; para él distancias no son distancias, siempre que al cabo de ellas llegue a divisar o mucho lucro o mucho que admirar. Si no se le ve en todas partes, no es tanto por falta de deseos, cuanto por falta de recursos para satisfacer su natural propensión.

Llenas están de chilenos las ardientes y arenosas costas bolivianas; en el Perú se encuentran por miles; y en uno y otro Estado nadie disputa al peón chileno la palma de la actividad, del arrojo y del trabajo, al revés de lo que le sucede en su propio país, donde no teniendo a quién lucir esas virtudes, no sólo es desidioso, sino que llega a ser manso y sumiso, cuando fuera de él es siempre altanero y orgulloso.

Chilenos fueron los primeros pobladores que, corriendo en pos del vellocino de oro, pisaron las encantadas playas de California, En ellas la afeminación y el ocio aparentes de algunos hijos de las primeras familias de Santiago, se transformaron, bajo el solo influjo de un cielo extranjero, en envidiables tipos de arrojo y de trabajo. Los he visto con la risa en los labios trocar el roce del guante de suave cabritilla por el áspero de la barreta del gañán; la camisa de hilo, el lucido chaleco y la vistosa levita de fino paño, por una simple y burda camisa de áspera lana. Los he visto dormir en el suelo, sin más abrigo que un sarape, ni más almohada que el sombrero, y confiados en sus valimientos personales, desafiar impávidos el sol, el agua, el trabajo y el cansancio. En California, el sentimental y petimetre santiagueño, junto con el gañán de nuestros campos, fueron alternativamente amos y sirvientes, codiciados fleteros, incansables cargadores, carpinteros, cortadores de adobes, lavadores de oro, constructores y comerciantes. Los he visto, de amos exigentes y regañones en Chile, tornarse

sin esfuerzo en modestos criados de un mulato afortunado.

Chilenos he visto en los terribles hielos del Báltico, a inmediaciones de Cronstadt, abandonar serenos, prendidos en las nieves, la nave en que servían, seguir a pie sobre el mar congelado hasta el continente, y de allí venir de cárcel en cárcel, hasta llegar a Hamburgo, desde donde tuve ocasión de repatriarles. Los he visto, muy sueltos de cuerpo, echar bravatas sobre un muelle de Burdeos donde acababan de desembarcar, aunque se encontraban en el más completo aislamiento de relaciones, tan serenos y resueltos como si aún estuviesen sobre el de San Carlos de Ancud. He visto chilenos acaudalados malbaratar a manos llenas sus caudales en todas las capitales de la Europa, sin cuidarse del porvenir; chilenos muy pobres; buscando con confianza y con fe en sus propios talentos el prestigio y la honra que dan en aquellos centros de civilización el mejoramiento de las ciencias y de las artes; y chilenos, simples marineros y desertores además, atravesar contentos la Francia a pie, desde Burdeos hasta el Havre, para buscar otro buque donde servir. Chileno fue aquel atrevido marino aventurero que siguió a Cochrane a la Grecia; chilenos son los infinitos viandantes que, alforjas al hombro y garrote en mano, se encuentran a cada paso en los boquetes de los Andes, aprovechando del verano para ir a pie, en busca de una yunta de novillos de amansa, o de un caballo para su montura; y chilenos también los pobladores de cuantos Chilecitos se alzan al pie oriental de nuestros Andes, porque donde hay chilenos juntos en el extranjero, debe surgir forzosamente un Chilecito.

Estos Chilecitos, que ni siquiera merecen el nombre de villorrios, por no ser más que una informe aglomeración de casuchos; de fincas y de solares colocados sin orden ni concierto alguno, son siempre el primer asiento hospitalario que se ofrece a la vista del chileno que atraviesa los Andes.

Colonias naturales que la necesidad y el acaso han ido formando, los Chilecitos de ultracordillera no son otra cosa que un compuesto de pobladores chilenos afincados y ambulantes, en el cual alternan, casi siempre por iguales partes. hombre de bien y el hombre de mal. Y no es extrañarlo, porque siendo para los chilenos las cordilleras de los Andes en su costado oriental o el refugio del malvado o el asilo y las recompensas del trabajador, así busca ese sagrado el criminal, como lo busca el que no lo es.

Chilecito de Mendoza fue, pues, el lugar en donde los compasivos cazadores de guanacos dejaron al pobre perseguido. Una ruin cocina de un tal Cubillos, poco tiempo después subalterno y amigo de aquel terrible Rodríguez que tanto fatigó con sus audaces hechos el clarín de la fama de los guerreros de la Pampa, fue el primer peldaño de la escala que elevó al poder absoluto al desvalido fugitivo, para quien ese chiquero fue entonces un palacio.

Pobre y aislado, sin más caudal que sus brazos, sin más porvenir que la carrera del crimen, que ancha y florida se ostentaba a su vista, en un centro en donde tanto alcanzaban el valor personal y el derecho del más

fuerte, Rodríguez, que no había nacido para criminal, supo dominarse, y resignado ofreció sus servicios en calidad de peón gañán a Cubillos, en cuya casa pasó los primeros meses de su destierro.

No tardó Cubillos en saber quién era el robusto y sumiso peón que le servía, y avergonzado se apresuró a darle una habilitación para que negociase en expendio de licores. Desde entonces, activando su pequeño negocio, nunca dejó de verse al chileno Rodríguez en San Vicente, en San Carlos, en Luján, en Chilecito de Mendoza y en cuantos puntos podían ser propicios a impulsar la venta de la rica *pichanga*¹, que él sólo sabía aclarar. En estas y otras correrías fue donde, poco a poco, se dio a conocer y a estimar de todos, y donde con esta estimación echó los primeros cimientos del cariño y del respeto que nunca dejaron de tenerle aquellas sencillas gentes. Rodríguez no sólo era querido como amigo, lo era también como juez inexorable e imparcial, pues en varias ocasiones ocurrían a él como si fuese juez de derecho, y de sus sentencias nunca se apelaba, no faltando casos en los que el tal juez derribase a palos a una de las partes, cuando sospechaba que le faltaba al respeto.

La fama y nombradía del chileno no tardaron en alcanzar el palacio de aquel fraile feroz y despiadado, que parece que el infierno hubiese vomitado sobre la desgraciada provincia de Mendoza. Rodríguez, ya cansado con el oficio de vender licores y electrizado con la relación de los brillantes hechos de armas de sus propios amigos en la guerra civil de la República, deseó entrar en el ejército, y apenas supo que el fraile-general deseaba conocerle, cuando se presentó a él y le pidió servicio en calidad de soldado raso.

El aspecto atlético del recluta, su fisonomía franca y resuelta, así como su modesta aspiración, bastaron a aquel sagaz caudillo para conocer, como lo expresó después, que un hombre como Rodríguez era lo que hacía tiempo que buscaba. En efecto, habíale bastado un solo rato de conversación con Rodríguez para descubrir en él la lealtad del perro, virtud que desconocía en el hombre; la fuerza y vigilancia del guerrero, tan necesaria entonces; y junto con un carácter impetuoso, la inocente sencillez del niño. Propúsose desde entonces hacerse dueño absoluto de su voluntad y puede asegurarse que ninguna empresa fue coronada con un éxito más feliz. Rodríguez sólo era Rodríguez cuando sus acciones y sus pensamientos no tenían relación con las acciones y los pensamientos de su protector y padre, como él le llamaba; mas cuando sucedía lo contrario, aquel huaso generoso y valiente dejaba de ser quien era, para transformarse en una fracción física y moral de Aldao, colocada a más o menos distancia de su centro.

Rodríguez, en vez de ser admitido como soldado raso fue desde luego

1 Pichanga. Nombre que le dan en Mendoza al vino nuevo.

incorporado entre los oficiales de la guardia privada del general, y favorecido con demostraciones y preferencias que llegaron a ofender a sus mismas camaradas.

Alarmada la oficialidad por el repentino favor del nuevo intruso, procuraron hacerle el servicio insoportable; pero Rodríguez, en un teatro más análogo al suyo, fue tanto lo que les dio en qué entender, que estuvieron varias veces a punto de ensangrentar sus reuniones, y así sucediera si el recuerdo de la catástrofe de Chile no contuviese el iracundo brazo del ex vendedor de licores.

Seguro del cariño de Aldao, a quien llamó desde entonces su padre, así como aquél lo distinguiera con el nombre de hijo, procuraba, con la lealtad del ciego y entusiasta agradecimiento, una ocasión siquiera de hacerse descuartizar por su bienhechor. No se presentó este extremado caso; pero no le faltaron medios de servirle exponiéndose, porque quien busca los peligros los encuentra, y porque tal vez sean ellos una de las pocas cosas de que se pueda disfrutar, sin disputa, entre los hombres.

Súpose que varias tribus de nuestros moluches infestaban las pampas y que, unidos a los batidores del caudillo Baigorriá, estaban devastando la provincia y amagaban a San Carlos desde la desierta y peligrosa frontera de San Rafael, que confina con la Patagonia. Rodríguez ofreció salirles al encuentro, poner en pie de defensa la abandonada frontera, y aun mantenerse en ella a despecho de todos si fuere preciso. Así lo verificó, y esto le valió el título de capitán del fuerte de San Rafael.

Desde aquel momento comenzó la vida de nuestro soldado aventurero a revestirse del carácter público con que se le vio tantas veces figurar en los sangrientos encuentros de la guerra intestina que, por tantos años, sentó en la República Argentina sus atroces reales. Pero no siendo mi propósito seguirle en ella, sino el de referir lisa y llanamente aquellos rasgos sobresalientes de la vida íntima del proscrito hijo de Quiahue que más se relacionan con la mía, me bastará decir, antes de continuar, que no hubo en aquella guerra mortal y fratricida hombre que más prodigase su vida en los crueles encuentros donde le llamaban el deber y el amor a su jefe Rodríguez casi no tenía en el cuerpo un solo lugar que no mostrase o el rastro de una lanza o el de una bala.

Pero quien creyere que Rodríguez, en vida del general Aldao, haya hecho algo sin mandato de su jefe, o tenido una sola idea que no haya sido sugerida por él, formará del carácter público de este hombre singular el juicio más equivocado. Rodríguez no ha sido más que lo que es en todo tiempo un soldado valiente; su consigna era obedecer, y obedecía sin preguntar por qué. Si a esto se agrega que Aldao, después de Dios, era para él la suprema perfección, y que hasta adivino llegaba a ser, es evidente que, para Rodríguez, Aldao no mandaba ni podía mandar cosa que no fuese justa y necesaria. De aquí aquella mezcla de sensibilidad y de inexorable firmeza con que ejecutaba hasta los menores deseos de su genio tute-

lar; de sensibilidad, porque el corazón de Rodríguez nunca fue cruel; y de inexorable firmeza, porque tal era el carácter que le imponía el deber de obedecer; pero no de aquella inflexibilidad cruel que se goza en el tormento de sus semejantes, sino de aquella que nace del profundo convencimiento y de la conciencia íntima de que lo que se hace es necesario y justo.

Encontrándome departiendo con él en su nueva residencia de San Rafael, me acababa de pasar, con su franqueza de soldado, la mitad de una hermosa sandía que él mismo había partido para mi regalo, cuando entraron en el aposento dos soldados conduciendo maniatado a un prisionero cuyo aspecto repugnante me impresionó. Era su estatura mediana. y contrahecha, pero fornida, cetrino el color de su semblante, y su mirar traidor; una honda cicatriz, producida al parecer por un tajo que, llevándole parte de la nariz, sólo se detuvo en la quijada daba todo de aquel desgraciado un aspecto repelente e indescriptible. Rodríguez, quien pareció reconocerle, alzándose de su asiento, dijo estas palabras:

— ¡Oiga! ¿Conque eres tú, *Godoisito*, *no*? ¡Ñato bribón, al cabo habías de caer en mis manos!

Y dirigiéndose en seguida a los soldados, agregó:

—Llévenlo, pues, por allá lejitos, donde el amigo don Vicente ni yo oigamos nada, y después al río, que ni cristiano es siquiera.

Aterrado yo con este inesperado lance, no pudiendo ni conservar en las manos la sandía, la coloqué con desaliento sobre la mesa, lo cual visto por Rodríguez, lanzándose fuera de la sala, gritó que trajesen de nuevo al reo a su presencia, agregando al volver a mi lado:

—Don Vicente, usted no sabe lo pícaros que son estos desertores; pero ya que le he oído decir tantas veces a usted que es una gran virtud el perdonar, ¿por qué no hemos de ser virtuosos también por acá?

Llegado el reo a su presencia:

—Desaten a ése, dijo; híncale, bellaco, a los pies de este caballero; ya estás libre y haz de cuenta que jamás te he visto.

Mas, si este caudillo, a quien llaman bandido atroz los unitarios, perdonaba con tanta facilidad delitos de muerte cuando sólo dependía de su corazón el hacerlo, no era ni con mucho lo mismo cuando sucedía lo contrario, porque habiendo recibido poco tiempo después orden terminante aunque equivocada, de hacer matar a uno de sus mejores soldados, lo mandó ejecutar llorando, y recogiendo al mismo tiempo bajo su amparo a la viuda e hijos de aquel desgraciado. Era, pues, el capitán Rodríguez menos cruel de lo que se decía, y por esto se ve que nunca encabezó sus canas con el lema aterrador: ¡ Viva Confederación Argentina; mueran los salvajes unitarios!, sino con éste de su indisputable creación: ¡ *Viva la fe de Cristo y la razón!*

El encarnizado antagonismo que reinaba entre los partidos Unitario y Federal había llegado a tal extremo, poco antes de la muerte de Quiroga, que hasta la salvadora palabra cuartel había perdido su significado.

Muchos unitarios de San Luis y de Mendoza, perseguidos con tenacidad, habían buscado asilo en el seno de las indiadas ranquenches que, obedeciendo a un tal Baigorria, infestaban con frecuentes excursiones no sólo los contornos de sus guaridas, sino también los más lejanos lugares, sembrando en todas partes desolación y espanto.

Sin embargo, entre tanta atrocidad solía de tarde en tarde venir al amparo del crédito de la humanidad, tal cual rasgo de virtud privada, que hacia reconciliarse con él.

Al sur de la ciudad de San Luis, con un cuarto de inclinación al oeste, yace la laguna del Bebedero. El territorio comprendido entre la laguna y el pueblo, casi desierto entonces, exhibía, de cuando en cuando y a grandes distancias, tal cual ranchón o enramada hecha con toscas ramas de algarrobos, más bien para indicar que aquellos campos, dedicados a la crianza de ganados, tenían dueños que para servir de residencia fija a sus respectivos propietarios.

En una oscura noche del mes de marzo de 1844, a la luz de dos hermosas fogatas, una de estas rústicas enramadas reflejaba sus contornos en las blancas aguas que terminan en la playa septentrional del Bebedero. A la luz de la fogata del lado izquierdo se veían algunos soldados recién desmontados, que parecían disponerse a vivaquear en aquel lugar, y que, a juzgar por sus trajes y por la naturaleza de sus desiguales armas más parecían bandidos que soldados. Divisábanse también entre ellos algunos heridos; pero esto no perturbaba ni la alegre charla ni las risas y maldiciones de los demás, mientras lo disponían todo para el descanso.

Dentro de la enramada, a la luz de los fuegos que dejaba pasar la mala pared en ella, se divisaba, atado de pies y manos y sentado en el suelo, a un hombre de estatura avejentada, rostro blanco y de anchos bigotes rojos, al parecer herido, pues tenía el cuello envuelto con un pañuelo ensangrentado, y cerca de él a un soldado armado con tercerola y puñal.

Al amor de la segunda fogata departían solos el jefe de la partida y su lugarteniente, y tanto tenía de apuesta y de simpática la figura del primero cuanto de antipática la del segundo; pues que, a más de pequeña y contrahecha, llevaba en la amarillenta cara el rastro de un antiguo tajo que se la hacía aún más repugnante de lo que era en sí.

—¿Diste tus órdenes, Godoy?, —dijo el primero al segundo.

—Sí, mi teniente; lo que es un resuello para los caballos, y unas cuatro horas de descanso para la tropa, cosa de que el lucero nos encuentre a caballo, y nada más.

—¡Que buen tiro, eh!

— ¡Vaya, pues!

—¿Escaparía alguno? No sea que éstos...

—Vaya! ¡Ya que iban a escapar! En cuanto no más voleo usted al chileno de un balazo, los que iban disparando, castigando a dos *verijas*, se nos vinieron como perros a bofe encima para llevarse el cuerpo; pero contra lanza y abanico no hay tutía; ¡ahí quedaron no más todos!

—Ahora me alegro que no haya muerto ese chileno intruso; ya se acabó el perro bravo del fraile. ¡Qué buen tútano va a sorberse Baigorria! ¿Y está bien asegurado?

— ¡Vaya, pues! Mi teniente lo ató con sus propias manos.

— No descuidarse; yo voy aunque sea a despuntar un sueño.

—Ya están todos roncando, justo es que descansen usted también, mi teniente.

Un instante después, todo había pasado del movimiento a la quietud; las fogatas fueron poco a poco consumiéndose, y el silencio que en todas partes reinaba, sólo era interrumpido por el grito de las aves acuáticas de la laguna, por el violento resoplido que lanzaban de cuando en cuando los caballos atados alrededor del campamento, y por el tardo paso del centinela de vista que vigilaba al prisionero.

Al segundo canto del gallo, la presencia de tres hombres armados en la entrada de la enramada dio a entender al desgraciado cautivo que sus momentos eran ya contados; pero se equivocaba; era el retén del relevo. Prisioneros como él, sólo debían morir delante de Baigorria. Para mayor seguridad, el que hacía de jefe entró en la enramada a registrar en persona las ligaduras del encarcelado. El prisionero, sin poderse dar cuenta de lo que iba a ocurrir, sintió con estremecimiento que le oprimían el hombro con dulzura, que rebanaban las cuerdas de cuero que ataban ala espalda sus casi adormecidas manos, y que dejaban, sin saber cómo, en ellas un puñal.

Rodríguez, que no era otro el misterioso herido, conmovido con lo que acababa de pasar, sin poderse dar cuenta de dónde podía venirle tan inesperado auxilio, atrajo bajo el poncho sus ligados pies, cortó con convulsa mano las amarras, y dando tiempo al restablecimiento de la circulación de la sangre, ¡lanzarse sobre el descuidado centinela, derribarle de un poderoso cachazo en la frente, saltar por sobre él, y precipitarse al lago, fue todo uno! A los gritos del derribado centinela todos recuerdan y, en confuso tropel, siguiendo al cabo Godoy, que intencionalmente los extravía, dando voces de persecución, corren precipitados dejando tranquila atrás la codiciada presa. Rodríguez, entonces, saliendo apresurado del fango donde estaba sumergido, se lanza en pelo sobre el mejor caballo de los que allí están atados, atropella a dos soldados que quieren oponerse a su fuga y desaparece como un celaje por entre la oscuridad y la densa niebla que se alza de la tibia superficie del lago.

Dos años después, en mi tercer viaje a San Rafael, Rodríguez, refiriéndome este suceso, agregaba: "El hacer bien nunca se pierde!"

La bala le había entrado cerca de la garganta, y sin saber cómo se había alojado, sin matarle, junto a la nuca. En San Rafael ni cosa había que pareciese a cirujano; así fue que, sin un nuevo arrojo de este hombre sin-

gular difícil hubiera sido me contase este suceso. Aburrido el huaso colchaguino con la fiebre y el dolor que le ocasionaba semejante huésped se dio con el puñal y a tientas, un peligroso tajo. y corriendo con fuerza la mano de adelante para atrás ¡allá va esa moledera! dijo, viendo saltar sobre el pavimento una ensangrentada bala de a onza que llevaba aún adherido un pedazo de gordura de su robusto cuello.

La muerte de Aldao, considerada por Rodríguez como la mayor calamidad que pudo recaer sobre la provincia de Mendoza, cambió enteramente el carácter y las tendencias de su protegido.

San Rafael fue convertido, desde entonces, en centro de un nuevo gobierno sometido, sólo en el nombre, a las autoridades de Mendoza. Aumentó sus fuerzas alistando, entre sus soldados, cuantos chilenos llegaban al fuerte, bien fuese impelidos por la pobreza, bien por sus crímenes; se proveyó de caballada, de armas y de municiones, y a la sombra de su actitud imponente, espero confiado el porvenir. Los pueblos de San Vicente, Luján, San Carlos y Chilecito, atraídos por sus liberalidades, se pusieron tácitamente bajo su inmediata protección, y aunque sometidos, en el nombre, a sus autoridades locales, no reconocieron mas jefe ni mas autoridad que al chileno Rodríguez, padre de todos los cuyanos honrados.

Era, en efecto, este soldado aventurero el supremo tribunal adonde acudían, en último resultado, los agraviados en las sentencias dadas por los juzgados de la provincia. Por intrincada que pareciese la cuestión Rodríguez la resolvía en acto; daba oídos al primer querellante que se le presentaba, y sobre su sola relación dictaba verbalmente su irrevocable fallo. Tal era la íntima convicción en que estaba de que aquellos ladrones, como él llamaba a los empleados públicos, no habían de hacer más que cosas arrevesadas, que con tal que la sentencia suya fuese diametralmente opuesta a la que hablan dado aquellos, ya la tenía y reputaba por justa y santa.

Mal cimentadas aún las autoridades de Mendoza para arrostrar sin peligro la desobediencia armada del alzado chileno, y calculando a dónde podría conducirles su conocido arrojo, comenzaron, desde entonces, a minar sigilosas su poder; y lo consiguieron, porque en Rodríguez no se hallaba un ápice de cabeza; porque en él todo era corazón.

Hacía tiempo que yo sospechaba estas maniobras; tiempo hacía también que, sin parecer tomar parte activa en cuanto veía, procuraba combatir en el ánimo de aquel soldado la idea de vengar agravias que a puño cerrado ¿reía que se hacían a la memoria de Aldao, hasta que al fin me abrió entero su corazón.

Era Rodríguez supersticioso, sin ser fanático; creía con la fe del carretero, en brujos y en apariciones, y aquel corazón que nunca se inmutó ante las lanzas enemigas, temblaba como el de un niño ante todo lo que olía a sobrenatural.

Refirióme que, pasando solo una noche por las orillas del Diamante, donde había ido a llorar, sin que nadie le viese, la muerte de Aldao, su ídolo y su padre, había visto alzarse sobre las tranquilas, aguas de aquel río, a un fraile vestido con hábitos blancos, que le hacía señas para que se acercase a él. ‘Yo, señor, me decía conmovido, sentí que me empujaban hacia, aquella aparición, como si ella fuera una lampalagua; pasé, sin saber cómo, por sobre el cercado de un huerto que está a orillas del agua, acercándome cada vez más a aquel fantasma que, con los brazos abiertos, señalaba con el derecho la pampa oriental y con el izquierdo mis pies; iba a caer al río, cuando sentí que me sujetaban y me arañaban una pierna. ¡No sé cómo no me caí muerto de susto en aquel lugar!... Cuando volví en mí, ya todo había desaparecido, y me encontré todo clavado en un matorral de rosas, donde había caído... ¿Qué será esto, señor don Vicente?, usted que es tan leído y que ha viajado tanto. ¿No será algún aviso del cielo? Porque es menester que sepa que, poco antes de morir mi padre, me llamó a su lado, y estrechándome la mano, me dijo: —¡Hijo mío! Si muero, véndelo todo y vete a tu tierra, o si no, marcha en el acto con tus soldados y ponte al servicio inmediato del Dictador. Si te quedas, desconfía de todos los mendocinos; te matarán...”

Proféticas fueron, por desgracia, para aquel soldado aventurero, las últimas palabras de aquel fraile cruel, pues no tardó mucho tiempo su funesta realización.

Rodríguez, al terminar aquel relato, saltó como lanzado por un resorte de su asiento, e irguiendo su imponente frente, dijo con voz entera estas palabras, que me helaron de espanto: “¡No obedezco, ni quiero obedecer, mientras esté vivo uno de los detractores de Aldao! Yo les probaré a esos baguales que gobiernan en Mendoza, que así, viejo como está, Rodríguez puede todavía quebrantarles el lomo”.

El abatimiento que sigue a la exaltación no tardó en apoderarse de ese corazón henchido de agradecimiento. y volvió a sentarse silencioso, fija la vista, sin pestañear en el horizonte.

¡Pobre amigo!, ¿trabajaba en ese instante su mente el convencimiento de su impotencia intelectual para llevar a cabo sus propósitos? Muerto Aldao, aquella alma inquieta vagaba incierta de proyecto en proyecto, buscando con ansia alguna amiga inteligencia que, dirigiendo la marcha de sus poderosos medios de acción, los hiciese fructuosos.

Tomóme en seguida de la mano, y dirigiéndose a nuestros caballos ensillados que esperaban afuera, nos entramos silenciosos en la, Pampa. Poco después se detuvo, y alzando el brazo con dirección al sur, me dijo:

“Patrón, ¿alcanza a ver allá abajo el nevado? Ese es el Gigante. Dé vuelta ahora su caballo, y mire usted alrededor suyo, hasta donde le alcance la vista... ¿Vio también a San Rafael?... Míreme ahora las manos... —y en vez de manos

me mostró manoplas—. ¿Servirá de algo todo esto?... Pues bien, todo cuanto ha visto-es suyo: quédese conmigo, no vuelva a Chile”. Confieso que, espantado con tan extremosa demostración de generosidad, cuyo propósito ya no admitía duda para mí, me dejó sin poder contestarle de pronto. Rodríguez, entonces, interpretando mal mi indecisión, agregó:

“Sé que todo esto no es gran cosa para hombres acostumbrados a regalos, como lo es usted; pero entiéndame bien, todo esto no es más que un estribo que le alcanzo, para que se afirme en él y suba a ocupar el puesto que ocupaba mi general . El caso no admitía duda; mas yo lo único que pude comprender fue que, estando ya en posesión de semejante secreto, mi permanencia en aquellos lugares se había hecho de todo punto insostenible.

Agotados los medios de persuasión para disuadirle de tan descabellado propósito, le hice consentir en la importancia de un viaje mío a Chile; y con la promesa de no dar paso ninguno antes de mi vuelta, me custodió con cien lanzas hasta el pie de las nieves. Allí le hice presente cuán rodeado estaba de traidores y de asechanzas; que no fiase secretos ni a su almohada, que continuase obediente como leal militar y, sobre todo, que no diese paso ninguno subversivo, si no me encontraba yo a su lado; y héchole prometer todo esto, di, con el desconsuelo del que pierde la esperanza, al pobre amigo, el último abrazo que debía recibir de mí en el mundo.

Rayaba apenas el año de 1848, cuando llegó a Chile la noticia de un poderoso movimiento militar que, organizado en San Rafael, amagaba derrocar las autoridades constituidas de la provincia de Mendoza, marchando amenazador sobre la capital; y muy pocos días después, el jefe que lo encabezaba, traicionado y vencido cerca de Luján, había sido alcanzado en su fuga, cerca de las Yaretas, y entregado al brazo del verdugo. ¡Los cariados huesos de Araya, vengado por la mano del destino, debieron estremecerse en su sepulcro!

Así murió a los setenta y cuatro años de edad, después de una vida — henchida de borrascas, el valiente huaso de Quiahue, la espada mejor templada del despiadado fraile Aldao, Rodríguez, cuya memoria será siempre grata a los sur sancarleños de Mendoza, cuyos recuerdos vivirán mientras vivan los campos de batalla donde lució su espada el antiguo y prestigioso jefe de la frontera patagónica de San Rafael, a quien sus enemigos llamaron atroz bandido y sus amigos padre amoroso de la gente honrada.

Con la muerte de Rodríguez, en cuya compañía había hecho varias expediciones guerrero-mercantiles hasta más allá del río Colorado, que arroja sus aguas en el Atlántico, terminó también mi afición al negocio ganadero de las pampas, que consistía, ya. en cautivar ganados alzados - que, a fuerza de gritos y de carreras, lográbamos encaminar a lugares sin salida, ya recobrando por la fuerza, de manos de indios chilenos, aquellos que conducían robados de la provincia de Buenos Aires, o ya asaltando los aduares de indígenas pamperos que obedecían a Baigorriá.

¡Cuántas riquezas naturales para la industria minera, y sobre todo para la pastoril, no encierra el agreste y poco conocido territorio formado por el recuesto oriental de los Andes, entre el conocido paso del Planchón y el grado 37 de la latitud sur, y entre las nieves eternas y el remate de los contrafuertes que, escalonados unos, guardando cierto paralelismo con las heladas cuchillas de la sierra, y arrancando otros formando rectos ángulos con ellas, van disminuyendo de altura hasta que, transformados en colinas, se pierden en las vastísimas planicies de las pampas!

Conservo de este territorio el mismo leguario original que servía a Rodríguez de gula en sus expediciones, y que debo a su confiada amabilidad para conmigo. Este hombre singular había cedido, en mi primera visita, su propio dormitorio para mi alojamiento. Incomodado yo en las primeras horas de la noche por notables irregularidades que me parecía encontrar bajo el colchón, introduje la mano y al notar que provenían de muchos paquetes de papeles, la retiré con espanto, presumiendo que podían ser ellos documentos de tal naturaleza, que sólo debían archivarse tan a la mano del guardador, cuanto lo estaba la amortillada chapa de pistolas que éste llevaba siempre en la cintura.

Dejando con él al siguiente día sobre los nombres y las distancias de algunos lugares que, desde nuestro asiento, se divisaban, entró conmigo a su cuarto y después de introducir la mano entre mi colchón y las tablas de su catre, extrajo de entre varios legajos que me dijo contenían delicados documentos y cartas de Rosas y de Aldao, el leguario a que me refiero y que en tan especial archivo conservaba.

No es ésta ocasión de publicar este importantísimo documento, lleno de notas y de correcciones hechas por mano del mismo Rodríguez durante todo el tiempo que ejerció su insólito poder en la frontera; pero ya que he de decir algo sobre lo propicio de aquellos lugares para el fácil desarrollo de la industria pastoril, prefiero que oigan mis lectores, de propia boca del literato de Loló, la parte del leguario que escribió sobre la sección menos rica de todos ellos, que es el curso del río Atuel desde el punto denominado Juntas hasta su nacimiento en las cordilleras que dan a Rancagua.

Dice al pie de la letra así:

“De las Juntas, caminando al noreste hasta llegar a Butalo, hay ocho leguas. Campo pastoso, algarrobales, médanos, pampas grandes y cerrilladas al poniente. En este punto alojó el general Aldao, con la división del centro, el año 33, por ser campo de muchos recursos y de varias lagunas de agua dulce.

“De aquí al paso de los Puntanos, nominado Puntano Milagüe, hay ocho leguas. Campo pastoso con médanos y algarrobales. Contra el albardón de un médano había viviendas de los indios Guitrao y del cacique Barbón, que finaron todos el año 33, perseguidos por la vanguardia de la división del centro.

“De aquí a Loncoboca, tres leguas. Algarrobales encumbrados, chañeras, médanos, guaiquerías y muchos pastos en las costas del río.

“De aquí a Chilquita o Bain, dos leguas. Igual clase de campo, con una cañada muy pastosa a la costa de la cordillera del poniente; multitud de animales alzados bajan al agua de una laguna que hay en el centro de una gran travesía de las inmediaciones.

“De aquí a Soitué hay tres leguas. Igual clase de campo pastoso con grandes pampas al poniente. Caza de chanchos jabalíes, mucha hacienda alzada, y sigue la cordillera al poniente. Se pasa el río al nacimiento por el paso del Loro, por no haber camino por la costa del poniente que hemos seguido y dista seis leguas de Soitué. Hay en el paso un agigantado al campamento antiguo de indios que no existen.

“De aquí a la pampa de la Víbora (Tilulefún) hay una legua. Esta pampa es de boleadas de avestruces, por ser muchísimos los que hay; hay campos pastosos, pozos de rica agua donde alojan los indios cuando vienen a invadir a San Rafael.

De aquí a Currulaca, cinco leguas. Lugares pastosos y bosques de algarrobos y chañares. Inmensa multitud de aves de caza. Campo hermoso para sacar agua en todos los puntos. Muchos chanchos y jabalíes y hacienda vacuna y cabalgar alzadas, que bajan a este punto del río a tomar agua.

De aquí a la varita cinco leguas, igual clase de campo con fumales.

De la Varita hasta los Marcos hay una travesía de catorce leguas. En este intermedio entra mucho el río al poniente, lugar de muchos tigres, jabalíes, avestruces y montañas de algarrobos y chañares.

“De aquí a la Bajada del Tigre, hay una legua, con camino angosto, lagunas, algarrobos y chañares.

“De aquí al Corral de Vicente tres leguas de senda estrecha con vueltas. Gran chañar sombradizo, algarrobos tupidos.

“De aquí a Yuncalito, dos leguas de pichanal, algarrobal y chañar, campo pastoso y ramblones de agua de lluvia.

“De aquí al Corral de Novillos, cinco leguas. Grandes barrancas al lado del río, que forman corrales de encierra; campo igual al anterior.

“De aquí al Real del Mundo cuatro leguas. Campo alfalfado a la costa de río, por haber habido alojamiento o vivienda; y al nacimiento montuoso.

“De aquí al Real del Padre, cinco leguas; alfalfaes y algarrobales. “De aquí a las Juntas cinco leguas. En medio de las Juntas, hay un fuerte redondo de altas barrancas con chañares malos para sombrear. Pasa por este fuerte el camino que conduce a San Rafael, y al lado del norte hay una loma grande vestida de montes, donde se ocultan los indios espías para pillar a los campeadores cristianos.”

No fastidiaré más al lector con la minuciosa copia del leguario que indica el curso del Atuel hasta sus fuentes andinas, curso que desde el punto de partida llamado Juntas, alcanza en sus vueltas y revueltas por entre algunos planes y cuesta arriba, 144 leguas, según Rodríguez Básteme decir

que los pastos y los abrigos vegetales para los ganados, alcanzan muy cerca de las cumbres; que en el lugar llamado Boca del Río, a 20 leguas del último que señala el leguario existen canteras de preciosos mármoles; que en el Loncoboca, más arriba, existen excelente salinas que 27 leguas de Loncoboca, en lo que llaman Acequia del Atuel, después de caminar por piedras y chupasangre, se llega a unos baños termales llamados Aguas Calientes, que nacen entre cortaderas donde se encuentran volcanes de agua, en los que al andar sin apercibirse, se precipita uno como en pozos profundos; que molles formando bosques, se encuentran en los valles pastosas que yacen en el mismo pie del alto Sosneado, y que en el cajón que se desprende de la falda septentrional con el de ese cerro, se encuentran las abundantes salinas del cacique Maturano.

He señalado prolijo la importancia de la hoya del Atuel por ser ella la que se considera menos adecuada a la crianza de ganados que los demás campos que siguen para el sur hasta el río Colorado, para que no se admire ni la abundancia de animales que, gozando de plena libertad, pastan en ellos, ni su extraordinario bajo precio. La suma abundancia de pastos perennes que existen en los cajones y en las lomas y valles del recuesto oriental de los Andes, y que van en aumento desde la altura geográfica de Rancagua hasta la del volcán Antuco, territorio que con frecuencia he recorrido, explica el porqué del continuo envío de ganados chilenos a esos lugares, a pesar de la abundancia y riqueza de nuestros pastos, y del peligro que van a correr fuera de nuestro territorio entre los indios. Entre los pasos de Leñas Amarillas al norte y el del volcán Antuco al sur, se crían y apacientan, a más de los ganados domésticos y alzados propios de aquellos lugares, miles de animales chilenos que desde Quechereguas para el sur, confían los hacendados al cuidado de los caciques propietarios de aquellos desiertos.

Así como aumentan la lozanía y el vigor del pasto a medida que se avanza hacia las regiones del sur, así también se nota la gradual variedad, corpulencia y altura de los árboles que los acompañan, pues no pasando estos en el norte de chañares y de algarrobos aparragados y de tal cual arbusto espinoso, a medida que se acercan al sur, no sólo van adquiriendo altura y robustez, sino que se acompañan con la vegetación chilena de manzanales silvestres, de molles, robles, guaigones y aun de cipreses, de los cuales vi muchos en el valle de las Lagunas Acollaradas o Epulanquen a inmediaciones de las fuentes del río Curileufu. Parece que la riqueza y abundancia de minerales fueran peculiares a las regiones inmediatas al Ecuador; pues a medida que se aleja de ellas el minero, menos ocasiones encuentra donde ejercer su industria. Salvo la gran veta de plata que se ve y se ha trabajado en Uspallata, y cuyos rastros se encuentran de vez en cuando en las serranías del sur, confinando la extensión de su corrida, ninguna otra mina de este metal, ni oro, he encontrado en las regiones que señalo.

Las de cobre abundan, sobre todo en el valle de los Ciegos, a inmediaciones del Planchón, y en las del Río Tordillo, donde he observado vastos derrumbes de metales de subida ley que nadie explotaba por las dificultades que ofrece la ausencia o el peligro de los caminos. Abundan grandes depósitos de puro azufre y de sulfato de alúmina, y llama muy especialmente la atención del viajero en las alturas del camino del Planchón a San Rafael, una solitaria e imponente laguna de brea que, fluyendo de una grieta volcánica, llena el aire de miasmas azufrados. La árida margen de este negro y pegajoso depósito de sustancias bituminosas, contrasta con la blancura de cientos de esqueletos de animales que atraídos a este lugar tal vez por la curiosidad, han muerto presos de patas en él.

Minas o depósitos de excelente sal se encuentran a cada rato; sobre todo donde cruza el camino denominado Barsas de las Barrancas que conducen a Curileufu.

El comercio que sostienen todos estos lugares con el sur de Chile, seduce a arrendamientos de potreros y a internar en él animales, plumas de avestruces, brea para tinajas y sal.

Desde tiempo inmemorial, nuestras compras de animales a los indios de ultra Bío-Bío han sido y siguen siendo la principal causa de los robos y diarios ataques a la propiedad argentina, verificados por los indígenas de una y otra banda de la cordillera. Ante, pues, de dar de mano en esta parte a mis recuerdos, y como comprobante de esta verdad, voy a copiar, al pie de la letra, una nota que el buen literato de Loló puso en su interesante leguario al hablar en otra del comercio pampero con Chile. Dice la nota así:

“Memoria de algunos sucesos y circunstancias que se hace necesario tener en vista sobre los, terrenos que pertenecen a los indios Ñorquinos, donde ellos, por su ignorancia, dejan pasar a los chilenos. Los lenguaraces Zúñiga y Salvo logran, a fuerza de amenazas, que los Ñorquinos dejen pasar a sus espías, para que pasen hasta Banquilmacó a comerciar, es decir, a robar y dar malones juntos con los indios del naciente. Estos cristianos se entreveran con los indios ladrones, se visten de chamal y en pelota, quedan a igual clase de ellos; pasan después a juntarse con los Baigorrianos y a su vuelta, después de los trabajos que hacen en robar, se despiden, vuelven a su tierra vestidos como antes y entregan el robo a Zúñiga o a Salvo, que lo mandan vender.”

CAPITULO XI

Cerrillos de Teno. – Pena de azotes. – Sociedades de ladrones. Tierras auríferas. -- La langosta y la Sociedad de Agricultura. – El nuevo pintor y decoraciones del teatro de Santiago. Sarmiento, Tejedor y la literatura Argentina.

Allá por el año 1847, arrendaba yo la hacienda de Comalle, propiedad de aquel distinguido literato y adusto mandatario que, siéndolo de Curico, donde ella se encontraba ubicada, solía escribir a su amigo Luis La-barca cuando el pueblo tendía a insurreccionarse: “Pronto iré a hacer temblar a esos zamarros con el ruido de las ruedas de mi birlocho”:

Comalle y los tupidos bosques de Chimbarongo, como ahora se dice, eran entonces la morada y el seguro escondite de aquellos afamados ladrones *Pelacaras* que hacían temerosos, con sus atroces correrías, los mentados Cerrillos de Teno; y como habían sido hasta entonces inútiles cuantas medidas había adoptado la autoridad para purgar aquellos lugares de semejante plaga, solicité y obtuve el cargo de subdelegado de esa temida sección del departamento de Curicó, con el solo objeto de manifestar con hechos que el azote no siempre merece el vituperio de los filántropos. Fueron los más acaudalados propietarios del lugar mis activos inspectores; armáronse los inquilinos, y capitaneados éstos por sus respectivos patrones, en todas partes se persiguió al bandido, y en ninguna se sustituyó la relegación al dolor físico. No teniendo ya el bribón dónde asilarse, ni buen techo ni comida por castigo en aquellas aulas que llamamos cárceles, verdaderas escuelas de nefandos crímenes, tuvo forzosamente que abandonar el teatro de sus depredaciones y buscar más allá de los Andes la impunidad que no encontraba en Chile. Poco tiempo después, ya podía viajar por los Cerrillos del mentado Teno sin llevar el viajero ni un solo cortaplumas en el bolsillo.

Es preciso que nos emancipemos alguna vez del fascinador influjo de la mal entendida filantropía. El hombre, en cuanto animal, cobija en su corazón el germen de los más atroces actos; y si es cierto que la educación ahoga, en general, el desarrollo y crecimiento de tan funesta semilla, también lo es que la misma educación muchas veces los perfecciona. La educación, además, sólo puede surtir morales efectos sobre el virgen corazón del niño, quien, no teniendo aún nociones fijas ni de virtudes ni de vicios, no tiene tampoco por qué desechar la honrada senda que un buen profesor puede indicarle. Pero la educación está muy lejos de obrar idénticos efectos sobre el corazón del hombre adulto, cuando éste ha llegado a familiarizarse con el crimen. La planta que, al nacer, puede arrancarse con sólo el leve esfuerzo de la presión de los dedos, cuando llega a su completo desarrollo sólo la excavación o el hacha puede extirparla del suelo donde se la dejó crecer. De aquí el proverbio español, que no por ser vulgar deja de ser cierto, que “moro viejo no puede ser buen cristiano”.

En el moro viejo es precisamente donde predomina la parte animal sobre la intelectual; y a la parte animal sólo puede hablársele con el atractivo del pan o con el temor del dolor físico. ¡Cuántos hombres fieras no hemos visto caminar hacia el patíbulo con la más espantable serenidad! ¡Cuántos no hemos visto salir de la Penitenciaría y de las cárceles despidiéndose con cínica sonrisa de sus compañeros, con un repugnante Hasta luego! ¿Hay alguno que se dirija al rollo del mismo modo? Ninguno. El dolor físico hace que el tigre admita sin mordería, en su propia boca, la cabeza del domador.

La simple reclusión sólo produce fastidio y no escarmiento en la mente del endurecido criminal, por no poder en ella satisfacer el mar de vicios donde enfangado ha vivido, y es seguro que más aprovecharía a la pública seguridad una media docena de bien aplicados garrotazos al falseador de cierros, cada ocasión que se le sorprendiese cometiendo el crimen, que un año de reclusión al abrigo de mejor techo que el que antes de cautivo le cobijaba, y con mejores y gratuitos alimentos que aquellos que sólo a fuerza de trabajo podía proporcionarse cuando libre.

No quiere esto decir que la reclusión del ladrón no sea un medio de evitar temporalmente que siga robando como lo hacía cuando libre. ¿Pero basta la privación de la libertad? ¿Devuelve acaso el ladrón al despojado lo que le quitó por astucia o por violencia, a menos que la casualidad no ponga de manos de la policía el robo? ¿Devuelve el ladrón a la comunidad los gastos que le impone su temporal reclusión? Si al ladrón, en vez de darle una felpa a tiempo y mandarle después a rascarse a otra parte, se le encierra, enciérresele enhorabuena, pero obligándole a pagar en el en cierro con violentos y forzados trabajos, ya el sustento que debe a la sociedad ya el robo que debe al despojado. En los robos y asesinatos de los Cerrillos de Teno terciaban también los indios pehuenches, circunstancias de muy pocos conocida, y cuya certidumbre tenía yo antes de transformarme en sátrapa de aquellos lugares.

llegaban todos los años aduares de pehuenches al departamento de Curicó, provistos de plumas de avestruz y de breas para vender, y nadie descubría, ocultas en esas mercaderías, la garra del ladrón ni el puñal del asesino.

No atinaba a encontrar el modo de librar a mi subdelegación de semejante plaga por lo bien constituidas de las partidas de aves de rapiña que con distintos disfraces lo infestaban todo. Tenían esas sociedades sucursales en Concepción y en Coquimbo. Los animales robados en uno y otro de estos dos lugares caminaban para los Cerrillos o para los bosques de Chimbarongo. En el punto de reunión, se hacía el canje, y nuevos arrieros conducían al mercado de Concepción los animales de Coquimbo, y al mercado de Coquimbo los de Concepción. Mas, como no siempre convenían a los intereses de esas sociedades unidas las traslaciones, se entregaban a los pehuenches grandes partidas de caballos chilenos, que gozaban de alto precio en Cuyo, a trueque de animales vacunos para la siguiente primavera. Los pehuenches pagaban siempre con munificencia esas compras a plazos, a expensas de los robos que hacían en las haciendas de ultracordillera.

Encontrábame de visita en casa del señor don Mateo Moraga, arrendatario de Teno y uno de mis más activos inspectores, cuando, entrada la noche, vino un pehuenche todo ensangrentado a avisarme que el jefe de su reducción, Taipangue, que no era otro, como vine a saberlo a destiempo, que un bandido de sangre española, que, así desempeñaba el papel de capitanejo como el de honrado y sencillo campesino, vendedor de animalitos para engorda, acababa de matar a su hermano, deshaciéndole a pedradas la cabeza. Muy irritado con este denuncia, a pesar de los esfuerzos que hacia Moraga para que le esperase, iba a montar precipitadamente a caballo para trasladarme con los huasos que me acompañaban a la reducción o toldería del tal Taipangue, cuando se nos apareció, dando gemidos, una pehuencha, ensangrentada también, diciendo a voces que no fuesen pocos soldados, porque habiendo sabido el cacique que su cuñado había venido a denunciarlo, habla hecho montar a su gente y dispuéstolo todo para repeler la fuerza por la fuerza. Diose inmediatamente aviso a los inspectores don Luis Labarca, dueño de Rauco, y don Jorge Smith, yerno de Irisarri, para que se me reunieron con su gente, y una hora después, acompañados con el médico de Talca don Pedro Moller, ya estuvimos en la toldería. Aunque pocos, porque aún no se me habían reunido los demás compañeros, creí que esto no pasaría de aquí, hasta que las contestaciones altaneras, la vista de un cuerpo bañado en sangre y a parecer exánime, y el intento de arrebatarme por la fuerza a un prisionero, me obligaron a atacarlo sin consideración ni miramiento alguno. Vertióse sangre, es cierto, pero también lo es que quedó ileso el principio de autoridad.

Si yo me hubiera demorado en agredir; si yo, por acatar lo que enseñan algunos compasivos criminalistas, que la defensa sólo debe superar al ataque en lo que fuese estrictamente necesario para inutilizarle; si yo me hubiera

puesto a medir el largo y la profundidad de las heridas, tal vez no estuviera ahora recordando este episodio, que siempre se aparece en mi memoria cuando veo a un pobre vigilante atacar con sólo su mala espada a un bandido que lo hiere con pistola, y que no mata al malhechor porque no se diga que se ha excedido en el ataque y se le someta a juicio.

Comoquiera que fuere, la prisión del herido Taipangue, la de algunos de sus principales mocetones, y el temor de que las declaraciones de éstos pusiesen en claro las maniobras de los demás vendedores de plumas y de breas, hicieron tomar a los cerrilleros de *chiripá* el nimbo de los *Malales* del sur de San Rafael en la provincia de Mendoza.

Los santiagueños, que son siempre los apuntadores y los directores de escena en el drama tragicómico de nuestra vida pública, comenzaban a dormir, cuando a un francés que vivía en el piso bajo de la casa de Solar (hoy Hotel Inglés), pobre de riquezas monetarias, pero riquísimo de arbitrios, ya que no disponía de monedas, de pomadas ni de afeites para imponer a los maridos contribuciones indirectas, se le ocurrió la peregrina idea de explotar al soltero y al casado, vendiendo muchas esperanzas de caudales por poquísimo dinero. Alojaba yo, cuando iba de la hacienda a Santiago, sobre el aposento de este buen industrial, y observaba que cuando estaba solo, ni siquiera se movía, al paso que cuando estaba acompañado era tal el ruido de choques de baldes y sonajera como de molinillos de café que allí se hacían, que daba ya al demonio con semejante vecindad, cuando vi salir corriendo a 1 francés sin sombrero, en mangas de camisa, gritando como loco por el patio: “¡Protección! ¡protección! ¡Chile es un pozo de oro! ¡Yo sé cómo sacarlo.

¡Oró!, dijiste. El alboroto se hizo general; detuviéronse en la puerta de calle muchos mirones, otros entraron; el cuarto del francés se pobló de curiosos. Todos oyeron boquiabiertos los gritos de aleluya con los que el sabio químico les anunció que en la composición de todos los terrenos de Chile entraba, en prodigiosa abundancia, el elemento oro; tanto, que hasta en los ladrillos de su propio cuarto lo había encontrado; y todos vieron con sus propios ojos, sobre una mesa artísticamente acomodados, alineados montoncitos de distintas tierras, cada uno con una tarjeta que indicaba la procedencia de ella, la cantidad de oro que producta por cajón y los quilates del precioso metal, representados por pellitas homeopáticas, colocadas al lado de cada montón, en su correspondiente frasquito. Veíanse también en aquel improvisado laboratorio una pequeña hornilla, algunos crisoles, frascos de azogue, algunos ácidos o líquidos misteriosos, y sobre una tarima bastante sólida, algo que parecía máquina, cuidadosamente tapada con un tapete. El sabio profesor, acosado por las preguntas y cansado de hablar, después de regalar dos cartuchitos de tierra y dos pellitas que no hacían falta a su colección, a los que le parecieron más idóneos propagandistas, despidió con súplicas exigentes a las visitas, pues tenía algo de importancia vital que hacer a esa hora, cerró cuidadosamente su cuarto con candado de letras, hizo como que encargaba algo en secreto a su

compañero, que hacía veces de sirviente, y desapareció, dejando por un momento como estatuas a los reverentes curiosos, que parecían envidiar la suerte del futuro dispensador de las riquezas. Apenas comenzó a circular por Santiago la noticia de este portentoso descubrimiento, cuando, como siempre sucede en estos casos, aparecieron supuestos alquimistas, que, explotando la sencilla credulidad de grandes y de chicos con el resultado de falsos ensayos que les vendían, dieron más peso a la verdad del primitivo descubridor.

Concurrieron a esas oficinas, de descarada ratería, hombres serios y circunspectos, y a ninguno vi salir de ellas sin que dejase de llevar tierra en los bolsillos, contento en el semblante y un mar de locas esperanzas en la mollera.

A consecuencia de estos ensayos, cuya riqueza subía o bajaba el ensayador, según el aspecto más o menos pagano de la víctima que le iba a consultar no quedaron en el país ocres ni antiguos relaves que no se denunciaran mas como estas propiedades nada vallan, de no se disponía del secreto que les daba valor, secreto que sólo podía aprovechar la compañía que uniese sus caudales a los talentos del inventor, luego se pusieron en planta mil arbitrios para sorprenderle.

Cada cual se creía en posesión de algún hilo que conducía a este misterioso ovillo; llovieron por todas partes invenciones que cuidadosamente se ocultaban a las envidiosas miradas de los que se veían privados de semejante tesoro. En una palabra, llegó a tanto la fiebre de las tierras auríferas, que hasta muchos de los que comenzaron por engañar se engañaron; en tanto grado es cierto lo que dijo el poeta, que la sed del oro da siempre al traste con la razón del hombre. Pero no sólo se ocupaban los ingenios del siempre novedoso Santiago en buscar soluciones mineralógicas, porque junto con la bullanga de las tierras auríferas llegó también la de una inesperada invasión de langostas obre los campos de Maipo a ocupar un lugar preferente en la lista de las cuestiones por ventilar.

Cúpole, entonces, a nuestra recién nacida Sociedad de Agricultura, la malintencionada ocasión de probar cuánto supera la buena voluntad a la pericia en los primeros pasos que dan las asociaciones patrióticas cuando no las llevan de la mano el saber y la experiencia.

La langosta, que arrasa campiñas enteras en las provincias argentinas, no emigra de una provincia a otra entre nosotros, ni donde se la encuentra asume el carácter devastador que en otras partes. Este voraz insecto, que hasta el nombre de plaga ha logrado merecer, vive y reina en algunos se-canos de nuestro Chile, y muy especialmente en los pichingales situados al oriente de la provincia de Curicó, de donde ya comienzan el arado y el riego a hacerle desaparecer sin retorno. De vez en cuando, se notan sobre algunos puntos de nuestro suelo invasiones de ciertos animales, que pasan con la misma rapidez que aparecen, sin que nadie hasta ahora haya podido explicar este fenómeno. Hay años de aves, años de ratones, años de hormigas, años de palomillas, de

pulgas, etcétera. El año de 1855 se vio el gobierno precisado a decretar auxilios para los colonos de Llanquihue, sobre cuyos campos se había batido primero una asombrosa cantidad de aves que destruyó todos los sembrados, y después un mundo de ratones que, brotados como por encanto del territorio meridional del pueblo de Osorno, se extendieron como mancha de aceite, arrasándolo todo hacia el sur, hasta desaparecer por completo y sin saber por qué, al llegar a las aguas del seno de Reloncaví; siendo de notar que en esos lugares eran el año anterior escasísimas las aves y que nadie conocía ni siquiera el nombre del ratón invasor que vino después. Los agricultores de Maipo y de Santiago, que, como los de las otras provincias, poco se fijan en averiguar la causa de estas fenómenos sino cuando tienen la calamidad a cuestas, y que entonces era, como lo es ahora, costumbre de esperarlo todo del gobierno, elevaron hacia él sus sentidos clamores. El gobierno, que siempre sabe menos que los agricultores cuanto a la agricultura atañe, por complacerles consultó a la Sociedad de Agricultura, que debía saber más que todos juntos sobre las medidas que deberían adoptarse para la extirpación de aquella plaga egipciaca. La docta corporación interpelada, pareciéndole desdoloroso dar a entender que sabía tanto en esto de langostas como el gobierno en aquello de agricultura, acordó después de sena meditación aconsejar la medida salvadora de apacentar grandes tropas de pavos sobre los campos infestados y para precaver robos, la creación de una policía guarda-pavos, que pusiese a estos útiles obreros a cubierto de raptores y de pavicidas.

Este acuerdo, que no sé si llamar plagio o imitación del remedio portugués contra las pulgas, y los desatinados medios de tirar a sacar oro de todas partes, que tan alborotados traían a todos los caletres, pusieron por segunda vez la pluma en mi mano, y a riesgo de que me pasase lo que me pasó la vez primera que me metí a escritor, critiqué con las armas del ridículo, ya la manía incurable de creer que cloro iba a abaratar a impulso del numen creador de un descarado charlatán, ya el temor de que se amengüe el talento en el momento mismo en que más se enaltece, confesando modesto que no sabe lo que efectivamente ignora. Por fortuna, como en Chile siempre se lee sobre corriendo lo que despacio se escribe, nadie me hizo caso, y yo, para evitar huevas tentaciones torné diligente del buen Santiago a mi desierto Teno.

No tardó en agotar mí turbulenta paciencia la monotonía de las tareas rurales, y, buque sin timón y escaso lastre, arrebatado por el quijotesco viento de las aventuras, se me vio salvar de nuevo los Andes, correr a palo seco sucesivas tormentas, y, después de forcejear inútilmente contra mi aviesa suerte, recalar con serias averías en la caleta Teatro de la Universidad, de la gran bahía de Santiago. Aún no habla venido a Chile el célebre pintor Giorgi a hacernos saber lo que son decoraciones en los teatros. Florecía entonces en el nuestro, que se llamaba de la Universidad por su colocación, el distinguido artista maestro Mena, pintor decorista y hombre de los equivalentes, para el

cual no había pintura que careciese de oportunidad, si en su trazado cabía lo que él llamaba una cantería.

—Maestro, aquí necesitamos un árbol.

- —¿Árbol?... , está bien; pondremos una cantería. -

—Hombre, no se nos venga usted con canterías ahora, porque aquí necesitamos de un espejo.

—¿Espejo?... Pues, señor, ¿no sería lo mismo una cantería? ¿Que saben allá abajo de espejos?

Los árboles, sobre el campo blanco de los bastidores, parecían bonetes verdes de cucurucho, ensartados en un garrote. Después de la cantería, era el pino el sácame-con-bien en las selvas teatrales; y, en cuanto a los telones de fondo, dejo al cuidado del lector el deducir de estos antecedentes su verdadera efigie. Emulo de Mena, trabajé entonces para el teatro, con mi hermano Ruperto una decoración completa de jardín que, aunque mía, fue la primera que lució en Chile un mediano olor a gente. Llenáronme de aplausos, que yo recibí con toda la modesta compunción y erizamiento nervioso de pelos que vuelven a los noveles autores dramáticos cuando el respetable público aplaude el primero de sus terribles sainetones.

Encontrábase entonces entre nosotros el notable y muy aplaudido pintor francés Monvoisin, que vino a perder en Chile, a fuerza de hacer retratos como Lope de Vega hacía sus improvisadas comedias, la celebridad que había adquirido en Europa. Maestro y amigo, tuvo la bondad de visitar mi taller, mas al encontrarse de manos a boca con un árbol colosal que acababa de pintar para la Norma, cómo sería su follaje cuando en vez de saludarme, exclamó con horror: “¡Este no es árbol; esto es ensalada!”

Tuve, pocos días después, ocasión de pintar un mapilla geográfico sobre una de las caras de un biombo,. y al día siguiente el sabio escritor argentino Tejedor, dijo en el editorial de El Progreso que eran tan brutos los pintores del teatro, que en vez de la América del Sur, habían pintado un jamón.

No me atreví a campear por mi respeto, o más bien dicho, por el de mi brocha, por no haberseme olvidado aún la acusación de marras; así fue que, prudente y moderado, me hube de contentar con borrar el malhadado Sudamérica, y colocar en su lugar el retrato del autor de los Estudios Teatrales, orlado con una glorieta de julias ingratas; lo cual, visto por Tejedor, que no pudo negar su semejanza con la de un chivo, porque allí estaba el público para desmentirlo, selló en sus adentros eterna paz conmigo, pues no volvió a buscar semejanzas culinarias a los inocentes partos de mi brocha.

Y ya que Tejedor vino a la mano, ¿por qué no referir lo que él tejía, así como el trabajo de otros compañeros que, arrebatados por el torbellino revolucionario de ultracordillera, fueron en aquel excepcional entonces arrojados maltrechos entre nosotros? Constante *refugium peccatorum* para peruanos y para argentinos, Chile ha sido para ambos lo que el tablادillo de

salvamento en las plazas de corridas de toros para el apurado toreador que espada, o garrocha en mano, provoca la ira del toro que lo persigue.

Del número de los correteados que, salvando los Andes, daban entre nosotros, pueden deducirse, ya la intensidad del miedo de que venían repletos, ya la de la persecución al largarse tras ellos; aunque acontecimientos han venido probando después cuánto puede sobre el ánimo del hombre el terror pánico, por poco que a éste aguije la intranquilidad de la conciencia. El mismo Rosas, departiendo conmigo quince años después en Inglaterra, me decía que si aumentaba la algazara de la persecución, era más con el propósito de que los chilenos conociesen, por experiencia, los quilates de sus enemigos, que por el temor que podían inspirarle semejantes charladores. No quiere decir esto que los inmigrados fuesen todos, ni con mucho hombres de poco más o menos por su talento, sus luces y su sincero patriotismo, porque sería sentar una falsedad, así como lo sería si nos empeñásemos en negar que los argentinos en general no supieran hacerse estimar en el país que los a; porque si bien es cierto que algunos entraron en las excepciones de esta verdad, también lo es que, a cada paso, nos encontrábamos con follones y descomedidos además. Los argentinos olvidaron que en la Re pública de las Letras no se admiten las petulancias que suele tolerar el común trato; así es que en cuanto no mas se les oyó decir, que frecuentaban las imprentas, que la perfección del periodismo en Chile sólo a ellos era debida, la compasión que muchos inspiraban se tomó en desprecio. Los chilenos de entonces no éramos, ni con mucho, lo que ahora somos. Antes se hacía mucho y se hablaba poco; ahora se hace poco y se habla mucho. En los diarios, nunca buscaba el escritor chileno lucro ni gloria literaria, sino el triunfo de la verdad sobre las preocupaciones coloniales, y el de los principios republicanos sobre los caprichosos avances de la autoridad. Los padres de la patria sólo se ocupaban en educar a la juventud que debía sucederles, y ésta más en atesorar y en madurar sus conocimientos, que en echados con pedantesco desenfado por la puerta de la prensa a la luz pública. Fue éste el verdadero motivo por qué nuestros principales diarios se encontraban en poder de los argentinos. El inmigrado había solicitado de la prensa el pan del proscrito, y la prensa se lo había concedido. Aplicando ahora el sistema climático de consultar los extremos del filo y del calor para deducir de ambos la temperatura media de una región, a la averiguación del término medio de las facultades científicas y literarias que nos importó la inmigración argentina, resaltan, desde luego; ante los ojos del observador, el ingenio y la chispa de Sarmiento y la necia opacidad de Tejedor. Cito a un mismo tiempo estos dos personajes, no porque crea que pueden marchar juntas tan opuestas inteligencias, sino por el desplante y la desfachatada arrogancia que uno y otro tuvieron para dar a la estampa en un español barbarizado cuanto disparate se les venia al pico de la pluma. Sarmiento, cuando vino por primera vez a Chile, tenía más talento que instrucción, y menos prudencia que talento. Su vivísima imaginación, sus arrebatos, sus inconsecuencias, su espíritu polemista por

excelencia, le hicieron olvidar ya la sagaz cortesía que debía a los adelantos intelectuales del país que le asilaba, por diminutos que ellos fuesen; y a los dictados de su propia conciencia, pues al mismo tiempo que elogiaba la pureza del lenguaje, la propiedad de los giros y la perfección artística del canto elogiado que arrancó a la culta pluma de don Andrés Bello la funesta catástrofe del templo de la Compañía, ocurrida el 13 de mayo de 1841, se le vio salir en las mismas columnas de El Mercurio que a la sazón redactaba, con el audaz despropósito que era desatino estudiar la lengua castellana, porque el castellano era un idioma muerto para la civilización, y con otras herejías literarias de este jaez, Intercaladas con descomedidos insultos a nuestra pobre literatura patria; Tratónos de entendimientos bobos; nos dijo que, mientras que las musas acariciaban festivas a los Varela y Echeverría en Buenos Aires, sólo se ocupaban en roncar a pierna suelta en Chile, y pareciéndole todavía poco todo esto, hasta de idiotas nos bautizó porque nos ocupábamos más de expresar con propiedad nuestras ideas, que de aumentar el caudal de ellas.

Todavía existen, para vergüenza nuestra, en los boletines de leyes de aquella estafalaria época literaria, muestras de la ortografía Sarmiento; ortografía que nunca hubiera pasado de la imaginación de los soñadores a la región de los hechos, sin el apoyo que le dio el gobierno. Sin embargo, para ser justos, fuerza es sentar que en todos los escritos de aquel inculto ingenio lucían chispas de la más envidiable y creadora imaginación, y que su misma reforma ortográfica, sin ser idea puramente suya, fue más hija del estudio que de la postulante ignorancia. Sarmiento en literatura era más loco que pedante.

De veras que causa pena dejar a un lado al ingenio atrevido y creador del hijo de San Juan, para dar con el extremo opuesto del juicio y del saber tan brillantemente representado por el buen Tejedor, redactor entonces de El Progreso, de Santiago.

Si Sarmiento en todos sus desvaríos literarios lucía siempre su natural talento, Tejedor en los su y os sólo supo manifestar carencia de juicio y abundante desfachatez para lucirla. Corno de todo y sobre todo era preciso escribir para llenar las vacías columnas de El Progreso, dióle el diablo por declararse censor oficioso de las composiciones teatrales. En todo encontraba pecado, y su malicia le sugirió tal maña para desnudar las frases más inocentes y para presentarlas en cueros vivos a los ojos de las madres timoratas, que casi consiguió que volviesen a las tablas los autos sacramentales del feliz antaño. Se hecho después a poeta, y encomendándole de todo corazón a la sin par Julia ingrata dueña y señora de sus más azucarados pensamientos, tirito en e Cabo de Hornos *con la fiebre del frío*, y para desquitarse y volver al calor natural, la emprendió con la música para aumentar con sus disertaciones el caudal de los conocimientos que atesoraban sus *Estudios Teatrales*. Preguntóse en ellos: “¿Qué es la música?”, y antes que otro le arrebatara la gloria de contestar, contestóse a sí mismo: “La música es una cristalización

multiforme de las diversas fases tormentosas de la materia, bien sea que se eleven en los aires, bien que se incrusten en el corazón humano”.

Con la explosión de semejante torpedo, de que supo tan bien aprovechar el Mosaico, periódico socarrón y festivo que le salió al encuentro, se encumbró Tejedor, y fue a rematar en medio de un coro de pifias y de carcajadas a Copiapó, donde, ni asiéndose a dos manos de El Copiapino, otro diario que redactaba otro argentino en aquel emporio de platapiña, pudo escudar-se contra el airado aguijón del *Mosaico*, que no cesó de perseguirlo hasta que lo vio salir de Chile para nunca mas pecar.

No podía darse a esa clase de literatura para su cultivo semilla más impura ni más cargada de atroces galicismos que a que nos importó la inmigración argentina; lejos de deberles, pues, el supuesto esplendor que para ellos lució la prensa chilena, sólo les debemos el mar de galicismos con que inundaron nuestras modestas pero limpias letras.

Aún no podemos deshacernos de la orden del día en nuestras Cámaras; *del ha merecido bien de la patria; del librar batallas; del traer o llevar ataques; del hacerle al enemigo muertos*, y de otra porción de agudezas por este estilo, con que habría para llenar tomos enteros.

CAPITULO XII

Vapores de la carrera. - Mayordomos. Coquimbo.- Huasco. - Copiapo, puerto.- - Copiapó, ciudad - El cateador. - El poruñero. - Río y valle de Copiapó. Chañarcillo -Juan Godoy. - El cangallero.- Viaje al interior. - Admirable distribución de aguas. - Chañarcillo. ---Bandurrias. - Pajonales. - El marido es responsable de los pecados que comete su mujer.

Perdida la esperanza de continuar en la aventura y cerril carrera de ganadero de la Pampa, desde el momento en que las tendencias revolucionarias que preocupaban el ánimo de mi amigo Rodríguez me obligaron a separarme del lado de tan terrible jefe, pobre como siempre, para mejor excusar tentaciones, halagadoras pero peligrosas, resolví embarcarme e ir a buscar en el lejano Copiapó más propicia suerte que la que hasta entonces me había deparado el sur de la República.

El 28 de agosto del año 1846, me embarqué en el vapor Perú con destino a Copiapó. Mi llegada a aquel lugar debía aumentar, con una pequeña fracción, el número de aquellas seres desgraciados, pero intrépidos, que, agujoneados por la necesidad y la esperanza, aventuran su real y su tiempo en la lotería de las minas.

Ala vista todavía de Valparaíso, zozobró una chalupa que nos seguía a remo tendido para dar alcance al vapor, y el capitán de éste, verdadera máquina, no quiso contener ni por un solo instante la que nos ponía en movimiento, para salvar a los infelices que se estaban ahogando; probablemente porque en las instrucciones de su derrotero no iba prescrita semejante maniobra. Canoas pescadoras que la casualidad atrajo a aquel lugar, dieron a la máquina de Albión una lección de humanidad de fuerza de mil caballos, que estoy seguro no la aprovechó.

Por no seguir mirando aquella cara de gestos, bajé indignado a la cámara, donde ni tiempo me dieron para formular una catilinaria los entrantes, los salientes, los encontrones, los gritos de angustia llamando mozos, los atados, los sacos y los envoltorios que, a una con os pasajeros, remolineaban alrededor de los camarotes, hasta que los mayordomos velis, nolis, los embutían en ellos, del mismo modo que en las fábricas de conservar sardinas hacen con el pescado antes de reducirlo al más inexorable hermetismo.

El mayordomo de un vapor inglés en nuestras aguas es el rey de los tiranos, sus decisiones son inapelables. También es de regla que no sepa hablar en español para dejaros plantado entre dos fardos con un estúpido no entiende, si solicitáis en seco; pero si solicitáis en mojado, esto es, haciendo relucir a sus ojos una media onza de oro, el tirano abdicará el cetro y la corona en vuestro favor y se tornará en el más abyecto de los la cayos.

En el vapor hay libertad de pensamientos, como lo hay de traje, tolerancia absoluta. Fraques de tijeras y talles en el cogote, trataban de hombre a hombre a las cinturas en rabadillas y a los faldones monstruos. Sombreros de bacin se movían con agradable soltura al lado de los sombreros bacinicas. Nadie se ocupaba de nadie; cada cual parecía dominado por un solo pensamiento: el negocio. Yo, que no quería ser menos que los demás, procurando desechar la triste impresión que me dejó en el alma el abandonar de nuevo, y quien sabe por cuánto tiempo más, la familia que tanto amo y de la que tan poco he gozado en el curso de mi aporreada vida, me recosté en un sofá donde me distrajo la luz de dos hermosos ojos que parecían fijarse con interés en mí. Era la mujer del capitán, la cual no se sí a causa de las exóticas figuras que me rodeaban, o del natural electo del mareo que y a hacía rápidos progresos en mi bulto, me pareció encantadora. Absorto y dudoso por algunos instantes, “a la mano de Dios dije, y le disparé dos flechazos que, a no haberse interpuesto una voz descompasada y silbona, diciendo:” Muy bien, debo 300 onzas”, la mato sin remedio. “¡Capitolio!” -dije yo, incorporando. me asustado, y veo que cerca de mi y sin que yo me aperciese de ello, se había dispuesto una mesa de juego regentada por don N., que jugaba con los demás al pégame que te pelo. El personaje de las trescientas menos, de asaz villana catadura, salía entonces con aire afectado a tomar el que corría sobre cubierta No tardé yo en seguirlo, aunque con otro fin; pues ya iba mareado.

El que diga que el amor todo lo vence, dice el más desaforado disparate, y de no que se enamore a bordo y verá pronto trasbordarse sus pensamientos y sus obras. Fue lo que a mí me aconteció; ni mis ojos volvieron a ver ojos, ni mis oídos tornaron a oír el sonido musical de las talegas:

El 29 por la mañana recordé en Coquimbo, puertecillo de un aspecto triste y sombrío aunque la bahía sea las mejores de Chile; y a pesar de la animación que la llegada del vapor causa, no quise desembarcar, temeroso de quedarme allí, si al bueno del capitán máquina se le ocurría zarpar en el momento menos pensado, como acontecía en casi todos los viajes. Coquimbo no era todavía lo que Valparaíso el año de 1822.

El 30, a causa de una neblina muy espesa, nos pasamos del Huasco y tuvimos que perder como diez horas en volver atrás para encontrarlo. Este no es puerto, ni es abra, ni es caleta, ni es nada. En él se divisan, en grupitos sobre unos cerros bajos y áridos, unas malas casuchas que así hacen las

veces de bodegas como las de habitaciones. Pueden caber tres poblaciones del puerto Huasco en lo que era el año de 1838 puerto de San Antonio de las Bodegas.

A las siete de la mañana del siguiente día, anclamos, en el puerto de Copiapo que es como puerto, otro que bien baila, aunque superior en todo al En dos lanchones, que están al servicio de la aduana, nos trasbordamos al muelle, y como dos horas después ya me encontraba en birlocho camino de la capital. El puertecillo se encuentra circunscrito por rocas que, por la parte del mar, sirven de ribete o de franja a los llanos arenosos, mezclados con cascajo, sal y laja, que por algunas leguas y siempre a la vista del mar, forman lecho del camino que conduce a ciudad, En aquellos planos salpicados de lomas bajas, redondas o chatas, escoriadas y sedientas, en las que reverbera el -sol con tanta fuerza, que es opinión aquí recibida, que llega a destemplan los instrumentos de acero que se dejan expuestos a su acción, no se encuentra una sola casa, ni una gota de agua, ni un solo arbustito. Al cabo de tres horas de marcha por aquel desierto, se entra al valle del río.

El Río Copiapó no sólo es río, tiene también sus honores de río porque, de vez en cuando, mezcla sus aguas con las del océano, pero son ellas tan escasas que el cauce, tanto de este río como el de los demás el norte, parece que solo se conservara en calidad de testigo de lo que antes llovía en aquellas ardientes regiones y nada más. El motivo por qué ahora llueve menos que antes, nadie ha podido sentarlo con certeza. U nos lo atribuyen a la destrucción de los boques, otros a la variación del rumbo del eje de la tierra, pues niegan a los bosques el privilegio de atraer aguas, citando como ejemplos los aguaceros torrentosos que bañan las pampas argentinas donde no se encuentra un solo árbol. No seré yo quien entre por ahora a terciar en semejante cuestión.

La chilca, el péril y alguna que otra mancha de chéptica y esparto, brotan con mucha dificultad por entre aquel terreno suelto y cargado de costras salinas que hacían difícil el tránsito de los carruajes y molestísimo el viaje a causa de la nube de polvo fino y ardiente que persigue al carruaje del viajero. Por el medio de este valle va el camino que conduce a la ciudad de Copiapó, a cuyos arrabales llegamos después de ocho horas de viaje y de haber cruzado una multitud de charcos de agua fétida y corrompida, cuyas humedades son las que constituían el río al occidente de la ciudad.

Llegamos al fin al pueblo clásico de las ilusiones, en donde corren con igual y variada rapidez cuantos pensamientos forman el encanto y el martirio de la vida mercantil; a este lugar de rotos remendados; lugar que cambia por encantamiento la ojota en bota; al viejo en niño y al seboso culero en ancho faldón de fino paño, lugar en que cada individuo se cree un pozo de ciencia mineralógica y se ¡le piadosamente de los conocimientos de su prójimo ancho campo en el que florece la cultivada ciencia del provechoso poruño, que da hondo socavón al bolsillo del recién llegado, el que a su turno porunea al que le sigue de atrás, quien hace después otro tanto con el de retaguardia; lugar de

ansiedad y de esperanzas; lugar, en fin, de mineros en alcance y de mineros broceados. Esta ciudad que pudiéramos comparar a un extenso se zorra en la de más abajo, para que a ella misma le acontezca igual desgracia mañana está situada a lo largo de un pequeño y bien cultivado valle entre dos cordones áridos y descarnados, cuyo aspecto sombrío hace resaltar el hermoso verde de la vega, y de un sin número de pequeñas pero productivas heredades a una y otra orilla de la mezquina acequia que constituye el río de Copiapó.

¡Quién ahora, al recorrer estos campos, siguiendo el curso de esta pequeñísimo río hasta la sierra de Paipote de Pulido pudiera nunca imaginarse que llegaron a merecer por su preciosa y abundante vegetación el nombre de ameno y fértil valle, que le dieron nuestros primeros historiadores! Así como las aguas han dejado su sediento cauce por testigo de su primitiva abundancia, así las lomas, los senos y las cañadas, con sus nombres de vegetales, perpetúan el recuerdo de los que antes sustentaron.

El pueblo de Copiapó era ya mayor de edad en la época a queme refiero, porque, aunque su verdadero título de villa sólo comienza en 1744. bajo el nombre de San Francisco de la Selva, su nombre y fama de pozo de riqueza. comenzó a tener desde los primeros tiempos de la Conquista y los ha continuado teniendo hasta la fecha. De extrañar es, pues, que su población sólo alcanzase a novecientas personas en 1713, y que todavía en 1846 estuviese a mil leguas de lo que debía esperarse de sus recursos naturales.

Su misma planta hace al pueblo irregular, pues sólo consta de dos calles principales, y de algunas otras que mas parecen caminos públicos que calles. Tenía su plaza, su iglesia parroquial y dos conventos, uno mercedario y otro franciscano y, sobre el extenso cauce del río, un puente extravagante, forma do de vigas a medio labrar, colocadas de dos en dos, unas veces sobre horcajas de postes mal asegurados, y otras sobre los ganchos de algunos cauces que aún conservaban su verdura en aquel fango.

El aspecto general de esta pequeña aldea tenía mucha semejanza con el que presentaban las ciudades de San Juan y de Mendoza. Sus edificios, entre los cuales había alguno que otro de primer orden, eran casi todos construidos de adobones, muchas veces mal pisados y no siempre levantados a plomo. Los techos de simple embarrado, con antepecho a la calle, y tal cual de tabla no podían resistir sin calarse al más leve aguacero. Sin embargo a pesar de lo triste del lugar de sus neblinas húmedas y arrastradas por la mañana, de su excesivo calor a mediodía, del viento, de polvo insoportable de sus calles, ahoyadas por el tráfago de los arríos y carretas, y de los enjambres de molestos zancudos que a la caída de la tarde invaden la población vecina a la vega, para el hombre que vivía en la sierra, bajar al pueblo era bajar a un valle de delicias.

Quien creyese que con haber estado en Copiapó en aquel tiempo, ha estado en Chile, se equivocaría, así como equivocaría a sus lectores si, aguijoneado por el prurito de escribir impresiones de viaje, saliere con el despanzurro de hacer extensivas al resto de la República las costumbres copiapinas.

Copiapó sólo tenía de común con Chile la Constitución, Política, que no siempre se observaba, y las leyes, que no pocas veces se quebrantaban; con Copiapó no reza aquello de que la hebra se saca el ovillo, porque la hebra Copiapó era el ovillo Chile lo que es un huevo a una castaña.

Era muy difícil, si no imposible, que en una reunión casual de veinticinco caballeros se encontrasen cuatro chilenos; hablo del sexo feo, porque del hermoso sucedía lo contrario.

Esta aldea, cuyo prematuro título de ciudad sólo lo debió, al principio, al influjo de su riquísimo mineral, como pudiera deber el don a sus repentinas talegas un rústico ganapán, lo ha sabido legitimar con costumbres y prácticas que todavía son menos de aldea que muchas de las que viven y reinan en el mismo Santiago. Allí no hay necesidad, como en los pueblos de su tamaño, de

tener a raya la sin hueso. En ellos, desgraciado del que no sabía disimular, y mucho más del que no alabó lo que sólo podía ser encomiado con gaita.

Los pueblos chicos, y aun los medianos de nuestro Chile, tratándose de Santiago. invisten sin réplica el carácter de la mujer que es rival de otra mujer. Santiago lleva el título de ciudad, también le quiero yo; Santiago tiene alameda y jardín con pila: alameda, jardín y pila no me han de faltar, aunque las escuelas, los hospitales y los caminos anden en cueros.

Copiapó era un pueblo cosmopolita, y muy especialmente riojano. Adonde concurrían ingleses, franceses, chilenos, alemanes italianos, sin contar los que llegaban de casi todas las repúblicas hermanas. Allí no se hablaba, ni se debía ni se podía hablar de otra cosa que de minas, y así como Valparaíso es una vasta casa de comercio, Copiapó era una inmensa bocamina. Desgraciado del que ocurriese a ese lugar a gozar de sus rentas, o a la sombra de una industria cualquiera que no estuviese en razón directa con el espíritu minera lógico de sus habitantes; en uno y otro caso, raspar la bola o pasar por la punta de la *Yaucana* era preciso.

Tras el saludo de costumbre, la primera pregunta que se hacía era por estado de la mina; la segunda, por el de la mujer, y entiéndase que si el saludo procedía a la pregunta, no era por una urbana cortesía, sino porque en el simple saludo se traslucía a la legua el estado presente de la mina del minero copiapino. Desaliño, aire preocupado, paso incierto, empuñar por el medio del bastón, eran síntomas de mal agüero, y si apenas se le oía en la conversación, si cedía la vereda, si hacía cortesías reverentes, finiquito. Mas, si un momento después, como a menudo acontecía, erguía altiva frente, taconeaba con fuerza y compás, hería el suelo con el bastón y dirigía la palabra con familiaridad y suficiencia a las personas a quienes poco antes apenas se atrevía a mirar, ojo avizor, que habla alcance o poruñazo en el asunto. Hasta el bello sexo, ¡quién lo creyera! olvidaba la nomenclatura de sus diversiones y la de sus adornos favoritos por las exóticas palabras de guías, tiros, internaciones, socavones y otras mil a éstas parecidas.

En las reuniones, era mas general el baile que en Santiago. A la voz de - ¡polca! quedaba desierto el salón de los fumadores, en donde siempre figura. ha un lago de apetitoso Cardenal, y así la edad proyectar como la juvenil, lanzándose al salón, en un dos por tres estaban todos a la orden de parada.? Allí no se reconocía cuerpo ninguno de inválidos, pues como buenos y experimentados mineros, todos saben muy bien amalgamar el bolón de duro y vetusto metal con el fugaz azogue de la niñez. Mientras más viejo y achacoso era el solterón, más niña y tierna era la mujer que escogía por compañera. Causaba, pues, lástima y a veces risa, ver a aquellos antiguos corsarios mal carenados, y haciendo por todas partes agua, querer imitar los rápidos y airosos movimientos de las pequeñas y recién construidas balandras, que ya los pillaban a desprovisto por detrás, ya por delante, mientras que ellos

pugnaban forcejean do por virar de bordo. El Cardenal, afortunadamente, era después el único puerto donde concluían por echar anclas.

Poca era la conversación de las señoritas; pero en cambio, mucho era el deseo de casarse que todas ellas tenían. Los hombres hablaban de broceos o de alcances; las niñas, por no dejar de desear a lo minero, no suspiraban por otro alcance que por alcanzar el Espíritu Santo en un marido.

Todo no era alegría, sin embargo, en Copiapó, pues pocos lugares he visto de más angustias cuando llegaba la hora inexorable del despacho de los vapores de la carrera. Días antes de esta calamidad mensua¹, toda la ciudad se ponía en movimiento; todo era correr, chocarse, interrogarse, pasar de largo, volver atrás, solicitar piña, acopiar pía, remitir piña, esperar piña, desesperar por piña y jurar y perjurarse no volver en adelante a contraer obligaciones a cuenta de piña. Pero pasado el vapor, pasaba también el acaecido que sigue al descanso; bien así como ¡a mujer que empeñada en recio parto, después de prometer que no caerá más en tentaciones, cae de nuevo en ellas, el comerciante volvía a las andadas, a los nuevos apuros y a las nuevas promesas de nunca mas pecar hasta que se enriquecía o se lo llevaba la trampa.

Los habitantes de Copiapó tenían también y tienen en el día, como los demás hijos del mundo, algunos tipos de realce, que sin ser del todo Copiapó parece que lo fuesen; tales son: el cateador y el poruñero.

Paganos son los dos y diplomáticos además. El dios que adoran es el mismo que adoran también muchos gobiernos, la reserva; y su diablo temido, la publicidad.

Ninguno de estos industriales necesita leer los diarios, ni siquiera registrar la lista de los pasajeros que trae el vapor, porque llegando uno de fuera, si no leven, le huelen. Conocido este punto capital, entra en campaña el cateador.

Lo primero es averiguar dónde mora la futura víctima, lo segundo inquirir el modo de encontrarle y de hablarle a solas. Si es fácil lo primero, lo segundo no lo es tanto, porque al fin, ¿cómo meterse de rondón en casa de un desconocido?, ¿cómo dar a una visita inesperada el carácter de simpática, cuando el visitante ni siquiera lleva introductor, y cuando el visitado puede que haya venido de fuera perfectamente aleccionado? ¡Necios y pueriles tropiezos! Para los cateadores se hicieron las dificultades, y los cateadores para vencerlas.

Se asechará hasta verle entrar solo en la casa; entrará con él en ella y le preguntará si es allí donde está alojado el señor don fulano de tal. A la respuesta con honores de pregunta, ¿qué se le ofrecía?, contestará al momento dando gracias a Dios por la dicha e encontrarle, al fin de tanto afán, enteramente solo, pues habiendo oído decir que es un cumplido caballero, venía á poner bajo su protección una mina, la cual no puede trabajar porque

teme que los ricos lo despojen de ella, lo que no sucedería si viesen que usted es también dueño y propietario del tapado.

¿Quién, al oír esta relación, viendo la cara bonachona y estúpida de quien la hace, no concederá al petionario siquiera diez minutos de reservada entrevista?

De puertas adentro, se lamentará de la falta de justicia que hay en Copiapó para los pobres, pues ayer no más un amigo suyo había sido despojado de una rica mina, nada más que por serlo, y no haber tenido quién hablase por él. Os explicará cómo hizo el descubrimiento, os señalará el cerro donde está la mina, y deplorará la persecución que se le hace por no haber querido decir de dónde provenían los metalitos que traía consigo. En seguida le parecerá que trae una muestrecita... no sabrá de donde... la encontrará al fin, y os entregará una colpa de riquísimo metal, diciéndoos que por mala se la han dejado, y que usted no debe juzgar la calidad de la mina por esa sola muestra.

Si sois conoedor, lo advertirá desde luego, y os dirá, con el aire del más inocente candor, ¿tendrá alguna platita esa piedra? Si viese que os prendáis de la muestra, ya sois suyo y su vaca lechera durante todo el tiempo que tardéis en ir al reconocimiento de la yeta, o todo aquel que empleéis en perseguir algún misterioso derrotero, que con misterio confió al cateador un misterioso leñador que murió misteriosamente en un misterioso lugar. Y seguiréis amamantando al inocente niño hasta que la nodriza dé a demonio con los tapadores, con los tapados y con los derroteros. Casos hay, es cierto, en que el cuñazo no obra; pero como para el cateador no hay dureza que valga, siempre se le ve circando hasta que asegure la quiebra.

Necesitaba, pues, el viajero aclimatarse en Copiapó para estar libre de las enfermedades endémicas que en este asiento de ilusiones acometían entonces y acometen siempre a los bolsillos del neófito recién llegado.

El cateador es el almacenero que vende los géneros por mayor; el poruñero el tendero que los menudea y aun el que los lleva a domicilio. De esta segunda entidad, pocos novicias se escapan. Por la calle, al descuido y con cuidado, y haciéndose que no marcha a vuestro paso, el poruñero os dejará divisar bajo la manta un rico bulto, al parecer e plata en barra. Si os tentáis, al momento os ofrecerá algunas colpitas del mismo metal para vuestra colección; pero ha de ser bajo la fe del más escrupuloso sigilo, en atención a que, siendo ellas extraídas de una minita cuyo asiento no quiere el descubrir por que no se la disputen, no venderá sino con esa 'condición. Si aceptáis negocio, no siendo conoedor, y sois amigo del misterio, sois hombre al agua. En breves instantes, tendréis al poruñero en vuestro alojamiento con media arroba de arsénico en barra prolijamente refregado con una moneda de plata, para que la especie lleve más visas de verdad. El arsénico puro se platea con suma facilidad, así es

que, a la vista de aquel argentífero manjar, vendí do por un hombre al parecer simplón y que no sabe lo que vende, calidades sine qua non, pocos neófitas dejan de tentarse, y después del regateo de ordenanza, de aflojar algunas pocas onzas de oro sellado creerá que ha dado dos por lo que va e veinte, que al fin algo se ha de ganar en el negocio.

Pocas artes más extensas y más lucrativas que aquellas que todas sabemos que ejercen los caballeros de industria y ninguna más pegada a todas las es razón hasta que muere, que la del poruñero elevado a potencia de ciencia.

No a todos les es dado alcanzar el título de poruñeros colados. Para ser poruñero, para vender gato por liebre, piedra por plata, a, vicios por virtudes, se necesitan: desfachatez, mímica, poca vergüenza, estudio del corazón humano, astucia de zorro y aspecto de Perico-ligero.

El poruñero no sólo vive y reina en las minas; el poruñero vive en el comercio, en la industria, en las artes, en las ciencias liberales, políticas y religiosas y en cuantas rincones del mundo vive el hombre.

El poruñero a nadie favorece, con nadie está en paz, está en guerra abierta con los bolsillos y el bienestar del género humano, y sus adeptos, siempre en asecho, son tan, numerosos, que puede decirse que no hay hora, no hay momento, no hay instante ni circunstancia alguna de la vida en que éste uno enteramente libre de algún inesperado poruñazo.

El incansable compilador que, a fuerza de llevarse noche y día sobre sus raídos mamotretos, nos atesta con las publicaciones de sus mal zurcidas copias, dándolas como partos de su ingenio, poruñea a los noveles literatos.

Las profesiones de e de las partidas y las de los candidatos políticas, poruñean a los electores.

Los prospectos de las diarios recién nacidas, que ofrecen política imparcial e independiente, poruñean a los suscriptores. El ministro que, queriendo dar buena colocación a un deudo suyo, hace que extienda el nombramiento su colega para mejor lavarse las manas, poruñea al país y el erario.

El falso devoto que con aire contrito y compungido besa en la iglesia el suelo, y en cada beso alza un ladrillo o acecha un sindicato conventil o quiere poruñear a alguna beata.

Al amigo encontradizo que, conociéndote forastero, se te declara mentor y te ofrece su infalible valimiento, échale luego al crisol y sabrá si poruñea.

Aquel que, fundando escuela, invocando la instrucción, sólo persigue en sigilo el espíritu de secta, poruñea a las padres de familia.

El viejo con cara de queso de durazno que se tiñe la barba y los bigotes, quiere *poruñear* a las muchachas.

La vieja que a fuerza de manteca y de afeites terraplena las grietas de su tez, y que, no contenta con esto, se echa a la cara un velo de punto con mosquitas negras, para disfrazar la amarillez de las pecas, *poruñea* a los muchachos

La niña que se fabrica ojeras y se finge delicada, sensible y enfermiza, a sí misma se *poruñea*.

La conocida y gastadora petimetra que deja de serlo de un momento a otro sin razón aparente, pretende *poruñear* a algún chorlito vendiéndole disipaciones por economías.

Poruñea la hembra de vida airada, vendiendo chuquisa por señora.

Poruñean los cateadores efectivos, unidos a los cateadores de bolsillo, con sus sociedades anónimas a cuantos se dejan tentar por todo lo que reluce.

El médico que poco concurre a los llamados porque, según él, son muchísimas sus atenciones profesionales, y que gasta cartera para sentar en ella el día y la hora fijos que dedica ala consulta, *poruñea* al público vendiendo reputación y fama, envueltas en un atado que contiene todo lo contrario.

Poruñea el boticario vendiendo panaceas universales por envidiables tiempos de salud; los fabricantes de específicos con aquello de cuidado con la contrefaction, y los homeopáticos porfiados con sus microscópicas pelotillas de adivinar.

El amante *poruñea* a su querida; ésta, a su novio; la cortesana, al amante; el marido, a su mujer, y la mujer, al marido; y es tan *poruñazo* el eterno amor del fino enamorado cuanto son *poruñazos* las promesas de ministros en tiempo de elecciones. En resolución, el *poruñeo*, digan cuanto quisieren las malas lenguas. es la enfermedad endémica de la humanidad.

El continuo oír hablar de minas, así como el incansable llegar de arrias cuyos capataces, cuando no traían ricos metales en los sacos, los traían riquísimos, aunque en reducidas muestras, en los bolsillos, para paladear con ellos, de orden de los mayordomos y administradores de minas a sus respectivos patrones, y sobre todo, el no haber cosa de más provecho que poder hacer, me determinaron a ir para el interior con el doble propósito de examinarlo todo y de buscar también lo que no había perdido.

En Copiapó se piensa poco y se hace mucho; así es que apenas revoloteó el pensamiento por mi mente, cuando ya me encontré caballero en una mula, siguiendo alegre el antiguo y conocido camino de Chañarillo.

Para ir al mineral, se atravesaba en todo su largo la larguísima ciudad de Copiapó, que terminaba en un arrabal no menos largo, conocido con el nombre de San Fernando. Este lugar, que poseían en común los indígenas, como poseían los indios de Santiago el de Talagante había sido dividido en hijuelas

de a una cuadra, que la municipalidad vendió con feliz resultado, pues casi no había una de estas que no estuviese perfectamente trabajada y que no produjese a sus dueños entradas que asombrarían a nuestros propietarios del sur. Es risueño y variado el aspecto de esta parte del camino, pues va siempre ocupando el centro de la regada planicie que constituye lo mejor del departamento agrícola. -

El paso de mi mula era arrogante, y sus deseos de, correr tales, que más de dos veces me hizo recordar la mula de alquiler de Iriarte. Pasé el pueblo de indios como quien dice excitando, alegres ¡bien haya! de cuantos columbraban el portante de mi envidiada cabalgadura: En un momento, estuve en Punta Negra, sumamente complacido con la vista de aquellos cerros tan esencialmente mineralizados, que no parecía sino que a cada paso iba a tropezar con un crestón de pura plata.

Quienquiera que saliere a viajar por primera vez en Copiapó, si, como es natural, sólo llevase en la mente las ideas de minas y de descubrimientos, al ver entre el polvo de las muchas arrias que cargan bastimentos y traen metales, pasar como un celaje a los viajeros, se imaginará desde luego o que irán ellos a algún denuncia, o que llevarán noticias de algún alcance. Pues muchas veces no es ni lo uno ni lo otro, porque todos corren en esta tierra; los propios, los plazos y hasta los ociosos, por la sencilla razón de que casi todos andan en caballos o mulas de alquiler. De mi distracción mineralógica, me sacó de repente la voluntaria torcida que hizo mi mula hacia una de las puertas de un potrero inmediato. La enderecé al camino, nada; le quebré a varilla en las orejas, menos; la cogí entonces de una rienda y a riesgo de romperle el pescuezo, la hice mal e su grado, volver la cabeza al camino; mas ella, que sólo se habla dado prisa, no por agrandar a su jinete sino por llegar a su querencia, me dejó el manejo de su cabeza, y tomando ella sobre sí el de su cuerpo siguió con un pasitrote descuagaringado el recto camino de la puerta del potrero no siendo bastante a contenerla ni mis talonadas ni mis no pocas amenazas. En esta situación desesperada, quiso mí mala suerte que avistase dos señoras que, sentadas sobre hermosos caballos y rodeadas de una lucida comitiva, bajaban al galope para el pueblo. Aquí de mi valor ¡jarre, demonios...! Ni por éstas; talonadas, azotes, menos.. En tan horrible situación, el honor de la persona y la galantería me hicieron descargar sobre las quijadas de mi voluntariosa cabalgadura tan atroz bofetada, que perdiendo ella, el tino, hizo perder al jinete el equilibrio, granjeándole el saludo de estrepitosas carcajadas. El desventurado andante, a o siete veces a Barrabás y treinta al mal alquilador de tan descomedido cuadrúpedo, comenzó a descargar sobre los ojos y las orejas de él tal granizada de puñadas, que, a no oponer la mula a este merecido arranque de entusiasmo e más desaforado de todos los respingos, no ha y duda que todavía estuviera sacudiéndola. Tal fue la indignación que produjo en aquel honrado caballero y galán cortesano el primer estrepitoso aplauso que recibió del bello sexo en Copiapó.

A las nueve de la noche llegué a Totalillo, primer establecimiento de amalgamación de la Empresa Unida, después de haber pasado siempre siguiendo la margen del río que en la actualidad iba sin agua, porque le había tocado el turno de regar una heredad de arriba, por Tierra Amarilla y por Nantoco, pequeñas aldeas, emporios del comercio cangallero.

Aunque todavía no figuraban máquinas movidas por vapor en Copiapó, las que existían, impulsadas por aguas, cautivaban la atención del que las visitaba por primera vez. En ellas, se velan consultados, a un mismo tiempo, la solidez, la economía y los principios del nuevo sistema de amalgamación adoptado en este lugar para el pronto beneficio de los metales de plata nativa y clorurada. En los establecimientos de minas de Freiberg, se emplean para amalgamar barriles que, girando sobre ellos mismos, revuelven y mezclan el mineral molido con el azogue y agua que se depositan en ellos. Aquí se desconocía el uso del barril; poderosas tinas de madera con fondo de hierro, sentadas de firme en contorno de un árbol más poderoso aún que ponía en movimiento circular y arrastrado las pesadas cruces del mismo metal que giraban dentro de ellas, hadan con suma ventaja las veces del barril rotatorio de Alemania. Los trapiches para reducir a arena el metal eran también de hierro macizo, y tanto éstos cuanto las máquinas amalgamadoras, solían estar muchas veces día y noche movidas sin tropiezo por ese sorprendente hilo de aguja que se llama río, y que por el desnivel natural del terreno, tan pronto como dejaba una máquina, ya podía emprender con otra, sin que por esto sufriera a agricultura.

Seamos justos; en cuanto a agricultura, y sobre todo en cuanto al sistema regadío, los hombres del sur debemos quitarnos el sombrero ante los hombres de campo del valle de Copiapó, desde las Juntas en Potrero Grande, que es el mejor más ameno del departamento, hasta donde termina su curso visible el río al occidente de Copiapó, no recorre, por las sinuosidades de la quebrada, una longitud menor de doscientos kilómetros, y esta, agua, que apenas alcanzarla en el sur, por razón de su malbaratado empleo, a una sola hacienda, bastaba, por una sabia distribución, para mantener como un vergel esta prolongada faja de tierra que ostenta en todas partes alfalfaes, siembras y arbolados. Crece de punto la admiración cuando se consideran los importantísimos servicios que esta escasa corriente presta además como ya he dicho, al beneficio de los metales, impulsando las máquinas amalgamadoras colocadas a su margen.

En Totalillo, tenía la Empresa Unida veintiuna cubas amalgamadoras y dos trapiches en constante actividad, y se estaba construyendo, con sumo afán y muchos gastos, otra poderosísima máquina, invento nuevo, para utilizar la mucha plata arsenical que se perdía en los relaves.

Siguiendo e orden de colocación de los establecimientos beneficiadores de metales que he podido recorrer, comenzando a contarlos desde el poniente de la ciudad de Copiapó, el riachuelo ponía en movimiento con sus correspondientes trapiches:

Las máquinas de la Chimba, de los señores Gallo y Montt, con 11 tinas.

Las de Subercaseaux, con 5.

Las de Carrasine, con 3.

Las de la Empresa Unida en Copiapó, con 11.

Las de Ossa y Cía., con 11.

Las de Abbot y Cía., con 6.

Las de Dávila y Cía., con 3.

Las de Cousiño, con 10.

Las de la Puerta de la Empresa Unida, con 24.

Dejo sin enumerar, por no haberlas visitado, las de Ossa, en Totoralillo; las Potrero Seco, las de Gallo, Zavala y otras.

Las fuerzas del vapor vendrán algún día a devolver a la agricultura lo que es enteramente suyo: el río; entretanto, es digno de elogio el establecimiento de beneficiar relaves planteado en Copiapó por el señor don Carlos Darlu, quien con una sola mula, utilizando los recursos bien combinados de la mecánica, ha puesto en acción activa el triple trapiche y las enormes cubas de que consta.

Volviendo al hilo de mi correría al mineral, al amanecer del siguiente día de estar en Totoralillo salí para Chañarcillo, llena la cabeza de aquellas va porosas esperanzas que surgen siempre en la mente del que nunca ha podido encontrar algo, cuando se dirige al lugar donde otros están encontrando mucho.

No tardé en llegar a la puntilla que por aquí llaman, sin saber por qué, del Diablo. Allí termina lo ameno del paseo, pues, torciendo de repente el camino hacia el sur deja el viajero con sentimiento el valle para internarse en la áspera y desierta serranía que media entre el y Chañarcillo.

¡Qué soledad aquélla, qué desnudez de cerros, qué silencio! ¡Ni una avecita ni la vista lejana e una choza ni la más leve gota de agua! El desierto atacameño asomaba aquí su adusta cara. El camino parecía, sin embargo, obra del hombre, pues estaba perfectamente acomodado y compuesto, aunque penetraba, por evitar repechos, en estrechísimas gargantas formadas por enormes rocas cuyas tersas paredes parecían trabajadas a cincel.

Dos son las estrechuras que se pasan antes de llegar a la cima de la cuesta, y sus tersos costados eran la verdadera imprenta libre que quedaba entonces en Chile. Su mucha estrechez, lo liso de sus majestuosas paredes, y el ser aquél el preciso tránsito para el mineral, excitaba a los ociosos caminantes a ejercitar, en aquellas pizarras monstruos, los ramos de sus diversas profesiones literarias artísticas. a donado al dibujo trazaba con tiza el retrato del general Flores, y le ponía al pie, "éste es Flores". Otro dibujaba uno de los vapores, dándole forma de poruña. Otro decía a su querida, porque sabe que el hermano de ella va para la ciudad:

*Antonia por ti me muero Dame
Dame tus ojos de alcance,
Toma mi cuerpo en broceo.*

Llegaba un político y escribía:

“El Intendente es un bruto: ¿hasta cuándo nos tienen a este animal aquí?”;

y más abajo: -

“El juez de Chañarcillo está robando.”

Más adelante: “Págame mis tres onzas, Ramón”, o bien “Don T.P. dice que no es mulato”, y en seguida: “Dan Z.J.O. fue el primer cangallero de este lugar”, y no en pocas partes estas misteriosas iniciales:

M.P.Q.M.L.

Prosiguiendo siempre al sur y como a cuatro leguas de Totalillo, se llega a la primera aguada que llaman el Ingenio, porque hubo en otro tiempo, y se reconoce por las escorias que aun quedan, y por la total destrucción de toda la vegetación circunvecina. Había en ella un mal rancho, una aguada y unas pequeñas casuchas que la defendían de los ardores del sol. De allí repeché tina cuesta bastante elevada, tanto que, al llegar a la meseta de la cumbre, tuve que detener mi cabalgadura para darle resuello. Esta altura, que da vista también al departamento del Huasco, domina gran parte del bajo de Copiapó, y desde e a se divisan perfectamente las cordilleras, que cuando nevadas, alegran tanto al cediendo copiapino; el mentado cerro del Checo, que con su cobre labró la suerte de los Matta; el Cerro Blanco; poderoso y abandonado mineral; el de la Plata, del que se cuentan tantas abusiones; y cuantas otras cimas y crestones pueden despertar en la memoria de los mineros un descubrimiento, un alcance, una ruina o un poruñazo.

Bajando esta costa por el fondo de una quebrada larga y angosta sembrada de caballos y mulas en estado de momias, como suelen encontrarse en los altos repechos de las cordilleras, llegué al cabo de cuatro leguas más de marcha al nunca bien ponderado mineral de Chañarcillo.

El mineral de Chañarcillo, cuya asombrosa riqueza sigue maravillando tanto y en cuyos codiciados metales de plata está por ahora basada la nombradía del departamento, como lo estuvo en otro tiempo en los de oro, que abundante produjeron los de las Animas y Jesús María, se encuentra como diecisiete leguas al sureste del pueblo de Copiapó, situado en la meseta meridional donde termina el morro de Chañarcillo. Fue descubierto por Juan Godoy, leñador de modesta condición, en mayo del año 1832, y, desde entonces, este depósito de riquezas no ha dejado de ser un sólo instante el más tirano e inexorable dispensador de fortunas, de miserias, de esperanzas, de decepciones y de inesperados títulos de nobleza.

Para dar razón lo que es el mineral, para deducir de su estudio geológico lo que puede ser, y para decidir si están o no bien dirigidos los trabajos de explotación, se necesitaban más conocimientos que aquellos que, en calidad de

simple viajero mirón, había yo llevado a Chañarcillo. Lo único que pudiera aseverar, apoyado en el testimonio de los mismos mineros, es que los trabajos andaban, en general, a la saga lo que saliere, puesto que no habla un solo minero que, alabar su sistema de trabajo, dejase de motejar el del vecino.

Para posesionarse de los infinitos trabajos que se ejecutan en Chañarcillo, era indispensable el concurso de un buen práctico, pues sin él, tan sólo la tarea de contarlos sería dificultosa para quien se engolfase por primera y aun por sexta vez en este morro de vizcachas, dédalo confuso de bocaminas, de encrucijadas y de desmontes sin término.

En Chañarcillo puede decirse que sólo figuraban dos vetas principales, las que, acompañadas a uno y otro lado por una red de vetillas y de guías constituían lo que allí, llamaban corridas . La corrida de la Descubridora, que lleva su rumbo N.S. con cinco grados al E. y que está situada al oriente del mineral, encerraba las pertenencias del manto de Ossa, la Descubridora, la Carlota, la Santa Rita, la San Félix y otras; y la corrida del poniente, cuya visible inclinación al E. hace presumir que a la distancia debe de empalmar con la de la Descubridora, la Valencia, la Esperanza la Colorada y otras; y tanto en el espacio que media entre ambas corridas cuanto en sus costados exteriores, parada casi incalculable el número de pertenencias que trabajaban con más o menos ventajas en tan privilegiado asiento.

En el mineral, no habla agua ni leña; ambos artículos se traían, el primero de unos pozos mezquinos practicados y sostenidos con trabajo a tres leguas del asiento, y el segundo del campo vecino a la aguada, único lugar que por la distancia, para los hombres de a pie, se había librado del hacha del apir. Los acarreos de ambos artículos se hacían en burros, y eran tantas las recuas ocupadas en este carguío, que, desde que amanecía, ya se veían los caminos del monte y los de la cubiertos de borricos, bien sea cargados de pequeños barriles de arroba de capacidad cada uno, para venderse a seis reales la carga, bien de manojos de chamiza y mala leña que costaban ocho.

El sostén de una barreta en Chañarcillo, término medio, no costaba menos de setenta pesos mensuales. Los pagos se hacían el día primero de cada mes así es que desde el día 25 ya se observaban las carreras y las diligencias de los dueños de faenas en la ciudad de Copiapó, para proveerse de plata sencilla, artículo a veces sumamente escaso en el lugar, y el 28, 29 y 30 sólo se velan pasar afanosos por el camino de la sierra, portadores de esa panacea, único freno con que podía mantenerse sujeta la turbulenta población minera del lugar, que según cálculo, alcanzaba a mil almas, y que sin el preciso pago del día primero sería capaz de atropellarlo todo.

El centro social y mercantil de esta laboriosísima colmena era el pueblo de Juan Godoy, nombre que le fue dado para perpetuar con honra la memoria del descubridor de Chañarcillo.

Encuétrase situado al pie mismo del mineral y en el plano que forma la confluencia de las dos que radas donde él termina; la de oriente, que lo se Papara del mineral Bandurrias, y la del poniente, que lo separa del mineral Pajonales; de manera que no podía tener mejor ni más adecuada colocación aquella turbulenta e industriosa capital del verdadero temo de la plata.

El orden y concierto de sus calles no han fatigado mucho la imaginación del fundador; pero, en cambio, el desorden que se observa en todo lo demás, está en perfecta concordancia con el primitivo trazado.

En Juan Godoy no se estilaban casas para vivir con comodidad. Cuantas constituían su parte urbana e inurbana, que andaban revueltas todas, chicas y grandes chozas galpones y sombras artificiales, eran otros tantos centros de activísimo negocio, y como quien dice minero afortunado dice hombre gastador y generoso, no habla por qué maravillarse de encontrar, en los figones, ricos géneros y los mejores vinos. La recova de Juan Godoy era la única que ostentaba en la provincia, sin presunción y casi a cielo raso, la mejor carne y las mejores y primeras frutas y legumbres que se expendían por estos mundos. Fondas, picanterías y siete billares en constante servicio, acreditaban el espíritu social de aquella gente de ojota y de bonete. Era el jefe supremo de este afortunado lugar un subdelegado; y un mal rancho con paredes de pirca en cuya puerta figuraba un asta de bandera al lado de un cajón boca abajo que hacia veces e garita, era juntamente palacio, juzgado y cárcel Pública.

Para quien no conociere lo que es en el norte un asiento de minas, Chañarcillo y su simpática capital minera serian objetos dignos de estudio. Un chileno poco geógrafo de su patria, como tantos, arrancado de repente del emporio de los porotos y dejado por una mano misteriosa sin saber cómo ni cómo no, en la plaza pública de Juan Godoy, habría de verse muy apurado para atinar en qué región del mundo se encontraba; porque tanto en el mineral cuanto en el pueblo, todo para él seria nuevo: costumbres, trajes, aspiraciones y hasta el modo de hablar. El español que se hablaba en Chañarcillo era el idioma de Cervantes con culero.

Las prácticas religiosas estaban allí en el más completo broceo; capilla no faltaba; pero lo que es quien dijese misa y quienes la oyesen, estaban en desuso. Sólo hablaba de confesión el minero socarrón que buscaba ese pretexto para bajar a los planes tras alguna hija de Eva por estar estas más escasas que la misma misa en Juan Godoy. La mujer no se toleraba allí en el

pasaporte que llamaban papeleta, desde que el bello sexo dio en la flor de ocultar bajo sus faldas el fruto prohibido de las minas: la cangalla.

Los domingos, a la caída del sol, lucían en la recova sus pintorescos trajes los señores del combo y de la cuña, trajes jardines por sus variados colores, y hasta cierto punto graciosos y El minero usa calzoncillos anchos y cortos, perfectamente encarrujados alrededor, que sólo le llegan a las rodillas; sobre ellos un ancho culero que le cae hasta media pierna, y por sobre todo, una larga camisa de listado, que cubriendo la mayor parte del culero, sólo deja sus festones a descubierto. Una enorme faja de color ciñe su cuerpo desde a cadera al pecho; en ella, hacia adelante, va colgada la bolsa tabaquera y por la espalda se divisa el mango de un puñal. Usa medias negras y sin pies, y por calzado, ojotas. Un gorro negro o lacre, con una gran borla: que le cae sobre el cogote o sobre la oreja es el adorno de la cabeza; pero donde el minero echa todo el lujo es en la manta, que compra sin reparar en precio siendo buena, y que carga con suma desenvoltura y gracia.

El vestido de estos hombres tiene mucha semejanza con el de los modernos griegos.

El bello sexo, que tanto escaseaba allí, no podía decirse que en el suplía la calidad al corto número. Estas hermosuras negativas, calzadas con ricos botines muy puercos, con, ricas medias más puercas aún, usaban valiosos trajes llenos de-lamparones y ricos pañuelos de seda bordados, cuyos colores, como la piel del camaleón, variaban según los del panizo donde trabajaba el minero que más se les arrimaba.

Ya para Juan Godoy me parece que es bastante. Volvíme a mi alojamiento, en la mina Esperanza, donde me esperaban buen jamón y exquisitos vinos, porque si bien es cierto que Chañarcillo, en vez de casas, usaba malas chozas, también lo es que el buen alimento, la champaña, el coñac y muchos otros menesteres propios para hacer soportables aquellas breñas, ni a los mineros broceados les hacían falta.

Acercándose al limitado término de éste mi primer viaje, me hice de algunas curiosidades para mi colección, y salí para visitar de paso los minerales de Bandurrias y Pajonales.

Bajando al pie de las lomas que forman el mineral del sur y repechando un poco el cerro de Bandurrias, se divisa en todo su esplendor la colmena del cerro de Chañarcillo. Al ver aquel informe semillero de bocaminas de ranchos, de casuchas de tabla, de desmontes, de pircas de explanadas costosamente trabajadas; al notar el ruido y la incesante movilidad de la gente y de las arrias, todo concentrado en aquel solo punto, un sentimiento de admiración y de encanto se apoderaba del recién llegado, y al momento revoloteaban por su mente todas las imágenes de una dorada esperanza.

¿Por qué no había de ser uno tan afortunado como lo eran los demás? Una chiripa cambió de un momento a otro la suene de adversa en favorable. ¿Por qué no sucedería semejante chiripa en uno mismo? Chañarcillo y sus incidencias entonces eran capaces de hacer perder los estribos a la misma apática modorra. Este mineral, desde su descubrimiento, ha ejercido y ejerce aún un poder providencial hasta sobre el Estado y la capacidad, de las personas a quienes ha querido favorecer. Quiso que Godoy y los Bolados fuesen caballeros, y lo' fueron, y arrastraron un numeroso séquito de aduladores. A éste le dijo: "Aseméjate a la gente, rozó la sociedad y ocupa los destino que sólo se deben al talento"; y pareció gente, y rozó en la sociedad y ocupó los destinos que sólo se deben al talento. A aquél: "Tú que eres viejo y achacoso por tus vicios, tú que eres un solemnísimo ignorante, cástate con una tierna niña y sé hombre de consejo"; y casó con una criatura y fue hombre de consejo. Al mulato le dijo: "Tú eres blanco", y él lo creyó. El que antes servía y recibía mercedes. es ahora servido y las niega a sus semejantes. En resolución, quien ansiaba por las aguas de la fuente e rejuvenecencia y por los específicas con que se confeccionaba el talento, buscábalos en las capachos y en las fajas de los aspires y barreteros de Chañarcillo, y allí los encontraba.

Al cabo de media hora de camino se llega al mineral de Bandurrias. La naturaleza de su cerro, aunque sólo separa o por una quebrada del de Chañarcillo, es poco lisonjera. Las minas que se trabajan en Bandurrias eran también pocas y diseminadas en largas distancias había vetas, sin embargo, de una hermosísima formación. El manto de Fuentecilla era una masa enorme de metal, cuya ley, aunque baja, era de la mayor importancia, vista la facilidad con que se extraía. La clase de metales de Bandurrias es distinta de la de Chañarcillo, que da en general poca plata nativa y mucho cloruro, al paso que el metal de Bandurrias da más a menudo plata nativa, rosicler, arsénicas y soroques que cloruros. Sus principales minas eran: la Descubridora, San Jerónimo, Solitaria y el Manto.

Pajonales, sin ser ni con mucho parecido a Chañarcillo, parecía de más importancia que el anterior sus metales se asemejan más a las de este que a las de aquél. Situado al poniente de Chañarcillo y sólo separado de él por la quebrada, en cuya boca está situada la aldea de Juan Godoy, tenía este mineral algunos trabajos más que el de Bandurrias. Entre sus minas de nombradía, también diseminadas aquí y allí en la extensión de sus lomas, se contaban: la Miller, la contadora y algunas otras. Los dos días que dediqué al examen exterior de estos últimos asientos de minas, me fatigaron mucho por el mal estado de los caminos, el sol abrasador y la escasez de agua, siendo me preciso llegar en la noche a Tatoralillo, salí de Pajonales a las cuatro de la tarde, y en cuatro horas de sostenido trote llegué al deseado río donde se ve agua, de se ve verde, donde aspira uno con encanto hasta el olor de las malezas que crecen espontáneamente en las márgenes de aquel arroyo. Comoquiera que sea, si el recién llegado del sur o de las pampas, cuya vista

sólo puede detenerla el horizonte, considera apretado en la angosta y prolongadísima quebrada que aquí llaman el valle de Copiapó, saliendo de la sierra y llegando al río, que es el centro del valle, es tal la impresión de agrado que recibe, que llega a considerarle, a más de hermoso, muy extendido. —El riachuelo ya no es riachuelo, tiene visos como de río para el fatigado caminante.

En esta leve correría, tuve ocasión de estudiar el carácter y las tendencias de una nueva entidad sui generis que me persiguió como sombra en todas partes. El cateador y el *poruñero* viven y reinan en los pueblos, y sólo se ausentan de ellos para las precisas exigencias del Estado; el *cangallero* tiene su trono en *Chañarcillo* y en cuanto mineral exhibe plata en mano. Genitor o por lo menos ama de leche del pueblo Juan Godoy, el *cangallero* reconoce por padre al prurito de hacer colecciones de minerales, que tarde o temprano pasan de los lujosos escaparates a la tosca rueda de los trapiches, y por madre a la mezquindad de los mineros en alcance, que prefieren el título de robados al de generosos. No es, pues, de extrañar que el *cangallero* sea la niña mimada, la come azúcar, la sácame-con-bien de algunos buitrones, de algunas maquinas y de muchos encumbrados personajes.

Este minero sin mina, que muchas veces trabaja en alcance, y no pocas veces es alcanzado por los esbirros de la autoridad, sólo tiene de común con el *poruñero* el ser eminentemente pagano, el sacrificar a Mercurio, y el tener por Lares y penates predilectos el naípe, el dado, la taba, los matecitos y la perinola.

El *cangalleo*, como la poesía, tiene irresistibles atractivos. ¿Quién será aquel que no haya pellizcado siquiera una cangallita ¿Quién aquel que no haya medido alguna vez un verso, aunque haya sido con un palito? Pero así como a todos no les es dado el ser poetas, a todos tampoco les viene bien el título de colados *cangalleros*. Sin recia constitución, sin sangre fría, sin buena vista, sin mejor oído, sin astucia, sin valor y sobre todo sin piernas, no da en bola el *cangallero*. El *cangallero* es un verdadero coreógrafo; no hay rincón en los cerros que no conozca, ni mal paso que no haya visitado, ni cuevas apartadas en donde su vista escudriñadora no haya penetrado. El tiene calculadas las distancias, sabe dónde debe apartarse del camino, donde debe apresurar el paso de su cargada cabalgadura, a qué horas debe llegar a un punto dado, y calcula y ejecuta sus movimientos con la regularidad del vapor.

Al entrar en campaña, el *cangallero* se transforma en un verdadero farsante, y sus colores, como los del camaleón, están tan en perfecta concordancia con los de las personas que lo rodean, que es muy difícil el advertir que haya uno de más en el corrillo. A veces, se presenta bajo la forma de un poderoso minero, acaudalado en el Norte y hacendado en el Sur y con todo el prestigio de la riqueza de un Río Santo. Otras, bajo la de un ser de modesta fortuna,

pero dueño de máquinas tan inocentemente colocadas como lo está la fortaleza de Gibraltar en a boca del Mediterráneo. Aquí, con la figura de un honrado devoto, muy pudiente, porque Dios protege a la inocencia, y que no compra sino que rescata piña de manos de los ladrones, como antes se redimían los cautivos. Como en aquellos desventurados entonces, nunca se preguntaba de donde fuesen ellos, bastando sólo el saber que eran cristianos, tampoco éste pregunta de dónde proviene lo que compra; le basta saber que es piña Cada marco que rescata a razón de seis pesos, es un bien que hace al prójimo; porque si con seis pesos se pueden hacer tantas maldades, ¿qué no se hará con nueve pesos dos reales, valor del marco arrancado a manos non sanctas...?Allí, bajo la propecta catadura de un viejo achacoso a quien el mundo deja y él pugna por no dejar; más allá, haciendo el papel de un joven activo y diligente, par a quien el sol, la noche y el agua son ciruelas; en la Placilla, haciendo de honrado comerciante y proveedor, y en todas partes sustrayendo, nunca adicionando. ¿A dónde, en efecto, volver los ojos que no se encuentre el gentleman of the night en esta tierra de promisión...? ¿Acaso bajo el disfraz de las sotanas? Tal vez, porque esta vestimenta sólo forma colecciones para la vista; es cierto que son colecciones que se benefician después y que también dan sus marquitos, pero todo para la vista. No deduzcan,. pues, de aquí las malas lenguas que también el religioso *cangallea*.

No, señor; recibe sí las colpititas que le regalan sus confesadas, las cuales las compran a sus lavanderas; éstas a los mineros y los mineros los descuidos de sus mayordomos. Como bienes pecadores, pues, van a parar a la iglesia, y nada más.

Por ahora, me remito a una obrita que. publicaré a la posible brevedad con el título de El Perfecto *Cangallero*, o sea el arte de *cangallear* sin ser *cangalleado*, con un pro lijo itinerario de todas las aguadas que no cuecen porotos, del interesante alojamiento de don Beno, y del no menos importante y poco sospechado del Agua de los Sapos, a donde llegando *cangallero*, ni le asustan los bufidos de su mula ni el rebuzno de su asno, el que no pocas veces, agobiado por el peso de las colpas, pide socorro con disonante clarín a los agentes volantes de la entrometida policía; terminando el todo con las puntuales monografías del habilitador ambulante que trabaja por cuenta ajena con provecho propio; del *cangallero* falte que, ¡ojo al minero y ojo al que no lo es!, compra al primero por dos lo que vale cuatro y vende al segundo por cuatro lo que vale ocho, y todavía alcanza a dar al socio comanditario cuentas que, aunque oliendo a las del Gran Capitán, alcanzan honores de provechosas; del *cangallero chiniganero*, que torna el anisado en pura plata dulce son del arpa y la guitarra; y por último el *cangallero* de menor cuantía, que es el más numeroso y el que alimenta sin saberlo a todos los demás.

Engañado por el cateador, robado por el *poruñero* e iniciado en los misterios del *cangalleo*, ya puede uno decir con confianza que es minero colado, y si se libraba de los tres, todos le darán a boca llena el título asaz significativo de ¡hombre pasado a minero.

No se crea, por lo que queda escrito, que sólo a criticar y recrear la vista se redujeron mis trabajos en Copiapó. Reanudé mis antiguas relaciones con La Rioja y Catamarca recorrí el desierto, trabajé minas en él, sufrí el hambre y la sed, reina absoluta de aquellas áridas arenas.

A cosa de tres horas de viaje al trote en regular caballo, desde Totalillo para el norte, y a cosa de otras tres, cabalgando en burro, desde ese punto hacia el oriente, puede un viajero llegar harto de arena, de sudor y de cansancio al asiento de una antigua y poco conocida mina de cobre que cuenta ya con sus treinta años de justificado abandono.

Consérvase aún intacta, en aquel apartado lugar, la tarasca de una oscura ratonera trabajada por el prurito de hacer plata de la noche a la mañana, en medio de un grupo de aisladas rocas que asoman sus crestones sobre la ondulosa planicie del desierto, como los arrecifes sobre la movible superficie de los mares.

Ni una gota de agriase divisa en parte alguna; allí no cantan las diucas, y ni siquiera aquella borra amarillosa con que la vegetación anuncia, sobre las rocas descompuestas por la acción del tiempo, sus primeros indicios, alegra el aspecto de aquella naturaleza puramente pétreo horno calcinante y calcinado por los ardientes rayos de un sol abrasador.

Cuentan las crónicas que, en aquel solitario y triste albergue, que no fue entonces venerable asilo de ninguna inocencia pecadora, puso trabajo por los años de 1848 un buen señor que cansado de buscar la fortuna sobre la superficie de la tierra le dio el diablo por buscarla debajo de ella. Minero de nuevo cuño, esto es, ignorantón y presumido de sabedor, como solían serlo, en aquel feliz entonces, la mayor parte de los del cuño viejo, que como él buscaban bajo tierra lo que no habían perdido, sólo le faltaban para entrar en el gremio de los colados disimulo para fingir, malicia para engañar, destreza para hacerse de cangallas y talento para venderlas como frutos de su propio solar; calidades todas que, si bien de importantísima valía, si yo fuera carpintero, diría que no juntaban, ni ensamblaban, ni traslapaban con el ánimo de nuestro novel minero, más dado por mal de sus pecados a la pluma que a la barreta.

El empresario a que aludo vivía por economía en una tienda de campaña, horno portátil que así le servía de alojamiento como almacén y de bodega. Su situación, pues, no era envidiable: primero, soledad; segundo, vista en lo interior de sacos de harina tostada y de líos de charqui que estrechaban las fronteras de su cama, y al exterior, por la abertura o entrada triangular de la tienda, un arenal sin límites, la temblorosa reverberación de los rayos del sol, y las orejas del burro cargador de agua potable, el cual, mustio y pensativo, por su quietud embelezada, que buscaba en su mente algún trabajoso consonante

Llegado a punto, una tarde, el fastidio que agobiaba a nuestro amigo, dicen que llegó a exclamar oyendo la algazara de sus peones: “¿Será dable que hasta el borrico aguador me esté dando lecciones prácticas de filosófica resignación? ¿Será dable que esta tropa de zopencos que me acompaña, por el solo hecho de poseer la virtud negativa de no preocuparse del día de mañana, tenga poder para hacer revolotear la risa y la algazara en torno de sus insulsas conversaciones, cuando yo, que con una sola palabra puedo hacerles enmudecer no tengo aquí un solo momento de verdadero agrado? Fenómeno es éste -prosiguió que merece ser estudiado, y para hacerlo con documentos a la vista, quiero ahora que están tan animados, taquigrafiar durante una hora entera lo que les oigo."Y diciendo y haciendo, como entendido que era en el taquigráfico garabateo; cogió papel y lápiz y acomodándose lo mejor que pudo sobre un saco de harina tostada siguió con imperturbable paciencia la conversación de sus mineros, que sentados en el suelo, alrededor de un removido rescoldo, departían en buena paz y compañía raspando las tortillas que acababan de sacar de él.

Tengo a la vista el trabajo de aquel solitario huésped del desierto, trabajo que sin más que atenuar e alcance de alguna que otra voz antiparlamentaria, entrego a los curiosos en calidad de fotografía instantánea de las costumbres que aún fomenta en el ánimo de nuestros rústicos campesinos la religiosa creencia de que el marido responde en la otra vida de cuantos pecados cometa en ésta la mujer, si los deja pasar sin mechoneo, paliza, o azotaina. Dice pues el manuscrito:

INTERLOCUTORES

Un barretero de Gualimán, que a fuer de cuyano, piensa y habla en esdrújulo.

Otro de Elqui, indio gustador y poco amigo de dar gusto.

Un Apir, gamin de Paris con culero.

El buen Velásquez, hijo de Andacollo, hombre de consejo a quien la edad de los dos combos, esto es, la de los 77 años, ha traído del papel de galán y poderoso barretero, al de humilde proveedor de agua potable de la colonia. Los demás hasta el número de nueve, los coloco como coros o comparsas que más hacen el papel de oidores que el de alcaldes.

Uno. — ¿Y quién le decía nada al punchi de don Campillo? ¡Buena cosa de punchí clarito, ñor! ¡y lo fuerte!

El cuyano.- ¡Ah! mal hayas un trago de anisado ahora, ¿no, caballero?

Velásquez. — ¡Ógalos no más hablar a estos ociosos

Uno.— ¿Y que vendría mal un traguito de anisado-ahora, ñor No hay cosa que componga más el *estomo*.

Velásquez —¿El *estomo*, no? Un dolor de *estomo* que yo quise curarme así fue causa de todos mis atrasos; ¡y ojalá nunca me hubiera acordado de sus anisados (Risa general y exclamaciones).

Uno—¡Esta sí ¿Y qué le sucedió, pues, ñor?

El *Elquino*.— Se desgraciaría pues, hombre, ¿qué hay que preguntar? Tuvo algún pleito, lo rodeó bien la suerte y. ¿no es así, ñor?

Velásquez.— ¡Ojalá hubiera sido así no más!

El *Cuyano*. ¡Escuche! ¿Qué le anduvieron bordeando con el baleo!

Velásquez. — ¡Qué baleo ni qué porra! ¡peor que si me hubiesen baleado!

Todos. — ¡Cómo peor!,

Velásquez. — ¡Me casaron!

Nuevo tuti de carcajadas. — ¡Esta sí! ¡Ahora sí! ¡Vaya un caso!

Apir. — ¡Me! ¿Eso no más le pasó? Ahorita no más me bebo entera una botella de anisado yo.

Velásquez. — Qué *sabis* vos, muchacho; ¡tan enterados que los han de ver!. Mejor fuera que aprendieras a rezar.

El *Cuyano*.—¿Conque lo casaron, ñor? Cuéntenos pues cómo fue eso. Veleí un cigarro prendido.

Velásquez. — Gracias. Me casaron, o me casé, que por eí va la cosa. Es cierto también que yo era un huaina entonces, que si se ofreciese ahora otra vez igual caso... (riéndose) Ave María, qué tentación!

Varios a un tiempo. — Cuéntenos, cuéntenos eso, ñor Velasquito.

Velásquez. — ten dría yo entonces mis veintidós años; andaba con mi buen bonete a la oreja, mi *culero* alechugado y mi camisa, amigo, que abría la calle. Me arqueaba yo por esos callejones y las niñas queme miraban decían:

“¡La laya de minerito!” y yo, nada, amigo, ni a pólvora me rendía “Por eí me juntaba con una tropa de zambos y apenas llegábamos a una pulpería, luego les barrenaba un balde de punchi, y aquellos zambos llegaban a galucharse a tragos.

"En una de éstas, que yo había bajado del cerro para la chaya, antójaseme comer *sandilla* verde, y no me da una lepiria, mire. ¡Aquel dolor de *estomo* que ya se me rebanaban las tripas! Sudar es bueno, amigo, y ya me parecía que aquélla era mi última, cuando entra un zambo más feo que yo y me di- ce: “Tome un vaso de anisado, ñor Velásquez; tome no más, ñor, y verá cómo se le pasa”, y me alarga un vaso que venia borde a borde, y yo, encomendándome a nuestra madre de Andacollo, le hice una pregunta al vaso que me llegué a poner ñato.

Uno. — ¡Bien haya!

Velásquez. ¡Como con la mano se me quitó aquel dolor!, vea lo que esta fe, ¿no? ¡Es Además tan milagrosa aquella Reina de los Angeles! Vamos a que ya estoy mejor que antes y hasta valiente me puse. Luego pasamos a una ramada

que estaba que se ardía. Allí no más barrené otro vaso de anisado y luego, mire, ma ladié para el lado de una negrita de esto que hay no más.

Varios. — ¡Alza, pues!

Velásquez — Luego la empecé a circar estaba en lo mejor arqueándome y sacando un real que me quedaba para festejarla cuando la suja se me fue de entre las manos para ir a rematar tras una quinchá. Con las orejas no más me ganó la carrera, y los dos llegamos al lazo cuasi a un tiempo. “Minerito — me dijo toda asustada—, ¿no ve aquella zamba que está allí en la puerta de señora? ¡Pues esa es la que me ha criado, y como me había enviado a comprarle yerba y yo me he metido aquí, ahora o más me mata a azotes!” miro, y veo, señor, en la puerta aquel a zamba tan gorda y tan retaca que parecía capacho recién hormado, con unos ojos saltados que parecían que no dejaban rincón por catear, mientras que la otra que estaba tras de mí decía llorando: ¡Y todo esto es por que yo no tengo quien hable por mí!” ‘Aguarde se —le dije — estése ei no más, no se le dé nada, Velásquez se lo promete. Y cuando Velásquez promete, ¡virgen, pues!’”, y luego enderecé a catear a la vieja y me le acerco, amigo, arqueándome y apenas la miré, ¿no me voy a acordar, señor, que antes había tenido ella conmigo, entre trago y trago, sus dimes y sus diretes? Ya es mía, dije, cuando me le acercaba, creyendo que a ni pólvora se había de dar. En cuanta no más me conoció, pudrió el cerro, y me le fui en soltería. Luego no más le dijo que yo sabía en la procura que andaba, y después de mil *enriedos* que le metí, le dije. “Yo soy aquí el causante; ella no culpa la que menor; y si usted quiere y es su grato gusto, yo soy muy gustoso de casarme con ella: tengo buen herraje, buen *chapiao*, me echo el combo al hombro y no me falta patrón”.

Varios. — ¡Alza, pues, ñor, Velásquez!

Velásquez. — Hubieran visto ustedes la cara de pascua con que recibí mi declaración aquella zamba! Luego le pasé un vaso de anisado y el no más me abrazó. “Vos habías de ser, negrito de oro —me dijo—;yo también soy gustosa de que te caís con ella y aquí está este rosario que te endono con cuentas de oro... ‘Yo no me acuerdo de lo demás, sino que a los pocos días ya estuvimos casados.

Apir. — Y a usted mucho que le amargaría eso; arriesgado está que se siga quejando del anisado.

Velásquez. — Miren qué cosa, hombre... Aquello de meterse... con que uno no podrá...

Un barretero (interrumpiendo). — Calla la boca, chichillo, no *estís* amolando. No le haga caso, ñor, sígale no más, vamos ahora a lo dulce.

— Velásquez. — Para mi, -la luna de miel entró en despinte; apenas la divisé cuando se clisó. Casado ya y con obligaciones, pasé al pueblo a buscar concierto, y hasta me empeñé por llevarle un pañuelo; y ¿que les parece que

encontré en la casa?, ¡ni esto!. Pregunta por aquí, pregunta por allí, nada, amigo, y era que hacían cinco días a que no se recogía la indina.

Varios. — ¡Esta sí!..., ¡ahora sí!

Velásquez. — Vamos a que, en cuanto no más supo ella que yo la andaba coleando, se vino calladita al rancho, donde me salió con que le miedo a las ánimas que penaban mucho en la soledad, la habla hecho ir a casa de la vieja alcahueta a esperar que yo llegase. Ya pasó esto; pero yo pasado también a minero y todo malicioso, luego no más me hice e enfermo y me metí en la cama “Ñor Velasquito —me decía ella—, ¿qué tiene?”, y yo nada, con los ojos cerrados y quejándome. “Andá, india pícara —decía yo para mí—. amí no me la jugáis vos tan aína”. Luego me hice él dormido, ¿qué hizo entonces?, ¡sacó al pasito un espejito de a medio, se desenredó las pasas, se echó unas babitas, y con trancos de estos que no quiebran huevos juntó la puerta y se mandó para la calle!.. Qué hago yo entonces?, me le yanto, amigo, y doblo de cuatro dobleces mi lazo y me le voy escondiéndome de atrás. A poquito andar la encuentro con un minero más feo que yo concertando el ir a tomar *punchi* bajo del sauce frondoo. “¿Y tu marido?”, le dijo el minero.”No le dé cuidado, ñor —contestó—; el lo dejé roncando y soñando con las ánimas, voy no más a darle una vueltecita y aye stoy a qui. “Aguárdate, pícara, iba diciendo yo mientras me escondía en un zaguán; ahora no más de qué cueros salen chispas”. Ella que pasa y ¡zas! que le arrimo la cara un lazazo. “¡Que me matan!”, gritó la china, y yo ¡zas! en costillas. “¿Conque ibas a tomar punchí sin convidarme a mí, no? ¡Zas! suelo china la china

Varios. — ¡Toma!

Velásquez. — “¡Yo te haré no más, que seáis tan fresquilla y ain lazarilla! Andá a acompañar a tu marido será mejor, que también le tiene miedo alas ánimas!” ¡Zas! ¡Ay ñorcito!” “Ay, ¿no?”, y volando llegó a la casa con el lomo humeando. allá en la casa me esperaba la otra zamba casamentera, donde casi me comió, ¡mire! Y que la niña era mujer de calidad y que por aquí y que por allí. ¡Miren no más dónde se mete la calidad! ¿No digo yo? ¡Si el zambelo está muy alzado! Ya pasó esto. Salgo otra vez, flores, para el cerro y ¡quién les habla de decir que mi vuelta ni luces de ella había de encontrar!, y ¡o que es pior, quela zamab defensora de la calidad, me llegó a decir que si yo no le apretaba las cuñas, nadie se podría averiguar con ella. ¡Vean qué suerte! Vamos de nuevo a noticiamos del paradero de aquella malvada huacha que cuando soltera le animaban porque no tenía quién hablase por ella. ¡Zamba pícara! ¡No la voy a encontrar en una fonda haciendo posturas en el malambo con un zambo alto con tantas huaras que le llegaba a bufar el culero! En cuanto no más me vio se fue de espaldas. Le ha dado un mal” decían unos; otros decían que era aire; paró la guitarra y todo se volvía un alboroto, cuando me le acerco yo a tomarle el pulso y le digo: “¡Zafá pa tu casa zamba pícara!” Al tiro sanó y picó moqueando para el rancho y yo siguiendo la de atrás. “Y qué piensa hacer conmigo —iba ella rezongando y que yo no soy esclava”; y yo

callado, amigo, sobando mi correa. En cuanto no más llegamos, la colgué y le arrimaría, mire, como cincuenta azotes. Ella me hacia sus relaciones; pero yo la convencía a lazazos; luego de allí a ejercicios,

Cuyano. — ¡Escuche!

Elquino. - ¡Pues no, pues, hombre! ¿No vis el cargo que uno se lleva de las diabluras de la mujer?

Velásquez. — Como que así no más es, amigo, y yo no quiero tener quedar cuenta a ,Dios de pecados ajenos por no haberla corregido.

Apir.—Ñor Velásquez, ¿dejó veía afuera para la saca del amanecer?

Velásquez — En la *chíncha* está.

Apir. — Pues me voy a acostar; muy leso se está poniendo su cuento.

Velásquez — Ahora lo estáis hallando leso, ¿no?

Uno. — ¿Conque la echó a ejercicios, ñor?

Velásquez.- Salió de ellos que parecía una paloma. Me pidió perdón. “Negrito de oro —me dijo—, conozco que te he ofendido; no más mundo te agradezco los azotes que ma arrimaste y he de morir donde vos muráis”. Contento yo, vendí mis estriberas, empeñé mi montura, la puse más guapa que otro poco, y me mandé riéndome solo al cerro. ¿Quién me habla de decir lo que me aguardaba a mi vuelta cuando bajé a buscar el nidal de mi paloma? ¡En cuanto no más me alejé, pior lo hizo!

Viendo esto, yo resolví dispararme del lugar, porque no me gusta que naiden me avergonce, y aunque yo sé que el mando tiene derecho de sobar su lazo en el lomo de la mujer, no me gusta hacerlo, mire ,y bien sabe Dios y nuestra madre de Andacollo que sólo por cumplir como cristiano me fui a darle mi última reprensión.

Cuyano.— ¿Y que será cierto, flor, que uno tiene que responder en el otro mundo por todas las diabluras de la mujer?

El quino. — ¡Mire qué pregunta! Pues no hombre; ¿no vis que te la entrega el cura para que seáis uno con ella y la defendáis del Malo? Bueno, pues, erró ella y cayó, y en la tentación el estáis vos para corregirla, ¡y no lo hagáis no más!

Cuyano. — ¡Bien haya, hombre! ¿Conque uno tendrá que estar noche y día colgado de la pollerra de su mujer, y de no peca uno?

Velásquez. - Por eso dicen los libros: antes que casís mirá lo que hacís.

Uno. ¿Entonces será mejor vivir soltero?

Otro.— Por lo visto.

Varios - ¡Andáaaa!

Velásquez. — Vamos a queme largué a buscar de nuevo a mi cruz, y ella que lo sabe y se me esconde; y yo rumbando, amigo, hasta que encuentro con ella escondida en un maizal. Pestañeaba no más la india pícara; pero yo con mucha dulzura le dije: “Venga, sígame que le importa...” Se levantó la china y

apuntó para la casa y yo siguiéndola, y ella taimada. Llegamos a la casa, tranquilé la puerta lo mejor que pude y me senté a resollar. ¡Buena cosa!, decía yo con mucha pena... Saqué la bolsa y se la pasé. “Hágame un cigarro”, le dije, y ella callada me lo pasó prendido... Sus piraba yo señor y ella tanteándome... Al fin levantándome, “¡hágase la voluntad de Dios!” dije, y la colgué bien amarrada y desnudita.

Uno.— ¡Adiós, diablo!

Velásquez. — “¿Qué me va a hacer? —me decía ella—, ¿que me va a matar?” Y yo, “no sé si te voy a dejar vida”; y con una buena correa que tenía allí escondida, a combo suelto le di durazno hasta que me ansé.

Varios. — ¡Tomá!

Velásquez. — Gritaba aquella zamba que ya echaba el rancho abajo; pero buena cosa de zamba sufrida, ni sudaba siquiera; y con aquella n... tan grandes que parecían el bombo del rey Inga (riéndose); ¡si era para la tentación!... Mientras tanto, la vieja está al lado de afuera a golpes con la puerta que se volvía cuatro, y yo sordo, amigo. “¡Que se lo pido de rodillas —decía—, ya será bastante!”; y yo nada, amigo; ¡y se puso en cruz aquella zamba pícara a rezar a gritos al lado de afuera! “¡Usted tiene la culpa! —le gritaba yo—”; ¡si usted la hubiese crucificado cuando estaba chica, no le estuviera pasando lo que le pasa ahora!”; ¡y dale, amigo y aconsejándola! “¡Que me matan!”, gritaba ella, y la vieja al lado de afuera: “Santa María, madre de Dios, ruega, señora Y yo, “este será por el alma de mi finado padre”, ¡rrrás! “Jesús me ampare”, gritaba la india, ronca ya, mire; y yo, “éste por el hijo que debíamos haber tenido”, ¡rrrás! “Padre nuestro, que estáis en los cielos”, decía la vieja; y yo, “éste será por los caminantes extraviados”, ¡rrrás! “Gloria Patri”, decía la vieja; y yo, “éste será por el alma de mi difunda madre, que de Dios goce”, ¡rrrás!... “El gremio de la herejía”, decía la vieja; y yo, “éste será por tu señora”, ¡más!, y la vieja acompañaba los gritos de la mujer de calidad con *kirieleisón, ora pro nobis* y otra porción de embrollos a cada santo a que yo me encomendaba... Para acabar: después de haberla encomendado a todos los santos y santas de mi devoción, y siempre con escrúpulos, mire, de haberme olvidado de alguno, la descolgué y vino al suelo la zamba, sin habla... Luego la senté en un costal y abrí la puerta. Hubieran visto *los aspamientos* de la otra zamba cuando se puso a curarla... Yo, cansado, señor, me senté en un rincón agachado y suspirando, sin decir nada, y en cuanto no más vi que había vuelto en sí aquella tentación, le pasé la bolsa para que me torciera un cigarro... Y ¿qué les parece que hizo? ¡no me la disparó por la cara y me desparramó todo el tabaco aquella zamba taimada! ¡Vea la soberbia señor! ¡Si ya está el zamberío muy alzado!... ¿Qué hago yo entonces? A los males sin remedio, échales tierra en el medio, y e diablo no me ha de llevar a mi por culpa de otro. ¡Ay, señor, del rato aquel no me quisiera acordar Vengo y saco mi montura, mis *chapiaos*, mis navajas de barba que me habían costado un cuarto de onza, los amontoné junto a ella y le dije: “todo esto queme ha costado mi sudor y mi trabajo es de usted, aquí está

mi papeleta en que alcanzo veinte reales; usted la cobrará a su tiempo; hínquese luego aquí para ponerle mi bendición”. Y se hincó aquella zamba, moqueando ¿y que se va señor Velásquez?”... ¡Y le puse mi bendición (enternecido) se me rodaron las lágrimas!... “Me voy, le dije, y no llevo nada; ¡ni tabaco! Ya esamos desunidos. Dios quiera darle la muerte dentro de una batea para que sea más afortunada. Si alguna vez se ve en angustias y yo tengo, la socorreré, si no Dios la favorecerá”. Allí nos abrazamos y lloramos mucho; mucho hicieron también porque me quedara; pero yo no quería tener qué penar por naiden. “¡Hágase tu voluntad!”, dije, y me salí a la calle... Yo me fui, pues, con mis alforjas vacías al hombro, sin tabaco y ni un cuero siquiera en que dormir pero con mi conciencia tranquila, hasta ahora no he vuelto a saber de lo que fue de mi mujer..

Apir, (desde la cama). — *Ñor* Velásquez, ¿cómo le fue con el anisado?
Aquí se cansó el taquígrafo.

Cuando, lleno de desengaños, abandoné el plateado Copiapó para tomar de nuevo a los negocios que me brindaban las libres pampas argentinas, al lado de mi huaso Rodríguez joya y terror de aquellos desiertos, la noticia de la muerte atroz de este caudillo, dulcificada con las de los portentos del oro que se encontraba en California, me lanzó de nuevo fuera de mi patria.